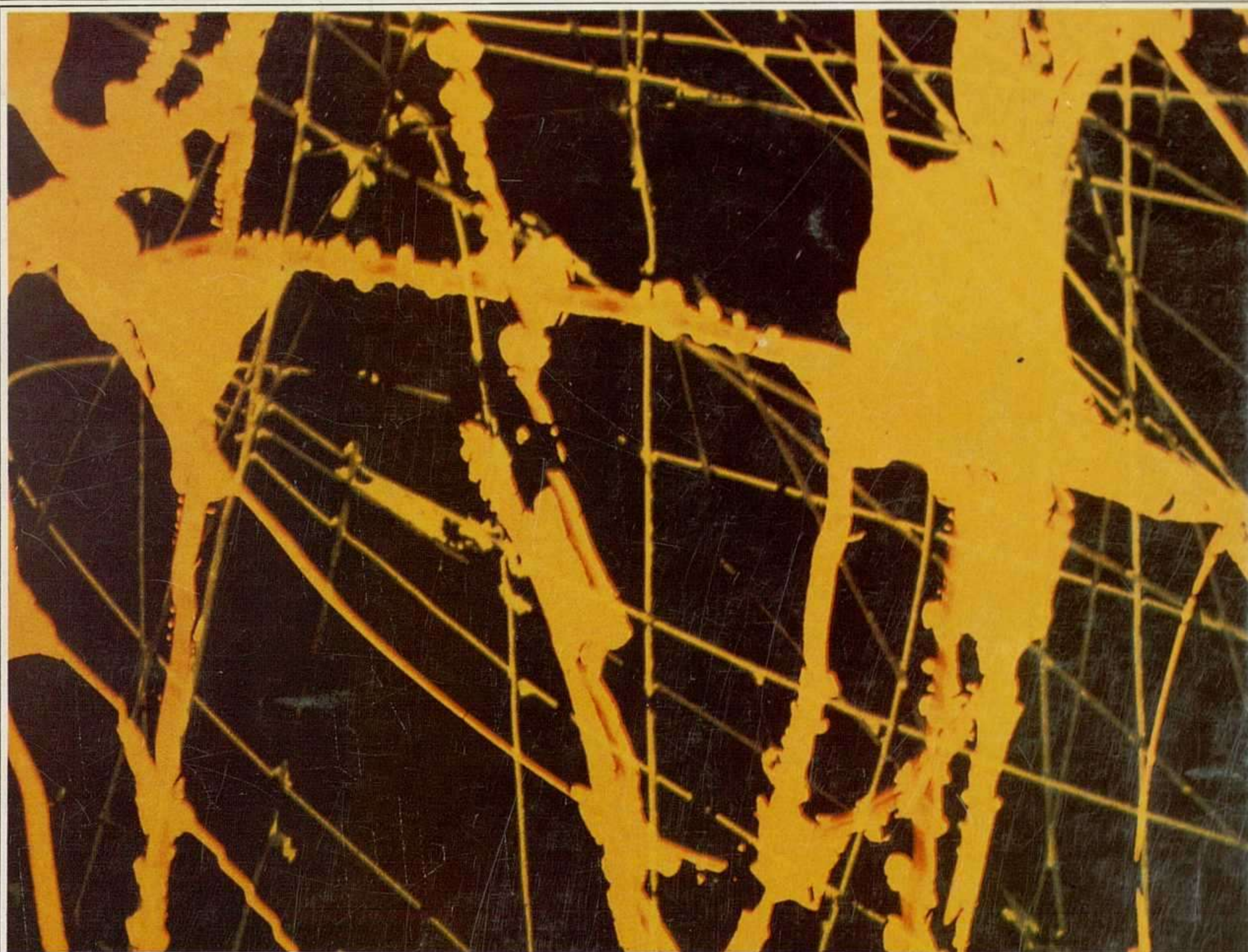


P.V.P.: 1.000 ptas.

Primavera, 1993 N.º 17

veintiuno

revista de pensamiento y cultura



Brian Eno

● Autonomías ● Luis Rosales ● Años de inquietud (1868-1926) ● Los Balcanes ● Baviera ● Lo liberal y lo conservador: ideas, actitudes, prácticas ● El castellano en peligro

Veintiuno

COLECCIÓN

NUEVOS TIEMPOS: DE LA CAÍDA DEL MURO A MAASTRICHT

2.100 pts.



*Un oportuno ajuste de cuentas
con la izquierda intelectual; una
perversa obra contra la
socialdemocracia europea.*

Enrique de Diego
Lorenzo Bernaldo
de Quirós



veintiuno

REVISTA DE PENSAMIENTO Y CULTURA

Edita: Fundación Cánovas del Castillo

PRESIDENTE: Carlos Robles Piquer

Director

Francisco Sanabria Martín

Consejo asesor

Carlos Aragonés
 María Dolores de Asís
 Miguel Cruz Hernández
 María Teresa Estevan Bolea
 Guillermo Gortázar
 Mario Hernández Sánchez-Barba
 Alejandro Muñoz Alonso
 Dalmacio Negro Pavón
 Alfonso Ortega
 Rafael Pérez Alvarez-Osorio
 Jesús Trillo Figueroa
 Juan Velarde Fuertes

Director Técnico

Isidro Juan Palacios

Redacción

José Manuel de Torres

Diseño y Maquetación

JA'af

Administración

Norberto Mansilla

La revista no comparte necesariamente las opiniones expresadas en ella por los colaboradores

VEINTIUNO no publicará más originales que los previamente solicitados por sus órganos de dirección

Filmación: D&C. Tel.: 308 70 09-319 68 73
 Fotomecánica: CIRCLE. Tel.: 539 24 03
 Imprime: MIJÁN, Artes Gráficas. Avila.
 Depósito Legal: M-42.413-1983
 ISSN 1131 - 7736

REDACCION, PUBLICIDAD Y SUSCRIPCIONES

Marqués de la Ensenada, 14, piso 3.º, pta. 25
28004 Madrid

Teléfonos: 319 59 04 - 319 59 08

Fax: 319 82 58

P.V.P. 1.000 pts

SUMARIO

N.º 17

EDITORIAL 3

ESTUDIOS

- ▶ **El Estado de las Autonomías: su futuro.** (Juan José Lucas)..... 5
- ▶ **Luis Rosales.** (Carmen Díaz de Alda Heikkilä)..... 17
- ▶ **Años de inquietud, angustia y cólera** (1868-1926). (R. Olivar-Bertrand) 27

ANALISIS

- ▶ **La Guerra en los Balcanes y la seguridad europea.** (Jorge Cachinero) 35
- ▶ **El Estado Libre de Baviera.** (Miguel Angel López de Marco)..... 45

LO LIBERAL Y LO CONSERVADOR

- ▶ **Ideología liberal y actitud conservadora.** (Luis Núñez Ladevéze).... 47
- ▶ **El crepúsculo del pragmatismo.** (Lorenzo Bernaldo de Quirós).... 57
- ▶ **Ronald Reagan y la renovación de Occidente.** (Margaret Thatcher)..... 63
- ▶ **Una nueva clase.** (Tom Wolfe)..... 69
- ▶ **La crisis del Estado del Bienestar.** (Francisco Cabrillo)..... 71
- ▶ **La reforma fiscal liberal.** (Juan Francisco Corona) 77
- ▶ **Inmigración: una posición liberal.** (Pascal Salin) 81
- ▶ **La victoria conservadora en la guerra por la libertad.** (Ramón Pérez-Maura) 85
- ▶ **Por qué soy liberal.** (Enrique de Diego) 91
- ▶ **Por qué soy conservador.** (Valentí Puig) 101

DOCUMENTOS

- ▶ **El castellano en peligro de muerte.** (Salvador de Madariaga)..... 105

CRONICAS Y NOTAS

- ▶ **La muerte de un poeta.** (Juan Velarde Fuertes) 123
- ▶ **Crónica cultural.** (Pedro Fernández Barbadillo) 127
- ▶ **Panorama de las ideas.** (José Luis Monegro) 133
- ▶ **Crónica parlamentaria.** (Mª Gemma Prieto Gutiérrez) 137
- ▶ **Crónica hispanoamericana.** (José Mª Alvarez Romero)..... 141

PERFILES

- ▶ **José María Gironella.** (Domènec Romera i Alcàzar) 145

LIBROS 147

- Nuevos Tiempos: de la caída del Muro a Maastricht** (Enrique de Diego y Lorenzo Bernaldo de Quirós). Dalmacio Negro Pavón.
- Reconquista del Descubrimiento** (Vintila Horia). Isidro Juan Palacios.
- La Independencia de Bolivia** (Jorge Siles Salinas). Antonio Lago Carballo.
- La libertad cansa** (El cansancio de ser libres. Aquilino Duque). Pedro Fernández Barbadillo.
- La aventura de lo político** (L'aventure du politique. Julien Freund). Jerónimo Molina Cano.

CÁNOVAS

Un hombre para nuestro tiempo

EXISTE una línea de pensamiento cristiano, que inició Jovellanos y continuaron Balmes, Donoso Cortés y Menéndez Pelayo, en la que se inserta Cánovas del Castillo. Lo recordó *El Debate* cuando se conmemoró el centenario de su nacimiento: «en sus líneas generales y en su espíritu más puro —decía el periódico—, pertenece a la herencia tradicional española»; y recordaba sus «arraigadas convicciones católicas».

Otra cosa es que, con una sensibilidad para la realidad que, desgraciadamente, no fue habitual en los católicos de su tiempo, Cánovas supiera acomodarse a las circunstancias en que sus convicciones podían desenvolverse más fructíferamente. Así lo demuestra el que Maura, Cambó o Ángel Herrera no puedan entenderse prescindiendo de él y, sobre todo, el hecho de que, un siglo después de su muerte, sus soluciones conserven sustancialmente toda su vigencia y se pueda hablar justificadamente de Cánovas como de «un hombre para nuestro tiempo».

Gran político, seguramente el mayor de la España moderna, su actuación estuvo siempre guiada por la doctrina que dejó esparcida en multitud de libros y discursos. De él se dijo que no hubo en Europa nadie que conociese mejor las razones de sus actos y quisiera más los actos de sus razones. Pero así como su obra política ha sido magistralmente estudiada, la doctrina sigue prácticamente inédita. A facilitar su conocimiento ha querido contribuir García Escudero con esta Antología «excelente y objetiva», como la califica en el prólogo Manuel Fraga, tan estrechamente vinculado con la Fundación Cánovas del Castillo, que patrocina su publicación en la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS.

Gran político, seguramente el mayor de la España moderna, su actuación estuvo siempre guiada por la doctrina que dejó esparcida en multitud de libros y discursos. De él se dijo que no hubo en Europa nadie que conociese mejor las razones de sus actos y quisiera más los actos de sus razones. Pero así como su obra política ha sido magistralmente estudiada, la doctrina sigue prácticamente inédita. A facilitar su conocimiento ha querido contribuir García Escudero con esta Antología «excelente y objetiva», como la califica en el prólogo Manuel Fraga, tan estrechamente vinculado con la Fundación Cánovas del Castillo, que patrocina su publicación en la BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS.

CÁNOVAS

Un hombre para nuestro tiempo

INTRODUCCION Y ANTOLOGIA

POR

JOSE MARIA GARCIA ESCUDERO



BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS
FUNDACION CANOVAS DEL CASTILLO

CUPÓN DE PEDIDO

Precio especial para los suscriptores de la Revista VEINTIUNO 1000 ptas.
P.V.P. 1500 ptas.

Contra envío de la copia (o fotocopia) de ingreso en la cuenta de la Fundación Cánovas del Castillo del Banco Popular Español, C/ Génova, 20 - Agencia 32 de Madrid (c.c. n.º 60-02498-48) se remitirá el libro. Por favor, no olvide indicarnos su nombre y dirección habitual.

Nombre Apellidos

C/ n.º Localidad

D.P. Ciudad Teléfono

Una cuestión tan actual como el estado de las Autonomías y su futuro, un examen histórico de largos “años de inquietud”, entre 1868 y 1926, y una conmemoración imprescindible, la del gran poeta **Luis Rosales**, recientemente fallecido, forman el contenido de la sección **Estudios**.

Los **Análisis** son un repaso geográfico, histórico y político, de dos zonas europeas, relativamente cercanas entre sí pero muy opuestas en condiciones sociales, económicas, culturales y, sobre todo, de convivencia.

La parte central de este número se dedica a **Lo liberal y lo conservador**. Aunque con un número crecido de aportaciones, que rebasan lo que es frecuente en esta sección de nuestra revista, ni se agota el tema ni se pretende. Se trata, no más, de un acercamiento a la cuestión con algunas consideraciones que miran, unas a los contenidos, a las ideas, otras a las actitudes y estilos de vida, las demás a exámenes más puntuales y a problemas más concretos. Por esta razón, **Veintiuno** se propone volver sobre la cuestión desde ángulos y visiones nuevas. El campo es tan abundante, rico y flexible, que no se agota con facilidad ni queda cerrado con simplificaciones. Por lo demás, un momento como el actual —todo un punto de inflexión histórica— obliga a replanteamientos de lo tenido hasta hoy por más o menos sabido y discutido. Ni los cambios de gobierno de una a otra tendencia, ni las vicisitudes políticas ocasionales, de las que aún carecemos de perspectiva, ni la propia crisis eco-



nómica, que revela tanto como encubre, pueden dar nada por resuelto definitivamente.

Puede calificarse de espléndido —y por desgracia, muy actual— el trabajo de **Salvador de Madariaga** sobre el idioma castellano, que figura en nuestra **Documentación**.

A las **Crónicas** habituales: cultural, parlamentaria, hispanoamericana, panorama de las ideas, se unen a partir de ahora unas **Notas**, cuya denominación no debe engañar sobre su valor: ahí está, en este número, la memoria emocionada que se hace de un poeta e historiador, **Jaime Delgado**, que fue colaborador de esta revista y patrono de la Fundación que la edita.

Un valor literario, sólido, contrastado, algunas de cuyas obras mayores son además un valiosísimo testimonio de una época nada fácil, **José María Gironella**, viene hoy a nuestros **Perfiles**.

Como siempre, y en fin, nuestra sección **Libros** que reseña cinco elegidos; dos de ellos con el detenimiento que nos pedía el que sean hijos de esta revista, con su mismo nombre como colección.

Otra vez más, gracias a todos.

Francisco SANABRIA MARTÍN
Director

EL ESTADO DE LAS AUTONOMÍAS: SU FUTURO

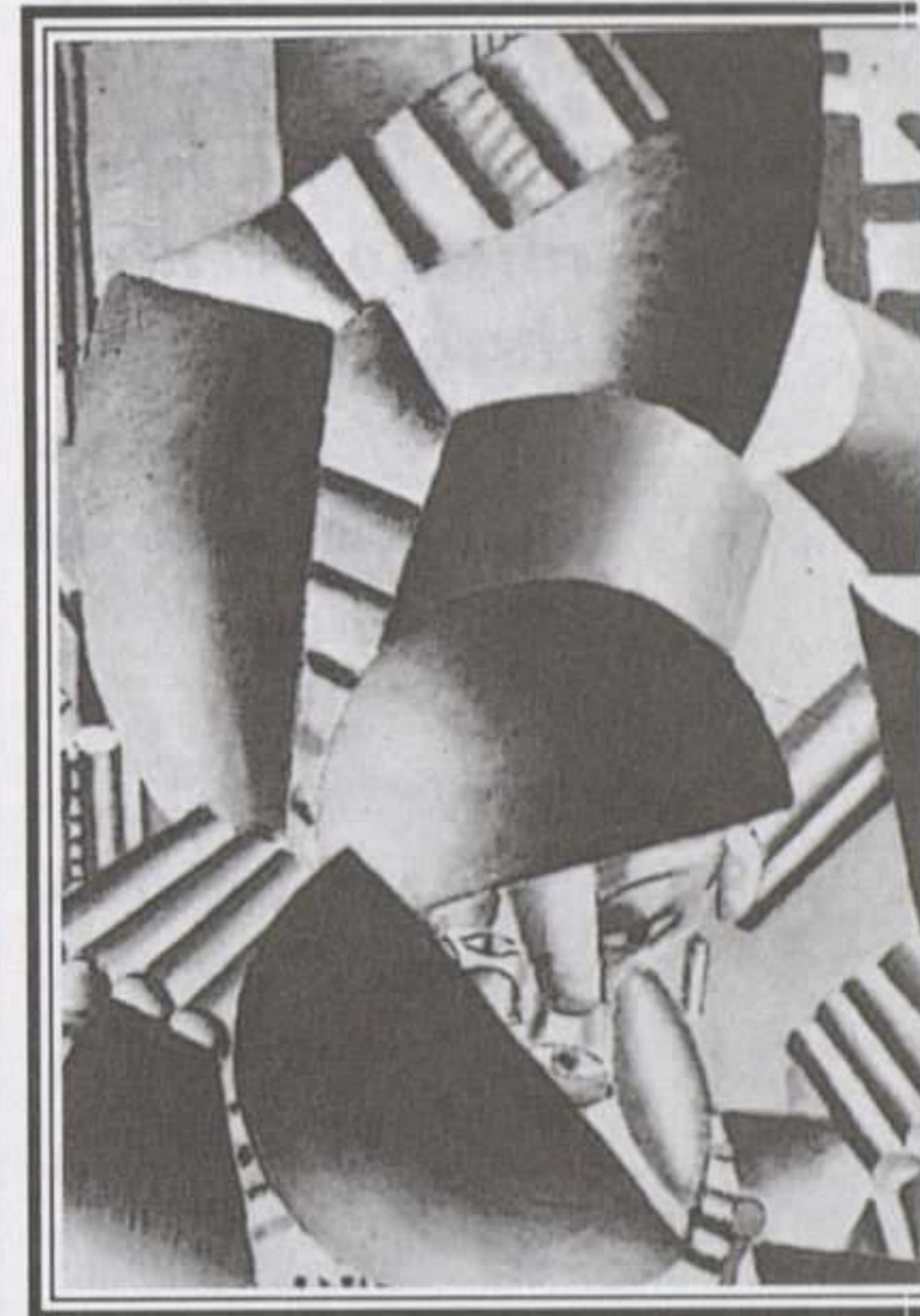
Juan José LUCAS

La construcción del Estado de las Autonomías obedeció al fundamental objetivo de dar respuesta a los problemas planteados por la distribución territorial del poder; unos problemas que han resultado casi endémicos de la política española, sobre todo a lo largo del último siglo de nuestra historia.

*Durante este período, numerosos políticos y pensadores españoles tuvieron la resolución de este problema como un objetivo primordial. Recordemos, por ejemplo, las propuestas que realizó **Pi i Margall** en defensa de un Estado Federal. O los tímidos intentos descentralizadores que, a través de la Mancomunidad catalana, promovieron **Cambó y Prat de la Riba**. Con ocasión de los debates realizados cuando se estaba elaborando la Constitución republicana, el propio **Ortega** concebía una España ordenada “desde arriba y de una vez” en regiones iguales y homogéneas. Y a **Salvador de Madariaga**, sus opciones personales le decantaban hacia “la extensión del principio federal a todos los reinos de España, una España en la que podrían constituirse hasta diez o doce países o regiones”.*

UN problema básico, múltiples propuestas, y escaso éxito en las soluciones. Este podría ser un cuasi telegráfico resumen de la evolución del problema de la organización territorial española.

Nuestra Constitución de 1978 intentó, de nuevo, afrontar el tema buscando una solución lo más aceptable posible para todas las fuerzas implicadas. Y si nos referimos al cumplimiento de este objetivo, debe-



“El actual Estado de las Autonomías ofrece un marco de resolución de nuestros contenciosos históricos, acumulados tras siglos de predominio de planteamientos centralistas, mucho más efectivo que cualquier otro de los modelos”

ríamos afirmar que el balance es positivo: el actual Estado de las Autonomías ofrece un marco de resolución de nuestros contenciosos históricos, acumulados tras siglos de predominio de planteamientos centralistas, mucho más efectivo que cualquier otro de los modelos precedentes.

Sin embargo, inserto en el “debe” de este proceso, nos encontramos con un apunte especialmente importante: el modelo autonómico —especialmente en lo referido a niveles competenciales— todavía no está cerrado, a pesar de que ya han transcurrido más de nueve años desde la aprobación del último de los Estatutos de Autonomía (precisamente, el de Castilla y León) y de que todas las Comunidades Autónomas han pasado por un mínimo de tres procesos electorales para cubrir sus órganos representativos.

Toda la ingente transformación estructural que supuso el Título VIII de nuestra Ley de Leyes se desarrolló dentro de un marco legal no demasiado meditado y ciertamente ambiguo. Pero lo cierto es que tampoco podemos ser excesivamente severos.

Como ha señalado, acertadamente a mi juicio, **Tomás Ramón Fernández**, *“el Estado de las Autonomías no ha sido un capricho, ni tampoco el fruto aséptico de un trabajo de gabinete, realizado serenamente al margen de las presiones ambientales, sino la resultante política de unas circunstancias históricas concretas, particularmente difíciles, además, al margen de las cuales no puede ser entendido ni, menos aún, juzgado”*.

Por ello, nos corresponde ahora a todos cuantos ostentamos responsabilidades públicas —desde el más alto Tribunal hasta los dirigentes territoriales— el ir perfilando y definiendo cada vez más lo que no era sino un esbozo y unos planteamientos poco definidos hasta conseguir un modelo global y acabado, en una tarea que debe llevar como elementos indispensables la confianza mutua y la colaboración en un esfuerzo común.

El papel de las Comunidades Autónomas

Dentro de este empeño, creo que una exigencia inmediata es el tratar de afirmar cuál es, en principio, el papel básico de las Comunidades Autónomas en el concierto nacional. A este respecto, una primera y nada desdeñable respuesta alude al argumento de la *eficacia superior en la gestión*, motivada por la mayor proximidad de la Administración al ciudadano.

La historia de los pueblos más prósperos y libres nos demuestra

que, cuando el Estado se regionaliza, la riqueza, la justicia y la libertad prosperan con mayor vigor que en los estados centralizados. Más aún, podemos decir que la idea de centralización como el sistema de suma eficiencia —presente desde **Colbert** hasta **Max Weber**— ha entrado en crisis general e irreversible, tanto en el Estado como en las organizaciones privadas. A grandes rasgos nos encontramos con que, en los momentos actuales, los niveles centrales de gobierno acostumbran a tener más poderes legales y mayores recursos financieros, mientras que los niveles regionales disponen de mayor información real de lo que sucede “por debajo”, y gozan también de una mejor colocación para lograr consensos o acuerdos políticos.

Por ello, son los gobiernos regionales —y también los locales— quienes tienen la auténtica capacidad de poder aquilatar a las específicas condiciones de su territorio las, obligadamente generales, soluciones emanadas del gobierno central. De esta manera, el sistema autonómico garantiza aplicaciones, creativas y más eficaces, de soluciones que, vistas “desde arriba”, aparecen como excesivamente uniformizadoras.

Pero, al lado de esta evidente línea argumental, existe otra justificación básica de la autonomía territorial, a mi juicio de mayor calado todavía, y no es otra que la afirmación de las instancias regionales como *garantes de las libertades públicas*.

Junto a la tradicional “división vertical del poder”, hoy aparece de forma muy clara lo que he venido denominando en alguna ocasión la “división horizontal del poder”, consistente en la distribución competencial de un territorio en diferentes esferas de decisión. Así, la propia existencia de diversos escalones competenciales supone, en sí misma, un freno al exceso de poder y una importante traba al posible abuso del mismo.

Esto no es algo nuevo. Lo que más tarde desarrollara **Tocqueville** está ya previsto por **Montesquieu**: un Estado sólo puede acceder realmente a este calificativo si se halla moderado o equilibrado armónicamente. De esta manera, la distribución territorial de los poderes se pone al servicio del equilibrio estatal, de la autonomía de sus comunidades internas y de la libertad personal de sus miembros.

La consolidación del Estado de las Autonomías significa, por tanto, la consolidación de una importante garantía de las libertades de todos los españoles. Y tal principio se puede sintetizar en cinco perspectivas diferentes:

1º) *Supone garantía de libertad porque, como acabo de decir, se trata de gobiernos más cercanos a la sociedad y, por ello, más cercanamente controlables.*

“El modelo autonómico todavía no está cerrado, a pesar de que ya han transcurrido más de nueve años desde la aprobación del último de los Estatutos de Autonomía.”

“La historia de los pueblos más prósperos y libres demuestra que, cuando el Estado se regionaliza, la riqueza, la justicia y la libertad prosperan con mayor vigor que en los estados centralizados.”

En efecto, las gestiones de los gobiernos autónomos son cada vez más cuidadosamente analizadas en las ocasiones electorales. La eficiencia y la atención efectiva a las necesidades locales son, en estos niveles políticos, mucho más determinantes de los resultados electorales que lo son a nivel nacional, donde objetivos y rendimientos son más fácilmente diluibles en la retórica.

Esta proximidad al ciudadano, esta sensibilidad más directa a sus auténticas y reales aspiraciones adquiere una relevancia aún más especial en un momento histórico donde, como acabamos de ver no hace mucho en Dinamarca o en la poco corriente campaña electoral norteamericana, muchos de los cauces de comunicación tradicionales entre la sociedad y el poder han demostrado graves carencias.

2º) *Es garantía de libertad porque, como también he dicho, asegura el equilibrio de poderes.* La presencia de gobiernos de distintos partidos en nuestro territorio nacional necesariamente supone, y esto es algo bueno en sí mismo, el control del exceso de poder por parte de una mayoría en el Estado Central.

3º) *Es garantía de libertad porque es garantía de la existencia de elementos culturales plurales en nuestro país, en España.*

4º) Con esta base, *es garantía de la libertad individual porque es garantía de la identidad personal con las propias raíces y tradiciones* y, por lo tanto, garantía del derecho al libre desarrollo de la personalidad.

5º) *Es garantía de libertad porque un correcto diseño del Estado Autonómico supone un gobierno más eficaz*, en cuyo ámbito se puede desarrollar la máxima de conseguir “menos Estado y más sociedad”.

En resumen, el principio esencial de garantía de las libertades ha adquirido carta de naturaleza especial en la concepción moderna del sistema autonómico, dentro del marco de nuestro Estado Democrático y de Derecho.

Es un hecho que la democracia está funcionando en las Comunidades Autónomas, y de ese juego democrático ha venido un arraigamiento, ya definitivo, del sistema autonómico en el seno de las poblaciones respectivas. Y este mismo juego democrático es el que está permitiendo corregir los indudables errores cometidos en el comienzo de la andadura autonómica.

Un proceso tan consolidado como es el proceso autonómico español no puede generarse, ni mucho menos retroceder. Avanzar y profundizar en el mismo es algo obligado porque, en todo caso, los costes

del frenazo o del retroceso serán siempre muchísimo mayores que los que supone el avance hacia el total asentamiento del sistema de las autonomías. Y tal avance hay que hacerlo con decisión y sinceridad.

Una perspectiva diferente

Si a lo largo de los últimos años debíamos atender a las necesidades de la puesta en marcha del sistema diseñado por la Constitución Española hace trece años, es decir, responder básicamente a problemas de nacimiento y crecimiento; ahora las Comunidades Autónomas podríamos decir que se encuentran con los problemas propios de la adolescencia. Quieren ser mayores y asumir su responsabilidad de adultos, algo para lo que se han venido preparando a fondo en los últimos años; pero se encuentran todavía sometidas a la tutela del “Estado-padre”, quien aún desconfía de su capacidad de obrar.

Por todo ello, urge cada vez más asegurar un modelo definitivo de Estado Autonómico, a través del cual se establezca un marco claro de principios y competencias, se instrumenten los mecanismos de participación y articulación ante los respectivos Gobiernos y se arbitren los medios precisos para solucionar rápidamente los inevitables conflictos.

Mi propuesta para perfilar este modelo definitivo o, cuando menos, estable, del Estado de las Autonomías pasa por el desarrollo de cuatro líneas de actuación fundamentales: la nivelación competencial autonómica; la inserción plena de las Comunidades Autónomas en la actividad ordinaria del Estado; el desarrollo de una necesaria racionalización administrativa y la afirmación del principio de la “lealtad constitucional” en la actividad de cualquier Administración. Detengámonos un momento en cada una de ellas.

Nivelación competencial autonómica

Es una exigencia fundamental que todas las Comunidades Autónomas tengan similares capacidades de actuación y unos recursos igualmente semejantes; máxime cuando nos enfrentamos ante desafíos de tanta trascendencia como la implantación del Mercado Unico Europeo o las exigencias de la Unión Política, presentes tras la cumbre de Maastricht.

La moderna concepción de la autonomía territorial la contempla como una técnica funcional de gobierno. Su verdadero apoyo –más

“La consolidación del Estado de las Autonomías significa la consolidación de una importante garantía de las libertades de todos los españoles.”

“La presencia de gobiernos de distintos partidos en nuestro territorio nacional supone, necesariamente, el control del exceso de poder por parte de una mayoría en el Estado Central.”

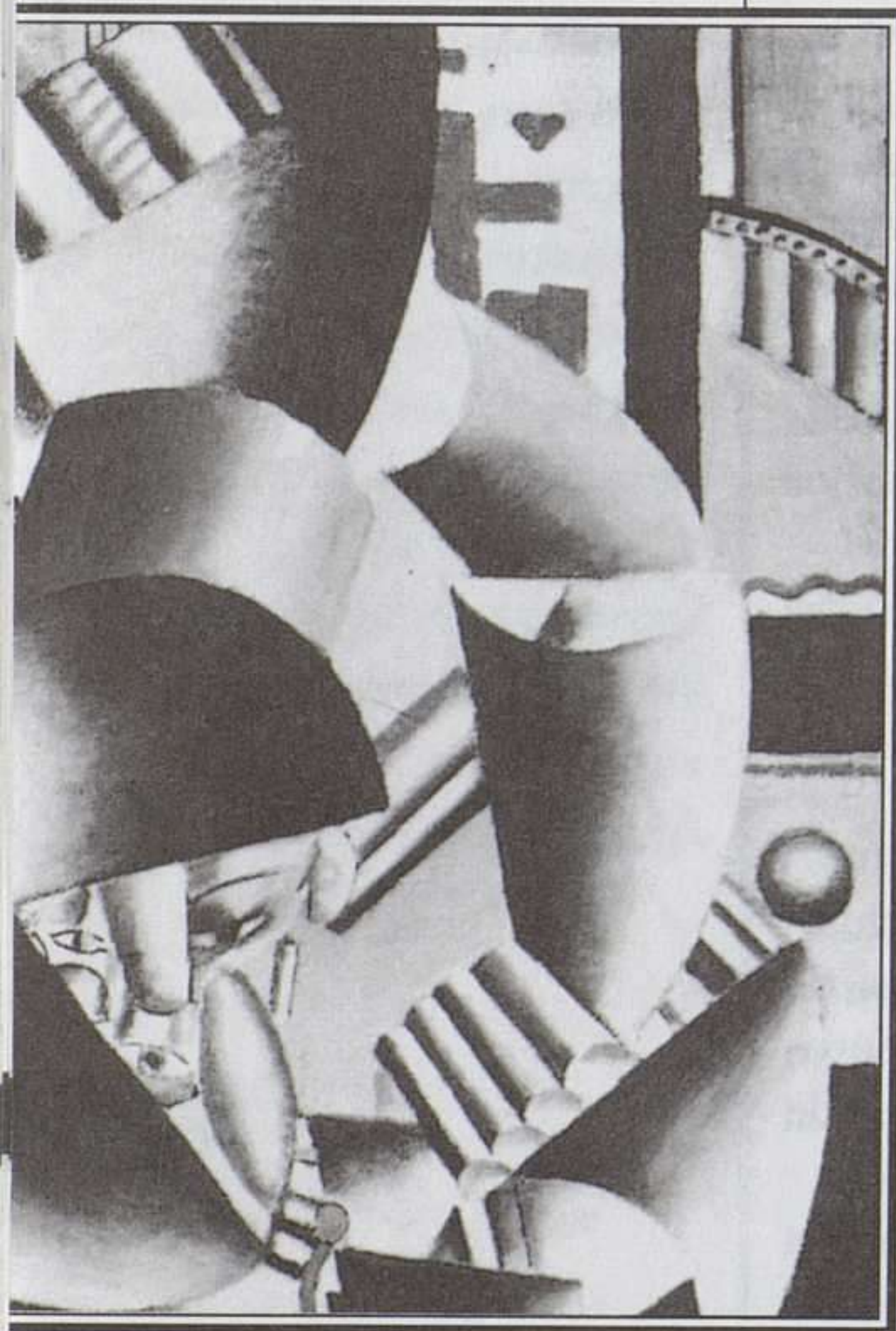
que en una hipotética y, en casi todos los casos, bastante dudosa justicia de restitución histórica o cultural— está en el derecho de todos los ciudadanos a participar en los asuntos que les conciernen; un derecho que tienen por igual quienes se amparan en la particularidad de ciertas tradiciones y rasgos culturales y quienes carecemos de tan ilustres y particularistas antecedentes pero que, en su lugar, hemos dado lugar al común de la estirpe hispana.

Comprenderán ahora por qué, no sin motivo, omití cualquier referencia a los argumentos de tipo étnico o cultural diferenciales cuando me refería al papel y justificación de las Comunidades Autónomas y a los que con tanta frecuencia recurren determinadas opciones políticas, escasamente solidarias con el auténtico significado de España. Es necesario, más aún, imprescindible, una auténtica nivelación de competencias y recursos entre todas las Comunidades Autónomas.

Preciso es apuntar que no se exige, en modo alguno, la absoluta uniformidad entre Comunidades Autónomas; una uniformidad que es prácticamente imposible de conseguir si atendemos a las particularidades propias y específicas de cada región de España. Pero sí que es obligada la existencia de un modelo tendencialmente único, con una identidad básica de las competencias más esenciales.

Tampoco quiero dejar de recordar que, en los actuales momentos, diez Comunidades Autónomas de España se enfrentan a un primer proceso de asunción de nuevas competencias, entre ellas Cantabria y Castilla y León. Asumo que la vía escogida para este proceso —las Leyes de Transferencia del artículo 150.2 de la Constitución— no es el camino que hubiésemos deseado pero, en frase de **Cánovas del Castillo**, *“la política es el arte de aplicar en cada época aquella parte del ideal que las circunstancias hacen posible”* y, evidentemente, los perjuicios derivados de un mayor retraso en la recepción de nuevas competencias superaban ampliamente a la cuestión de aceptar o no un camino más o menos preferido.

Ello no es óbice para resaltar, por una parte, los defectos técnicos del camino elegido, pues la mejor doctrina señala cómo el instrumento utilizado estaba orientado de manera preferente hacia soluciones particulares y situaciones concretas, y para señalar que, por otra parte, el ejercicio de la mencionada vía presenta algún punto discordante. Por ejemplo, en el artículo 21 del Proyecto de Ley Orgánica de Transferencias se contemplan una serie de controles de las materias a transferir concebidos en términos bastante am-



“Los dos Acróbatas”, Léger

plios y ambiguos y que penderán como una espada de Damocles sobre la actividad autonómica. Pese a que en la Exposición de Motivos del citado Proyecto de Ley se prevea que los mismos queden sin efecto tras la incorporación de las nuevas competencias a los Estatutos, no se trata de una disposición vinculante y supone una baza más en manos de la Administración Central.

Castilla y León, por todo ello, no va a cejar en su empeño de incorporar cuanto antes a su Estatuto de Autonomía cuantas nuevas competencias puede llegar a obtener, así como en la profundización de un proceso que ahora no ha hecho sino comenzar y que espera ser ampliado en el futuro mediante el acceso a competencias en materias tales como la sanidad o la posibilidad de disolución de las Cortes Regionales.

Participación autonómica

En segundo lugar me he referido a la *inserción plena de las Comunidades Autónomas en la actividad ordinaria del Estado*, resumida en dos palabras: participación autonómica. La nueva organización territorial del Estado debe ser asumida por éste sin recelos ni desconfianzas. Cada Comunidad Autónoma tiene el legítimo derecho a intervenir en los foros donde se estén ventilando asuntos que puedan afectar a su específico ámbito de actuación, y el Estado no debe extrañarse de ello, ni mucho menos oponerse.

Esto es especialmente importante, por ejemplo, cuando se discuten los planes de actuación económica general o durante el diseño de las grandes infraestructuras. El Estado no puede hacer oídos de mercader a las propuestas de las Comunidades Autónomas ni a sus deseos de intervenir, en la medida que les afecte, en la actividad ordinaria estatal. Incluso esto es algo que tiene sanción constitucional plena, como se desprende, por citar alguno, del artículo 131 de nuestra Carta Magna.

Son ya conocidos algunos mecanismos concretos apuntados desde sectores diversos para propiciar la aludida participación; mecanismos como puede ser una mayor presencia y actividad autonómica en las Comisiones Sectoriales; o la tantas veces aludida Conferencia ordinaria de Presidentes de las Comunidades Autónomas junto con el del Gobierno del Estado. Sin embargo, el órgano llamado a encauzar de manera básica esta participación autonómica por expreso mandato constitucional es el Senado. Y, hoy por hoy, es un órgano inoperante.

“El principio esencial de garantía de las libertades ha adquirido carta de naturaleza especial en la concepción moderna del sistema autonómico, dentro del marco de nuestro Estado Democrático y de Derecho.”

“Es una exigencia fundamental que todas las Comunidades Autónomas tengan similares capacidades de actuación y unos recursos igualmente semejantes.”

El actual Senado está concebido más como contrapeso teórico del Congreso de los Diputados —una labor que, por cierto, tampoco cumple— que como una auténtica Cámara de Representación Territorial al uso de los países más descentralizados. Ello ha hecho que nos encontremos con un sistema de base autonómica irregular que tiene truncado su vértice.

Los ensayos de revitalización del Senado mediante la reforma de su Reglamento son, sin duda, meritorios. A la vista de la situación actual, cualquier intento de reforma debe ser saludado. Pero, lo cierto es que la vía reglamentaria se muestra roma e inidónea para los ambiciosos fines que dice perseguir y constituye un camino tan bien intencionado como estéril. El Reglamento es una norma de procedimiento que indica cómo se han de ejercer las funciones que se tienen, pero que resulta manifiestamente inhábil para atribuir nuevas funciones a un órgano y, mucho menos, para incidir sobre su composición cuando la misma está fijada en el propio Texto Constitucional.

Resulta lógico suponer que si la Cámara Alta está concebida como Cámara de Representación Territorial, y la base de la actual estructura territorial del Estado son las Comunidades Autónomas, sean los representantes de éstas quienes, a diferencia de lo que ocurre en estos momentos, conformen el grueso de los senadores; y que las propias funciones del Senado se adecúen a su carácter de privilegiado foro territorial. Por ello, en el futuro no me cabe duda que habremos de asistir a la necesaria inclusión de estas consideraciones en nuestra Ley de Leyes.

De todas formas, quiero volver a insistir en que cuanto acabo de desarrollar sólo será plenamente eficaz si va acompañado de un sustancial enriquecimiento de la cultura política dominante que asuma la participación de las Comunidades Autónomas en la formación de la voluntad del Estado de las Autonomías, así como en la definición del interés general.

Necesaria racionalización administrativa

Nos encontramos hoy ante un sistema que se creó para facilitar la participación ciudadana y la flexibilidad administrativa y que está degenerando en rigideces, aumento burocrático y una serie de conflictos absolutamente innecesarios. Se constata que en los actuales momentos no se percibe al Estado más fuerte sino más pesado; no se le percibe más participativo sino innecesariamente complicado y, por tanto, más opaco.

He oído culpar con frecuencia a las Comunidades Autónomas del desmesurado aumento burocrático actual, una crítica que las más de las veces parte de sectores interesados y que no resiste un examen comparativo de las cifras más importantes.

Y estas cifras nos indican que, a pesar de todos los años de funcionamiento del sistema autonómico y de las transferencias competenciales realizadas, el personal de la Administración periférica del Estado todavía se mantiene en una cuantía similar al conjunto total de funcionarios al servicio de las Comunidades Autónomas, limitado aún al 35,6 por ciento de la totalidad de funcionarios públicos.

Por otra parte, apenas el 26 por ciento de todo el personal al servicio de las Administraciones Autonómicas procede de sus propias ofertas de empleo público, dándose casos como el de Castilla y León donde, de sus casi 16.000 funcionarios, apenas el 4,4 por ciento son de creación propia. Sin embargo, la Administración Central del Estado como mínimo mantiene los mismos efectivos, a pesar de haberse realizado, insisto en ello, todo ese gran volumen de traspasos a las Comunidades Autónomas.

Esto es algo que no tiene ningún sentido y que hay que achacarlo a esa latente desconfianza que aún se percibe contra las nuevas entidades territoriales y que obliga a una supervisión constante y obsesiva de su actividad; sin olvidar otros importantes factores como puede ser cierta confusión en la interpretación de los preceptos de la Constitución llevada a cabo por el Tribunal Constitucional, quien a veces ha caído en algo contra lo que ya advertía **Merkel** en los años veinte, legitimando la duplicidad de actividades de las instancias estatal y autonómica en una misma materia (véanse las sentencias sobre la Ley de Costas o la Ley de Patrimonio Histórico, por ejemplo); lo cual, aparte de la confusión mencionada, favorece la duplicidad administrativa. Esto es algo ilógico. La conservación de un monumento no puede encomendarse a dos arquitectos de Administraciones distintas, por ejemplo.

Todo ello me permite afirmar que en España estamos asistiendo a un camino poco halagüeño que nos puede llevar a una enorme complejidad político-administrativa al multiplicar los niveles del Estado, como resultado de superponer modelos distintos y no haber hecho opciones claras. Así, la búsqueda de una racionalidad administrativa se convierte, más que en una conveniencia, en una auténtica y urgente necesidad.

Este debate ya ha sido iniciado, y ya lo habrán relacionado con el famoso tema de la denominada "Administración Unica".

“Castilla y León no va a cejar en su empeño de incorporar cuanto antes a su Estatuto de Autonomía cuantas nuevas competencias pueda llegar a obtener, así como en la profundización de un proceso que ahora no ha hecho sino comenzar.”

“El Estado no puede hacer oídos de mercader a las propuestas de las Comunidades Autónomas ni a sus deseos de intervenir, en la medida que les afecte, en la actividad ordinaria estatal.”

Cuatro ideas básicas

Mi postura personal la he venido exponiendo en diversos foros y no voy a extenderme en ella de nuevo ahora. Sin embargo, el notable grado de confusionismo que todavía se observa en este tema me incita a dejar claros, de manera sucinta, cuatro puntos básicos:

1º) El principio básico de mi propuesta se cifra en la consideración de que la Administración de cada Comunidad Autónoma debe convertirse en la *Administración de derecho común* en su territorio; esto es, la que asume de manera general todas las actividades de gestión y ejecución administrativa.

2º) Para conseguir esto se precisa, por una parte, que cada Comunidad Autónoma asuma el máximo nivel de competencias previsto por la Constitución; y, por otra parte, la puesta en marcha de un valiente y decidido proceso de delegaciones intersubjetivas del Estado hacia las Comunidades Autónomas de la gestión y ejecución de aquellas competencias no susceptibles de ser transferidas en su titularidad, pero sí en su ejercicio.

Distinguiendo claramente entre la *titularidad* de la competencia y su *ejercicio*, el Estado mantendría su titularidad, controlando la gestión y el ejercicio de la misma que correspondería a una única administración: *la autonómica*. asumiendo y respetando las funciones que deben ser realizadas de manera inexcusable de forma directa por los órganos estatales.

3º) La aceptación de tales planteamientos obligaría, por tanto, a una completa *reconversión de la Administración del Estado*: reconversión que, más que incidir en su volumen, obliga a incidir preferentemente sobre sus nuevas funciones.

La Administración Central debe adaptarse a su nuevo papel en el contexto autonómico, orientando sus funciones hacia las tareas de dirección, vigilancia, coordinación y planificación; mucho más desligadas de la actuación particular de los servicios, al contar con otras administraciones —las autonómicas— encargadas de ejecutar sus decisiones. Ello obligará a la necesaria reestructuración orgánica, sobre todo a nivel periférico, muchos de cuyos órganos adquirirían el carácter no sólo de reliquias, sino de auténticos intrusos en el nuevo sistema.

4º) Por último, y como conclusión básica, cabe decir que tal propuesta resulta en lo esencial, una propuesta *eminente técnica* que precisa de la inicial voluntad política para realizarla. Por tanto, carecen de fundamento las críticas que acusan a la misma de cuestionar el modelo del Estado existente o de suponer un fraude a la Cons-

titución, ni mucho menos de constituir un intento de “refundar el Estado”. Lo único que defiende, y es algo que defiende con firmeza, es que al Estado no le hace falta un instrumento central y omnipresente para el cumplimiento de sus fines: la mayoría de ellos pueden ser ejercitados a través de las administraciones autonómicas.

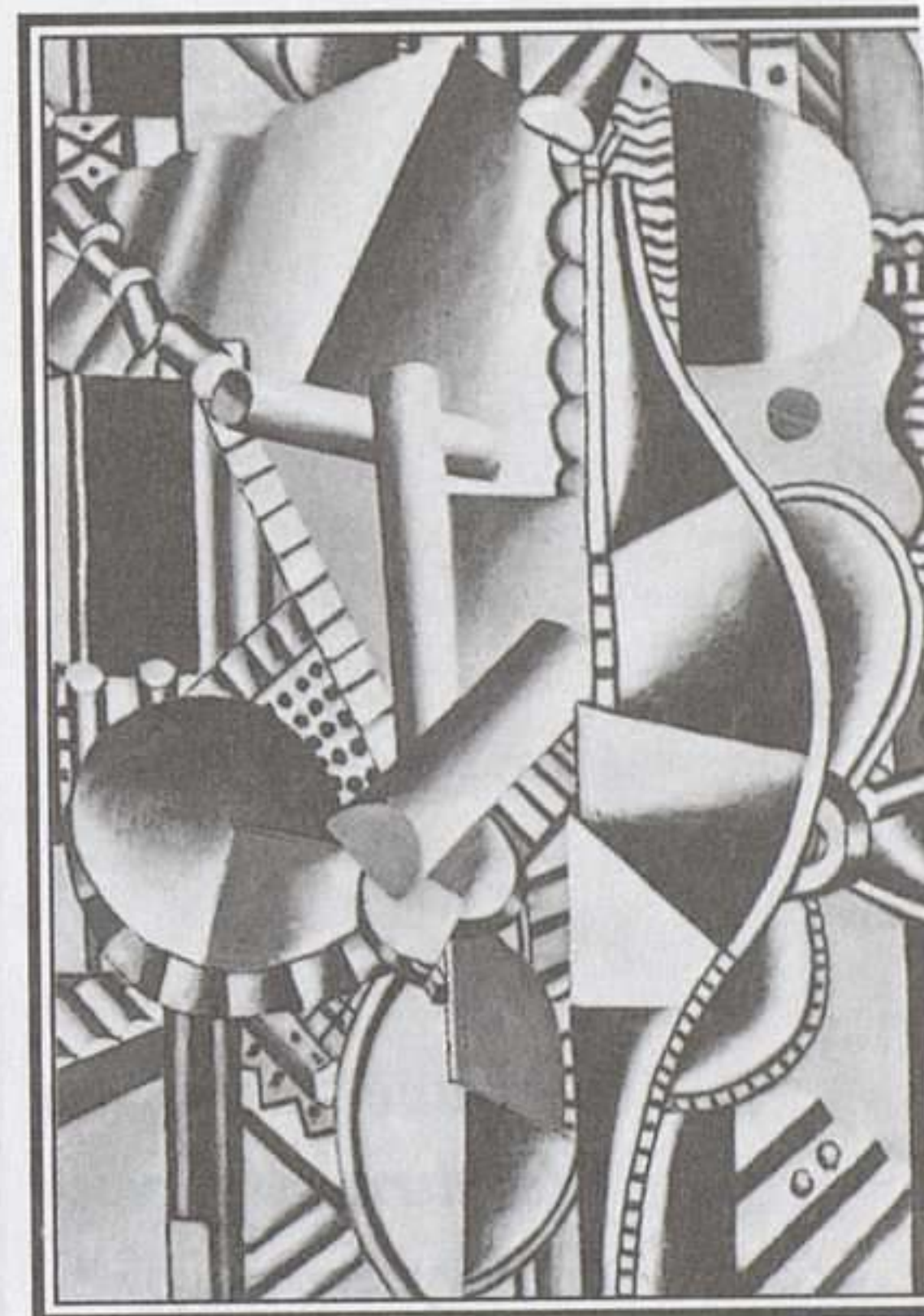
En unos momentos en que el Gobierno del Estado, incapaz de cumplir sus propias previsiones de gasto, se ha lanzado a un incremento de la fiscalidad casi brutal para conseguir de la abrumada sociedad española los recursos que necesita con el objetivo de financiar el impresionante déficit público acumulado en 1992, la reducción del gasto público y del volumen burocrático que ahora tenemos es una verdadera necesidad para nuestra economía.

Dentro del proceso de ampliación competencial que se va a desarrollar de manera inminente, está prevista la transferencia de competencias, por ejemplo, en materias como industria, producción y transporte de energía, defensa del consumidor y usuario, régimen minero y energético, ferias internacionales o propiedad industrial. Todo ello debería originar una drástica poda en las 23 Direcciones Generales y Organismos Autónomos del Ministerio de Industria, Comercio y Turismo; como también se impondría la reducción de esas 29 Direcciones Generales y Organismos Autónomos del Ministerio de Obras Públicas y Transportes si competencias en materia de ordenación y concesión de recursos hidráulicos, transporte marítimo o protección del medio ambiente van a ser también transferidas a las autonomías. El mismo análisis es preciso realizar, en resumen, con toda la estructura gubernativa ahora existente. Tras la conclusión de este primer proceso de transferencias, estoy seguro de que sobrarán muchas de las 271 Direcciones Generales actuales.

Afirmación del principio de “lealtad constitucional”

Por último, en cuarto lugar, queda el hacer una breve referencia al principio de lealtad constitucional.

Un sistema tan complicado como el autonómico exige la presencia de un principio vertebrador. La Constitución define a las Comunidades Autónomas como una forma de organización del Estado. En definitiva, *son Estado* tanto como el Gobierno Central. Y, por ello, el interés general del Estado es algo común a todas las estructuras que lo componen. Ello implica el deber recíproco de cada parte de tomar



“Propulsores”, Léger

“Al Estado no le hace falta un instrumento central y omnipresente para el cumplimiento de sus fines: la mayoría de ellos pueden ser ejercitados a través de las administraciones autonómicas”

en cuenta los intereses vitales del conjunto y de las demás en el ejercicio de sus competencias. Este es el sentido último del principio de lealtad constitucional, constitutivo, a mi juicio, de una auténtica “época institucional objetivizada”.

El propio Tribunal Constitucional ha dejado bien claro que *“la unidad política, jurídica, económica y social de España impide su división en compartimentos estancos”* (STC 37/1981). Así, es imprescindible que todos los componentes de la estructura territorial del Estado busquen unas relaciones constructivas, amistosas y de colaboración constante, por encima del mero respeto formal a las reglas constitucionales.

Es posible ya encontrar la plasmación concreta de este principio de manera formal. Por ejemplo, en el último Proyecto de Ley de Régimen Jurídico de las Administraciones Públicas, aparece en su artículo 4.1, que las Administraciones Públicas deberán: *a) Respetar el ejercicio legítimo por las otras Administraciones de sus competencias. b) Ponderar, en el ejercicio de las competencias propias, la totalidad de los intereses públicos implicados y, en concreto, aquellos cuya gestión esté encomendada a otras Administraciones.*

A modo de recapitulación, podemos decir que hemos hecho ya lo más difícil y complejo: romper los viejos esquemas. No vamos a fracasar en la etapa de perfeccionamiento final que lógicamente ha de ser más fácil, sobre todo si existe la voluntad política precisa.

El sentimiento autonómico debe ser asumido cabalmente, conscientes de los actuales defectos del sistema, porque sólo conociendo y asumiendo los defectos del sistema seremos capaces de mejorarlo. Sólo sabiendo lo que de negativo tiene el actual Estado Autonómico estaremos en condiciones de defenderlo y apoyarlo conscientemente, no con los ojos cerrados; porque con los ojos cerrados o se adora tontamente o se embiste. Y ninguna de estas actitudes son dignas de la sociedad española.

La construcción del Estado de las Comunidades Autónomas es un proyecto político estatal de una pieza, no un cosido de retales. Este nuevo estado necesita un retejido, un armónico ensamblaje de las 18 piezas que lo componen, capaz de asegurar, desde su propia autonomía, un funcionamiento coordinado y eficaz del conjunto; algo que es sencillamente capital porque en ello se juega el futuro del estado de las Autonomías y, con él, nuestro propio futuro.

Juan José LUCAS

LUIS ROSALES

Carmen DÍAZ DE ALDA HEIKKILÄ

Luis Rosales nació en Granada el 2 de Junio de 1910, unos días después del Corpus. Sus padres, Miguel Rosales Vallecillos y Esperanza Camacho Corona eran oriundos de Granada. Los recuerdos más vivos de Rosales están ligados a las emociones de la niñez y al mundo familiar: los hermanos, la casa, la plazuela, los juegos, y muy especialmente al mundo de su madre.

El mundo de la infancia como conformante poético

ROSALES es capaz de revivir su infancia, poéticamente, muchos años después, con una inmediatez y una sensualidad asombrosa. Las emociones y recuerdos de su niñez suelen ser muy precisos, revive magistralmente los lugares en que transcurre: sus recorridos callejeros, la calle Libreros, el paseo de las Huertas, la Plaza de los Lobos, el Generalife, “esa canción de cuna del agua de Granada”, y la Alhambra, “tapias con asomos de cielo”, una Granada captada por los sentidos a través del olor de sus cármenes, del ruido de las calles, la atmósfera de sus palacios. Ese es el paraíso perdido que se descubre entre sus versos con un lirismo y una frescura inusitada.

En contraste doloroso con ese mundo feliz está el colegio Calderón, situado al final de la calle de Puentezuelas, adonde asiste el poeta desde los cinco años. Estas memorias de la niñez relacionadas con “el colegio a la vera del río, con su rosario vespertino, su madrugón y su lágrima auestas” constituirán, como ya estudié en otro lugar, el hilo biográfico conductor de *La carta entera* (1).

Pese a que su interés por la creación poética es relativamente tardío, Luis Rosales ha sido un enorme aficionado a la lectura. De niño leía con avidez las novelas de Verne y los clásicos del XIX. Don

“Pese a que su interés por la creación poética es relativamente tardío, Luis Rosales ha sido un enorme aficionado a la lectura.”

(1) M^a. Carmen Díaz de Alda, *La comunicación temática de “La carta entera” de L. Rosales*, en *Revista de Ciencias de la Información*, n.4, edit. Univ. Complutense, Madrid, 1987.

“Cuando en 1932 se pone en marcha el Plan Nuevo de Filosofía y Letras, Luis Rosales se traslada a Madrid. Deja atrás el comercio, dos carreras empezadas y con ellas también a su primera novia.”

Antonio Corona, hermano de su abuela materna, había sido poeta en su juventud y fue gran amigo de **Zorrilla**. Tenía una magnífica biblioteca y allí pasó Luis muchas horas de sus domingos infantiles.

De su madre heredó el gusto por el arte y por la pintura, al igual que su hermano Gerardo, el más querido y el más unido a Luis. Esta extraordinaria mujer, a quien Rosales dedicará *El contenido del corazón* se hace en el poeta “*memoria iluminadora*” y “*herida inextinguible*”. Su padre, la persona a quien más quiso en el mundo, fue para el poeta guía y ejemplo permanente. Por eso en la segunda versión de *La casa encendida* le dedica la parte IV, “*Cuando a escuchar el alma me retiro*”, sin lo cual no habría sido posible reunir el corazón.

La familia Rosales tenía un almacén de mercería que se llamaba La Esperanza, y estaba situado en uno de los arcos de salida de la plaza de Bibarrambla, ya desaparecidos. Allí estuvo Luis durante cuatro años, trabajando como dependiente y aprendiz.

Entre Granada y Madrid

La Granada artística que Luis Rosales vive en su juventud es una Granada de contrastes sorprendentes, una maravilla de síntesis en donde elementos cristianos, judíos y moriscos conviven en perfecta armonía, si bien pesa mucho la imagen granadina consagrada por el Romanticismo: arabesca, morisca, exuberante y misteriosa. Las vivencias más inmediatas de la ciudad y la percepción de la realidad cotidiana son sentidas de manera similar por los dos máximos poetas granadinos de este siglo: **Federico García Lorca** y Luis Rosales. Ambos son también el barómetro de esa otra Granada ociosa, indolente y desesperanzada. Como decía Federico, Granada es una ciudad de ocio, una ciudad para la contemplación y la fantasía, en donde “*el día no tiene más que una hora inmensa, y esa hora se emplea en beber agua, girar sobre el eje del bastón y mirar el paisaje*”.

Pero en asombrosa contradicción, tras todo ello late una ciudad inquieta, sensible a las manifestaciones artísticas. La vida intelectual y literaria se desarrollaba en el Ateneo, el Centro Artístico y las tertulias de los cafés. Particularmente activa fue la del Rinconcillo, que se reunía en el rincón que formaba el Café Alameda y que vemos ya culminada en 1922 (2). Eran miembros del Rinconcillo, entre otros, Federico

(2) Nos dice **Francisco García Lorca** que el grupo del Rinconcillo se había desgajado del Centro Artístico, “*ya decadente y cerrado a toda nueva tendencia*” (en *Federico García Lorca y su mundo*, Alianza Tres, 1981).

y **Francisco García Lorca**, **Soriano Lapresa**, **Manuel Angeles Ortiz**, **Antonio Gallego Burín**, y **Manuel de Falla**. Pero por aquellos años Luis Rosales no estaba interesado en la poesía. No participó en esta tertulia ni tampoco en la revista *Gallo*, aunque era amigo de muchos de sus miembros.

Aparte de unos poemitas primerizos publicados en un periódico local, no hizo otras incursiones en la vida literaria hasta febrero de 1930, con un recital en el Centro Artístico de la ciudad que constituyó un rotundo éxito y del que se hizo eco puntualmente la prensa. Podemos decir que fue Soriano Lapresa su introductor en la vida literaria, y **Joaguín Amigo** el responsable de que continuase en ella. Poco después se matricula en la Facultad de Derecho y casi al mismo tiempo en la de Filosofía y Letras.

Cuando en 1932 se pone en marcha el Plan Nuevo de Filosofía y Letras, Luis Rosales se traslada a Madrid. Deja atrás el comercio, dos carreras empezadas y con ellas también a su primera novia, **Carmen Hernández**, la musa de *Oraciones de Abril*. Lleva una intensa vida literaria —es el momento de influencia de la Generación del 27— y forja su amistad con **Guillén**, **Salinas**, **Dámaso Alonso** y sobre todo con García Lorca y **Pablo Neruda**. Pronto figura entre los colaboradores de las revistas *Los Cuatro Vientos*, y *Cruz y Raya*.

Con la aparición de *Abril* en 1935 —un libro de poemas que cambió el rumbo de la poesía española y en torno al cual se aglutinan los miembros de una nueva generación poética, la de 1936 (Rosales, **Panero**, **Ridruejo**, **Vivanco**...)— a Rosales le cupo el honor de encabezar las Ediciones del Arbol, en donde publicaron después Lorca, Salinas, Neruda y Jorge Guillén. Este su primer libro, nace de una experiencia vital concreta, su relación con la joven **Lola Monereo**, a quien conoce en las aulas de la Universidad.

Rosales no ha vuelto a vivir en Granada. Le alejaron de allí recuerdos y experiencias dolorosas; las más importantes, sin duda, la Guerra Civil y la muerte de muchos amigos entrañables, entre ellos, Joaquín y Federico, ambos asesinados. Todo ello le llevó a una especie de exilio que ha soportado con dignidad admirable. Luis Rosales se separó físicamente de la ciudad, pero nunca pudo sacársela del alma.

*!Volver de nuevo a la infancia
para subir despacito
por la Cuesta de Maraña!*

“Granada es su arranque y su raíz, en ella publica sus primeros versos; de allí provienen muchos de sus más entrañables amigos, lleva Granada y Andalucía en la sangre.”

“El escepticismo, la descreenencia política y el tono vital desengañado es lo que marca la diferencia fundamental entre los poemas escritos durante la contienda y los que, inspirados en ella, escribió estos últimos años.”

...escribe el poeta en *Canciones* (“*Soleares a la ciudad de Granada*”). Granada es su arranque y su raíz, en ella publica sus primeros versos; de allí provienen muchos de sus más entrañables amigos, lleva Granada y Andalucía en la sangre, y después de más de medio siglo residiendo en Madrid, siguió conservando su acento, “*porque perderlo sería como exiliarse*”. Incluso cuando en 1962 el poeta se compra la casa de Cercedilla, la casa de la que ha salido una gran parte de su obra, lo hará pensando en Granada: “*Elegí este pueblo después de mucho buscar. El emplazamiento me recuerda algo a Granada, con ese perímetro de los Siete Picos, montes y sierras a la redonda*” (3).

Allí volverá Rosales en los momentos más importantes de su vida; en Granada todo se entrelaza y en ella todo se resume:

“*La vida al recordar se hace tan corta .*

Cabe en unas palabras.

Nos amamos. Hemos vivido juntos. Me llamo Luis Rosales, soy poeta y he nacido en Granada” (4).

La Guerra Civil

La Guerra Civil española fue algo más que un doloroso paréntesis. A Rosales le sorprendió en su ciudad natal y durante la primera fase estuvo luchando en el frente. El recuerdo más doloroso de la contienda será sin duda la muerte de García Lorca. Se han escrito cientos de páginas sobre la protección de los Rosales a Federico. A Luis le costó una condena a muerte, y si salvó la vida fue gracias a la intervención de **Narciso Perales** y al pago de una fuerte multa. Sabemos también que no fue el único por el que se arriesgaron (5).

En el programa *La clave* emitido por TVE el 21-6-1980 reconocía **Rosales**: “*Lo que yo hubiera dicho, nadie lo hubiera creído (...). Yo no he dicho nada. Sabía que ese era un asunto que no se iba a enterrar. Y al no enterrarse se estudiaría. Y al estudiarse, saldría a relucir la verdad. Y ha sido mucho más clara dicha por los demás que dicha por mí*” (6). Y así fue; hubo que esperar a los estudios de **Ian Gibson**, **E. Molina Fajardo**, o **Marcelle**

(3) Declaraciones a **Isabel Montejano**, *ABC*, 26-08-1982.

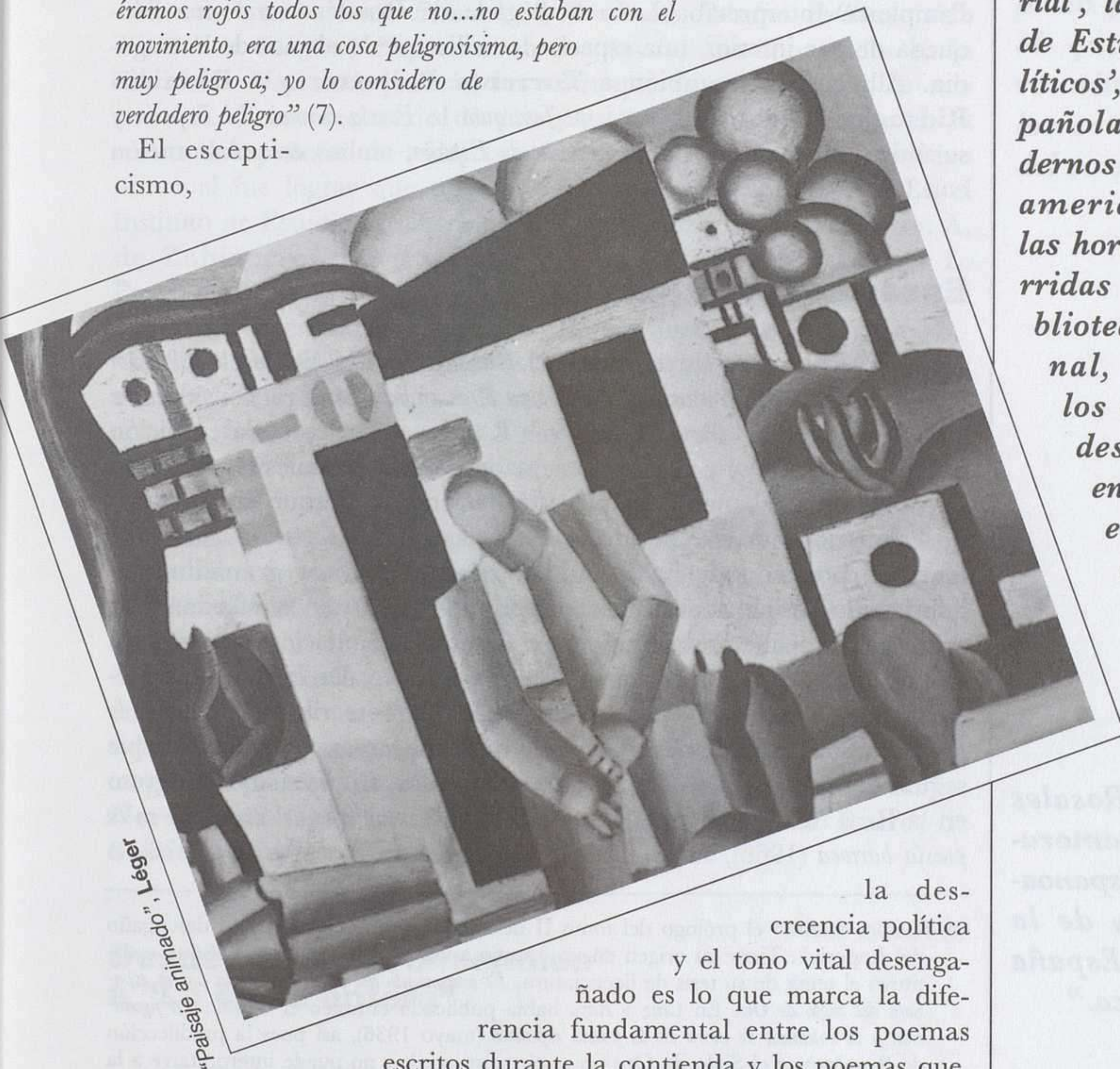
(4) Con estos versos se cierra *La almadraba*, primer episodio de *La Carta entera*.

(5) Para un análisis global de las interrelaciones vida-poesía véase **M^a Carmen Díaz de Alda**, *La Poesía de Luis Rosales (desde el inicio a La casa encendida): De la biografía a la poética*. Editorial Universidad Complutense, Madrid, 1988. Sobre la actitud de la familia Rosales durante la guerra véanse especialmente las pp. 319-336.

Auclair para que muchos le diesen crédito. La intervención de **César Torres Martínez**, Gobernador Civil de Granada hasta la sublevación, hizo justicia a los Rosales ante las cámaras de TVE destacando su actuación en el caso Lorca, ya que el intento de salvar a Federico constituyó *“un esfuerzo de una singular valentía, porque en aquel momento tener alojado a lo que ellos llamaban un rojo, y éramos rojos todos los que no...no estaban con el movimiento, era una cosa peligrosísima, pero muy peligrosa; yo lo considero de verdadero peligro”* (7).

El escepticismo,

“Entre el trabajo en ‘Escorial’, la ‘Revista de Estudios Políticos’, ‘Vida Española’ y ‘Cuadernos Hispanoamericanos’ y las horas trascurridas en la Biblioteca Nacional, pasarán los años que desembocan en ‘La casa encendida’.”



la descreencia política y el tono vital desengañado es lo que marca la diferencia fundamental entre los poemas escritos durante la contienda y los poemas que, inspirados en ella o utilizados como ingrediente biográ-

(6) **M. Fernández Braso**, *Luis Rosales, con la llaga sangrante*, en *Informaciones* Madrid, 10-09-1982.

(7) Testimonio de **César Torres Martínez** en *La clave*, programa citado.

fico, ha escrito en estos últimos años. En *Los Poemas de la muerte contigua*, especialmente en el extraordinario "La voz de los muertos", había sólo dolor y meditación; en las composiciones escritas sobre la guerra que aparecen en *La carta entera* hay, además, escepticismo, rebeldía, asco y desencanto.

En el verano de 1937 abandona el frente granadino y se traslada a Pamplona. Interpretaba Laín la llegada de Rosales como una búsqueda de paz interior, una especie de exilio que le alejase de la tragedia. Allí conoció también a **Torrente Ballester** y a **Dionisio Ridruejo**. Publica en la revista *Jerarquía* la *Poesía heroica del Imperio* y su única obra teatral, *La mejor reina de España*, ambas en colaboración con L. F. Vivanco (8).

Ensayo e investigación

Los años que transcurren desde el *Retablo Sacro del Nacimiento del Señor* (1940) hasta la publicación de *La casa encendida* pueden considerarse como una fase de "silencio poético"; Rosales se vuelca en la erudición poética y el ensayo, y ello por dos razones fundamentales: su voluntad de saber profundamente lo que está haciendo y porque en un rasgo de coherencia interna decide aprender callando. La renovación del lenguaje poético que ha llevado a cabo el escritor granadino no habría sido posible sin estos largos periodos de estudio y reflexión (9).

El poeta, deliberadamente, se retrotrae del ejercicio poético para dejarse invadir, para alcanzar un lenguaje nuevo. De la misma manera que se "enterrará" durante diez años para escribir *Cervantes y la libertad* (1960), posiblemente su ensayo de mayor envergadura, al que seguirán *Pasión y muerte del conde de Villamediana*, su discurso de ingreso en la Real Academia Española en 1962, *El sentimiento del desencanto en la poesía barroca* (1966), *Lírica española* (1972), *La poesía de Neruda* (1978), o

"Luis Rosales es un enamorado de Hispanoamérica y de la obra de España en América."

(8) Rosales escribió el prólogo del tomo II de *Poesía heroica del Imperio*: "El desencanto del Imperio". Tiene su origen en un estudio anterior a la Guerra Civil que constituyó el tema de su tesis de licenciatura, *El sentimiento del desencanto en la poesía española del Siglo de Oro*. En *Cruz y Raya* había publicado también el estudio *La figuración y la voluntad de morir en la poesía española* (mayo 1936), así pues la predilección de Rosales por el Siglo de Oro no es circunstancial, y no puede interpretarse a la luz de la corriente de exaltación de las glorias de un pasado imperial, predominante en la época.

(9) Más de treinta libros y estudios publica en esta década, entre ellos *Jerónimo Gracián* (1942), *Angel Ganivet* (1943), *Juan de Tassis, Conde de Villamediana* (1944), *Algunas consideraciones sobre el lenguaje* (1947) y *Muerte y resurrección de Antonio Machado* (1949). Su Tesis Doctoral sobre el conde Salinas ha quedado inédita.

sus ensayos sobre el flamenco. Al “poeta” por antonomasia Luis Rosales podría considerársele, desde otra perspectiva, como un erudito cuyos ensayos se interrumpen esporádicamente para ofrecernos poemas insólitos, y si la búsqueda de la veracidad y de la claridad son tan propias de su poesía, ello no podría entenderse sin tener en cuenta su formación de investigador literario.

Entre el trabajo en *Escorial*, la *Revista de Estudios Políticos*, *Vida Española* y *Cuadernos Hispanoamericanos* y las horas transcurridas en la Biblioteca Nacional, pasarán los años que desembocan en *La casa encendida*. Como secretario de *Escorial*, se esforzó por integrar en la revista a españoles de todas las tendencias, no en vano el objetivo principal fue lograr que no se rompiera la cultura española. En el Instituto de Estudios Políticos trabaja en estrecha colaboración con **A. de Zubiaurre**, que era Jefe de redacción de la revista, con **L. Panero**, **J. A. Maravall** y **María Fouz**, la que después sería su esposa y a quien había conocido en Burgos durante la guerra.

Desde 1947 dirige en Madrid la revista *Vida española*, culminando así una trayectoria monárquica –Rosales fue miembro del Consejo privado de la Corona– que empezó a manifestarse en la inmediata posguerra, como han recordado entre otros Zubiaurre y **Ricardo Gullón** (10).

Por otra parte, en su labor al frente de *Cuadernos Hispanoamericanos* o como Director de Actividades Culturales del Instituto de Cultura Hispánica volcó el poeta toda su vocación americana: Luis Rosales es un enamorado de Hispanoamérica y de la obra de España en América. La tertulia literaria que él creó en 1959 ha gozado desde entonces de una actividad ininterrumpida, como ininterrumpida ha sido también su amistad con los más destacados escritores de nuestra lengua, desde **Neruda** a **Borges**, de **P. A. Cuadra** a **Héctor Rojas Herazo**, de **Onetti** a **Paz**, de **Coronel Urtecho** a **Rulfo**, de **Sábato** a **Ernesto Cardenal**.

Desde “La casa encendida” a “La carta entera”

1949 es un año clave para la generación de 1936, que se nos presenta ya definitivamente consagrada. En vanguardia, *La casa encendida*,

(10) **Ricardo Gullón**, *Borrosas instantáneas*, en *Cuadernos Hispanoamericanos*, núms. 257–258, mayo–junio 1971, y **M^a Carmen Díaz de Alda**, Conversación con **Antonio de Zubiaurre** el 13-10-1988.

“*La casa encendida*’ es el espacio poético en el que pueden reunirse todos los componentes del corazón.”

“Quizás sea ‘La casa encendida’ la obra más lograda de Luis Rosales, la que revela mayor unidad. Es una obra escrita con impetuosidad.”

un libro en torno al cual se agrupan voluntariamente como exponente de una poética generacional. Y también *Escrito a cada instante* de **Leopoldo Panero**, *Continuación a la vida* de **L. F. Vivanco** y *La espera* de **J. M^a Valverde**, por aquellos años muy unido a la generación. Participan en el número de homenaje a **A. Machado** que publicó *Cuadernos*. Se unen al grupo Espadaña de León y lanzan el manifiesto de “*La poesía total*”: hacer al mismo tiempo poesía lírica, poesía narrativa y poesía de meditación, incorporando, además, el diálogo. Poesía como épica de lo cotidiano, algo que estaba haciendo Neruda en Chile con el *Canto General*, que se publicó ligeramente después de *La casa encendida*, ambas deudoras a su vez de **César Vallejo** (11).

De las cenizas del dolor (la muerte de los padres en 1941) y de la alegría del recuerdo brotaron dos libros prodigiosos: *El contenido del corazón* y *La casa encendida*, que se escriben alternativamente y representan la etapa de madurez del poeta (12). Quizás sea *La casa encendida* la obra más lograda de Luis Rosales, la que revela mayor unidad. Es una obra escrita con impetuosidad, como *Misericordia*, durante una semana en la que trabajó “como un poseído de las musas la jornada entera”, un libro que fue para el poeta como un regalo, pues le nació solo, incontenible, escapándosele de la pluma; testigos de excepción fueron **Pablo Antonio Cuadra**, José M^a Valverde, Leopoldo Panero y **Pepe Caballero**, que ilustró con bellísimos dibujos la primera edición.

La casa encendida es el espacio poético en el que pueden reunirse todos los componentes del corazón; los recuerdos de la juventud, su niñez granadina, el entorno familiar, la aparición de la amada, “*van llenando, iluminando, el interior del poeta —lo mismo que su casa encendida— en un largo poema bellísimo y entrañado —entre visión onírica y realidad*” (13).

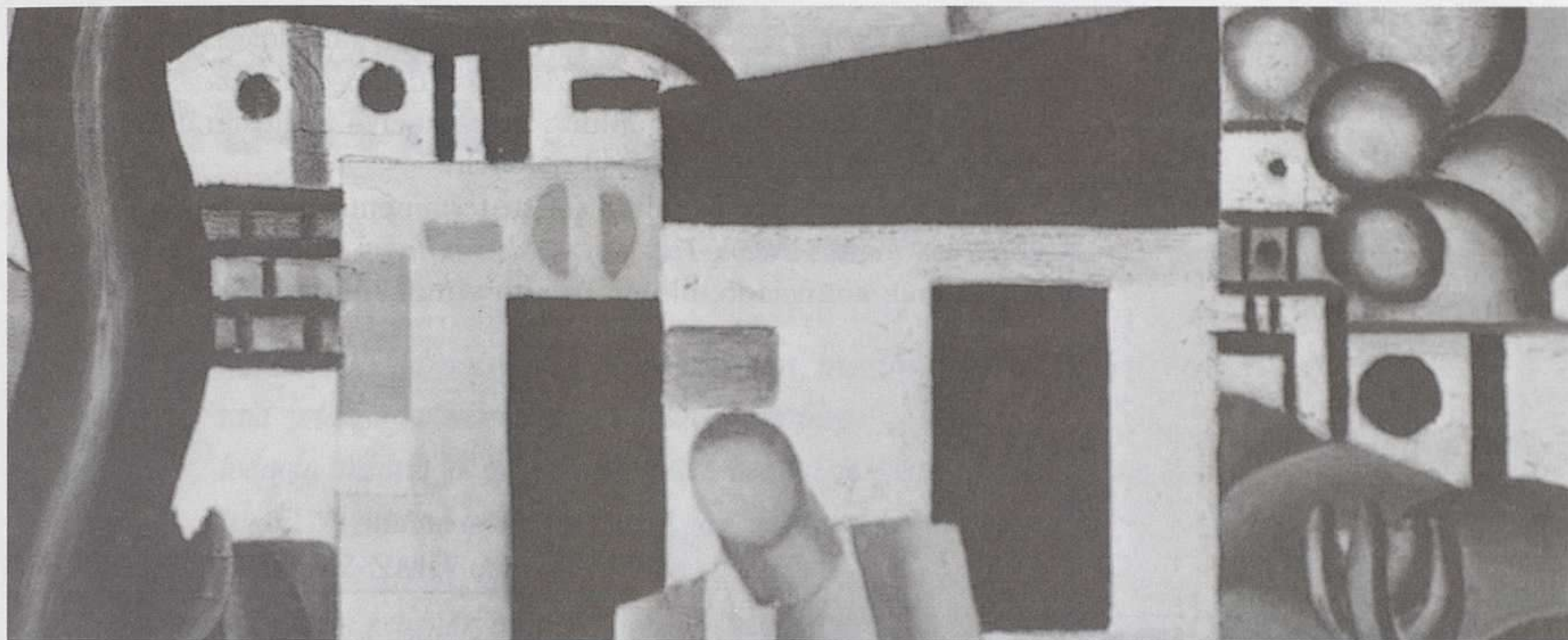
El poema, que es una metáfora de invención inusitada, tiene además una triple significación: es la casa en la que habita el poeta, Altamirano 34, es la vida de un hombre entrevista en visiones repentinas y alucinadas, y es un símbolo del poema unitario, puesto que en él encuentra Rosales un sistema configurativo englobador. Este libro le hizo acreedor al Premio Nacional de Poesía.

Seguirán *Rimas* (1951, Premio Nacional de Literatura), nuevas ver-

(11) La relación de *La Casa encendida* con la poesía de Vallejo ha sido estudiada por **Francisco Avila** y **Doris Schnabel** en *Vallejo en Rosales: “El sujeto del acto” en la palabra*. CHA, núms. 454-455, pp. 113-124.

(12) *La casa encendida* es lo que el poeta retrae de *El contenido del corazón*, que se escribió antes.

(13) **M^a del Pilar Palomo**, edición de *Historia de la literatura española* de **Angel Valbuena Prat**, Gustavo Gili, Barcelona, 1983, p. 216.



siones de *La casa encendida* (1967) y *El contenido del corazón* (1969), *Segundo Abril* (1972), *Lírica española* (1972) y *Canciones* (1973). En 1960 obtuvo el Premio Bonsors por su ensayo *Cervantes y la libertad*, el Premio Nacional Miguel de Unamuno (1972), Premio Nacional de Ensayo (1973), el José Lacalle (1975), el Premio de la Crítica (1980), el Internacional de Poesía "Ciudad de Melilla", y un largo etcétera que verá culminado en 1982 con la concesión del Premio Cervantes.

Su poesía renace con fuerza en *Diario de una resurrección* (1979), un libro en el que cambia de voz. Poema torrencial, escrito con una urgencia de carácter vital, vivido con profundidad; con la alegría y la tristeza siempre unidas, "como la sombra y el árbol". Alegría por el don recibido, tristeza porque habla del amor desde el apercebimiento de la vejez. Decía Rosales que el joven vive deprisa y siente despacio, mientras que el viejo vive despacio y siente deprisa. Por ello hay que hacer demorada la espera, retrasar el goce del encuentro amoroso: "Tal vez sólo es posible que podamos amarnos mientras que dura un beso", escribe.

En su última obra publicada, *La carta entera*, nos encontramos ante una de las obras poéticas de más larga gestación. Son más de treinta años madurándola, cuidándola, preparándola, corrigiéndola, para no olvidar nada, para no dejar fuera a nadie; es una obra pasada por el corazón y por la experiencia, en la que quiere ofrecernos la expresión máxima de un proceso vital, personal y universal que el poeta entiende llegado a su punto culminante.

Una serie de historias que parten de la experiencia: 1º La narración de la pesca de los atunes en *La almadraba* (1980); 2º las tres cár-

"En su última obra publicada, 'La carta entera', nos encontramos ante una de las obras poéticas de más larga gestación."

celes de *Un rostro en cada ola* (1982), –la infancia/adolescencia, la guerra y la oficina–; 3º) el viaje a América de *Oigo el silencio universal del miedo* (1984), serán el contrapunto que refuerza el trasfondo simbólico del poema: la extrañeza radical del vivir.

No pudo terminar Rosales este su testamento poético. Se le quedó entre las manos *Nueva York después de muerto*, el homenaje a Lorca tan largamente anunciado, último tributo a una amistad (14).

■ Carmen DÍAZ DE ALDA HEIKKILÄ

“No pudo terminar Rosales este su testamento poético. Se le quedó entre las manos ‘Nueva York después de muerto’, el homenaje a Lorca tan largamente anunciado.”

(14) Para la gestación, estructura y significación de *La carta entera*, véase M^a. Carmen Díaz de Alda, *La comunicación temática...*, ob. cit.

AÑOS DE INQUIETUD, ANGUSTIA Y CÓLERA

R. OLIVAR BERTRAND

TENEMOS la satisfacción de ofrecer a nuestros lectores una interesante primicia. Se trata del prólogo a una obra todavía inédita a la que su autor acaba de poner punto final. Su título, que encabeza estas páginas, va acompañado por dos años: el de 1868 y el de 1926. Ese medio siglo largo se extiende entre la revolución de septiembre del primer año citado, la llamada "gloriosa", y la formación del gabinete civil en el seno de la Dictadura del general **Primo de Rivera**. Sin aquellos años y aquellos acontecimientos sería imposible entender la historia reciente de España, entre otros motivos porque durante ellos se produjo la experiencia, en muchos aspectos serena y fecunda, de la alternancia en el poder de acuerdo con el sistema introducido por don **Antonio Cánovas del Castillo**.

El libro que presentamos, y que puede interesar a algún despierto editor, se debe al admirable trabajo de un historiador que ha cultivado, con rigor y acierto, diversos periodos del pasado, pero que conoce especialmente bien la historia contemporánea de España. El profesor **R. Olivar Bertrand** publicó en 1955, bajo el sello de la editorial Destino en Barcelona, la obra que antecede a ésta, bajo el título de "Así cayó Isabel II. Doble fracaso monárquico y revolucionario." Es una de sus obras mayores, aunque lo sean también otras como la que



Andrzej Klimowski

“Me enfrento con el pasado como si estuviera dormido, esforzándome en despertar la multifacética opinión de los españoles a sentir lo que pasó como si estuviera pasando ahora.”

consagró a “Prat de la Riba. Una política positiva”, que le mereció en 1962 el Premio Aedos y fue publicada por la editorial de este nombre dos años después, asimismo en Barcelona; ciudad en la que el historiador había cursado el bachillerato y obtenido la Licenciatura en Filosofía y Letras que luego completó con el Doctorado en Madrid, en 1946.

*Profesor en Barcelona, en Argentina junto a **Sánchez Albornoz**, ahora en el “City College” de Nueva York, investigador en el C.S.I.C. de Madrid, jefe de la sección bibliográfica de la revista “Arbor” durante siete años, el escrupuloso investigador que es Olivar-Bertrand ha logrado siempre aunar su labor docente con el reposado análisis de personajes y momentos cruciales en la historia de nuestra Patria. Buen conocedor de numerosas lenguas, además de las dos —el catalán y el español— que tiene por propias, su obra alcanza a una veintena de obras mayores y a un centenar de traducciones, folletos, estudios, artículos y comentarios bibliográficos.*

Como nos dice en un carta reciente, nuestro ilustre amigo pasa “los días y las noches de cara al Hudson, al norte de Manhattan”, trabajando en sus libros y artículos “con base siempre en bibliotecas y archivos europeos, además del archivo epistolar que atesoro en mi despacho”. El sabrá perdonarnos esta cita con la que hemos querido reflejar a lo vivo la admirable labor suya, y también de otros profesores que sirven a nuestra lengua y cultura bajo cielos ajenos, en amorosa sintonía con el pasado y el presente de su Patria.

*Para cerrar esta nota, queremos referirnos a uno de sus libros, el que dedicó a “Aparisi y Guijarro” y que el Instituto de Estudios Políticos editó en Madrid hace exactamente treinta años. Aquel ilustre y fogoso orador valenciano fue, nos dice su biógrafo, testigo del “colapso de dos reinados : el de **Fernando VII** y el de **Isabel II**”. Su vida y obra, por ello, se encuadraron en un tiempo histórico bien conocido del Profesor Olivar-Bertrand, que no dudó en calificar al valenciano como “paladín de la continuidad histórica española”. Como Aparisi habría de decir en el Congreso al que fue Diputado, en 1861, él había meditado mucho sobre la adaptación de las antiguas instituciones a los tiempos*

presentes, “sin que España dejara de ser España, tomando en cuenta sus adelantamientos en ciertos puntos, su retroceso en otros, y no echando olvido sus verdaderas necesidades y legítimas aspiraciones”. Y, en los días que corren, no está de más subrayar, como lo hizo treinta años atrás *Olivar Bertrand*, que el hogar madrileño del brillante abogado, parlamentario y periodista “se cifraba en muebles humildes, comida frugal y cama sencilla”. Todo un ejemplo.

Ahora, amables lectores, disfruten la prosa del profesor *Olivar-Bertrand*.

PRÓLOGO

CONTAMOS con excelentes itinerarios históricos para seguir paso a paso los tropiezos y piruetas, zotes o gentiles, de nuestros abuelos. Mi propósito es mostrar “*el galope de una angustia que era al mismo tiempo desesperanza*”, puntualizando los sollozos, intermitentemente interrumpidos “*por bufidos de cólera*”, según tengo escrito en otro prólogo. ¿Materiales? El testimonio de documentos inéditos sin escamotearlos, con sus rescoldos de intimidad. Constancia registrada en estas páginas: desencanto, por el fracaso reiterado de una revolución burguesa nunca lograda en España y que explica, entre otras muchas cosas, la pobreza del romanticismo español.

Pese a las arengas de los soldados y las altisonancias de los soñadores en una patria, ésta no existe. Lo que se manifiesta son sociedades distintas, algunas yuxtapuestas; colectividades separadas con perfil evolutivo diferente, sobre las cuales estadistas de valía se agotan o se estrellan, cuando la violencia no les liquida, para imponer una fórmula de convivencia. La estructura del antiguo régimen, que se sobrevive con mil argucias, desmiente la viabilidad de todas las fórmulas, y sus defensores, en los momentos críticos de un sistema impuesto, no asimilado, acuden invariablemente al ejército para suprimirlo. Sabemos que con éxito. No me propongo escribir secuencia histórica ninguna, sino destacar las voces inéditas o silenciadas. Me enfrento con el pasado como si estuviera dormido, esforzándome en despertar la multifacética opinión de los españoles a sentir lo que pasó como si estuviera pasando ahora. En el propósito de procurar la comprensión de ese pasado, he querido ceñirme en lo posible a la fórmula de **Ranke** de

“La historia no es sino el capítulo siguiente al de los procesos biológicos que llevaron al hombre a ser cazador, agricultor, guerrero, industrial, comerciante, aventurero, artista.”

“La etapa final de la investigación histórica, su expresión, será siempre una de las formas literarias más ricas de la cultura occidental.”

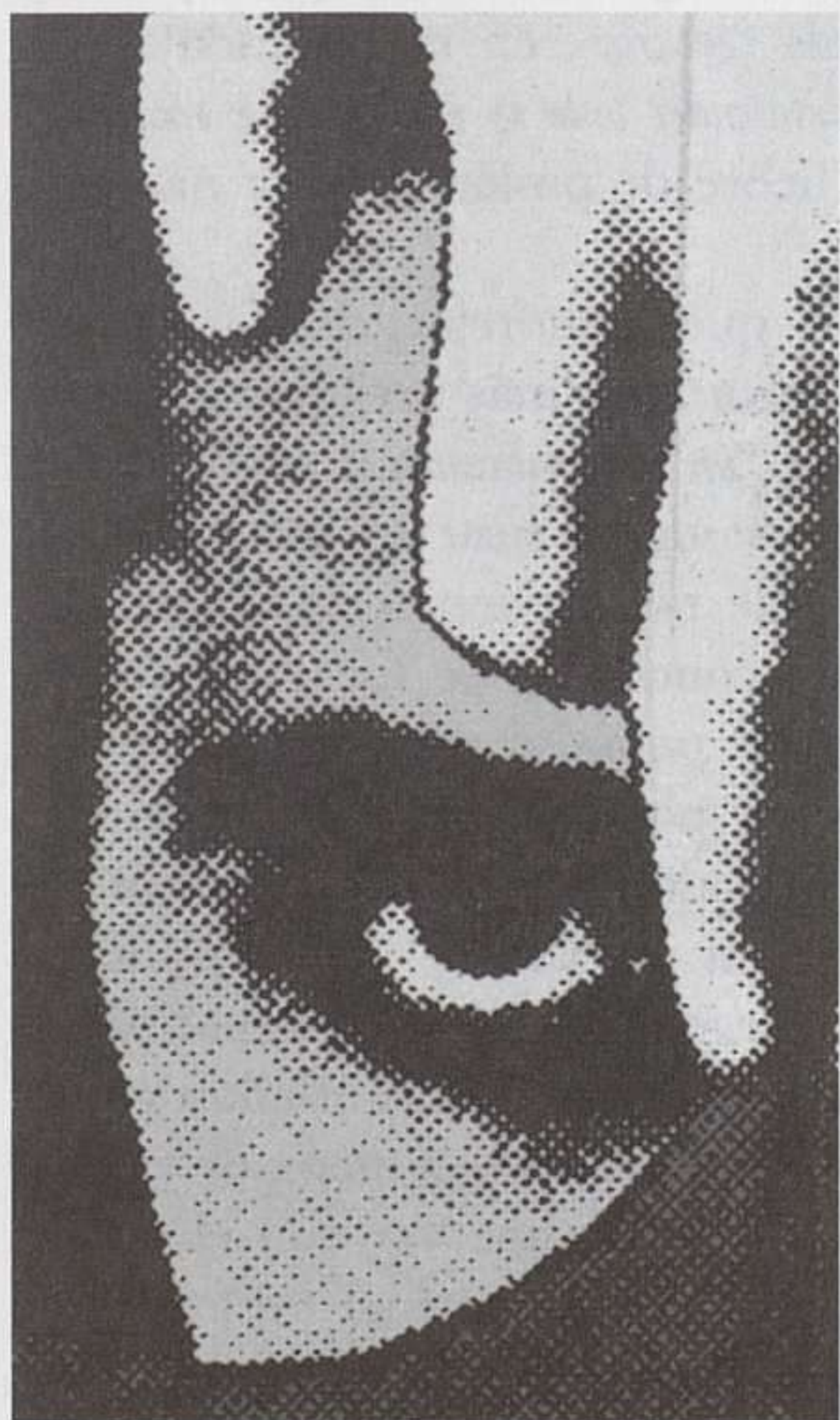
atenerme a los hechos sin intentar sermones ni sacar moralejas, ni aventurar profecías; pero sin perder de vista una desdichada realidad de nuestros días: la de que nunca se escribió en historia una tan gigantesca masa de trivialidades, inútiles y soporíferas trivialidades debidas no al empleo o aplicación de estos o aquellos métodos, sino a la pereza y mediocridad de las mentes en que se engendraron. El pasado que aquí se ofrece son instantáneas de la situación peninsular, en ocasiones fogonazos, facilitando contrastes para su interpretación por el propio lector. Un pasado con significación. Hago mía la declaración de **Voltaire**: *Je n'impose rien; ja ne propose rien: j'expose*. Unicamente las sociedades capaces de perfilar nuevas reglas de convivencia, adaptándolas a nuevas condiciones de vida, sobreviven con dignidad, sin respeto para con pretendidos siglos de oro, ya superados, dejando al margen las individualidades egregias que nos saludan por encima de los siglos. Porque no cabe duda, el futuro será diferente de nuestro presente, como este presente difiere del pasado que sentimos vibrar aún en nuestro afán cotidiano. Y es que el paso del *Homo erectus* al *Homo sapiens* no se realizó por saltos. Apuntemos una idea acuñada doce años atrás: que la historia no es sino el capítulo siguiente al de los procesos biológicos que llevaron al hombre a ser cazador, agricultor, guerrero, industrial, comerciante, aventurero, artista.

Abiertos a los cuatro puntos cardinales, notamos el abandono, en historia como en literatura, de las tendencias nacionalistas decimononas, que estancaban los hechos y frutos de un pueblo de los hechos y frutos de los demás. La historia de las inquietudes españolas registradas en estas páginas lo es europea tanto como española, aun cuando, siendo aquéllas idénticas, no encontraran en la península la solución cuajada ya en otras sociedades. Especialista en un campo, no hay que evitar el ser generalizador en los demás, combinando la mirada del águila con la del lince. *De l'audace, et encore de l'audace...* Hay que tenerla para prescindir de las modas, que se suceden entre los modistos como entre los profesores universitarios avezados a poses de superioridad y a despachar con displicencia las cuestiones de arte en la labor historiográfica. La etapa final de la investigación histórica, su expresión será siempre una de las formas literarias más ricas de la cultura occidental. Subrayemos que gracias a ella los libros de historia se leen, *sine qua non*.

El tema da para mucho más, sobre todo hoy, en que se registra un doble movimiento: el que lleva al escritor a aceptar más y más el trabajo del historiador y el que impone a este último el reconocimiento del aspecto literario en su propia labor. Contra lo que algunos pontífi-

ces puedan afirmar, el hecho de haberse conseguido importantes ganancias historiográficas con la aplicación de procedimientos cuantitativos y de conceptos de otras ciencias sociales no autoriza a registrarlos como resultado de aquella aplicación. Reconozcamos que tradicionalmente se comunica el pasado, de una manera coherente, a través de la narración. ¿Está en descrédito?

Observemos la actitud irónica de excelentes historiadores de nuestro siglo frente a las sucesivas “nuevas olas” de historiadores analíticos, orgullosos de no emplear el procedimiento narrativo, siempre por falta de dotes o de estudio. Reinsistamos: la narrativa informa a la historia, pues sin ella no es posible presentar las relaciones recíprocas de los acontecimientos, de acuerdo con la definición de **Collingwood**: “*las acciones de los seres humanos en el pasado*”. Y la narrativa defiende sus posiciones, no con normas de explicación científica, sino por medios artísticos. En historia la habilidad del autor debe



saturar toda la obra desde la concepción del tema a la redacción propiamente dicha. ¿En qué consiste? En la combinación de comprensión y exposición. Supone escrupulosidad y honradez, sin deformaciones ni falseamientos.

¿Cuenta o no con precedentes esta posición cabal, que cierra contra los pontífices que no saben manejar sino estadísticas? Podría citar algunos ensayos míos. Prefiero descubrirme ante **Fernand Braudel** con una de aquellas cortesías de **Guillermo de Orange** que le valieron ganar pleitos al rey de España. Fernand Braudel, categoría universal en el quehacer histórico, poseedor de una intrincadísima técnica y... de una prosa extraor-

dinariamente fecunda y flexible. Ningún discípulo consiguió hasta ahora el soberbio dominio del verbo, la elegancia en el manejo de las ideas, el cúmulo de sugerencias del profesor Fernand Braudel, nunca olvidadizo del origen de Clío. Y cuidado que el maestro ha consultado estadísticas... Saltando a estos mismísimos años nuestros, no termi-

“La narrativa informa a la historia, pues sin ella no es posible presentar las relaciones recíprocas de los acontecimientos.”

“John Clive, director de los programas de Historia y Literatura en la Universidad de Harvard, maduró su credo defendiendo la Historia como Arte, contra los que han querido reducirla a frías estadísticas.”

naré el tema sin mencionar la personalidad de **John Clive**, precisamente en estas tierras norteñas tradicionalmente menospreciadas por su materialismo. Como Director de los programas de Historia y Literatura en la Universidad de Harvard, maduro su credo defendiendo la Historia como Arte, irónicamente, contra los pontífices máximos que han querido reducirla a frías estadísticas. Pontífices que al sucederse unos a otros se destruyeron, paralelamente, unos a otros, sin lograr nunca la obra de los grandes historiadores del pasado, los únicos que siguen haciéndonos palpar los diversos ritmos, en profundidad, de cada pueblo (1).

Pero pasando a esos años de angustia y cólera, ebrios de jugo de uva, aunque no del vino espléndido que merecían, adelantemos la palpitación de gran parte de nuestros abuelos, al margen de las superestructuras. Un texto de **Ortega y Gasset**, en sus *Meditaciones del Quijote*, lo intuía, entrado ya en nuestro siglo: “Yo no sé qué inquietud y como apresuramiento reinaba en la pasada centuria —en su segunda mitad sobre todo— que impelía los ánimos a desatender todo lo inmediato y momentáneo de la vida”. Efectivamente, en la fiebre de pasión política naufragó lo cotidiano.

Me afano en acumular algo más que rumores: gritos, suspiros, sollozos y bufidos de cólera, según recordaba más arriba. Elementos todos que nos ponen sobre la pista de “un redescubrimiento ideológico de la Restauración”. Más aún, estos elementos son el sustrato social-político de la “crisis de la conciencia española”, que nos ha tenido deslumbrados más de lo que merece. Esa crisis de conciencia se fue empollando, lenta y acendradamente, alternando con períodos en los que el panorama es de trágica olla de grillos, y no por el ruido solamente, sino por estar salpicada de sangre. Son períodos, pasados los vértigos del 68 y de la interinidad, en los que se ha perdido el “sosiego” de los siglos áureos... Colocándonos al margen de clisés estereotipados —marasmo, pantano, falta de pulso—, sabemos de historiadores que, cordialmente, nos perfilan “la olla ibérica” desde los tiempos cuaternarios. Una olla, subrayemos, que nada tiene que ver con el cocido hispánico... Si se me permite la expresión, terminaré el prólogo afirmando que este libro discurre por la prehistoria contemporánea de las tensiones de la España actual.

(1) Como única nota de este prólogo registro la última obra del Profesor de Harvard, fallecido en los primeros días de 1990: **John Clive**. *Not by Fact Alone. Essays on the Writing and Reading of History*. New York, Knopf, Alfred A. Knopf.

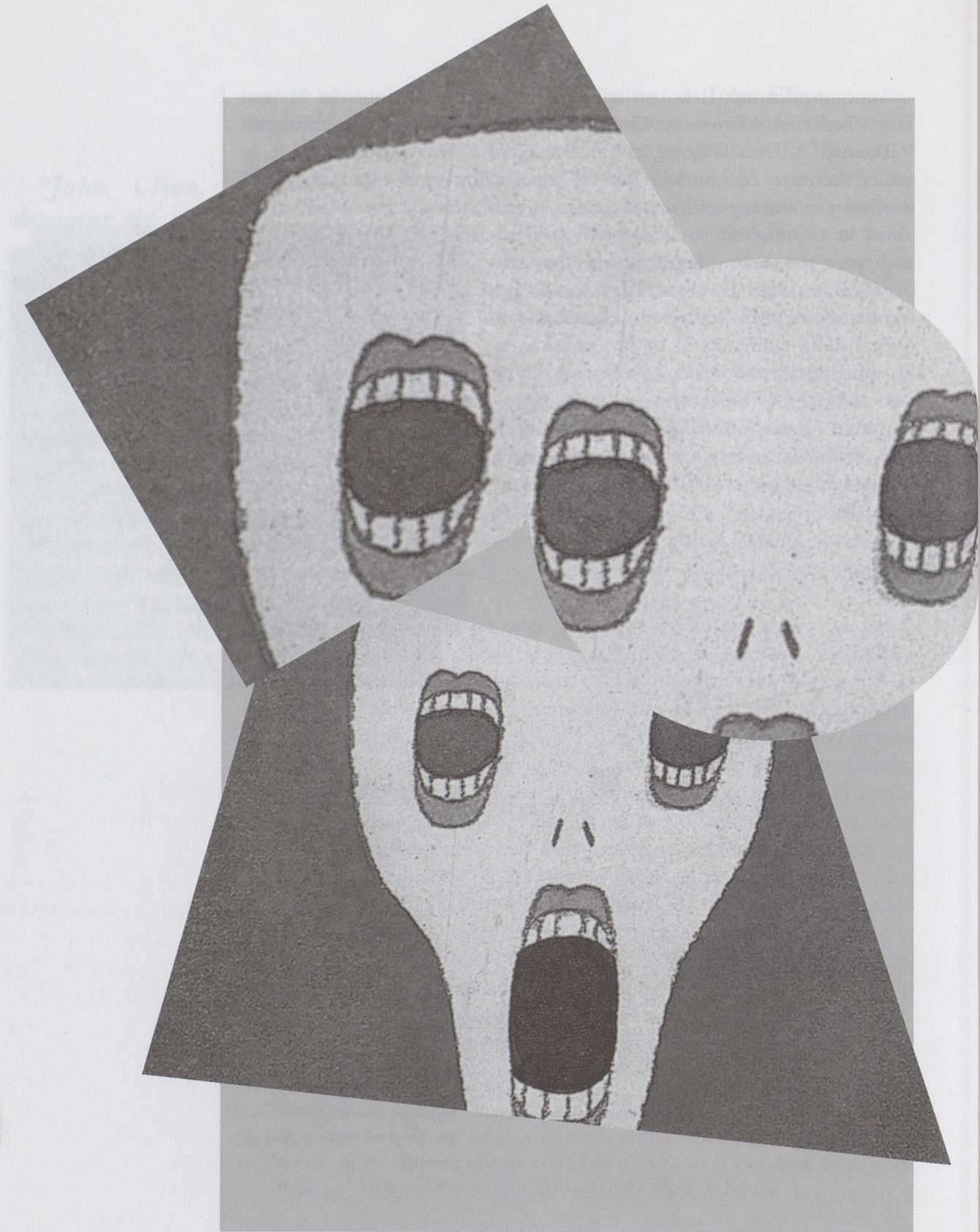
Aunque póstumo, debo un tributo de gracias al Duque de Maura, Don **Gabriel Maura y Gamazo**, y a **Don Vicente Álvarez Villamil**. A Don Gabriel, como él se obstinó en que le llamara, le estaré siempre reconocido por la generosidad con que me confió muchos de sus recuerdos personales y me abrió la riqueza de su biblioteca y de su archivo, cuyo destino le atosigaba entonces, de 1953 a 1959. De Don Vicente no me ha abandonado el calor de humanidad con que gustaba comentar la pasión política de los abuelos décimononos, en especial de los que habían vivido centrados en "el incorruptible" **Ruiz Zorrilla**, de cuyo archivo era depositario. Sin ambos este libro no tendría el valor de autenticidad de que gallardea.

Título de los Capítulos del libro :

Prólogo, p. I

- I.- "La gorda que se preparaba".
- II.- "Un sentimiento, una idea, una fuerza".
- III.- Espumando en la rebeldía.
- IV.- La política era un enigma.
- V.- En el centro del torbellino.
- VI.- Quiebra social, económica y colonial.
- VII.- "España, león con calentura".
- VIII.- "Instrucción pública, dos dinerales".
- IX.- Trágica disyuntiva.
- X.- "¡No, no, no, no!"
- XI.- Opinión, diversa y agria.
- XII.- "Españolito que vienes al mundo..."

 R. OLIVAR BERTRAND



LA GUERRA EN LOS BALKANES Y LA SEGURIDAD EUROPEA

Jorge CACHINERO

La aproximación y el tratamiento de la guerra en Yugoslavia que en España se ha venido realizando, desde el momento de su estallido en el verano de 1991, han estado caracterizados por la superficialidad y el atrevimiento tradicionalmente consustanciales al desconocimiento.

EN muchas ocasiones, durante los últimos meses, han vuelto a cobrar contemporaneidad las palabras en su día utilizadas por Ortega para definir lo que él consideraba un estado de "tibetanización" en las actitudes y las manifestaciones dominantes sobre política exterior dentro de los centros de creación y formación —universidades, periódicos, editoriales— de las opiniones de esas minorías educadas que están llamadas a gobernarnos en el futuro. Así, Ortega escribe que esas opiniones le recuerdan plenamente a aquella actitud "*hermética hacia el resto del mundo, incluso (del) propio mundo hispánico*" más propia del Tíbet que de un país occidental y que, en su opinión, se da en una España "*absorta en sí misma*". Además, cuando el área de interés para la política exterior española, y éste es el caso que hoy nos ocupa, se encuentra tan alejada de nuestro mundo hispano y, por si fuera poco, está recorrido por líneas de fractura lingüísticas, étnicas y religiosas tan complejas, la admonición de Ortega se hace aún más pertinente.

Mi diagnóstico sobre la evaluación del conflicto por parte de los creadores de opi-

nión, de muchos líderes políticos y, finalmente, de muchos de los participantes en el proceso de toma de decisiones dentro del Gobierno español no ofrece ninguna duda: existe una patología combinada de ignorancia analítica, demagogia formuladora y miopía gestora. Y, una vez realizada una afirmación tan tajante, merece que avancemos con cuidado en el razonamiento lógico que me ha conducido a tal conclusión.

Desconocimiento histórico

En primer lugar, el análisis del conflicto ha estado, hasta el momento, mayoritariamente errado por el desconocimiento tan desolador del que han hecho gala la mayoría de los que se han atrevido a opinar sobre una crisis tan compleja. Por ejemplo, los rasgos más sobresalientes de la Historia de los Balcanes no han sido estudiados o tomados en consideración; cuando no, han sido mixtificados y tergiversados. Y no sólo ha ocurrido ésto con los hechos más remotos, sino, y ésto es aún más trágico, con los más recientes. La llegada y la evolución histórica de los

pueblos eslavos en los Balcanes, la creación de los primeros estados nacionales en la Europa sudoriental, la influencia de los grandes poderes dominadores de esos territorios durante siglos —austro-húngaro, por una parte, u otomano, por otro—, la aparición de los sentimientos y ambiciones nacionalistas entre los eslavos del sur o la propia formación de Yugoslavia como estado son procesos sobre los que no parece que se hayan dedicado el número suficiente de horas pacientes y solitarias de estudio.

No es de extrañar, por tanto, y por citar algunos de los casos más llamativos, que los periodistas españoles se empeñen en seguir refiriéndose al pueblo “bosnio” como una de las partes en conflicto en los Balcanes de hoy; cuando cualquier buen observador, sin necesidad de poseer un doctorado en etnología por una universidad de prestigio, detectaría que *lo bosnio* no es un concepto definidor de un pueblo. O que un conocido director de un programa de noticias de una de las grandes cadenas nacionales españolas, al entrevistarme, hace ahora unos meses, para discutir sobre la evolución de la guerra en Yugoslavia, respondiera con perplejidad a mis referencias al papel que la monarquía yugoslava —y, en concreto, a su Príncipe Heredero **Alejandro**; residente, en la actualidad, en Londres— pudiera jugar en la resolución pacífica del conflicto con la siguiente pregunta: “¿La Monarquía? Pero, qué cosa tan rarita suena eso de una monarquía yugoslava”. Sin darse cuenta, en cambio, que lo único “rari-

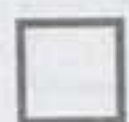
to” en aquel país, si cabe, han sido los casi cincuenta años de comunismo. En fin, ¿cómo olvidar aquellas declaraciones del Ministro de Defensa del Gobierno español, en el aeropuerto de Barajas, en vísperas de una de las reuniones de la Unión Europea Occidental para tratar el caso yugoslavo, cuando apeló a nuestras conciencias y a nuestro interés sobre una guerra tan cercana a nosotros en la que, según dijo, está sufriendo un pueblo “*de nuestra misma etnia y de nuestra misma religión*”. El color de la piel, a veces, juega estas malas pasadas.

Dadas estas premisas de partida, no es de extrañar que los periódicos, las emisoras de radio y las cadenas de televisión españolas hayan estado golpeando, durante los últimos meses, las conciencias de todos nosotros con las descripciones de las maldades de unos y de las bondades de otros; como si la guerra yugoslava se tratara de un *western* para el consumo televisivo de sobremesa, en el que una rápida identificación de los *buenos* y de los *malos* fuera imprescindible para una placentera observación del desarrollo de su trama argumental. Además, el abuso irresponsable del lenguaje —“*campos de exterminio*”, “*genocidio*” y otras lindezas poco compadecidas con la realidad— de la que han hecho gala gran parte de los informadores de política internacional españoles, les ha conducido aceleradamente a una emulación sin par de sus colegas de los acontecimientos deportivos; todo ello, a costa de ridiculizar épocas de la Historia de la humanidad que merecen



“Los rasgos más sobresalientes de la Historia de los Balcanes no han sido tomados en consideración, cuando no han sido tergiversados.”

“En la evaluación del conflicto por parte de los creadores de opinión existe una patología combinada de ignorancia analítica, demagogia formuladora y miopía gestora.”



mucho más respeto. Por último, esta orgía retórica combinada, para qué vamos a engañarnos, por una desocupación malsana —ya nos decían en el colegio, cuando eramos pequeños, que la falta de actividad era el caldo de cultivo para todo tipo de vicios—, producida ésta por la ausencia de información durante los meses estivales, empujó a muchos creadores de opinión de nuestro país o, en su defecto, a sus sustitutos veraniegos, a pedir una intervención militar occidental inmediata para solucionar la guerra en Yugoslavia. Ahora, nunca nadie nos explicó cuáles serían los objetivos políticos y militares de tal misión, ni nadie dio cuenta de cuál sería el precio económico y en vidas humanas de esa operación y, mucho menos, nadie se pronunció sobre si se estaba dispuesto a pagar dichas facturas.

Por mucho que estremezcan las escenas de brutalidad que unos y otros están cometiendo en la guerra yugoslava —bien sabemos los españoles lo crueles y dolorosas que pueden llegar a ser las guerras civiles y lo poco ejemplares que suelen ser los comportamientos de todos, insisto, todos los bandos contendientes—, no debería perderse la sangre fría a la hora de imaginar remedios realistas para un conflicto de esta naturaleza para que nuestros buenos deseos no puedan convertirse en generadores de mayores sufrimientos. Así, en estos momentos, no parece que una intervención militar de las Naciones Unidas pueda servir para acabar con la guerra ya que ésta

no es —por mucho que lo repitan insistentemente muchos periodistas mal informados— una campaña de invasión o de extensión de soberanía sobre territorio extraño por parte de una potencia extranjera: bien al contrario, la guerra en la Eslovenia Oriental, primero, y en Bosnia y Hercegovina, después, son guerras interétnicas que afectan a pueblos que, hasta ahora, han vivido mezclados y que, desde ahora, han expresado su falta de voluntad para continuar haciéndolo en el futuro. Por lo tanto, una intervención militar desde el exterior tendría muy pocas garantías para detener un enfrentamiento que es de carácter irregular y se desarrolla en un terreno montañoso y boscoso; y que, en el peor de los casos, podría poner en peligro las operaciones internacionales de ayuda humanitaria a la población civil yugoslava y, seguramente, agravaría la tensión bélica.

¿Nos ha de sorprender, entonces, la falta de respuesta de nuestra clase política, y, para ser justos con el gobierno español, en este caso, de gran parte de la de la comunidad internacional para hacer frente a la presión de la diplomacia alemana que, una vez que decidió que sus intereses nacionales pasaban por el reconocimiento precipitado de la independencia, sin más, de Croacia, de Eslovenia y, posteriormente, de Bosnia y Hercegovina, forzó la imposición de dicha política por encima de la política exterior común de la Comunidad Económica Europea (CEE), de las comisiones de arbitraje y de los informes de

“Cualquier buen observador, sin necesidad de poseer un doctorado en etnología por una universidad de prestigio, detectaría que ‘lo bosnio’ no es un concepto definidor de un pueblo.”



todos los organismos, comunitarios la mayoría de ellos, sobre el respeto de los derechos humanos dentro de las repúblicas candidatas al reconocimiento de su soberanía nacional? La ironía de todo ello es que los propios responsables políticos alemanes, en privado, reconocen, ahora, que su precipitación en el reconocimiento de la independencia de Croacia y de Bosnia y Hercegovina como estados soberanos fue un error sin que se hubiera tomado en consideración, previamente, la complejidad de los problemas que dichas secesiones planteaban sobre segmentos importantes de sus poblaciones respectivas —serbia en el caso de Croacia y serbia y croata, en el de Bosnia y Hercegovina—.

Por todo ello, cabría señalar que el impacto que la guerra en Yugoslavia pueda tener sobre la seguridad Europea depende de que tanto los formadores de opinión como los tomadores de decisiones continentales hagan un esfuerzo doble para interiorizar, por una parte, las causas que han provocado el estallido del conflicto y para saber detectar con lucidez, por otra, cuál es el carácter auténtico del nudo gordiano en el que se encuentra, en estos momentos, entrelazado el contenido preciso de la crisis balcánica. Del cumplimiento a satisfacción de los retos intelectuales que demandan estos dos ejercicios combinados de reflexión política, depende el acercamiento a una solución hipotética que ayude a gestionar esta crisis y a limitar sus efectos sobre la seguridad de Europa.

Orígenes del conflicto

En lo que se refiere a las raíces del conflicto, en los Balcanes han ido confluyendo cuatro tipos de causas, tanto mediatas como inmediatas, que se encuentran en el fondo del estallido de la guerra dentro de los territorios que componían la anterior Yugoslavia.

En cuanto a los orígenes mediatos de este conflicto, cabría señalar que, en una gran medida, esta guerra que estamos presenciando hoy tiene que ver con la existencia de cuentas pendientes en la Historia de los Balcanes y con el legado político dejado por los años de dominio comunista. Efectivamente, las raíces más remotas de la Historia de los eslavos del sur están marcadas por las distintas actitudes que los diversos pueblos eslavos —eslovenos, croatas, macedonios, montenegrinos y serbios— adoptaron frente a los grandes poderes colonizadores de la Europa sudoriental: el Imperio Austro-Húngaro y el Imperio Otomano. Así, unos, los dos primeros, vivieron tradicionalmente bajo la tutela de los Habsburgo quienes, irónicamente, nunca les reconocieron su estatuto de pueblo diferenciado bajo su corona y, en ocasiones, como fue el caso de la revolución democrática de 1848, les utilizaron para imponer la estabilidad de la corona bicéfala frente a los movimientos democráticos y nacionalistas. Mientras tanto, otros, especialmente los montenegrinos y los serbios, siempre mantuvieron, a través de los siglos, su oposición y

enfrentamiento a la dominación turca impuesta en los Balcanes.

Pero, y de forma muy particular, la resolución de cuentas con la Historia en la que esta guerra se ha convertido está presidida fundamentalmente por la memoria y los recuerdos de los años de la II Guerra Mundial vividos en aquellos territorios. El equilibrio interno de Yugoslavia –que había sido fundada, finalmente, como Estado independiente a finales de la primera década del siglo XX como fruto de la conjunción de la formulación intelectual ochocentista de pensadores eslovenos y croatas y del liderazgo político y militar finisecular de los serbios– saltó en pedazos con el comienzo del conflicto mundial. El país fue literalmente rodeado por las potencias del Eje y fue obligado a alinearse con la Alemania nazi. Aquel pacto fue tan impopular, sobre todo en Serbia, que la Fuerza Aérea yugoslava lideró un golpe de Estado para oponerse a dichos acuerdos y restaurar la monarquía yugoslava. Dada aquella determinación de muchos de los yugoslavos, Hitler finalmente ordenó la invasión del país y el bombardeo y la destrucción de su capital, Belgrado. Yugoslavia quedó, entonces, dividida por los invasores, que patrocinaron la constitución de un autodenominado Estado Independiente de Croacia –que incluía a Croacia y a Bosnia y Hercegovina–, de ideología fascista, y a través del cual los invasores nazis, con la ayuda de los

fascistas croatas –los llamados *ustasa*– y de gran parte de la población musulmana de Bosnia y Hercegovina –que contó con la legitimidad que les otorgó el Gran Mufti de Jerusalén, aliado entonces de la Alemania nazi– iniciaron una campaña de exterminio, es decir, de auténtico genocidio –campaña también denominada de “solución final” por su promotor, el fascista croata **Ante Pavelic**; refugiado al terminar la guerra en España, donde yace enterrado desde su muerte– de serbios, judíos y gitanos. Los 800.000 serbios, los 100.000 gitanos y los 35.000 judíos –entre todos ellos, 44.000 niños menores de catorce años– asesinados entre 1941 y 1945 en Yugoslavia, forman parte del recuerdo histórico más inmediato de los pueblos yugoslavos. Sin la comprensión de la dramática importancia histórica de hechos de esa naturaleza –en el caso de la república de Bosnia y Hercegovina, por ejemplo, la distribución demográfica de los diversos grupos étnicos se alteró completamente por efecto de la política de exterminio– es muy difícil entender el desarrollo del conflicto que rebrotó el pasado año.

Complementariamente, el legado comunista sobre las repúblicas yugoslavas ha sido atroz. El balance del experimento comunista en Yugoslavia tiene en su pasivo el haber llevado al país a la bancarrota y el haber destruido el funcionamiento de la sociedad civil y, con ella, de la política como vehículo de



“La partición de la república de Bosnia y Hercegovina, el rediseño de sus fronteras interiores y el reagrupamiento de los diversos pueblos que la habitan es la llave para parar la ‘guerra de los Balcanes’.”

expresión de las inquietudes populares. Por no hacer este argumento mucho más largo, sólo merecería la pena destacar el efecto perverso que el comunismo ha tenido sobre la crisis actual de Yugoslavia a la luz de la identificación de los personajes más destacados y con mayor grado de responsabilidad en el estallido de la guerra civil yugoslava, que no son otros que los más fieles representantes de una minoría gobernante, que en 1945 sustituyó a las élites de la Yugoslavia monárquica: el esloveno **Milan Kucan**, antiguo Presidente del Comité Central de la Liga de los Comunistas Yugoslavos en Belgrado; el croata **Franjo Tudjman**, doctor en marxismo-leninismo por la escuela de cuadros de la Liga Comunista, amigo personal de Tito desde sus años como generales partisanos comunistas y publicista de libros de claro contenido racista y antisemita; el también croata **Stipe Mesic**, antiguo responsable del honroso cargo de administrador del sistema carcelario del régimen comunista; o, para terminar, el serbio **Slobodan Milosevic**, confeso seguidor en la actualidad de los principios del comunismo.

Pero donde, sin duda, se pueden rastrear, dado ese telón de fondo histórico, las causas más cercanas del estallido yugoslavo es en el diseño irresponsable del modelo constitucional yugoslavo

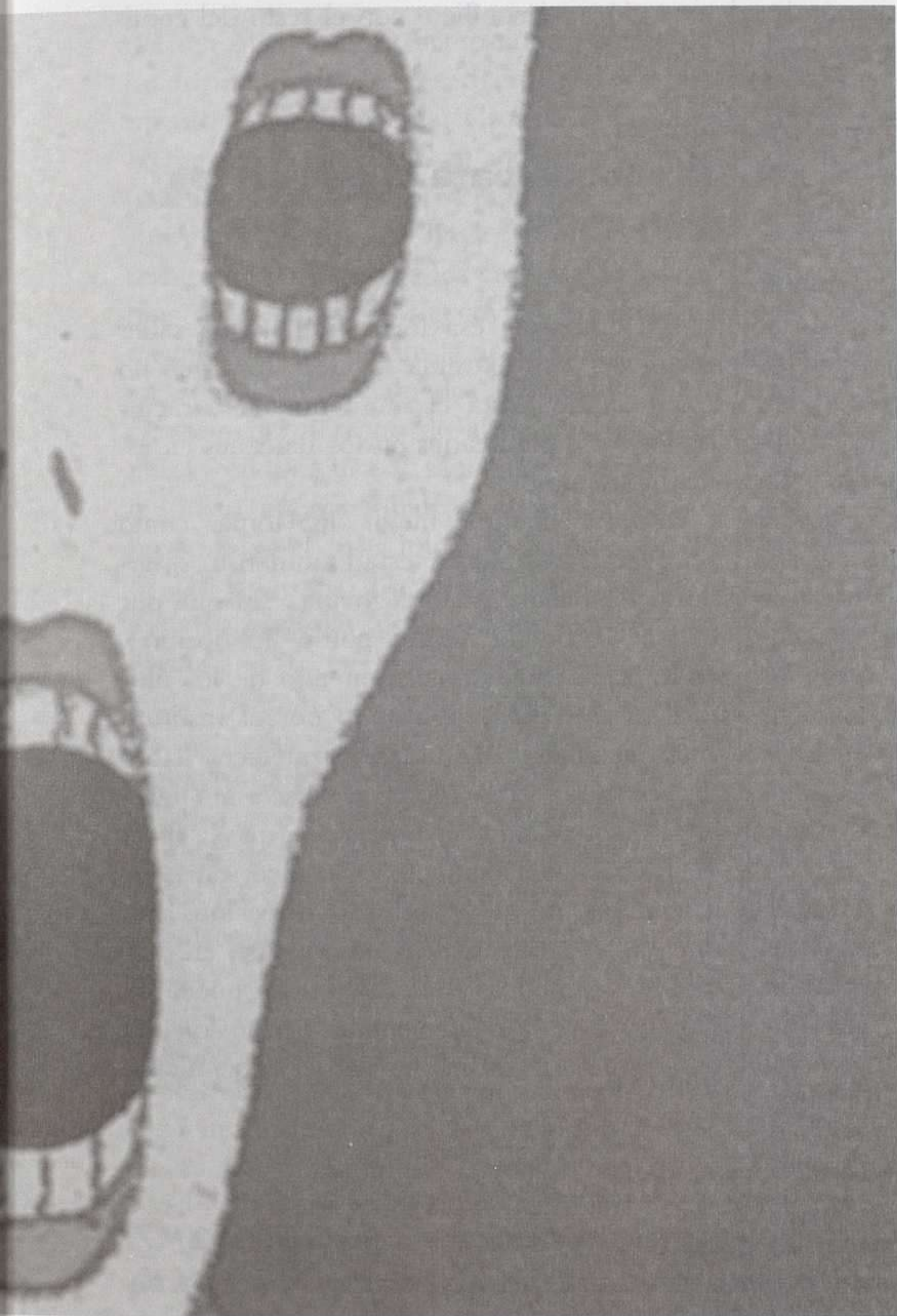
de 1974 –auténtica semilla de la disrupción final– y, más recientemente, en la miopía de la comunidad internacional para no saber hacer valer sus intereses colectivos de seguridad por encima de los estrictamente particulares del gobierno alemán.



La Constitución de 1974

En 1974, la República Federal de Yugoslavia sentó las bases de la desintegración que hoy presenciamos al sancionar una constitución en la que se dibujaba un modelo de fe-

deralismo invertebrado, tanto en lo político como en lo económico. que alentó las fuerzas de la disgregación dentro de un país donde los equilibrios —tal y como he señalado anteriormente— han sido siempre muy difíciles de mantener y han estado siempre preñados de tragedias históricas explosivas. Entonces fue cuando, entre otras medidas, se instituyó el carácter rotatorio del máximo órgano de representación estatal; se recortó el área de soberanía de la república serbia mediante la constitución de las provincias autónomas de Vojvodina y Kosovo —a las que se les garantizó el derecho de gestión sobre el sistema educativo, la policía y el sistema judicial, y a las que, además, se les animó a establecer relaciones exteriores bilaterales con otros países—; en fin, se reconocieron a los eslavos islamizados plenos derechos nacionales —incluido el de autodeterminación— en virtud de su filiación religiosa. Sin embargo, aquel inicio de la descentralización en el proceso de toma de decisiones no culminó en los niveles regionales o provinciales. Aún más, favoreció el que municipios y comunidades locales asumieran cotas crecientes de responsabilidad y funciones en el proceso de organización de la vida política, administrativa y económica yugoslava. La consecuencia de todo ello fue



Folon

que, a partir de la mitad de los años 70, las diversas repúblicas, e incluso los innumerables municipios yugoslavos, empezaron a constituirse como economías independientes que, progresivamente, difuminaron los contactos comerciales y financieros entre unas y otras. Inevitablemente, el caos económico fue apoderándose de todo el país y las capacidades productivas se duplicaron innecesariamente. Indudablemente, ese proceso creciente de desintegración económica del país no fue extraño a la progresiva desmembración política de la República Federal.

De forma más reciente, y para terminar con ello con esta enumeración de las causas de la guerra en Yugoslavia, la capacidad de intervención en el conflicto de la comunidad internacional y, de forma especial, de la Comunidad Europea, ha estado lastrada y ha sido muy limitada, en gran medida, por el comportamiento errático de algunos de sus países más destacados. De hecho, parece que se han ido imponiendo los intereses nacionales de unos —Alemania, sobre todo— sobre los del resto; sin que ésto haya ido, precisamente, en beneficio de la resolución pacífica de los contenciosos existentes entre las poblaciones que habitan aquellas repúblicas y que deseaban la segregación.

Valga esta exposición de motivos para recordar, una vez más, que el futuro de la seguridad europea en relación con la evolución de la guerra en los Balcanes pasa, inexorablemente, por la incorporación de todos es-

tos argumentos, en primer lugar, al proceso de evaluación de los escenarios más probables de evolución futura de la guerra en Yugoslavia, y, en segundo lugar, al de toma de decisiones para, finalmente, formular una política exterior de seguridad que impida la extensión del conflicto con el resto del continente.

Premisas para la paz en los Balcanes

Sin embargo, esa formación ha de saber reconocer con extrema lucidez, cosa que no ha sucedido hasta el momento, el carácter de los retos planteados en los Balcanes en estos momentos.

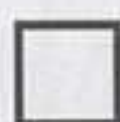
Y para ello, qué mejor que tomar como referencia al analista estadounidense, originario de Bosnia y Hercegovina —sin que por ello se le pueda definir como un bosnio—, **John Zametica**, quien, en uno de los últimos *Adelphi Papers* publicado por el Instituto Internacional de Estudios Estratégicos (IISS) de Londres y dedicado en exclusiva a Yugoslavia, ha señalado recientemente que la línea de fractura del conflicto balcánico, en estos momentos, no es de una sola dirección, sino que es de características dobles. Así, en opinión de Zametica, el estallido de la huella ha sido fruto de la confrontación del vector que representaba el principio del reconocimiento



42

“Los propios responsables políticos alemanes, en privado, reconocen, ahora, que su precipitación en el reconocimiento de la independencia de Croacia y de Bosnia y Hercegovina como estados soberanos fue un error.”

“Esta guerra tiene que ver con la existencia de cuentas pendientes en la Historia de los Balcanes y con el legado político dejado por lo años de dominio comunista”



del derecho de libre determinación aplicado de forma limitada —es decir, el reconocimiento a que Eslovenia, Croacia o Bosnia y Hercegovina ejercieran su soberanía y se separaran de la anterior Yugoslavia; sin que, simultáneamente, se haya permitido a los serbios de Croacia o a los croatas y a los serbios de Bosnia y Hercegovina disfrutar del mismo derecho; de ahí la acepción de limitada utilizada por Zambetica para calificar ese ejercicio del derecho de libre determinación puesto en práctica y sancionado por la comunidad internacional— y el vector que representaba el principio del mantenimiento de las fronteras territoriales internas de la anterior Yugoslavia, tal y como las había rediseñado **Tito** en 1945; y que no representaban, en cambio, la plasmación real del devenir histórico de los diversos pueblos eslavos en el sur de los Balcanes.

Mientras la comunidad internacional se obstina en esa aplicación restrictiva del principio del derecho de libre determinación y mientras la comunidad internacional se empeña en el mantenimiento de unas fronteras interiores que, en nada, representan la realidad histórica y demográfica de los Balcanes, el mecanismo que propagó el enfrentamiento armado en el sur de Europa seguirá estando activado.

Afortunadamente, en los últimos meses, aunque no de forma abierta y clara, los representantes diplomáticos de las principales cancillerías europeas empiezan a admitir an-

te todo aquel que quiera escucharles que, quizás, se cometió un error en Yugoslavia al reconocer apresuradamente la independencia de algunas de sus repúblicas constituyentes, sin haber negociado y solucionado los problemas inherentes a las diversas minorías que en ellas habitaban. También, hoy en día, de forma aún más manifiesta que en el caso anterior, y en lo que hace a los combates que se están sucediendo en la república de Bosnia y Hercegovina, los propios responsables de la Comisión de Paz sobre Yugoslavia —**Cyrus Vance** y **Lord Owen**— han establecido un marco de negociación —¡qué error, qué inmenso error no haberlo abierto en esos términos antes del reconocimiento de la independencia de Bosnia y Hercegovina!— en el que el principio del redibujo de las fronteras interiores, de una u otra forma, empieza a ser tomado en consideración.

En otras palabras, por mucho que el idealismo de encontrar una solución perfecta siga tentando a las conciencias del mundo occidental, esa partición de la república de Bosnia y Hercegovina, el rediseño de sus fronteras interiores y el reagrupamiento de los diversos pueblos que la habitan —ya sea en la fórmula de los cantones independientes o en la de las provincias autónomas descentralizadas— es la llave para parar la guerra en los Balcanes. La intransigencia de la comunidad musulmana, representada por **Alija Izetbegovic**, en exigir el mantenimiento íntegro de la soberanía de la república de Bosnia y

Hercegovina es una trampa sadúcea que se le ha tendido a Occidente para que tome partido en favor de los musulmanes y en perjuicio de los otros pueblos que habitan aquellos montes balcánicos.

En definitiva, cualquier otro punto de partida para la resolución del conflicto yugoslavo que no tenga presente la Historia de los

eslavos en los Balcanes y no asuma, en estos momentos, la imposibilidad del regreso al *status quo ante* no sólo estará llamada al fracaso, sino que, además, colaborará en la prolongación del sufrimiento inmenso de los habitantes de la antigua Yugoslavia; y, más aún, estará poniendo en riesgo la propia seguridad europea.

Jorge CACHINERO

EL ESTADO LIBRE DE BAVIERA

A finales del pasado año, un grupo de veinticinco senadores y diputados del Congreso y de los parlamentos Autónomos de Castilla y León, Andalucía, Murcia y Madrid, fueron invitados por el Instituto para el Encuentro y Cooperación Internacionales de la Fundación Hanns-Seidel a unas "Jornadas Hispano-Alemanas" para parlamentarios españoles, que se celebraron en Munich, Berlín y Potsdam. Hubo también encuentros en las tres ciudades con destacados políticos, militares, banqueros, industriales y empresarios de Berlín, Brandemburgo y Baviera.

Como nota de viaje, uno de los que participaban como procurador en Cortes de Castilla y León nos envía lo que a continuación ofrecemos a nuestros lectores.

Miguel Ángel LÓPEZ DE MARCO

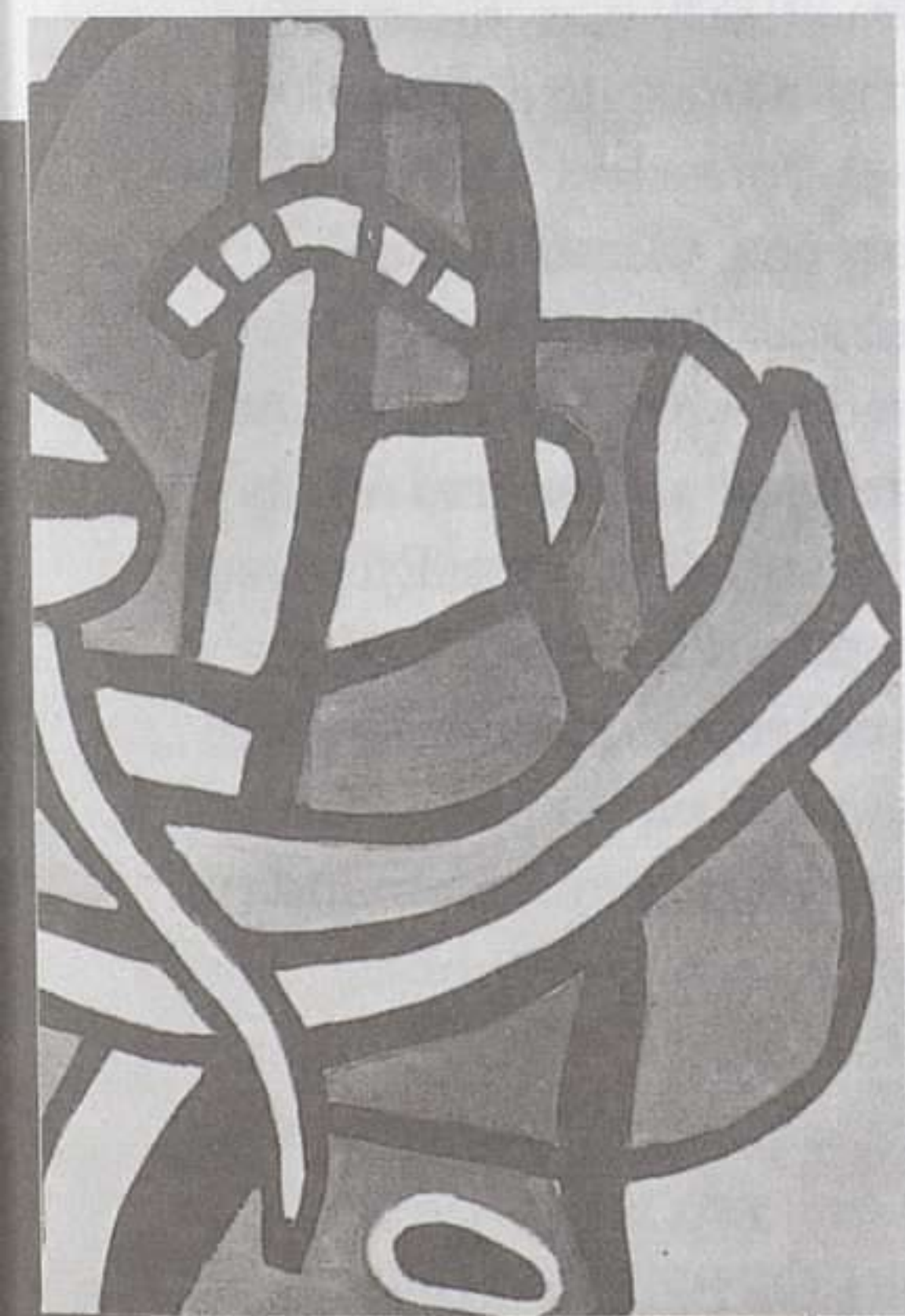
BAVIERA (Bayern) es una personalidad histórica en la República Federal de Alemania. La tradición blanquiazul, como la llaman (la bandera de Baviera es cuartelada en rombos de esos colores), se remonta al Sacro Imperio Romano Germánico, Príncipes Electores y Monarquía de los **Wittelsbach**. Después sigue las vicisitudes de la Gran Guerra, República de **Weimar** y nazismo.

También es una personalidad tem-

peramental; el bávaro es disciplinado, trabajador y responsable, como el prusiano o sajón, pero es más alegre y festivo. Fenómeno común del sur de los pueblos de Europa.

La transformación de un estado rural, hasta 1945 eminentemente agrícola y ganadero —favorecido por la red fluvial del Danubio y Mein, y lo templado de los valles subalpinos— en un *länd* industrializado, rico y próspero (industria aeronáutica y automovilística, industria eléctrica y electrónica, industria textil, la tradición artesana y cervecera. Munich, ciudad monumental y residencia del Gobierno, cuenta con una magnífica universidad, el Instituto **Max Planck**, y otros centros superiores de Ciencia e Investigación), es obra de esa idiosincrasia y gobierno ininterrumpido de mayoría cristiana.

El CSU (Unión Cristiano Social) se inspi-



“La proyección europea de los cristianos bávaros es incuestionable desde un concepto subsidiario y tomista: ‘lo que puede hacer el pequeño, no lo haga el grande’.”



ra en el humanismo cristiano y en la economía social de mercado. Partido Político nacionalista-regionalista conservador, con responsabilidad Federal (Bundestag y Gobierno); es, por tanto, convergente (pan-germanismo), no divergente; anacrónica manera de nuestros Partidos Políticos nacionalistas, tíbiamente españoles, por no emplear otro término. Por el contrario, la similitud es grande con el Partido Popular de Castilla y León, regionalista y vertebrador de la pluralidad hispana, con el que mantiene excelentes relaciones, y comunes, en el Partido Popular Europeo.

Los últimos resultados electorales regionales de 1990, Gobierno del Ministro-Presidente **Max Streibel**, son elocuentes (CSU: 54'9%, SPD: 26%, Verdes: 6'4%, FDP: 5'2%). La proyección europea -simultaneada al Este- de los cristianos bávaros es incuestionable (ratificación de los acuerdos de Maastricht) desde un concepto subsidiario y tomista: *“lo que pueda hacer el pequeño, no lo haga el grande”*. Una Europa necesariamente unida en la mayor diversidad posible, apuesta clara del regionalismo en un continente todavía no diseñado confederal o federalmente.

Solidaridad -común en los *länder*- a los nuevos cinco estados federados (ex RDA), devastados tras casi cincuenta años de socia-

lismo real. Ardua tarea, pasada la euforia de la reunificación. La privatización de doce mil empresas públicas no funcionantes -casi ya llevada a término por el Instituto Treuhand-, Berlín Oriental, o la repatriación de doscientos mil soldados rusos -de triste destino en una URSS que no existe- son algunos ejemplos de dificultad.

La inmigración no es un problema exclusivo de Baviera o Alemania, es europeo, o más bien universal. La Constitución Alemana (artículo 16, Estatuto del Refugiado Político) de vencidos en guerra, la favorece. Tal situación permitiría, al ritmo actual, crear, cada mes, una nueva ciudad de cincuenta mil habitantes con los correspondientes servicios; insostenible en un país superpoblado y crecimiento cero para 1993. Las discrepancias políticas alemanas al respecto han buscado recientemente el consenso: la reforma de la Constitución, no con idea aislacionista, pero sí de menor permeabilidad.

Consecuencia inmediata es el brote xenófobo, racista, neonazi, que se observa en la calle -más en Berlín y en los nuevos Estados Federados, como grupos dispersos, hoy carentes de liderazgo, en repetición fantasmal de los años treinta- que Baviera, Alemania, Europa, no pueden permitir, y que demanda soluciones inmediatas.

Miguel Ángel LÓPEZ DE MARCO

IDEOLOGÍA LIBERAL Y ACTITUD CONSERVADORA

Luis NÚÑEZ LADEVÉZE

Quiere ser éste un análisis esclarecedor de lo que es una "ideología totalmente cerrada" —atribuible a la fracasada ideología comunista—, una "ideología parcial" —por ejemplo, el pacifismo— o del porqué el liberalismo es una "ideología total de tipo negativo". Interesantes reflexiones son también la distinción entre doctrina e ideología y la explicación de la compatibilidad de la ideología liberal con cualquier doctrina —en contra de lo que le ocurre al socialismo—.

COMO hombres y ciudadanos del mundo nos instalamos en la historia en calidad de intérpretes que necesitan orientarse en el evanescente acontecer. Intérpretes de nuestra propia identidad, nos orientamos en un universo de circunstancias que están condicionadas por los planes de nuestros semejantes. Intérpretes, pues, también de la identidad ajena, en la medida en que nuestros propósitos dependen de las intenciones que los demás se propongan ejecutar. Intérpretes, en fin, de la actualidad y de la historia, para quienes las conductas particulares son los signos a partir de los cuales llegamos a comprender parcialmente las motivaciones finales o intencionalmente globales de quienes las realizan. Cambian las ideas que mueven o impulsan a actuar a los hombres. Pero no sólo las ideas concretas, no sólo las intenciones particulares de tal o cual persona. Cambian las "creencias globales", la "filosofía" subyacente que muchos comparten y otros censuran o critican. Cambian, sí, pero

tan lentamente que, cuando se percibe una transformación en ese plano profundo, se advierte como convulsión histórica.

Eso es lo que significa considerar la "caída del muro de Berlín" como signo de la caída de la ideología comunista y de todo lo que el comunismo supuso. En el desmoronamiento de unas cuantas toneladas de hormigón armado, vemos el derrumbamiento de la unidad intencional que alentaba a las ideas que motivaron la construcción de ese muro, hoy ya definitivamente considerado como monumento a la indignidad que pueden alcanzar los humanos cuando siguen decididamente la senda que conduce al engaño colectivo a partir del de uno mismo. No cae una "ideología" cualquiera, sino la que pretendió ser expresión total del sentido de la historia humana, una ideología totalmente cerrada.

La palabra "ideología" es una idea global que expresa el sentido compartido por las ideas parciales que la constituyen como un plan de acción colectiva. Una idea en cuya

"En la teoría y en la práctica socialistas, el destino de toda doctrina es colaborar con la tarea socialista. En la teoría y en la práctica liberal, el destino de una ideología es cooperar con las doctrinas que analiza."



coherencia habrían de integrarse las intenciones particulares de quienes habían de cooperar en la realización del plan. Pero si esa idea no fuera tan coherente como sus patrocinadores pretendían que era, no habría que sorprenderse de que un plan de acción incoherente acabase resultando, cuando se le aplica, "efectivamente incoherente"; ni de que, a consecuencia de esa incoherencia interna, se derrumbe durante su aplicación. Esto es lo que entiendo que significa la "caída del muro de Berlín": es el signo de que el plan que impulsó a construirlo era incoherente. Y eso es lo que ahora me propongo considerar: ¿qué es lo que era incoherente?; ¿por qué una "ideología total" es un plan histórico inaplicable?; ¿qué es lo que puede haber y qué hay de hecho, en su lugar?

Ideología totalmente cerrada

Lo que hay y puede haber en lugar de la "ideología totalmente cerrada" no es sólo la "ideología parcial" (feminismo, ecologismo, pacifismo son ideologías parciales), sino también la "ideología totalmente abierta". Una ideología es cerrada cuando, por la propia conexión interna de la unidad intencional que la define como un plan unificador del sentido de las acciones humanas necesarias para realizarlo, prácticamente todas las acciones humanas concretas han de supeditarse a ser coherentes con esa pretensión que la ideología representa. La ideología es total

en sentido positivo. La unidad intencional de la que depende la coherencia interna de las acciones particulares que han de realizarse para que el plan, a su vez, se realice es formulada como un principio positivo: hay que conseguir tal cosa. "Tal cosa" es exactamente la igualdad económica —o material— entre quienes colaboran con el plan.

Conseguir la igualdad material entre los miembros de una comunidad parece un propósito, en sí mismo, loable. Pero para que una intención positivamente definida sea realizable es necesario que cada una de las acciones particulares sea positivamente orientada a realizar tal propósito. Eso significa que sólo deberían ser realizadas las acciones humanas que sean compatibles con la unidad intencional que caracteriza al plan que la ideología propone. Si todo lo que no es positivo es negativo resulta que el reino de las compatibilidades positivas es muy limitado, y el reino de las negativas, extensísimo. De aquí que la mayoría de las acciones humanas sean incompatibles con el propósito propuesto como fin intencional de una ideología total definida positivamente. En suma, la igualdad material entre los hombres sólo se puede alcanzar si previamente cada hombre se identifica con el plan. Eso equivale a decir que la igualdad material entre los hombres sólo es alcanzable si previamente hay una identidad moral entre los hombres. Pero, ¿cómo puede el plan asegurarse el triunfo si los hombres no deciden colaborar con él?

Rousseau respondió a esta pregunta en *El contrato social*. A su juicio, los hombres “tienen la obligación política” de ser moralmente iguales –intención de la ideología–, y puesto que tienen esa obligación han de colaborar en el plan de igualación humana de grado o por fuerza. Esa es la función de la voluntad general: “el que no colabora con el plan rusioniano de igualdad moral no es que no quiera colaborar sino que “se equivoca” sobre su función en el mundo. Habrá que obligarle a seguir la voluntad de la asamblea que es la depositaria del plan que a todos conviene. No debería extrañar, aunque a más de uno le sorprenda, que ese monumento a la voluntad democrática, que en suma es *El contrato social*, contenga el más duro y cabal alegato favorable a la pena de muerte. Se basó en el principio de que la función de la política había de ser la moralización de la sociedad. Esta idea fue juzgada así por **Stuart Mill**: “*el derecho social absoluto de todo individuo a exigir que los demás individuos obren en cualquier asunto exactamente como es debido... un principio tan monstruoso es infinitamente más peli-*

groso que cualquier usurpación aislada de la libertad; no existe violación de la libertad que no justifique; no reconoce derecho alguno de libertad excepto, quizá, la de profesar en secreto ciertas opiniones que jamás hará conocer”.



El argumento de Rousseau se basa en una falacia que sus seguidores pretenden pasar por alto; sólo se es libre si se coopera con el plan de que todos seamos moral y culturalmente iguales; quien no coopera con el plan no es que no quiera cooperar sino que está equivocado con respecto a cuál es su deber. Por esta razón no se es libre para no cooperar porque ser libre significa cooperar aunque no se desee. Por tanto, según

Rousseau, los hombres no son “actualmente” libres sino en la medida en que cooperen con un plan que a los ciudadanos del futuro les permita serlo íntegramente. Cómo una persona puede ser libre cooperando con aquello que no desea es un misterio que ningún rusioniano podrá nunca desvelar. Porque ser persona, ser sujeto autónomo de moralidad, significa ser libre para



“Una ‘sociedad abierta’ es aquella cuyos miembros pueden actuar con arreglo a motivaciones que no dependen de un plan totalitario cuya unidad de coherencia intencional esté positivamente formulada.”

poder distinguir su identidad espiritual y cultural de la de las demás personas. Sólo quienes voluntariamente decidan ser iguales a otros podrán confundir su identidad personal en la del grupo de manera libre. Eso ocurre en las órdenes religiosas; y, de una manera menos deliberada y más natural, en las comunidades familiares y acaso en las comunas anarquistas. Pero estas comunas se caracterizan, precisamente, porque los miembros prescinden de cualesquiera prescripciones morales. Prescindiendo de reglas de moralidad es más fácil llegar a ser igual a otra persona que también carece de señas de identidad moral.

Lo que importa consignar es que no es posible ser libre y a la vez coherente con los postulados de una ideología cuya norma ideal sea el principio positivo de que todos los miembros hayan de ser económicamente iguales porque eso exige, como comprendió claramente Rousseau, que todos sean a la vez espiritual y moralmente iguales. En conclusión, la intención global de una ideología total cuyo principio intencional es formulado positivamente sólo se puede realizar obligando a que quienes no quieran ser iguales a los demás, lo sean aunque no lo deseen. El fin propuesto en una ideología positivamente definida sólo puede alcanzarse aplicando la coacción política. Pero si el hombre es un sujeto moralmente autónomo se comprenderá que la imposición de un fin moral acabe desmoralizándolo, disolviendo su identidad

personal y limitando su capacidad de actuar como sujeto, ya que todos sus actos habrán de ser compatibles con un fin moral impuesto y no asumido voluntariamente. Una sociedad cuyos miembros no pueden actuar como quieran o deseen sino como se les obliga a actuar, de un único modo previamente definido, desperdiciará tal cantidad de acción humana —que podría ser provechosamente utilizada— que tarde o temprano acabará resultando incapaz de subsistir. Se comprende que la “caída del muro de Berlín” haya sido consecuencia de la ineficacia del programa económico. Pero es que la acción económica no es desgajable de la unidad intencional de la persona que actúa. La ineficacia económica también tiene su raíz en la falta de libertad moral.

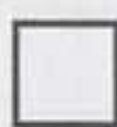
Ideologías parciales e ideología total de tipo negativo

Ser “total, desde el punto de vista de una articulación positiva de las ideas, equivale a ser “cerrado”. Una sociedad histórica cuyos miembros estén motivados por la intención de realizar la idea o proyecto contenido en una “ideología positivamente total” será, como ya consignó **Popper**, una “sociedad cerrada”. Una “sociedad abierta” es aquella cuyos miembros pueden actuar con arreglo a



"Las ideologías parciales —feminismo, ecologismo, etc.— son pretensiones de imponer a los miembros de la comunidad una misma identidad moral positiva sólo en aspectos parciales."

"No hay uno sino muchos modos de aplicar el principio liberal. Lo fundamental consiste en aceptar que, para que la acción humana sea libre, ha de ser también ordenada conforme a reglas generales."



motivaciones que no dependen de un plan totalitario cuya unidad de coherencia intencional esté positivamente formulada. Pero si la unidad de coherencia de un plan total, es decir, al que deben someterse todos los miembros de la comunidad en cada uno de los actos, está "formulada negativamente", entonces no se incumple la condición de la que depende que una sociedad sea "abierta". Se incumple parcialmente si la unidad de coherencia positiva del plan total no afecta a todas las acciones humanas sino sólo a algunas de ellas. En eso consisten las ideologías parciales. Son pretensiones de imponer a los miembros de la comunidad una misma identidad moral positiva sólo en aspectos parciales. Los ultranacionalismos, formas suaves de racismo, el feminismo, el pacifismo y ciertos ecologismos son ideologías parciales. Pretenden imponer a la comunidad ciertas identidades morales positivamente formuladas. Nuestras actuales democracias son, en parte, cerradas y en parte abiertas.

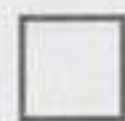
Pero es posible pensar en un plan de acción humana total cuya realización se base en "una formulación negativa de su unidad de coherencia". Si se dieran esas condiciones, las acciones humanas particulares no quedarían supeditadas a que sean conformes a un sentido global previo a ellas, impuesto por la unidad de coherencia de la ideología que tuvieran que aplicar. Obsérvese que, expuesta esta idea negativa en términos de "ideología total", cualquiera que fuera la acción ejecutada por un miembro sería, en

principio, coherente o compatible con la unidad intencional respecto de la cual las acciones particulares tendrían sentido como condición de realización del plan. Una ideología que se base en la formulación de un principio de contenido exclusivamente negativo será "total" —o sea, aplicable a todos los hombres y a todas sus acciones—, y será "abierta", porque toda acción será compatible con la unidad de coherencia del plan. Este principio es el principio liberal que dice: todo lo que una persona quiera hacer se considerará, en principio, compatible con el supuesto de organización global de la acción humana. O para usar una expresión de **Stuart Mill**: *"la libertad consiste en hacer lo que se desea"*.

El liberalismo y sus aplicaciones

El liberalismo es una ideología total de tipo negativo, según la cual, cualquier motivación que adopte la persona humana es compatible con el supuesto regulativo global. Solamente se excluyen aquellas acciones humanas que sean incompatibles con el supuesto de que toda otra acción es también compatible. De esta manera, es posible aprovechar socialmente el máximo de acción humana porque la mayoría de las acciones que se puedan ejecutar, y que no perjudiquen o interfieran la libertad de los demás de ejecutar las suyas, son, por principio, eje-

"La concepción liberal se basa en el supuesto de que toda persona tiene la obligación moral –no política– de ser mejor de lo que es, de ser solidario y de ayudar al prójimo."



cutables. Así pues, hay dos modos ideológicos de articular racionalmente la unidad de coherencia de la cooperación política humana: una ideología total, definida positivamente como servicio a una idea predefinida a la que han de adaptarse las acciones concretas. Y una ideología total definida negativamente como rechazo de que haya una idea o plan preconcebido al que tenga que adaptarse la conducta política. Una ideología socialista, de raíz rusioniana y aplicación marxista; y una ideología liberal, de raíz lockiana y de indeterminada aplicación.

Con "indeterminada aplicación" se quiere decir que "no hay una sino un número indefinido de aplicaciones liberales". Puesto que se parte de que las personas son sujetos de autonomía moral, las posibilidades de realización liberal dependen de los fines voluntariamente asumidos por los sujetos que los compartan. No hay, por tanto, uno sino muchos modos de aplicar el principio liberal. Lo fundamental del principio consiste únicamente en aceptar que, para que la acción humana sea libre, ha de ser también ordenada conforme a reglas generales. Este es el principio utilitarista que sirve de base a la organización política en las sociedades liberales. Se funda en la siguiente presunción, que los fundadores de la llamada "teoría de la decisión racional" han, más o menos, expuesto recientemente así: una acción ordenada conforme a un regla elimina más incertidumbre que una acción desordenada que no responde a regla alguna. Utilitariamente

se puede formular de esta manera: acepto que mi conducta se acomode a una regla general de conducta porque la aceptación de la regla me asegura más posibilidades de acción libre que la falta de regla alguna. Si sabemos de antemano cómo será la conducta ajena porque conocemos la regla a la que se ajusta, seremos capaces de eliminar más incertidumbre derivada de las consecuencias de mi acción que si nadie ajustase su conducta a una regla. Por ejemplo, si no hubiera señales de tráfico no sabríamos cuándo podríamos cruzar la calzada sin peligro de que nos atropellaran. Este fue el argumento que utilizó **Hobbes** en el *Leviatán* para explicar por qué era imprescindible que los ciudadanos se sometieran a la voluntad del soberano. El soberano garantiza "el orden necesario para asegurar la libertad.". Mas Hobbes prescindió de esta segunda parte, la libertad, y hubo que esperar a que **Locke** la desarrollara en su principio de Tolerancia. Hoy podríamos reescribirlo así: "tanto orden cuanto sea necesario para tanta libertad cuanto sea posible." No es exactamente la tesis del "Estado mínimo" de **Nozick**, sino la tesis del "Estado limitado", o, si se prefiere, "equilibrado", de Locke y de la encíclica *Centesimus Annus*.

Ahora bien, "un liberalismo reducido a la afirmación del principio utilitarista no sería compatible con la noción de persona como sujeto de autonomía moral en que se basa el propio liberalismo." Se es liberal porque se considera que la persona es un sujeto que ha

de realizarse moralmente, y no porque se considere que a la persona le basta no perjudicar a los demás para ser un sujeto de moralidad. Si así fuera, la moralidad humana se reduciría al mínimo instrumentalmente útil para asegurar el orden político, como pretenden los utilitaristas. Y, ciertamente, hay liberales radicales, anarquistas, que así lo consideran. Pero esto no puede aceptarse de ninguna manera, pues equivale a definir la moralidad que integra la identidad humana personal como algo negativo. Es decir, que a la formulación negativa de la ideología total se añadiría una segunda negación que concibiría a cada persona en particular como un sujeto moralmente negativo, y no, como lo que la persona es, por el mero hecho de estar histórica y socialmente en una sociedad, unas circunstancias determinadas y junto con otras personas determinadas: "un sujeto positivo de moralidad"; o bien, "una fuente de moralidad sustantiva."

Como ideología total, el liberalismo proporciona el contenido ético indispensable para asegurar un orden político que sea compatible con la idea de que cada persona es moralmente libre de actuar como quiera. Pero el liberalismo no sería nada si únicamente se basara en ese principio. El supuesto tiene sentido si y sólo si se estima que cada persona es una unidad intencional positiva, o sea, sustantiva, un sujeto al que no basta con interferir al actuar de los demás sujetos para que su acción sea positivamente moral. Moralmente hablando cada persona puede

ser peor o mejor. Como ciudadanos de una comunidad política, el principio instrumental en que se basa el racionalismo liberal es suficiente, pero "como sujetos morales, como personas, el "principio es insuficiente." El supuesto liberal expresa que, en cuanto personas, podemos ser mejores o peores de lo que somos. Aunque muchos liberales, por falta de reflexión sobre sus propios principios, se hayan limitado a concebir la moralidad como un mínimo instrumental, cada persona en particular tiene la obligación de perfeccionarse y ser mejor de lo que es. Lo que pasa es que "esa obligación, por ser moralmente positiva y no negativa, no puede ser exigida políticamente"; no puede aducirse como argumento para forzar a una persona a que actúe en contra de su voluntad el que de hecho, aunque sea de modo implícito, la concepción liberal se basa en el supuesto de que toda persona tiene la obligación moral de ser mejor de lo que es, la obligación moral —no política— de ser solidario y de ayudar a su prójimo.

El liberalismo no sólo no es incompatible con reglas morales positivas sino que su propio supuesto obliga a entrar en el debate sobre cuál ha de ser el fundamento de la positividad de las reglas morales. No desarrollaré este asunto aquí. Únicamente expondré que la "positividad moral" depende de la condición natural humana y de las formas en que históricamente se manifiesta y, también, a veces, se desvirtúa. La cultura —y la moral como manifestación de la cultura— es un



"Puede haber, y hay, un liberalismo conservador, el propio de liberales que se propongan conservar la doctrina que profesan."

hecho histórico que se produce en un entorno natural. Cada sociedad se organiza históricamente conforme a determinados principios culturales y morales de naturaleza positiva. Si el orden político absorbe excesivamente estos principios, la regulación de esas sociedades se convierte en autoritaria y despótica.

El liberalismo, ideología compatible con cualquier doctrina.

Una organización positiva de las reglas de moralidad es lo que se llama una "doctrina moral". La razón de ser de las doctrinas (morales, estéticas, culturales, científicas, jurídicas) procede de que en ellas se expresa en forma normativa el mundo de la vida que por tradición cristaliza en pautas de convi-

vencia subyacente. La "tradición del mundo de la vida" precede a cada sujeto personal. Nadie aparece como el *Emilio* de **Rousseau**, individualidad aislada en el mundo, sino como "personalidad" formada en un mundo cuya positividad moral está dada de antemano. Cada uno

posee una historia que ha sido y que sigue siendo compartida por otros sujetos individuales —los cuales, por ser históricos también son personas—. Todos somos sujetos moralmente autónomos en un mundo de la vida organizado por pautas de conducta positivas, no ideológicas sino doctrinales.



"Con la caída de la ideología comunista no cae una ideología cualquiera, sino la que pretendió ser expresión total del sentido de la historia humana, una ideología totalmente cerrada."

"Una ideología no tiene nada o poco que conservar. Una doctrina es, en sí misma, un conjunto de ideas cuya misión fundamental consiste en tratar de conservarse."



Una "doctrina" no es, por lo tanto, lo mismo que una "ideología". El contenido prescriptivo de una ideología pretende basarse exclusivamente en el esfuerzo de la razón reflexiva o crítica, y se expresa como una regla de conducta que ha de ser obligatoria para quienes no la comparten voluntariamente, mientras que la "doctrina" se compone de reglas de conducta cuya "pretensión de validez", para decirlo usando la terminología de **Habermas**, sólo afecta a quienes comparten la doctrina, ya sea porque deliberadamente se adhieren a ella, ya sea porque ésta forma parte de la tradición histórica del mundo de la vida en el que la personalidad se forma y en la que surge adherida.

Una ideología se distingue de una doctrina en que, por ser una regla que trate de vincular a quienes no la comparten, asume el supuesto de que toda conciencia reflexiva, está capacitada para examinar críticamente los contenidos doctrinales a los que decide prestar su adhesión. "Una ideología no tiene nada o tiene poco que conservar" porque lo que la distingue como ideología es la actitud reflexiva como distinta del objeto sobre el que ha de reflexionar, el cual es, por lo común, un contenido doctrinal (que puede ser estético, jurídico, moral o artístico). Una doctrina es, en sí misma, un conjunto de ideas cuya función fundamental consiste en tratar de "conservarse", porque sólo la doctrina que se conserva sobrevive como doctrina. De aquí, que las doctrinas dispongan de procedimientos más o menos institucionaliza-

dos que aseguren su conservación. Los ritos, la liturgia, la organización jerárquica, la definición del dogma, las técnicas artesanales, el reconocimiento de la maestría, la subordinación a la autoridad, el magisterio y otros métodos que dependerán del tipo de doctrina de que se trate, son recursos, más o menos conscientes, históricamente consolidados por la tradición doctrinal, cuya función implícita o explícita es la conservación del núcleo de coherencia —la ortodoxia— del que depende su identidad histórica doctrinal.

"El liberalismo no es una doctrina sino una ideología negativa" que parte del supuesto de que "el libre examen" crítico de los contenidos doctrinales, como se basa en juicios negativos, no lleva implícito una solución de los problemas examinados y, por tanto, que toda doctrina, aunque pueda resultar problemática a la luz de la razón, puede, a partir de sus propios supuestos doctrinales, readaptarse para superar esas deficiencias. Al contrario que el socialismo, no pretende ser la solución positiva de los problemas de adaptación histórica que se manifiestan como desajustes en la coherencia interna de las doctrinas que la conciencia personal enjuicia. No es al liberalismo sino a la doctrina examinada a la luz del espíritu crítico racional, o liberal, a la que corresponde dar solución positiva a los problemas que el cambio histórico pueda presentar a la articulación interna de su coherencia doctrinal. La confianza del liberal en las posibilidades de la razón es limitada. No confía tanto

como para creer que pueda construir el mundo *ex nihilo* prescindiendo de la historia precedente y de la naturaleza en que se instala. El socialismo, como ideología, propone lo opuesto. Según los socialistas, sólo la ideología, como método de examen racional, podrá resolver las incoherencias doctrinales producidas en una doctrina como consecuencia de su desadaptación histórica. En la teoría y en la práctica socialistas, el destino de toda doctrina es colaborar en la tarea socialista. En la teoría y en la práctica liberal el destino de una ideología es cooperar con las doctrinas que analiza.

En síntesis: el liberalismo es una ideología racional compatible con toda convicción o doctrina moral cuyos contenidos doctrinales o morales sean internamente coherentes; una ideología que confía en la razón como instrumento capaz de examinar o detectar las incoherencias que puedan surgir en una doctrina cuando el camino histórico, las circunstancias no previstas, inéditas o nuevas con relación a la tradición histórica de que se ha alimentado sus normas, pueda plantear problema de adaptación y de coherencia interna. El liberal sabe que al ejercer su examen crítico, como es una persona la que lo realiza, puede equivocarse y por ello confía no sólo en su examen sino también en la doctrina que examina, y expone las conclusiones de su examen como contribución al perfec-

cionamiento de la doctrina examinada. Pero la decisión de adaptarse de un modo o de otro corresponde a todos cuantos comparten la doctrina y no a la razón del crítico. Y como no todos los que comparten la doctrina saben pensar del mismo modo ni conocen lo mismo, la propia historia de la doctrina institucionaliza formas sociales para la "conservación" de su identidad.

El liberalismo es una ideología, no una doctrina, compatible con cualquier doctrina porque exige sólo condiciones negativas de compatibilidad. El socialismo es una ideología, no una doctrina, en principio incompatible con cualquier doctrina porque exige que todas sean positivamente compatibles con el socialismo. El conservadurismo es la actitud propia de quienes tienen como empeño conservar la doctrina, no la ideología, que profesan. No puede haber un socialismo conservador ni un socialismo liberal, como muchos dicen. Lo que puede haber, y hay, es un socialismo a medias que sacrifique parte de su dogmatismo, como ocurre en las actitudes socialdemócratas actuales. Puede haber, y hay, un liberalismo conservador, el propio de liberales que se propongan conservar la doctrina que profesan. Y un liberalismo radical, propio de liberales que desprecian las doctrinas que no profesan. Pero, ciertamente, esta es una actitud muy poco liberal que yo prefiero llamar anarquismo amoral.

Luis NÚÑEZ LADEVÉZE

EL CREPÚSCULO DEL PRAGMATISMO

Lorenzo **BERNALDO DE QUIRÓS**

*Uno de los datos fundamentales de este último tercio del siglo XX no es el del “fin de las ideologías” como anunciaron a mediados de la década de los cincuenta sociólogos como **Daniel Bell** o **Raymond Aron**, sino el de la resurrección de las ideas como arma esencial de la batalla política. Si las ideologías viven su época de esplendor, cuando se oponen a sistemas políticos decadentes, el “neoliberalismo” o “neoconservadurismo” ha sido la respuesta de la democracia-liberal a la decadencia del estatismo en sus versiones duras –comunismo– y blandas –socialdemocracia–. De ahí que pueda afirmarse (**Martin Anderson**, 1991) que la “única revolución política constructiva del siglo XX ha sido la protagonizada por el “capitalismo democrático”.*

A lo largo de los ochenta, la derecha occidental ha consumado tres rupturas teóricas y prácticas de un enorme calado: *la primera* con el consenso socialdemócrata vigente en la mayoría de los países industrializados desde el final de la Segunda Guerra Mundial; *la segunda* con la tentación centrista frente a la que solía sucumbir, cuando se avergonzaba de sus propias creencias; *la tercera* con el pragmatismo tecnocrático, versión clásica del intervencionismo conservador. De esta forma, la derecha neoliberal ha rechazado cualquier intento de encontrar una tercera vía entre el estatismo y la libertad abandonando las posiciones y tácticas políticas que

supusiesen un compromiso entre esos dos principios. Aquellas han dejado paso a un discurso ideológico de choque, porque la inherente tendencia al pacto del centro y a la simple gestión del consenso por parte de los tecnócratas sólo servían para consolidar un *statu quo* apoyado en la tesis de la izquierda.

No existe la ideología de centro

En efecto, el centro es una palabra tan usada como falta de contenido. Para empe-

zar, como grupo político no es un elemento de moderación de la vida pública —así se ha venido afirmando de forma tan insistente como errónea—, sino una de las causas eficientes de su polarización. En efecto, el hecho de que la zona central del espacio político esté ocupada impide que las fuerzas centripetas de la derecha y de la izquierda puedan desplegarse, lo que aumenta la radicalización de sus planteamientos. Si además, el partido de centro pretende trascender a la mera función de bisagra y aspira a ser mayoritario, contribuye decisivamente a polarizar la competencia política. El final de un sistema de partidos basado en el centro conduce a la radicalización o a la desaparición del centro absorbido por la derecha y por la izquierda. Así le sucedió a las formaciones centristas en la República de Weimar, en la IV República francesa y en la historia reciente de España. Por lo que respecta a la concepción del centro como una síntesis ideológica, “lo bueno de la izquierda y lo bueno de la derecha”, es un escolástico intento de lograr la identidad de los contrarios que tiende inevitablemente a la esquizofrenia. Como escribió **Duverger**: *“Todo centro está dividido contra sí mismo al permanecer separado en dos mitades: el centro-derecha y el centro-izquierda. El destino del centro es ser separado, sacudido, aniquilado; separado, cuando una de sus mitades vota por la izquierda y la otra por la derecha; sacudido, cuando vota en bloque bien por la derecha o bien por la izquierda; aniquilado, cuando*

se abstiene”. Así, el centro no existe como ideología, es un simple lugar geográfico, un talante o una mera regla de buena educación.

Por último, la experiencia enseña, desde luego la española, que los partidos de centro están incapacitados para desarrollar una política general coherente. Como ha demostrado **Sartori**, el centro está constituido por retroacciones, lo que conduce a los grupos en él situados a ser organismos pasivos con tendencia al inmovilismo. Es decir, los partidos centristas están condenados a una política de mediación y de tibieza. Son esclavos de la tercera vía y del consenso permanente y ni siquiera porque lo deseen, sino porque sin ellos no podrían sobrevivir. La definición mata al centro.

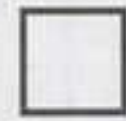
Una izquierda intelectualmente agónica

La tercera ruptura se ha producido con el “pragmatismo” que se ha transformado en el refugio de una izquierda intelectualmente agónica. Esta, al verse obligada a renunciar por inviable a su propia ideología, no duda en asegurar que todas las demás son falsas y por lo tanto debe actuarse como si no existiesen. En este marco, el debate político cede su lugar al debate sobre la gestión. Traducida a la realidad, la asunción de esta interpretación por la derecha hubiese conducido



“El final de un sistema de partidos basado en el centro conduce a la radicalización o a la desaparición del centro absorbido por la derecha y por la izquierda.”

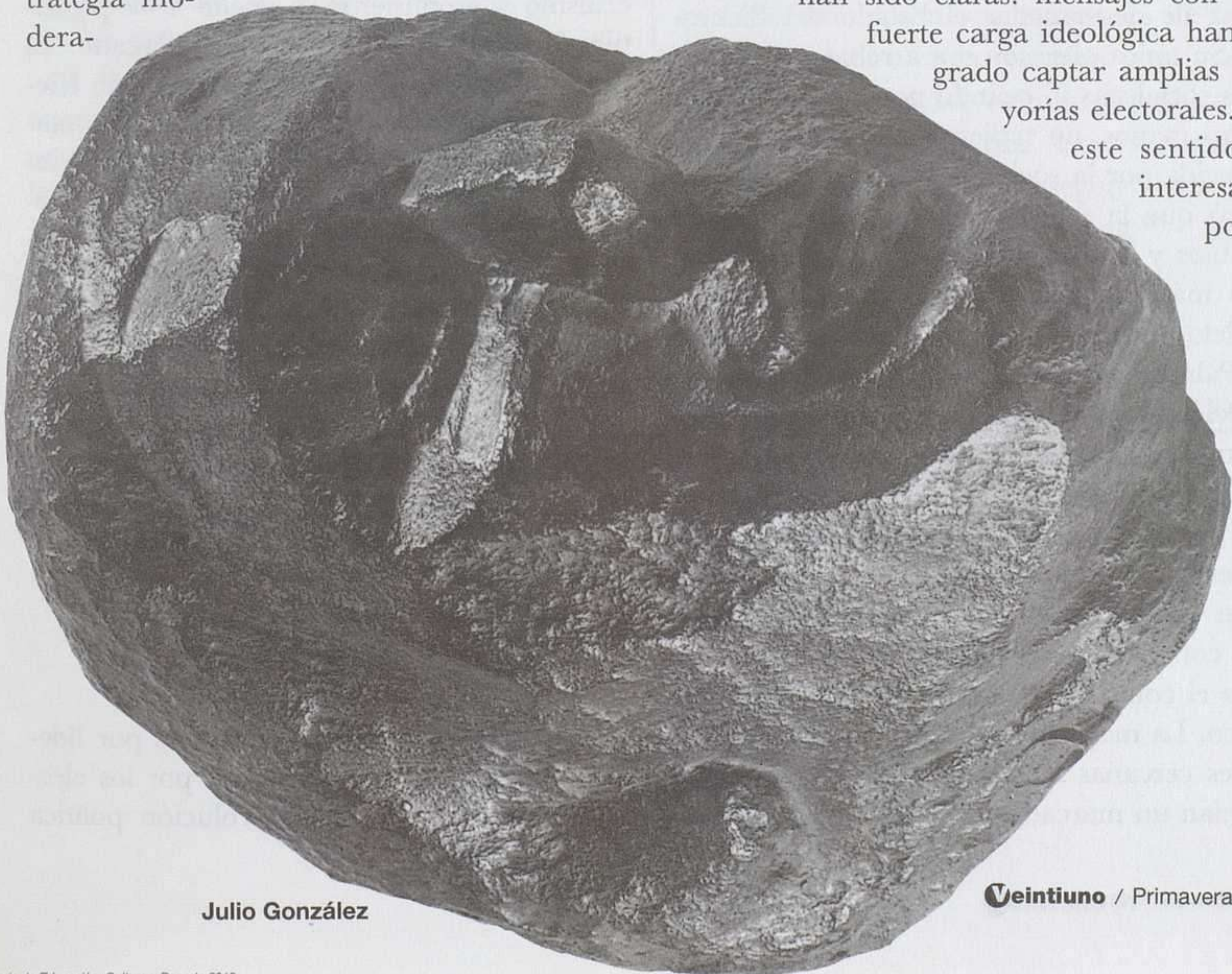
“El centro no existe como ideología, es un simple lugar geográfico, un talante o una mera regla de buena educación.”



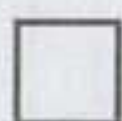
a aceptar el modelo socialdemócrata vigente y a limitar el alcance de las reformas introducidas en su seno a la mejora de su funcionamiento, pero nunca a cambiar el modelo. En otras palabras, el pragmatismo gestor suponía el asumir *Welfare State* y la conversión de la derecha en el taller de reparaciones de la socialdemocracia, o, como describió el fenómeno con un notable grafismo un político conservador, *“la izquierda hace las revoluciones, pero la derecha las consolida.”*

Pero quizá lo más interesante es que la estrategia moderada-

da de la derecha pragmática no ha logrado, lo que constituía su gran baza política para rechazar las exigencias de los radicales de sus propias formaciones, el éxito electoral, y cuando lo ha logrado ha sido de una manera precaria. La experiencia contemporánea no deja lugar a dudas sobre esta cuestión: puestos a elegir entre distintas versiones de socialdemocracia, aunque sea depurada de excesos, los ciudadanos eligen siempre la más pura, esto es la ofrecida por los socialistas. Por el contrario, de EE.UU. al Reino Unido, las lecciones de la reciente historia han sido claras: mensajes con una fuerte carga ideológica han logrado captar amplias mayorías electorales. En este sentido es interesante poner



“Los partidos centristas están condenados a una política de mediación y de tibieza. Son esclavos de la tercera vía y del consenso permanente.”



dos ejemplos que resultan paradigmáticos.

En 1976, el centro-derecha ganó las elecciones en Suecia. La hegemonía socialista parecía haber llegado a su fin. La derecha había tardado treinta y cinco años en alcanzar el poder. El cansancio del carismático **Palme** y el deseo de corregir los excesos y las corrupciones del *Welfare State* escandinavo habían sido las causas del triunfo liberal-conservador. Sorprendentemente, los “burgueses” hicieron la misma política que los socialdemócratas. En tantos años de oposición no habían elaborado un programa de gobierno capaz de dismantelar el Estado del Bienestar. Su única obsesión era arrebatarse el poder a los socialistas y, cuando por fin lo tuvieron en sus manos, no supieron qué hacer con él. Seducida por la socialdemocracia, la derecha pensó que la sociedad no aceptaría grandes cambios y llegó a la conclusión que la solución más práctica era “gestionar mejor” el modelo vigente. Al aplicar la misma política de Palme —eso sí, de forma moderada—, la derecha la reconoció como la única posible y se suicidó como alternativa. El Partido Socialista ganó las siguientes elecciones y los “burgueses” han tardado casi veinte años en volver al gobierno.

En Gran Bretaña, un comando “neoliberal” con **Margaret Thatcher** a la cabeza toma el control del Partido Conservador Británico. La mayoría de los thatcherianos eran gentes cercanas al *Institute of Economics Affairs* y tenían un marcado componente ideológico.

Habían elegido para entrar en la política un partido magmático y con una sólida implantación electoral. Durante años y en colaboración con diversas instituciones sociales e intelectuales inundaron el Reino Unido de propuestas “neoconservadoras”. En las elecciones de 1974, la vieja guardia “wet” centrista y co-gestora del *statu quo* con los laboristas perdió las elecciones frente a **Wilson**. Era el momento del relevo y así Margaret Thatcher accedió al liderazgo *tory*. En 1979, los conservadores ofrecieron a la sociedad británica un programa de “ruptura radical” con el socialismo y propusieron la vuelta a los principios de la economía libre de mercado. El triunfo electoral fue total y la Dama de Hierro puso en marcha una auténtica “revolución” que le dio la victoria en cuatro elecciones consecutivas. Tal vez..., algún día el Partido Conservador pierda los comicios, pero ha introducido cambios tan grandes en la mentalidad de los ciudadanos y en la realidad nacional, que la vuelta al “socialismo de bombín” de los tiempos prethatcherianos es casi imposible. La derecha británica ha creado un “nuevo consenso social” basado en sus ideas.

El neoliberalismo, una revolución ideológica

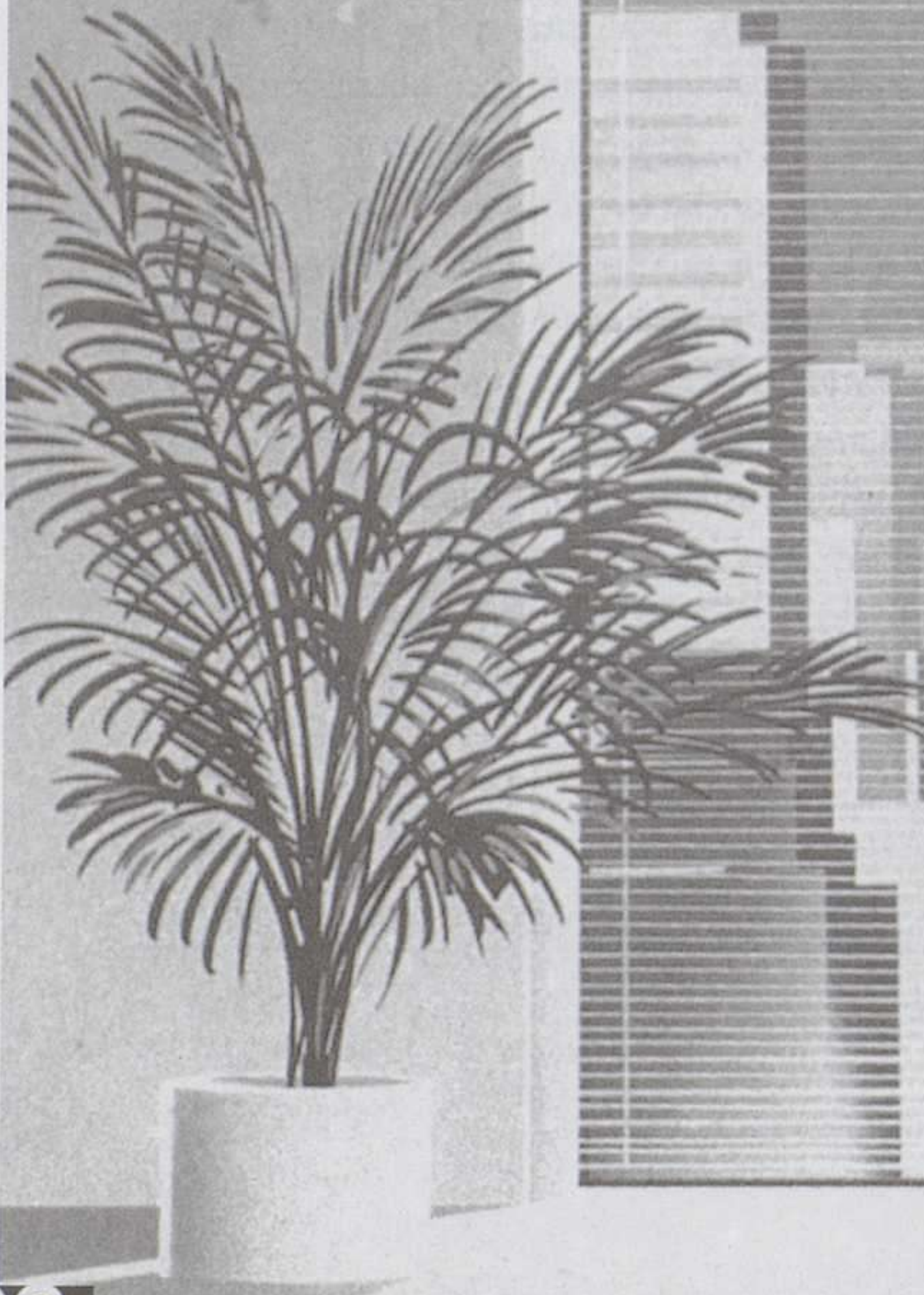
¿Por qué los cambios propuestos por líderes radicales han sido apoyados por los electores? *En primer lugar*, la revolución política

“neoliberal” ha sido precedida y se ha visto acompañada de una revolución intelectual, que ha hecho trizas los supuestos teóricos y ha puesto de manifiesto el fracaso práctico de las tesis socialdemócratas. *En segundo lugar*, la opinión pública y los ciudadanos se dieron cuenta de que las tesis de la socialdemocracia no se correspondían con los hechos; el *Welfare State* funcionaba cada vez peor y los parches destinados a introducir mejoras parciales en el modelo eran rápidamente absorbidos y neutralizados por el sistema. *En tercer lugar*, porque en muchos países la socialdemocracia y el Partido que la representa habían fundado de hecho un “Régimen” —caso británico o sueco— y por lo tanto su transformación debía ser completa, porque completo había sido su control sobre la sociedad civil. *En cuarto lugar*, la gran oportunidad política de dismantelar un sistema siempre la ofrecen las depresiones económicas. En este sentido, las propuestas estatizadoras se beneficiaron a ambas orillas del océano del “aparente” fracaso del capitalismo para afrontar la Gran Depresión, lo que les proporcionó el apoyo de las élites más ilustradas, aunque no

esclarecidas, y de la ciudadanía. Pues bien, en los setenta la *stagflation* desacreditó completamente las tesis socialdemócratas. De ahí que las crisis que sirvieron para extender el Estado han servido medio siglo después para reducirlo, cuando el *Welfare State* ya no era una propuesta teórica virgen, sino una realidad práctica con décadas de funcionamiento.

En conclusión, la resurrección de la ideología y no su fin ha sido la principal causa del triunfo de la derecha política en los últimos diez años, y ha puesto los cimientos para sustituir el viejo consenso socialdemócrata por un nuevo consenso neoliberal. Esta ideologización de la derecha se ha podido realizar gracias a su ruptura con el “centrismo” y el “pragmatismo tecnocrático”, que la habían transformado en una marioneta de la socialdemocracia y en la coartada para mantener un sistema social, cultural y político dominado por la izquierda. Una vez más se cumple el viejo aforismo, según el cual “*la mejor práctica es tener una buena teoría.*”

Lorenzo BERNALDO DE QUIRÓS



RONALD REAGAN Y LA RENOVACIÓN DE OCCIDENTE

Margaret THATCHER

*Son escasas las veces en las que un Primer Ministro británico ha ejercido el poder durante dos mandatos consecutivos, al tiempo que un Presidente de los Estados Unidos. Esto sólo ha sucedido en tres ocasiones. La primera fueron **Pitt el joven** y **George Washington**. La segunda, **Lord Liverpool** y **James Monroe**. La tercera, yo misma y **Ronald Reagan**. Esto me da una ventaja, que si no es única por lo menos es históricamente excepcional, para hablar con autoridad moral de la manera en que Reagan ha ejercido el poder.*

NO puedo, vaya por delante, ser un observador completamente neutral. Siempre me acuerdo de una manera muy precisa de mis sentimientos cuando se produjo la elección del presidente **Reagan** en 1980. Nos habíamos reunido y habíamos mantenido largas conversaciones cuando aún era gobernador de California. Sabía que teníamos numerosas convicciones en común, y había comprendido que debíamos afrontar a la vez las formidables tareas que teníamos por delante: poner nuestros países en pie, restaurar su fortaleza y sus valores y ayudar a crear un mundo mejor y más seguro.

Al asumir sus funciones, el presidente Reagan se encontraba ante una situación caracterizada por las altas tasas de interés, una inflación extremadamente fuerte, un crecimiento vacilante y enorme demanda de proteccionismo autodestructor. Esta situación se había creado y agravado por un sentimiento pesimista de que no había soluciones:

América se enfrentaba a un declinar inevitable en una nueva era que se caracterizaría por un crecimiento muy limitado. El modelo americano había terminado. Nosotros nos habíamos enfrentado en Gran Bretaña a un pesimismo similar durante los años setenta, cuando el debate político giraba en torno a la idea del "mal británico". En efecto, en aquella época todo el mundo occidental parecía enfermo y se examinaba sus índices económicos como la temperatura a un enfermo.

El presidente Reagan vio claramente que la enfermedad residía en el pesimismo y que el único remedio era una vuelta al optimismo. Emprendió la tarea de restaurar la fe en las perspectivas y promesas del modelo americano, cuyas esperanzas sin límites se basan en el espíritu de empresa, la iniciativa individual y la generosidad. Luchó para introducir sus propias convicciones en el espíritu del pueblo americano y en el funcionamiento de la economía. Era una actividad de visiona-

“Reagan emprendió la tarea de restaurar la fe en las perspectivas y promesas del modelo americano, cuyas esperanzas se basan en el espíritu de empresa, la iniciativa individual y la generosidad.”



rio. Ello permitió a América atravesar sin graves tormentas ese período difícil que fue la recesión de 1980-82: los americanos aceptaron los sacrificios porque estaban convencidos de que sus sacrificios permitirían fundamentar mejor una prosperidad futura.

El “boom” económico de los años Reagan

Para restaurar la confianza de los americanos en sí mismos, Ronald Reagan se empeñó en liberar sus energías. Rompió las barreras levantadas por la regulación, paró la inflación y sobre todo bajó fuertemente los impuestos. Como nosotros hemos podido descubrir en Gran Bretaña en los últimos años, cuando se retiran los obstáculos de su camino, las gentes se sienten llamadas a trabajar más, y ganan más dinero. Esto mejora su bienestar y el de su familia, pero también la situación de la población entera. Aquí está el secreto del *boom* económico de los años Reagan. Como se sabe, la economía conoció un crecimiento ininterrumpido desde 1982, lo que se tradujo en un aumento del nivel de vida global y un descenso del paro, que llegó al nivel más bajo durante el mandato Reagan.

El impacto internacional de este éxito fue enorme. En el transcurso de los encuentros económicos en los que participó, el carisma de Reagan contribuyó a animar a los países industrializados a orientar sus políticas eco-

nómicas hacia la bajada de la inflación, la vuelta al crecimiento y el libre cambio. Estas políticas han hecho retroceder el peligro proteccionista y han permitido crecer a la economía mundial. Sus resultados no se limitan al ámbito de la economía, sino que su mensaje es mucho más amplio: la libertad produce resultados fecundos. Favorece el crecimiento, la prosperidad y abre una infinidad de posibilidades. Ante el éxito alcanzado por Gran Bretaña y los Estados Unidos, otros países decidieron adoptar políticas de tipo liberal.

El presidente Reagan ha tomado sus decisiones fundamentadas en sus convicciones, las ha aplicado con fortaleza y, ante el éxito obtenido, ha podido persuadir a los demás. Pero me acuerdo siempre cuando nuestros países estaban bajo el desastre de la inflación y la recesión y algunos, incluso de nuestros partidos, nos pedían que abandonáramos nuestras políticas antes de que tuvieran la posibilidad de producir sus efectos. Eran años en los que era preciso ejercitar un coraje indomable y nervios de acero. El presidente Reagan tenía lo uno y lo otro. Recuerdo con emoción el día en que, con motivo de una recepción en la embajada británica en Washington en 1981, me dijo que todas las dificultades a las que nos habíamos enfrentado se superarían y podríamos continuar seguros por esa ruta.

La vuelta al crecimiento económico no era, insisto, más que una parte del renacimiento de la confianza de América en sí

misma y en su papel en el mundo. Porque la enfermedad de los años setenta iba más allá de la economía. La experiencia dolorosa de Vietnam había hecho nacer una especie de complejo de vergüenza y de culpa entre los americanos. De ahí se desprendía en la opinión pública norteamericana una reticencia a aceptar que los Estados Unidos pudieran defender en el mundo sus intereses y los intereses occidentales, y los políticos que se atrevían a combatir esta reticencia parecía que ponían su carrera en peligro.

Fin del desequilibrio militar URSS-EE.UU.

El presidente Reagan se hizo cargo de sus funciones en un período en el que la Unión Soviética invadía Afganistán, desplegaba en Europa del Este misiles apuntando a las capitales occidentales y armaba en los diversos países del Tercer Mundo a grupúsculos comunistas para tomar el poder contra la voluntad popular. La respuesta norteamericana estaba atenazada por lo que se denominaba el síndrome de Vietnam. Y esta respuesta hacía que la actitud general de Occidente fuese pusilánime.

El presidente Reagan decidió desde el principio poner fin al desequilibrio militar bajo el que se encontraba Estados Unidos. Es cierto que reconstruyó el poderío militar norteamericano aumentando el presupuesto de defensa. Algunos han criticado esta re-

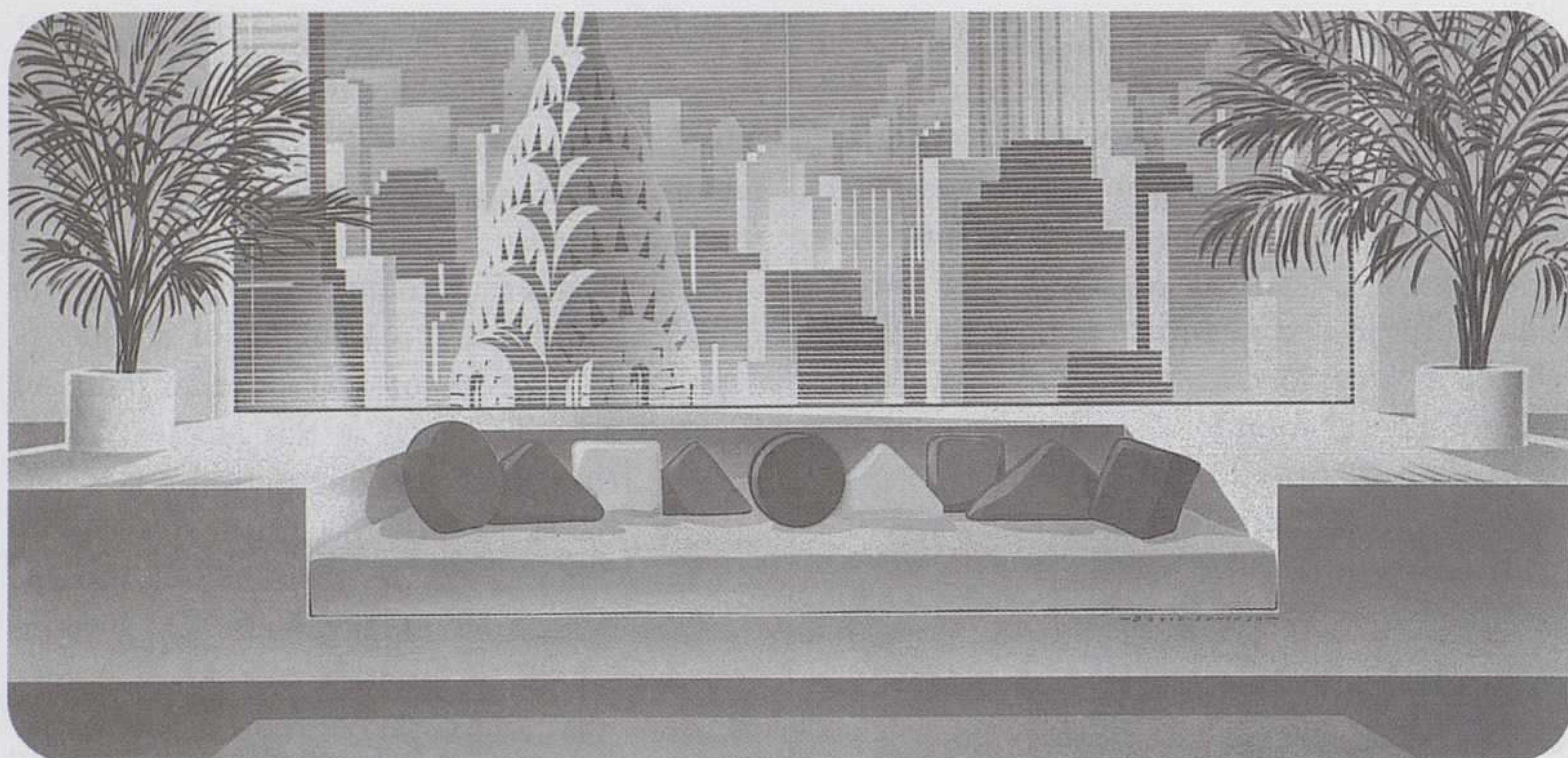
construcción, bajo el argumento de que fue costosa. Nosotros respondemos que una defensa segura es desde luego costosa, pero mucho menos que la debilidad y los desastrosos resultados de ésta.

Gracias a esta reconstrucción militar, el presidente Reagan no sólo ha fortalecido la defensa de los Estados Unidos, sino también la voluntad y la moral de sus aliados. Y fue aquella reafirmación lo que permitió la instalación por la OTAN de misiles Cruise y Pershing en Europa occidental. Esta instalación se efectuó en medio de la más grande ofensiva pacifista lanzada por Moscú: una ofensiva que incluyó la retirada de los soviéticos de las conversaciones de Ginebra y numerosas manifestaciones organizadas por grupos pacifistas en toda Europa occidental. La ofensiva fracasó. Los misiles fueron instalados y la Unión Soviética volvió a la mesa de negociaciones: para discutir la retirada de sus propios misiles.

El presidente Reagan había dejado claro que no tenía miedo de utilizar la fuerza militar que él había construido y es notable que numerosas decisiones que levantaron muchas críticas han sido justificadas por el curso de los acontecimientos. Fue el presidente Reagan el que —en medio de vociferaciones que negaban coherencia y racionalidad a su política— decidió el envío de navíos norteamericanos asistidos por la flotas europeas al Golfo Pérsico para proteger el comercio internacional.



“Indiscutiblemente, el renacimiento de la fuerza norteamericana durante la presidencia de Ronald Reagan ha sido el factor determinante que favoreció la aparición de las reformas propugnadas por Gorbachov.”



Posters "New York Skyline", David Juniper

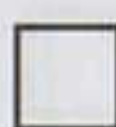
Ronald Reagan obtuvo un éxito similar en la batalla emprendida contra el terrorismo. Empezó una expedición contra uno de los estados más agresivos en ese campo, la Libia del coronel **Gadafi**. Nosotros habíamos experimentado los métodos asesinos de Gadafi cuando un miembro de la embajada Libia disparó a sangre fría contra un joven policía en una calle de Londres. No teníamos ninguna duda de la implicación libia en el terrorismo internacional. Por ello no dudé un solo instante en dar todo mi apoyo a la acción de la aviación norteamericana, y esta acción tuvo el efecto de marcar una disminución sustancial del terrorismo en todo el mundo.

Además el presidente Reagan ofreció la

ayuda a América a los países en lucha contra la agresión de la Unión Soviética. Esta política tuvo aún éxitos mayores: retirada de las fuerzas soviéticas de Afganistán; retirada de las fuerzas cubanas de Angola; retirada vietnamita de Camboya.

Se trató, aunque quedaran problemas por resolver en los diferentes países, de éxitos tan notables, que muy pocos observadores hubieran corrido el riesgo de predecir sólo algunos años antes.

Si se compara la confianza y el optimismo que impregnan hoy a Occidente con el estado de espíritu que reinaba cuando el presidente Reagan inició su mandato, entonces se comprende que se ha producido un cambio profundo y casi inimaginable. América recu-



“El presidente Reagan salió de la escena política dejando a América más fuerte y con más confianza, y a Occidente más unido de lo que jamás había estado.”

“La reconstrucción militar del presidente Reagan no sólo ha fortalecido la defensa de los EE.UU., sino también la voluntad y la moral de sus aliados.”



pera el orgullo de ser ella misma y no tiene miedo de la utilización legítima de su fuerza. Porque es la fuerza, y no la debilidad, lo que conduce a la paz. La amenaza soviética con sus SS20 sólo se desactivó cuando se instalaron los Cruise y los Pershing, y sólo entonces se llegó a acuerdos dignos de control de armamentos y a conversaciones de paz auténticas. Sobre esta base, el presidente Reagan consiguió que los soviéticos volvieran cuatro años después a las conversaciones de Ginebra y se negociara el primer acuerdo efectivo de reducción de armamento nuclear. Y fue en su visita a Moscú cuando llevó el combate por los derechos humanos al mismo corazón de Moscú, donde sus palabras resonaron como una luz de esperanza para todos los que anhelaban las libertades fundamentales. Indiscutiblemente, el renacimiento de la fuerza norteamericana durante la presidencia de Ronald Reagan ha sido el factor determinante que favoreció la aparición de las reformas propugnadas por **Gorbachov**. Las autoridades soviéticas hubieran sentido mucho menos la necesidad de esas reformas si hubieran tenido en frente a unos Estados Unidos débiles y en decadencia.

La herencia de Reagan

¿Cómo unos dirigentes políticos transforman el mundo y no otros, aparentemente todos aptos, que dejan las cosas como las encontraron? Hace años, el profesor **Hayek** se-

ñaló que las ciencias sociales fallan en los aspectos más importantes porque sus medios de análisis y explicación son cuantitativos. Una de las cualidades que resiste el análisis cuantitativo es la aptitud de dirigir. La que caracteriza verdaderamente al hombre de estado.

Nadie puede dudar que el presidente Reagan posee la aptitud de dirigir en un nivel excepcional. Algunas de las cualidades que posee, y a las que me he referido sucintamente, son: firmeza en las convicciones, fortaleza inquebrantable en los tiempos difíciles, capacidad de transmitir su propio optimismo a la población norteamericana hasta tal punto que ha restaurado la creencia en un destino americano. Añadiría tres cualidades suplementarias, que unidas a las enumeradas, le han permitido transformar el paisaje político.

La primera es el coraje. El mundo entero ha sido testigo del espíritu con el que el presidente Reagan superó el episodio doloroso del atentado del que fue víctima, y en el que estuvo a punto de perder la vida. Es una de esas ocasiones en las que —las asistencias del poder nada pueden hacer— las gentes pueden ver cuál es el carácter real de un hombre. Las gentes lo han visto y han admirado lo que han visto: bravura ante el peligro, ausencia de preocupación por sí mismo y deseo de tranquilizar a su familia y a su país con ironías y bromas.

La segunda es su capacidad de tocar la cuerda sensible del corazón del norteamericano medio. El gran periodista inglés **Walter Bagehot** ha definido a un hombre de

“América recupera el orgullo de ser ella misma y no tiene miedo de la utilización legítima de sus fuerzas.”



estado como un hombre con opiniones comunes pero de una habilidad poco común. Esto es verdad en el presidente Reagan y era una de sus grandes fuerzas políticas. Pudo pedir el apoyo de la población porque podía decir justamente que participaba de sus esperanzas y aspiraciones, y que él intentaba conseguir por el camino de la bondad y la generosidad que es el de todos los norteamericanos.

En fin, el presidente **Reagan** habla siempre con la autoridad de un hombre que sabe cuáles son sus convicciones y que ha demos-

trado saber mantenerlas en los buenos y en los malos momentos. No era para los tiempos fáciles, sino un combatiente dispuesto para los tiempos más duros. Por ello, por esa autoridad moral, obtuvo el respeto de sus adversarios que sólo se obtiene por el ejercicio sereno de una firmeza bien determinada.

Los resultados de esa autoridad son claros a nuestro alrededor. El presidente Reagan salió de la escena política dejando a América más fuerte y con más confianza, a Occidente más unido de lo que jamás había estado.



Margaret THATCHER

UNA NUEVA CLASE

El autor de este artículo es un conocidísimo escritor y periodista. Desde este último oficio —“El nuevo periodismo”, de mediados de los setenta— pasó al primero —“La hoguera de las vanidades” es sólo su último libro— y en ambas facetas ha sobresalido del común.

No es éste lugar de analizar o describir ni su estilo fulgurante y barroco, ni su pasión por los aspectos menos convencionales, más variados y característicamente propios de la multifacética vida americana, ni su estudiado dandismo, que sólo se imita a sí mismo y es imitado por otros.

Sí conviene destacar otro aspecto menos aparente. Me refiero a su relación cordial con la izquierda divina estadounidense, en especial en su versión de tropa de choque entre la “intelligentsia” neoyorquina, a la que, por otra parte, también pertenece este virginiano de nacimiento, raíces y talante, que ha cambiado el tradicionalismo rural sureño por el urbanismo trepidante de ambas costas.

En ese medio vivificante para su pluma, se define como “neoconservador” con todas sus consecuencias. Precisamente porque concibe esa profesión en el neoconservadurismo como una forma de rebelión social y cultural, y así lo afirma explícitamente. Hoy sabemos de sobra que no hay contradicción en ello sino congruencia.

El director

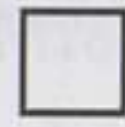
Tom WOLFE

¿O S acordáis de la expresión “viejas damas en pantalón de deportes”? Este era el mote despectivo que se utilizaba en los años sesenta para referirse a los defensores de la versión del movimiento conservador representada por **Barry Goldwater**. Cuando Goldwater fue derrotado en las elecciones presidenciales de 1964, pudo

parecer que la cantinela era absolutamente apropiada.

La expresión volvió a ponerse en circulación cuando dos años más tarde otro conservador, **Ronald Reagan** decide presentarse para el puesto de gobernador de California. La diferencia fue que Reagan ganó. Los resultados electorales fueron tan sorprendentes que durante los diez años siguientes, los edi-

"El obrero californiano era ahora esencialmente un propietario: primero un automóvil, enseguida una casa, y poco después un segundo automóvil."



torialistas se refirieron al electorado californiano como un "electorado volátil".

La popularidad de Reagan en California aumentó rápida y regularmente. El fenómeno hizo que los investigadores de ciencias políticas empezaran a estudiar seriamente lo que pasaba. Lo que encontraron esos investigadores fue aún más sorprendente: el apoyo a Reagan venía fundamentalmente de la clase trabajadora californiana, nueva, joven y muy numerosa. Durante los años cuarenta, cuando la economía de guerra permitió a los Estados Unidos superar la depresión, la expansión se orientó de nuevo hacia California, donde estaban instaladas las fábricas de construcción aeronáutica y las industrias militares claves. Los salarios subieron rápidamente. Y en California el término "obrero" dejó de designar algo exclusivamente definido por su trabajo. El obrero californiano era ahora esencialmente un propietario: primero un automóvil, enseguida una casa, y poco después un segundo automóvil. Su mentalidad era la habitual de todos los nuevos propietarios de bienes materiales. Querían estabilidad, y una ética de la iniciativa. Deseaban liberarse de todas las formas de intromisión gubernamental, y en particular del lastre que representan unos impuestos elevados. Adoptaban posiciones políticas para respaldar a aquellas personas con las que se identificaban: las gentes que habían ganado lo que poseían. También deseaban sentirse seguros

de sí mismos y arrinconar complejos, y dos de las formas más populares de expresar esta autoestima fueron el optimismo individual y el patriotismo.

¿Contaba Ronald Reagan con los medios para analizar y comprender este fenómeno? Quizá, pero me parece que siempre ha sido un político mucho más comprometido con las ideas (¿Puede permitirme hablar de "intelectual?") que lo que están dispuestos a admitir los que le han llamado "el gran comunicador". En cualquier caso, su discurso se acoplaba perfectamente con las ilusiones y las convicciones de los miembros de la nueva clase trabajadora californiana. Después de los años sesenta, la prosperidad y los sentimientos de la nueva clase trabajadora californiana se generalizaron por todos los Estados Unidos, y conceptos como "clases trabajadoras" u "obreros" se quedaron completamente anticuados. Hoy los electricistas, los instaladores de alarmas o de antenas de televisión, por citar algunos ejemplos, pueden considerarse como miembros de la clase media. Muchos obreros cuentan con un nivel de vida que haría palidecer de envidia al Rey Sol. Son una nueva clase que ha cambiado muy profundamente la imagen sociológica y política de este país en los últimos veinticinco años. Y Reagan fue su primer portavoz, su primer dirigente, e incluso su primer filósofo.

Tom WOLFE

LA CRISIS DEL ESTADO DEL BIENESTAR

Francisco CABRILLO

A menudo se acusa a los liberales de tener como uno de sus objetivos la destrucción del Estado del bienestar. Si el programa liberal triunfara —se dice— servicios públicos tan importantes como la sanidad o la educación sufrirían recortes sustanciales, lo que supondría un grave perjuicio para los grupos más desfavorecidos de nuestra sociedad. Las críticas al Estado del bienestar tienden así a identificarse con la defensa de una mayor desigualdad social y un desinterés total por los pobres, las minorías discriminadas, los emigrantes, etc. Algunas interpretaciones sesgadas de lo que ha ocurrido en países como Gran Bretaña o Estados Unidos son utilizadas con frecuencia para reforzar el argumento.

I.- El sector público, monopolista ineficiente

LAS posiciones de los defensores a ultranza del Estado del bienestar, basadas usualmente en una visión tan deformada como la que se acaba de describir, hacen difícil la comprensión de la naturaleza de un problema de gran importancia, que seguramente no ha recibido aún la atención pública que merece. Los servicios públicos asistenciales precisan de una seria y urgente reestructuración. Y no puede ocultarse la esencia de un debate tan significativo tras una historia de buenos y malos, en la que los primeros son —desde luego— los defensores del Estado del bienestar y los malvados son —qué duda cabe— quienes piden su reforma.

La simple observación nos muestra hoy, en el mundo desarrollado, la existencia de complejos, y carísimos programas de gasto público, mediante los cuales los Estados ofrecen a sus ciudadanos servicios básicos de muy diversa índole: desde la sanidad hasta el transporte subvencionado; desde la educación gratuita hasta las pensiones asistenciales; en pocas palabras, aquellos servicios que han sido definidos, en frase afortunada, como presentes en la vida de toda persona “desde la cuna a la tumba”. Parece claro también que, en estos países, existe un acuerdo bastante generalizado de que es bueno que tales servicios estén realmente al alcance de todos los ciudadanos.

Pero no cabe duda tampoco de que, en los mismos países, está cada vez más extendida la opinión de que el Estado está suministran-

“Cada vez está más extendida la opinión de que el Estado está suministrando los servicios públicos con un grado elevado de ineficiencia y un coste muy elevado.”



do tales servicios con un grado elevado de ineficiencia y un coste muy elevado. Los propios usuarios parecen estar cada vez más convencidos de que estos servicios no son realmente “gratuitos”, ni pueden serlo; de que son ellos mismos quienes los pagan mediante altos impuestos y cotizaciones a la seguridad social; de que la relación precio/calidad de lo que reciben es muy baja; y de que, probablemente, sería conveniente que, en vez del propio Estado, fueran empresas privadas las que los suministraran.

Se pone así en cuestión el papel del Estado como suministrador monopolista de servicios públicos, problema que es objeto de un número creciente de estudios en los últimos tiempos. El argumento más utilizado por quienes defienden este tipo de monopolio estatal es la teoría del monopolio natural. Esto significa, en pocas palabras, que se considera que la naturaleza de los servicios a suministrar es tal que un solo oferente puede efectuar su provisión de forma más eficiente que un mercado en el que exista competencia. Si la idea fuera válida, la conclusión sería que razones de eficiencia —y no sólo de equidad o de igualdad en la distribución de la renta, justificarían la exclusión de las empresas privadas de los sectores en los que se diera esta característica.

El principio del monopolio natural es, sin embargo, más discutible de lo que a primera vista podría parecer. Es cierto, por ejemplo, que dos líneas de metro que hicieran el

mismo recorrido podrían ser poco eficientes. Pero ni el monopolio natural, cuando existe, exige que sea el Estado quien se encargue de la provisión de los servicios públicos, ni todos los servicios del “Estado del bienestar” son de esta naturaleza. Por el contrario, la mayoría de los servicios que exigen fuertes gastos públicos, como la sanidad, las pensiones o la educación no pueden ser considerados, en absoluto, como monopolios naturales. Y, si se permitiera actuar a la competencia, se observaría, seguramente, que el número de éstos es mucho menor de lo que suele creerse.

Una vez que se rompe el mito y se pone en duda la necesidad del suministro estatal de los servicios públicos, el problema puede analizarse estrictamente en términos de eficiencia y de las ventajas que los usuarios obtienen de los servicios frente a los costes que deben soportar en forma de una mayor presión fiscal. Y son muy numerosas las experiencias que nos demuestran que el Estado no es buen gestor de los intereses de sus ciudadanos.

II.- Política de bienestar y grupos de interés

Es importante señalar claramente que esta falta de eficiencia no tiene como principal motivo el que los políticos estén más o menos capacitados o sean más o menos



“La política de gestión de servicios públicos tiene a menudo una relación costel/beneficio muy poco conveniente para los contribuyentes.”

corruptos. El problema no es de personas, sino de incentivos. Y el sistema público de gestión de servicios ofrece todo tipo de incentivos para que sus resultados sean malos.

Desde la teoría económica se viene estudiando, desde hace ya bastante tiempo, a los políticos y a los burócratas como personas que tienen sus propias funciones de utilidad a maximizar, que sólo parcialmente coinciden con los intereses de los administrados. Desde este punto de vista, es fácil comprender que la política de gestión de servicios públicos tenga a menudo una relación coste/beneficio muy poco conveniente para los contribuyentes, independientemente de quién sea la persona que, desde el poder, adopte las decisiones últimas.

En otras palabras, el Estado del bienestar no está en crisis fundamentalmente ni por deficiencias en la gestión ni por problemas técnicos o actuariales. Tampoco parece cierto que sea la mala situación de la economía el factor decisivo de esta crisis. Una recesión contribuye, sin duda, a empeorar el problema, pero no lo crea. Las dificultades técnicas y de financiación con los que hoy se enfrenta el Estado del bienestar deben ser entendidas, más bien, como una consecuencia de una estructura legal e institucional ineficiente, cuyos orígenes hay que buscar en el funcionamiento mismo del sistema político y en la utilización del Estado por parte de grupos de buscadores de rentas, de naturaleza muy

diversa, que intentan mejorar su posición relativa en la distribución de la renta a costa de los demás. Estos comportamientos de búsqueda de rentas, unidos a la conducta racional de los políticos de intentar favorecer a quienes más pueden influir en su reelección, explican mejor que cualquier análisis actuarial las razones del problema que nos ocupa.

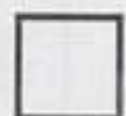
En efecto, un incremento del gasto en un sector o grupo social concreto es visto por el gobernante como una fuente de posibles votos. Adoptando esta medida logrará el apoyo de los beneficiados por el gasto, mientras repartirá los costes entre la totalidad de los contribuyentes que, por ser muy numerosos, difícilmente identificarán ese gasto concreto con una reducción de su renta disponible. Si el número de grupos que obtiene estos resultados es pequeño, lo único que resultará será una transferencia de rentas del resto de los ciudadanos a dichos grupos. Pero, tan pronto como el número de grupos que adoptan este comportamiento es elevado, el resultado final es un complejo sistema de transferencias en el que todos somos, a la vez, beneficiarios y perjudicados. El gasto público crece continuamente para intentar dar gusto a todos; y todos sufrimos el alza de los impuestos necesarios para financiar los nuevos gastos. Dados los inevitables gastos de gestión, así como la probada ineficiencia de los gestores, es explicable que los ciudadanos sientan cada vez más que las pérdidas de bienestar que les representa el pago de



74

“Si una persona no está capacitada para decidir eficientemente sobre su propio gasto, difícilmente lo estará tampoco, por ejemplo, para emitir su voto en unas urnas.”

“El llamado impuesto negativo sobre la renta sustituiría parte de los servicios públicos gratuitos o subvencionados, que el sector público ofrece, por pagos en dinero a aquellas personas que no alcancen un nivel de renta mínimo.”



los impuestos no se ve compensada suficientemente con las satisfacciones que les proporcionan los servicios públicos.

III.- Posibles alternativas

Las soluciones que se ofrecen como alternativa a la situación actual intentan conseguir que, para un coste dado, el nivel de bienestar de los ciudadanos, incluidos los más pobres, mejore. Si en vez de obligar a los asegurados a acudir a un hospital gestionado por el Estado para ser atendido por médicos funcionarios se permitiera a los trabajadores españoles aplicar sus cotizaciones a un seguro médico privado optarían —tal como hacen los funcionarios públicos— por la solución que les pareciera más conveniente, que no siempre sería la pública, desde luego. Si el dinero de las cotizaciones que se pagan para obtener una pensión de jubilación en vez de gastarse en un sistema de reparto, en el que a nadie se garantiza no siquiera aproximadamente lo que va a cobrar en el futuro pudiera dirigirse a fondos privados capitalizados, no sólo los futuros pensionistas, sino también el conjunto de la economía nacional resultarían beneficiados.

Cabe también la posibilidad de una solución global que ofrezca al ciudadano de escasos recursos una mayor posibilidad de decidir en muchas de las cuestiones que le afectan más directamente. Se trata del llama-

mado impuesto negativo sobre la renta. Este proyecto pretende sustituir parte de los servicios públicos gratuitos o subvencionados, que el sector público ofrece, por pagos en dinero a aquellas personas que no alcancen un nivel de renta mínimo. Sus necesidades básicas podrían así quedar cubiertas y desaparecería, al mismo tiempo, buena parte de la burocracia que hoy se encarga de administrar los programas sociales.

Suele objetarse a soluciones de este tipo que no siempre una persona está perfectamente capacitada para decidir, de manera eficiente, sobre su propio gasto. **A. C. Pigou**, por ejemplo, llegó a afirmar que es más difícil saber gastar bien el dinero que ganarlo. Y, a partir de esta opinión —que seguramente tiene mucho de razonable—, se intenta llegar a la conclusión de que es preciso un control estatal directo para evitar que la gente gaste mal el dinero recibido.

Tal conclusión, además de discutible, resulta bastante peligrosa, porque, en el fondo, pone en cuestión la esencia misma de la democracia. Si una persona, en efecto, no está capacitada para decidir eficientemente sobre su propio gasto, difícilmente lo estará tampoco, por ejemplo, para emitir su voto en unas elecciones.

Propuestas como el impuesto negativo sobre la renta, el bono escolar, los sistemas privados de pensiones, y otras similares que podrían presentarse, tienen en común el buscar una mejora de la posición que el deman-

dante de servicios públicos tiene frente al oferente. Con ellas el usuario obtendría mejores resultados para un coste dado, ya que los hospitales, las escuelas o los fondos de pensiones deberían competir por atraer a sus posibles clientes. Las personas de condición modesta, que actualmente son tratadas

en una forma lamentable en no pocos establecimientos públicos, podrían conseguir así lo que hoy sólo las personas acomodadas pueden permitirse: tener libertad de elección, y cambiar de médico, de colegio o de fondo de pensiones cuando los servicios de alguno determinado no les satisfagan.

Francisco CABRILLO

LA REFORMA FISCAL LIBERAL

Juan Francisco CORONA

El resurgimiento de las ideas económicas liberales desde comienzos de los años ochenta se ha plasmado en numerosos y sustanciales cambios en la orientación de las políticas económicas de los países desarrollados. La política fiscal no ha escapado a tales cambios, que se han reflejado en la realización de importantes reformas fiscales en la mayoría de los Estados más avanzados en materia de técnica y administración tributaria.

La reforma fiscal es un tema de actualidad en muchos países occidentales. Las modificaciones parciales, más o menos importantes, de las leyes de los distintos impuestos a través de las leyes de Presupuestos anuales de cada país, o de otros instrumentos legislativos, han sido frecuentes en los últimos tiempos. Más frecuentes aún han sido sucesivos borradores de reformas fiscales elaborados desde ámbitos académicos o desde la propia Administración Pública.

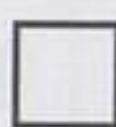
¿Cuáles son las causas de estos deseos de reforma?



Julio González

Podríamos identificar fundamentalmente tres. La primera está relacionada con los crecientes déficits del Sector Público en muchos países occidentales, y su inevitable consecuencia de generar crecientes necesidades financieras para cubrir los incrementos de partidas de gasto público. En definitiva, el problema de los déficits públicos ha planteado nuevamente la pregunta sobre si la presión fiscal en estos países ha alcanzado el techo a partir del cual se hace insoportable. Los motivos de recaudación han estado, y siguen estando, detrás de ciertos proyectos de reforma fiscal.

“El problema de los déficits públicos ha planteado nuevamente la pregunta sobre si la presión fiscal en estos países ha alcanzado el techo a partir del cual se hace insoportable.”



La segunda causa apunta hacia una estructura ineficiente de algunos impuestos. Su diseño actual no parece tan bueno como cuando fueron aprobados por el poder legislativo. La razón de ello radica en un conjunto de efectos negativos que de ellos se derivan —muchos de ellos indirectos— sobre el ahorro, la inversión o la oferta de trabajo. Problemente, el caso más significativo es el del impuesto sobre la renta, con su configuración de bases imponibles poco amplias, numerosas exenciones y tarifas altamente progresivas (al menos, aparentemente).

La tercera razón, más de orden teórico, tiene que ver con los recientes desarrollos alcanzados en la teoría de la Hacienda Pública. En efecto, la aplicación de modelos de equilibrio general o de métodos matemáticos de optimización ha permitido un análisis más riguroso de cuáles son las variables determinantes en la configuración de un impuesto, y cuáles son sus consecuencias sobre el comportamiento de los diferentes agentes económicos.

La “reforma fiscal Reagan”

La denominada “reforma fiscal **Reagan**” realizada en Estados Unidos entre 1984 y 1986 se ha convertido en el paradigma fiscal para la mayoría de los países desarrollados, que de forma paralela han llevado a cabo procesos similares en los últimos años.

En general, los especialistas han acogido las reformas de modo favorable por considerar que sus efectos económicos pueden resultar muy provechosos, señalando al mismo tiempo la importancia del proyecto como punto de inflexión en las tendencias fiscales imperantes desde la Segunda Guerra Mundial. La mayoría de pronósticos sobre las consecuencias futuras de estas reformas son optimistas por considerar que sus objetivos se cumplirán con creces a medio y largo plazo, aunque no se descartan algunas dificultades a corto plazo.

Desde un punto de vista técnico, también cabe juzgar como acertadas las tendencias de reforma, fundamentalmente por su valentía y pragmatismo a la hora de enfrentarse con la disyuntiva entre fiscalidad formal y fiscalidad efectiva. Sin embargo, las reformas ideales han chocado con el problema del déficit público, por lo que muchas de las ideas iniciales han sido olvidadas en beneficio de la recaudación tributaria.

Son múltiples y complejos los cambios introducidos en la legislación fiscal de los países desarrollados en la última década. Sin embargo no resulta demasiado difícil identificar una serie de tendencias que se han implantado con fuerza en la ideología tributaria de muchos países, y que pueden concretarse en las siguientes:

- Traslación de la carga impositiva desde los particulares a las sociedades.
- Disminución general de los tipos

impositivos en los impuestos directos.

- Ampliación general de las bases imponibles a través de una disminución de los "gastos fiscales".

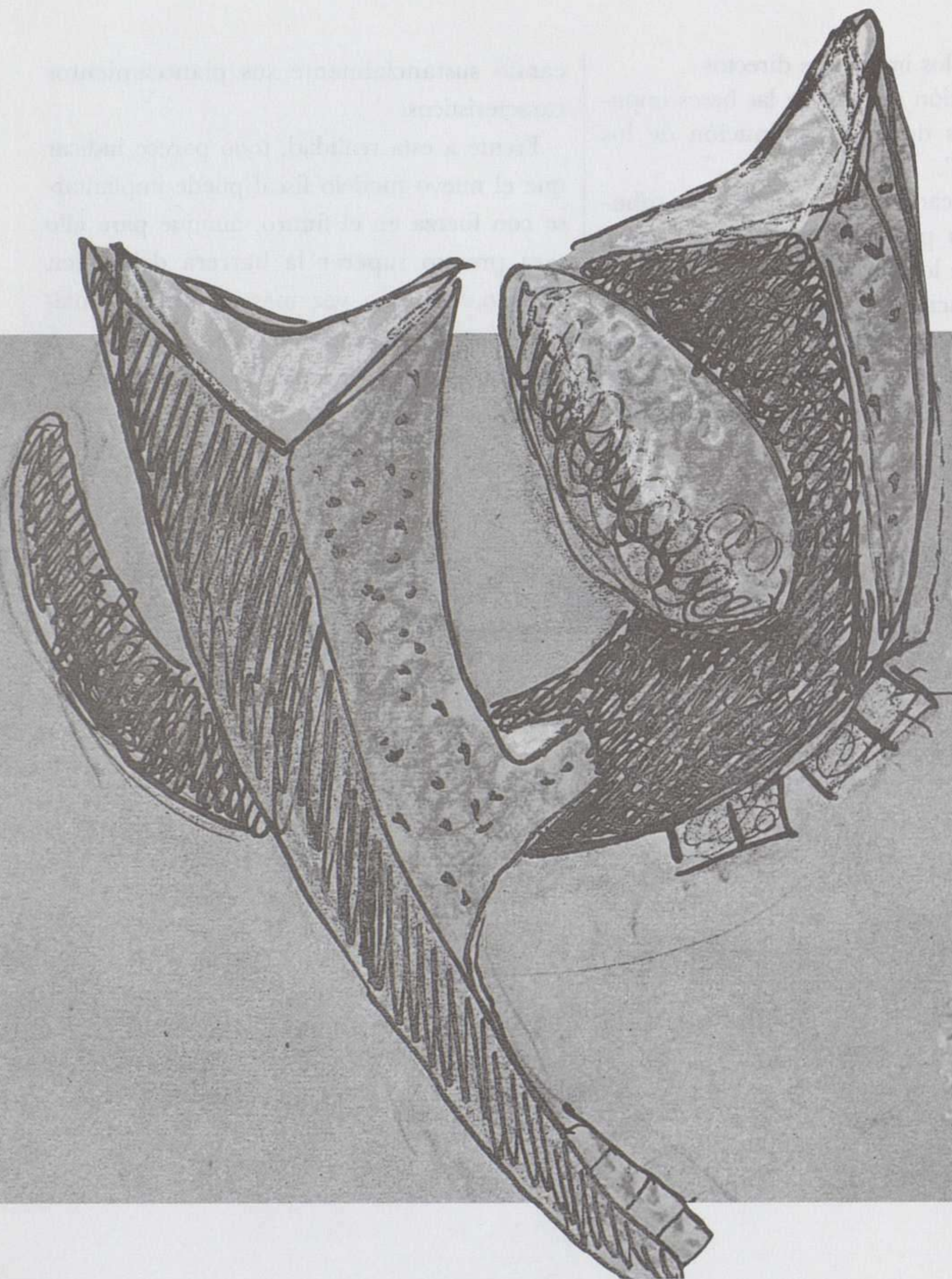
- Simplificación de la legislación tributaria y de los procesos de declaración y recaudación de los impuestos.

La evidencia empírica nos demuestra que incluso los países con tradición fiscal más opuesta a estas ideas, han emprendido reformas tendentes a su aplicación, modifi-

cando sustancialmente sus planteamientos característicos.

Frente a esta realidad, todo parece indicar que el nuevo modelo fiscal puede implantarse con fuerza en el futuro, aunque para ello será preciso superar la barrera del déficit público, que una vez más condiciona cualquier intento decidido en la búsqueda de un sistema fiscal que propicie y apoye el crecimiento y desarrollo económicos.

Juan Francisco CORONA



INMIGRACIÓN: UNA POSICIÓN LIBERAL

Pascal SALIN

Una izquierda atenta a las necesidades de los inmigrantes y a sus derechos, una derecha hostil e incluso racista, es la imagen que poco a poco se intenta imponer a los ciudadanos europeos..., por la izquierda evidentemente. Sin duda alguna, esta dicotomía es fácil de manipular políticamente, pero no obedece a la realidad. Existe una posición liberal, cuya expresión política es por desgracia rara vez expresada, pero que parte de unas sólidas proposiciones.

La posición liberal en inmigración parte, **en primer lugar**, de una premisa clara: los hombres son libres de desplazarse. Sería incoherente que quienes proclaman la libre circulación de bienes y capitales —es decir de los frutos de la actividad humana— negasen la de las personas. Para los partidarios de la libertad, el mundo ideal es un mundo sin fronteras, es decir, sin obstáculos artificiales impuestos por el poder del Estado.

• **En segundo lugar**, todos los hombres son iguales ante la ley. Un defensor de la libertad es fundamentalmente tolerante, no reconoce más realidad humana que los individuos, considera que todos son igualmente respetables y libres, rehúsa clasificarlos en categorías —raciales, económicas, religiosas— y por lo tanto juzgarlos en función de las mismas. De ahí que nada esté más alejado de los principios de la libertad que el racismo, pero también esos “seudoracismos contemporáneos” destinados a “defender a los obre-

ros”, a “castigar a los ricos” o a “proclamar los derechos de las mujeres”.

Por el contrario, si se adopta una actitud estatista se eligen los colectivos que se ama o que se detesta en función del humor del momento o de los cálculos políticos. En este marco, los individuos que tienen la desgracia de encontrarse entre las categorías de los “poco afortunados” son sacrificados en beneficio de los primeros. Por el momento, los socialistas consideran oportuno defender a los inmigrantes, lo que ofrece la ventaja de convertir a sus opositores políticos en racistas. Sin embargo, los paladines de los “derechos humanos” estiman legítimo expoliar a través de los impuestos a los sectores clasificados en la ominosa lista de “los ricos”. En otras palabras, las acciones políticas de la izquierda reposan siempre en la discriminación, que aunque no sea racial no resulta menos inmoral.

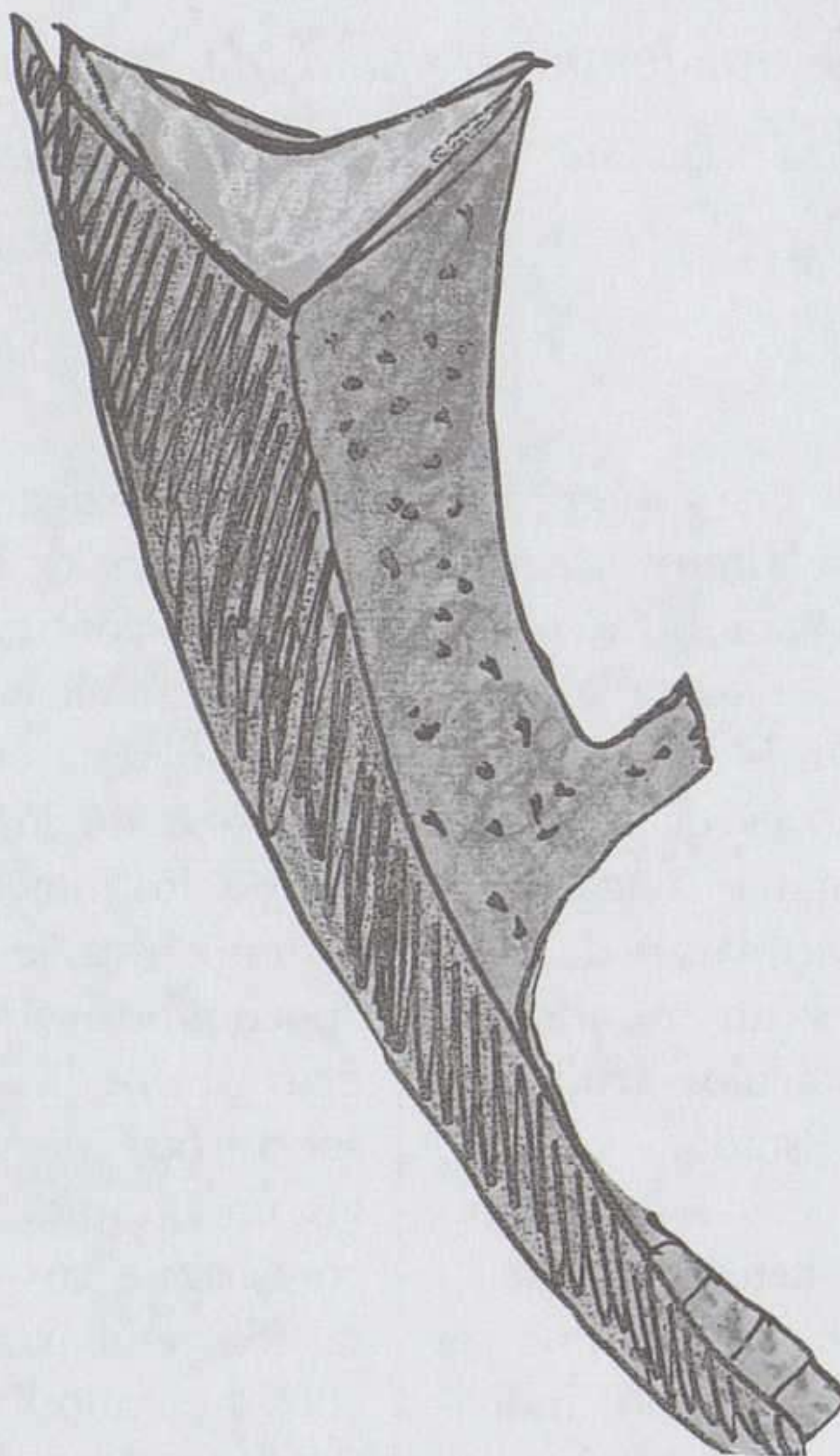
• **En tercer lugar**, el reconocimiento y la defensa de los derechos de propiedad son el

fundamento de una sociedad libre. Ahora bien, ser propietario de un bien —que se ha creado u obtenido mediante el libre intercambio— supone tener el derecho, si se quiere, de impedir a los otros el uso o la disposición de ese bien; es decir, “excluirles” de su goce. Esto implica para la cuestión que nos ocupa, que la libre circulación de personas no significa que se pueda ir no importa dónde, utilizar no importa qué bien, ejercer cualquier actividad sin tener en cuenta los legítimos derechos de los propietarios y de los poseedores legales de esos lugares, de esos bienes, de esas actividades. Dentro de esta perspectiva, los problemas derivados de la inmigración aparecen como el resultado de una situación en la que los derechos de propiedad están sensiblemente debilitados, porque en buena medida han sido colectivizados. No se sabe cuáles

son los derechos de cada uno y la batalla por la repartición de las riquezas substituye a los esfuerzos individuales destinados a crearlas, así como las relaciones de fuerza ocupan el lugar del respeto de los derechos de propiedad. En esta situación, los individuos no pueden reivindicar derechos más que en la medida en la que forman parte de los colec-

tivos que pueden exigir una parte de los derechos colectivizados.

Para comprender las importantes derivaciones de esta cuestión, imaginemos que el mundo en lugar de estar constituido por un número reducido de Estados se compone de una multitud de pequeños copropietarios y arrendatarios, que además de atender a sus propiedades ponen en marcha una serie de servicios colectivos —seguridad, justicia, carreteras—. Cada una de esas copropiedades reposa sobre la posibili-



“Nada está más alejado de los principios de la libertad que el racismo; pero también esos ‘pseudorracismos contemporáneos’ destinados a ‘defender a los obreros’ o a ‘castigar a los ricos’.”

“Algunas formas de exclusión podrían chocarnos, pero es preciso respetar la libertad de los otros, aunque no lleguemos a comprenderla.”



dad de ejercer un derecho de exclusión; es decir, nadie tiene el derecho de instalarse allí si no llega a ser propietario o arrendatario legítimo y si no se compromete a respetar el “reglamento” de la copropiedad, esto es la Constitución de ese miniestado.

¿Qué es un inmigrante en ese contexto? Es alguien que trata de adquirir de manera pacífica el derecho de asociarse a una copropiedad. Así se pueden imaginar multitud de “constituciones” que bien pueden filtrar la potencial entrada de inmigrantes en función de su pertenencia a una categoría particular definida a priori. También se puede considerar inmoral toda restricción de la entrada, aunque no es recomendable ni tampoco sirve de mucho imponer las personales convicciones morales a los demás. Después de todo, muchos clubes practican la discriminación sin que se pueda decir nada en contra: no basta pagar la cuota para ser miembro, es preciso tener otras características, por ejemplo la de jugar al billar, o ser un amante de los toros, si se desea formar parte de ese club.

En ese mundo imaginario que estoy describiendo algunos de los problemas que sacuden la opinión pública podrían solucionarse de forma natural. Por ejemplo, algunos reglamentos de copropiedad prohibirían el acceso de inmigrantes a su seno, pero otros no lo harían y hacia éstos se desplazarían las fuerzas migratorias. Desde luego algunas formas de exclusión podrían chocarnos, pero es preciso respetar la libertad de los otros, aunque no lleguemos a comprenderla.

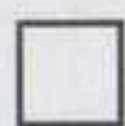
Quién excluye y con qué criterios

Es, pues, absurdo declarar la guerra a las exclusiones, porque son la expresión misma de la vida humana. Por ello, el problema que se plantea a las sociedades desarrolladas no es tanto saber si es preciso excluir o no excluir como determinar quién decide sobre la exclusión o la no exclusión, según qué criterios y conforme a qué procedimientos.

Una simple observación debe ayudarnos a ver más claras las cosas: ¿Por qué Francia no había necesitado hasta ahora una “política de inmigración” y sin embargo no se vio sumergida bajo una incontenible ola de inmigrantes? Pero, además, ¿se vería inundada por la inmigración en un contexto de libertad como el expuesto en líneas anteriores, pero respetando los derechos de cada uno, en especial los derechos de propiedad? Probablemente no, porque se olvida demasiado a menudo que la inmigración es moralmente costosa para el inmigrado: abandona su entorno familiar y cultural, debe desplazarse, aprender y adaptarse a nuevas formas de vida, de tecnología e incluso de idioma, y también debe adquirir la posibilidad de establecerse en el lugar a donde emigra. Lógicamente, los inmigrantes soportan costes más elevados que los residentes para obtener niveles de vida parecidos.

Ahora bien, esos costes de la inmigración son artificialmente reducidos por la política redistributiva de los llamados Estados del

“Los inmigrantes soportan costes más elevados que los residentes para obtener niveles de vida parecidos.”



Bienestar. El simple hecho de encontrarse en el territorio de muchos países comunitarios y eventualmente el haber trabajado, aunque sea por un período de tiempo muy breve, abre “el derecho” a obtener una serie de servicios gratuitos —o a muy bajo precio— como son la educación, la sanidad, el transporte, etc. Estos mecanismos son una prima al inmigrante mediocre; es decir, los inmigrantes menos formados y menos trabajadores obtienen —en términos de servicios públicos— mucho más de lo que producen y por lo tanto tienen más incentivos que otros para emigrar.

Tal vez es verdad que el porcentaje de traficantes de drogas o de delincuentes de allende las fronteras de los Estados miembros de la CE es, en términos relativos, superior al de los habitantes naturales de los diferentes Estados comunitarios. Este hecho sirve para que algunas personas deduzcan una conclusión racista: los extranjeros o muchos de ellos son criminales. Ahora bien, sería conveniente matizar ese tipo de afirmaciones con un argumento poderoso: los incentivos para emigrar son muy superiores para los extranjeros habituados a vivir a expensas de los demás que para los que respetan la ley, son trabajadores y tienen un nivel cultural más elevado. Los primeros tienen es-

casas posibilidades de ser sancionados, pero son subvencionados por los contribuyentes a través de las prestaciones del sector público; los segundos preferirán ejercer sus talentos en lugares donde sean menos explotados por el Estado.

En conclusión, la situación actual es casi un callejón sin salida. Probablemente cada país actuará de manera pragmática ante las reacciones de la opinión pública. Los gobiernos levantarán barreras más o menos drásticas, más o menos eficaces contra la emigración, según consideren si se ha sobrepasado o no el umbral de tolerancia admitido por los electores. Pero esas barreras presentarán el grave inconveniente de impedir eventualmente la entrada de cualquier emigrante, cualesquiera que sean sus cualidades morales y su capacidad, y por lo tanto suprimirán sus aportaciones a la sociedad en la que desea vivir. Una vez más, el individuo desaparecerá bajo el “colectivo”, dentro del que se le ha incluido bajo el pretexto de no “discriminar” entre los potenciales inmigrantes. De esta forma, el absolutismo estatal y nacional impedirán, en desprecio del “derecho de gentes”, la entrada en su territorio de individuos que podrían ser fuente de riquezas materiales o intelectuales.

LA VICTORIA CONSERVADORA EN LA GUERRA POR LA LIBERTAD

Ramón PÉREZ-MAURA

“Tenemos una elección”, –le dije. “Podemos acordar una reducción de armamentos o podemos continuar la carrera armamentística, que yo creo que usted sabe que no pueden ganar. No nos quedaremos quietos dejándoles adquirir superioridad armamentística sobre nosotros. Pero juntos podemos intentar hacer algo para acabar con la carrera armamentística.”

*Ronald Reagan a Mijail Gorbachov
en Ginebra, el 19 de noviembre de 1985*

HACIA las 19,00 horas del 9 de noviembre de 1989 la Agencia France Press difundió un teletipo, con marchamo de urgencia, en el que se informaba de que las autoridades de la República Democrática de Alemania habían decidido levantar temporalmente las restricciones de paso en la frontera entre las dos alemanias. Los acontecimientos de trascendencia histórica suelen tardar algún tiempo en ser comprendidos en toda su profundidad. El adverbio de tiempo introducido en la formulación del baldón histórico era un factor mayor de distorsión que dificultaba la comprensión. Pero en el fondo de todo el proceso subyacía el último parte de guerra en el que se reconocía el fin de una histórica confrontación, saldada con la victoria de las fuerzas de la libertad.

Durante décadas, la gran mentira del sistema socialista contó con el apoyo explícito de parte de la intelectualidad occidental. Esa

“gran luz del Este” de la que habló **Jules Romains** contó con apóstoles en cada país. Los intelectuales alemanes siguieron a **Bertol Brecht**, los italianos caminaban por la senda “descubierta” por **Alberto Moravia**, **Passolini** y **Luchino Visconti**. En el Reino Unido trabajaban para Moscú **McLean**, **Burgess** o **Anthony Blunt**. Pero el país paradigmático probablemente sea Francia donde, como ha denunciado el académico **Jean D’Ormesson**, “para muchas almas honestas y bien informadas, en la medida de lo posible, Hitler sería un monstruo y Stalin un genio que obedecía a reglas que quizás no eran las nuestras”.

En un contexto así, socialdemócratas y democristianos alemanes, democristianos y socialistas italianos y tantos otros, se mostraban dispuestos a contemporizar. Temerosos de ser objeto de escarnio público por los tiranos de la intelectualidad, los dirigentes moderados occidentales no se atrevían a

alzar la voz contra los comunistas cuyo imperio se extendía al Este de Europa.

En la década de 1970, las democracias estaban más amenazadas que nunca. Surgen entonces notas de profundo pesimismo entre los más viscerales anticomunistas, como es el caso de **Jean-François Revel**, cuya obra *Cómo terminan las democracias*, publicada en 1983, es una exposición descarnada de cómo las democracias daban al totalitarismo comunista armas para que éste las combatiese. De ahí a afirmar que la derrota del Occidente libre frente al Este totalitario era segura, sólo había un paso. La visión pesimista de Revel estaba huérfana de un dato fundamental: la descomposición interna del sistema comunista era de una magnitud tal que sólo hacía falta catalizar las fuerzas necesarias para poner en marcha el estallido en las entrañas del sistema rival.

Ronald Reagan y Margaret Thatcher

La llegada al Poder en 1979 y 1981 de dos nuevos dirigentes conservadores, en el Reino Unido y en los Estados Unidos de América, puso en marcha una nueva política frente a Moscú. Por primera vez alguien se atrevió a decir que la política de distensión era beneficiosa sólo para los comunistas. Se elevaron voces proclamando que la "*ostpolitik*" de los socialdemócratas alemanes, que-

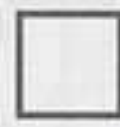
nes habían optado por convivir con los comunistas en lugar de combatirlos, perjudicaba al pueblo alemán y beneficiaba a los comunistas rusos. Si de **Willy Brandt** hubiese dependido, el muro no hubiera caído nunca.

Frente a las críticas de quienes hablaban en contra de las inversiones en armas disuasorias, el Gobierno norteamericano decidió invertir en armarse para dar la batalla final. La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) garantizaba la derrota del enemigo sin disparar un tiro, por cuanto no podían los soviéticos invertir las cantidades económicas requeridas por un proyecto así. Simplemente carecían de ese dinero. El mero intento fue la gota que colmó su bancarrota. La única forma de intentar luchar contra la segura victoria del enemigo era librar la batalla de los medios de comunicación y así, en éstos, se lanzó a los cuatro vientos la idea tergiversadora de la "guerra de las galaxias" que el vaquero **Reagan** intentaba librar con los pacíficos soviéticos. Pero ya era inútil. La determinación de un hombre de principios como Reagan era difícil de derrotar, aún con la bufa de la izquierda occidental.

Los conservadores del Partido Republicano norteamericano, a diferencia de los socialdemócratas del Partido Demócrata, desalojado de la Casa Blanca después de cuatro años de despropósitos pacifistas encabezados por el presidente **Carter**, sabían que la victoria final en esta guerra requería la colaboración de quien mejor conociera las interio-

□
"Durante décadas, la gran mentira del sistema socialista contó con el apoyo explícito de parte de la intelectualidad occidental."

“La Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE) garantizaba la derrota del enemigo sin disparar un tiro, por cuanto no podían los soviéticos invertir las cantidades económicas requeridas por un proyecto así.”



ridades del enemigo. Y cuando el presidente Reagan se encontró con el autogolpe polaco de diciembre de 1981, recurrió al Papa **Juan Pablo II** y estableció con él lo que el periodista **Carl Bernstein** ha denominado “La Santa Alianza”. Ambos estadistas querían poner fin a la Europa nacida en Yalta, en la que un presidente norteamericano anciano, enfermo y temporizador, **Franklin Delano Roosevelt**, concedió a su aliado bélico, **José Stalin**, la expansión del Imperio-Soviético más allá de los límites a los que el imperio Ruso soñó nunca llegar. Entre ambos mandatarios lograron marginar de la mayor parte de las conversaciones al primer ministro **Churchill**, empleando incluso burdas artimañas como la de alojarle a treinta kilómetros del lugar de la reunión.

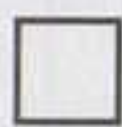
“La Santa Alianza”

Para poner fin a Yalta, el Papa Juan Pablo II y el presidente Reagan creían poder jugar la carta de una Polonia libre que actuaría cual daga lanzada contra el corazón del Imperio Soviético. Y si Polonia se convertía en democrática, otros satélites del Este la seguirían. “Ambos creíamos que en Yalta se había cometido un grave error y que se debería hacer algo” —declaraba Reagan en 1992. “Solidaridad era el arma perfecta por ser la organización de los trabajadores polacos”. Visto desde nuestros días, estos razonamientos parecen elementales,

pero cabe recordar que todavía años más tarde, el 22 de abril de 1988, **Felipe González** encaraba el muro de Berlín y profería, lleno de solemnidad: “Este muro lo derriba el diálogo”. Justo lo único que nunca pudo con el muro. A González más le hubiese valido sumarse a la línea de Ronald Reagan, cuando el año anterior, ante ese mismo muro proclamaba: “Señor Gorbachov, ¡abra esta verja! Señor Gorbachov, ¡tire este muro!”.

Las principales decisiones sobre la canalización de ayuda a Polonia fueron tomadas por los conservadores norteamericanos, mientras que los miembros más templados de la administración Reagan, (los que se correspondían con los que **Margaret Thatcher** denominaba como “wets” en su Gabinete) preferían no intervenir en una guerra ideológica para la que no estaban preparados y que consideraban inútil. Reagan, el director de la CIA, **William Casey** y el Consejero Nacional de Seguridad, **William Clark**, mantuvieron un estrecho contacto con el Papa, mediante el general **Vernon A. Walters**, quien en función de embajador volante sostuvo más de una docena de entrevistas secretas con el Pontífice. “Reagan entendía estas cosas bastante bien, incluyendo los aspectos secretos” —según explica **Richard Pipes**, profesor de Harvard, nacido en Polonia, un conservador considerado como el primer historiador de la Revolución Rusa. Pipes encabezaba en 1981 el departamento Soviético y de Europa del

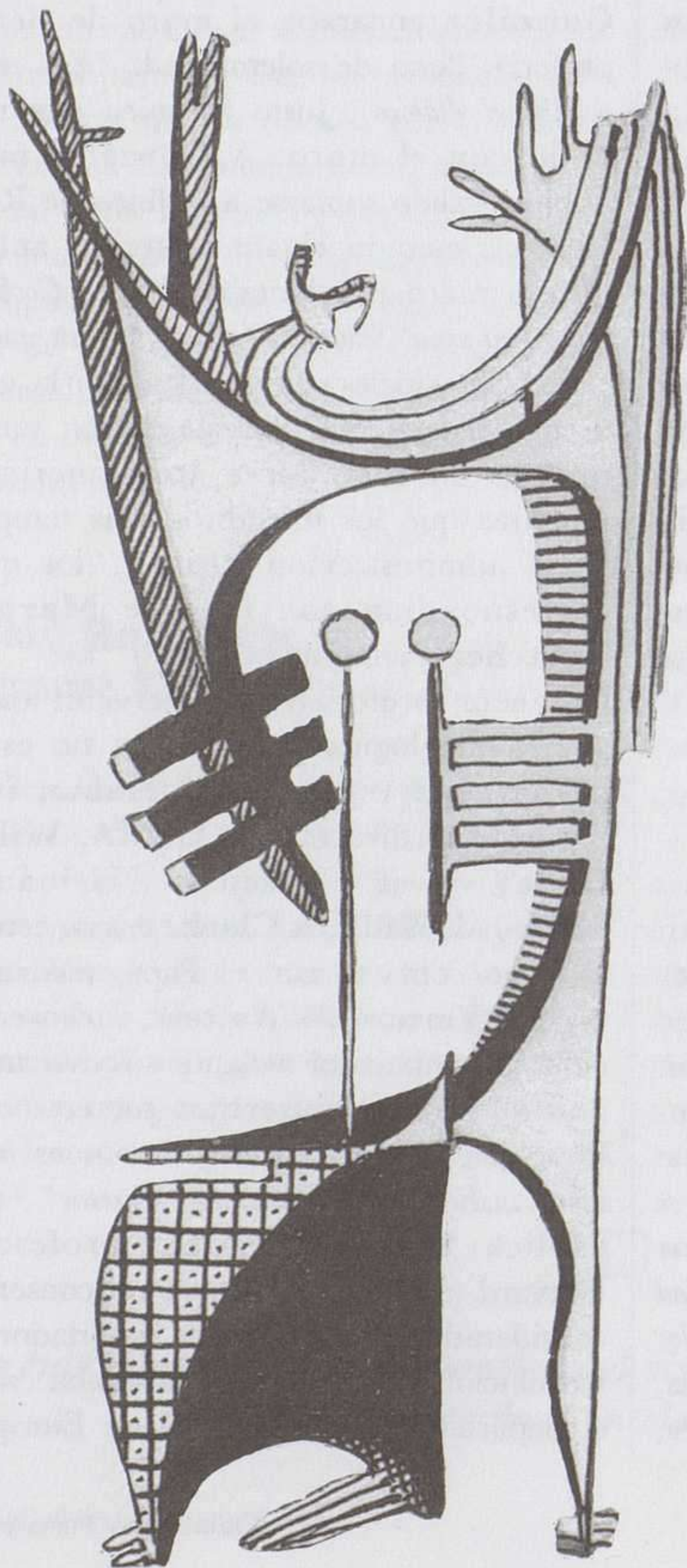
“Los ejemplos de cómo los conservadores vencieron la guerra fría llevando la confrontación hasta el límite, siempre en el terreno político, son muchos.”



Este del Consejo de Seguridad Nacional. “El presidente hablaba sobre el mal intrínseco del sistema soviético, no de su gente, y (explicaba) cómo debía-

mos hacer todo lo posible para ayudar a la gente de Solidaridad que estaba luchando por la Libertad. Gente como Haig y el secretario del Comercio, Malcom Baldrige, y James Baker (a la sazón jefe de gabinete de la Casa Blanca) consideraban que (ésta) no era una actitud realista. George Bush nunca decía una palabra. Yo solía sentarme detrás de él y nunca supe cuáles eran sus opiniones. Pero Reagan sí comprendía lo que estaba en juego”.

Los ejemplos de cómo los conservadores vencieron la guerra fría llevando la confrontación hasta límite, siempre en el terreno pacífico, son muchos. Los dirigentes más moderados preferían asumir el “*statu quo*”. Y ello es aplicable a muchos dirigentes políticos occidentales. Después de décadas de no reconocer la existencia de la República Democrática de Alemania, el canciller **Kohl** hizo dar a la RFA una serie de pasos que culminaron con la visita de Estado del tirano **Erich Honecker** a la Alemania Occidental, cuando menos necesitados estaban de ello los alemanes libres. Se daba así un balón de oxígeno a la moribunda dictadura del Este que lograba ser reconocida de facto. A ellos habría de clavarles la daga el Archiduque **Otto de Habsburgo** quien, aprovechando sus años de callada diplomacia, logró que las autorida-



des de Budapest abrieran la frontera austro-húngara un domingo de agosto de 1989 para una concentración política del movimiento conservador Paneuropa, que preside el eurodiputado de la Unión Social Cristiana bávara. Aquel día la Familia Imperial austrohúngara ayudó a huir, a través de la frontera, a más de medio millar de alemanes del Este que habían acudido a la llamada del Archiduque. Kohl reconocía el régimen vecino cuando los súbditos de éste huían despa- voridos.

Nuevos retos

La victoria de las fuerzas conservadoras en la lucha por la Libertad ha sido aplastante. Pero ya hay nuevos retos en el horizonte. En las repúblicas ex soviéticas la hambruna pende amenazante sobre la población de amplias extensiones geográficas, escasamente cohesionadas en el terreno político. Occidente quedó cautivado por aquel malabarista llamado Gorbachov y hoy no sabe cómo actuar. El presidente Reagan encontró en Gorbachov un interlocutor con el que poder dialogar, pero no se dejó llevar a engaño. El sabía bien que Gorbachov era un comunista que sólo buscaba la pervivencia de su sistema, por los medios que fuese posible. Pero frente a la certeza de lo que representaba Gorbachov, **Yeltsin** era un gran interrogante. Ahora se ve con claridad que

es la única garantía de estabilidad y progreso para el pueblo ruso.

La izquierda occidental no ha perdonado a Yeltsin que acabase con su ídolo, Gorbachov. Yeltsin lo hizo y además se ha lanzado a una tarea heroica, a la par que virtualmente imposible de ejecutar. Yeltsin intenta llevar a Rusia hacia una economía de mercado, sacándola de la ruina, podredumbre y desintegración que representan setenta años de socialismo. En su penosa marcha por la senda de las reformas, el mundo occidental, que tan interesado debería estar en este proyecto, le ha dado la espalda. Las inversiones en Rusia (recuérdese, el país más grande del mundo) en el último año no son ni la mitad de lo que fueron, en cifras absolutas, las inversiones occidentales en España durante un año de la transición democrática (1977-1982).

Dejado en el desamparo más absoluto, el presidente Yeltsin debe buscar la forma de sobrevivir políticamente. Así, se ve en la necesidad de rescatar el lenguaje belicista con Occidente y las ideas nacionalistas, para que esas banderas no sean enarboladas por sus rivales políticos. Yeltsin acudió a la Hoover Institution, uno de los centros de pensamiento más prestigioso y más conservador de todos los Estados Unidos de América, para que le ayudasen a elaborar su programa de reforma política. Los hombres de Yeltsin se han quedado ahora sin sus interlocutores naturales en Washington. El diálogo



“Yeltsin intenta llevar a Rusia hacia una economía de mercado, sacándola de la ruina, podredumbre y desintegración que representan setenta años de socialismo.”

con la administración **Clinton** se presenta más difícil.

¿Apoyarán las fuerzas de centro derecha de Europa al presidente Yeltsin? En esta hora resulta capital que las fuerzas democráticas de Occidente levanten una vez más las banderas de la Libertad y ayuden a sus socios naturales en Rusia a mantenerlas erguidas. Es una colaboración difícil, por cuanto en Rusia hay más interrogantes que respuestas. Pero sólo hay una certidumbre: existe una línea divisoria entre los que mues-

tran voluntad de reforma y los que, sabiendo que en el pasado se vivía mal, pero se vivía, no quieren pasar por sacrificios de ninguna índole e intentan dar marcha atrás. Las fuerzas conservadoras occidentales, que contribuyeron de manera tan decisiva a poner fin a la tiranía anterior, deben hoy ser las primeras en ayudar a la reconstrucción. Los demás apenas ayudaron a acabar con la tiranía, apenas ayudarán a construir un sistema libre. Una mirada a nuestro alrededor lo demuestra.

Ramón PÉREZ-MAURA

POR QUÉ SOY LIBERAL

Enrique DE DIEGO

Tiene tanto de pregunta como de exclamación. No se es liberal como se es marxista o se es nacionalsocialista. No se trata de una fe a través de la cual haya que asumir un código de dogmas o de propuestas. Menos aún de una fe personal por la que se produce el seguimiento de un autor. No es ni una estrategia política, ni un análisis de la toma del poder, ni un conjunto de "a priori" voluntaristas con los que intentar definir, como un gurú, el futuro.

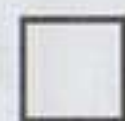
CONVENDRIA hacer también una puntualización para españoles. El liberalismo no es un libro de urbanidad y moderación. Las célebres frases de **Gregorio Marañón** definiendo el liberalismo como la apertura a que el otro pueda tener razón no son en sí mismas liberales, ni desde luego definitivas del liberalismo. La buena educación, el cuidado de las formas, la apertura al diálogo y la tolerancia son notas que pueden ser predicables de los liberales, pero que no son su esencia ni su patrimonio. Ese *fair play* forma parte de la buena educación de todos, aunque se dé muy escasamente, o en ninguna dosis, en los totalitarios. Respeto a las personas siempre, pero las ideas sólo admiten contraste con la verdad. De hecho —y Marañón no tiene ninguna razón— los liberales llevan tres siglos combatiendo. Las obras de los autores liberales suelen caracterizarse por su capacidad de denuncia y por mantener muy firmemente algunas convicciones bien asentadas. Desde **Alexis de Tocqueville** contra los jacobinos y el fantasma que vio venir del Estado tutor y el socialismo, hasta **Popper**

contra la pretensión de **Wittgenstein** de reducir el pensamiento a fórmulas lingüísticas, hasta **Mises** y **Hayek** combatiendo el socialismo y el nazismo. Muy educadamente, pero con mucha firmeza.

Es decir, que el liberal tiene arraigadas convicciones. Y ese es un primer punto clave y decisivo. Esas convicciones se asientan en la racionalidad, bien entendido que la racionalidad tiene que ser consciente de sus límites. No se trata, por tanto, de una fe o de una ideología, a la que se llegue por súbita iluminación o por entrega de la voluntad a un líder carismático o a la promesa de un falso profeta de mundos mejores.

Al liberal no se le ahorra, pues, ni el esfuerzo de pensar ni el riesgo de decidir. Podría decirse que el liberal es aquella persona que en caso de duda está siempre por la libertad. Desde los mismos albores liberales, y en torno a la primera gran aportación de esta corriente de pensamiento —el Estado de Derecho—, es una nota esencial. Una identidad profunda. Esto es mucho, pero es poco. He dicho ya que el liberal se mueve en el campo de la racionalidad, de la razón como

“Allá donde se ponen en marcha políticas liberales no se precisa mucho tiempo para detectar un incremento de la riqueza.”



instrumento de conocimiento, no en el racionalismo como distorsión de la realidad. Es decir, que el liberal busca la verdad, tiene un compromiso con la verdad que está en la realidad de las cosas. Analiza, pues, cómo funciona el hombre, en solitario, en sociedad. Es significativo que el Premio Nobel de Economía de este año sea el liberal **Gary Becker** y que haya dedicado sus esfuerzos al análisis económico de la familia, de la inmigración, del sistema penal, etc., siguiendo los pasos de otro gran Premio Nobel, **James A. Buchanan**, que había extendido los análisis de la economía de mercado al campo de la política.

Es decir, el liberal no define cómo debe ser la realidad. Está lejos del voluntarismo totalitario y ha sido su principal enemigo. No pretende en ningún momento ahorrarse el estudio de las cosas para saber cómo funcionan mejor, cómo se puede crear más riqueza, cómo la gente puede tener una vida más digna, cómo pueden preservarse mejor la libertad y los derechos básicos a la vida, la libertad y la propiedad.

En ese sentido, los pensadores liberales demuestran una mente abierta y una mentalidad renacentista. No sólo por su apuesta decidida por el hombre y por su libertad, sino también por la universalización de su estudio. Muchas veces en una sola obra, como puede verse en el más preclaro representante de la “escuela austriaca”, **Friederich von Hayek**, o en **Karl R. Popper**. Y otras veces de forma complementaria entre diversos autores. Así los análisis sociológicos de

Tocqueville, los políticos y jurídicos de **Montesquieu** y **Locke**, los económicos de **Friedmann**, los históricos de **Paul Johnson**, los filosóficos de **Kant** o **Hume**...Y así una larga serie que, en diversas materias, incluye en el siglo XX a **Octavio Paz**, **Indro Montanelli**, **Mario Vargas Llosa**, **Carlos Rangel**, **Anna Harendt**, **Isaiah Berlin**, **Raymond Aron**, **George Gilder**, **Mikael Novak**, **Ludwig von Mises**, **Gordon Tullock**, **Murray Rothbard**, **Robert Nozick**, **José Ortega y Gasset**, **Claudio Sánchez Albornoz**, **Salvador de Madariaga**... Y más antiguamente a **Tucídides**, los autores de la Constitución de Creta o **Tomás de Aquino**, sin olvidar al “viejo *whig*” **Edmund Burke**.

Problema semántico

Durante décadas el término liberalismo aparecía como un insulto de proscrito. Las corruptas democracias burguesas, las engañosas libertades formales, el capitalismo salvaje... eran términos que se acuñaban peyorativamente desde diversas posiciones políticas, más bien totalitarias y esclavizantes. Hoy en día hemos pasado, sin embargo, a una confusión semántica diversa. Según **Hayek**, en sus interesantes reflexiones sobre la perversión del lenguaje, cualquier palabra a la que se acompañe del término social pierde completamente su significado. Así, por ejemplo, democracia social, justicia social o conciencia social. La confusión ha

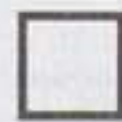
llegado a tal punto que la palabra liberal ha llegado a ser acompañada de social. Se habla continuamente en los periódicos de social liberales o de política económica social liberal, lo que es algo parecido a la cuadratura del círculo. No han faltado los que han hecho de sí mismos definiciones propias de profesionales del trapecio intelectual: liberal en lo económico, socialista en lo social y no sé qué cosas en cualesquiera otros aspectos. Hay algunos que dicen que son liberales en los ingresos y socialistas en la distribución. O que admiran la capacidad de crear riqueza del liberalismo y la presunta capacidad del socialismo para redistribuirla. No falta el que da a la palabra liberal la connotación que se daba en la brillante época victoriana a la mala reputación.

Ante esta agresión continua a lo liberal en el terreno semántico, no son pocos los que se preguntan si no sería preciso que los auténticos liberales abandonaran esa denominación y huyeran como alma que lleva el diablo. Hayek, por ejemplo, ha hecho esfuerzos para ser calificado como "viejo *whig*", en un intento por recluirse en los orígenes de los padres fundadores, o incluso ha pretendido cambiar el concepto de economía de mercado por el más amplio de "cataláctica". En Estados Unidos, donde la confusión es aún mayor porque los "liberales" son los socialdemócratas, se ha intentado extender el concepto —con moderado éxito— de libertarios o libertarianos. En Europa habría que hacer seguramente algo cuando la Internacional

Liberal puede caracterizarse por que sea internacional pero no, desde luego, porque sea liberal.

Lo más prudente parece no abandonar el campo al adversario ni ceder el sitio a los advenedizos. Si se ha puesto de moda el liberalismo no es precisamente lo lógico vaciar de contenido ese concepto. Máxime si se tiene en cuenta que la moda se produce ni más ni menos que por el fracaso de todas las ofertas políticas del orden tribal, y de todas las terceras vías (producto siempre de la dejadez en el estudio de las cosas y de la vocación de casar contrarios), y por la manifestación del éxito de las políticas y las mentalidades liberales.

No han faltado tampoco los que han sido liberales llamándose otra cosa, y nadie duda de que en el Partido Conservador británico hay una buena colección de liberales, o que las propuestas del Partido Republicano estadounidense fueron nítidamente liberales durante los dos mandatos **Reagan**, y bastante menos bajo ese señor que dijo que le miraran a los labios para ver claramente como decía que no subiría los impuestos (**Bush** ha sido en Estados Unidos la vuelta al presunto pragmatismo conservador). Es decir, que en las últimas décadas hay liberales que se llaman conservadores, lo que era impensable hace algunos años, cuando el campo conservador tendía a un socialismo moderado, o impregnado de religiosidad o de simple complejo de inferioridad. No hay ninguna duda, por ejemplo, en calificar a



“En el sudeste asiático, algunas naciones se han convertido en un fenómeno mundial con políticas esencialmente liberales. Son los ‘dragones’ del pacífico.”

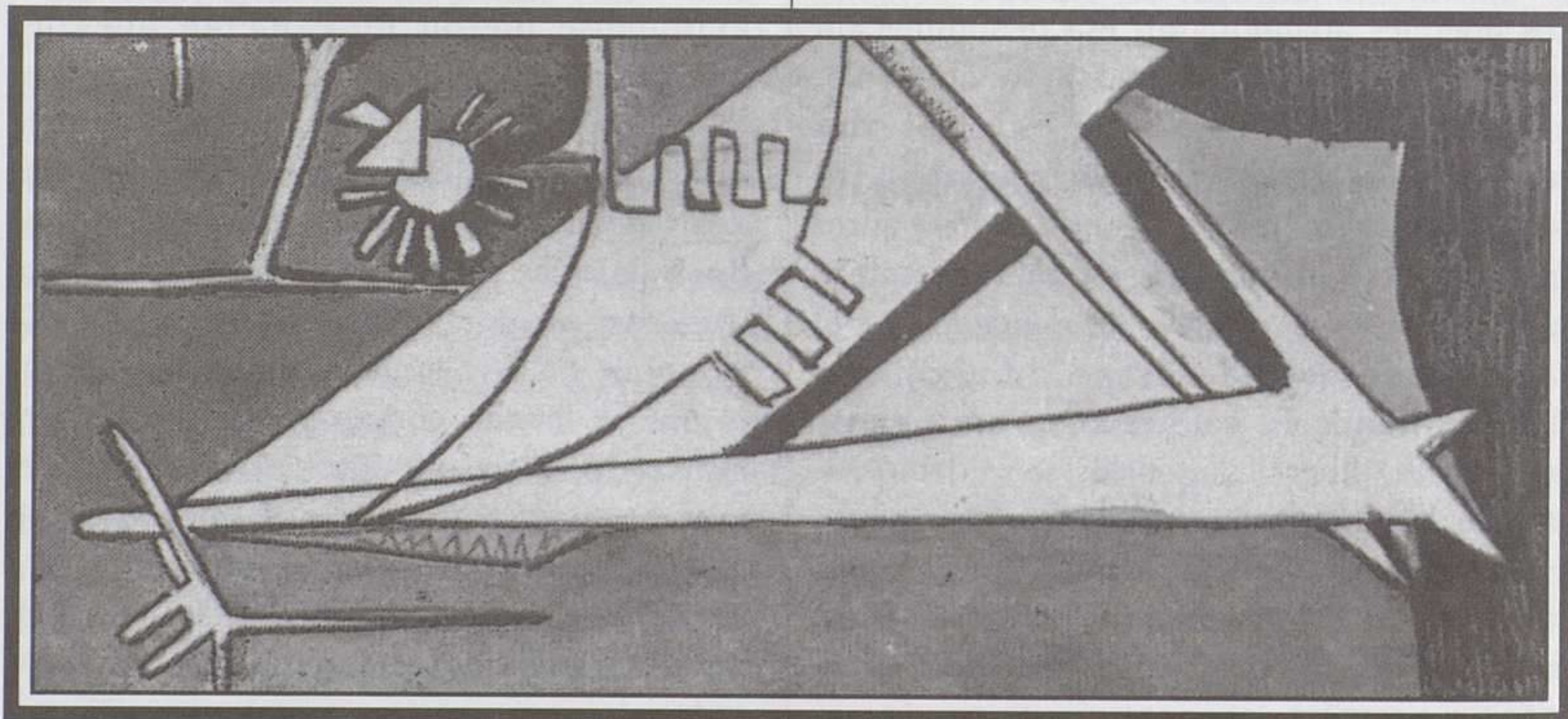
Margaret Thatcher de liberal, y Hayek no ha dudado en considerarla una “vieja *whig*” con todas las de la ley. Como no hay ninguna duda de que es más liberal defender las garantías jurídicas de la persona que un orden arbitrario aunque sea para perseguir la delincuencia.

Razones para pragmáticos

Podría basarse el liberalismo propio en una razón de eficacia. Es un argumento especialmente claro para pragmáticos. Es decir, el socialismo es un error de base, y lo son en distinta medida sus herederos revisionistas. Es un fracaso la lucha de clases, pero lo es también el Estado interventor, el sector público, las nacionalizaciones, la presión fiscal con su mito —contrario a una sociedad

libre— de la progresividad. Es un fracaso el keynesianismo y el tercermundismo.

Por el contrario, allá donde se ponen en marcha políticas liberales no se precisa mucho tiempo para detectar un incremento de la riqueza. Por primera vez, hay hoy en día ejemplos claros de esto en los cinco continentes. En Checoslovaquia un discípulo de Friedman, **Vaclav Klaus** ha puesto en marcha el proyecto de privatizaciones más dinamizador del Este y ha conseguido que su nación sea la que haya empezado a acortar terreno. En Suecia, **Carl Bildt** se ha propuesto acabar con cualquier vestigio de socialdemocracia y ha puesto en marcha, entre otras cosas, el “cheque escolar”. En el sudeste asiático, algunas naciones se han convertido en un fenómeno mundial con políticas esencialmente liberales. Son los “dragones” del Pacífico, como Taiwán,



Roberta González

“El primer logro liberal, antes que la defensa de la economía de mercado, es el Estado de Derecho y la división de poderes.”

“Podrá decirse que el liberal es aquella persona que en caso de duda está siempre por la libertad.”



Corea del Sur, Singapur, Hong Kong. Es el caso de Australia y, a alguna distancia, Filipinas y Tailandia. En Argentina, **Carlos Ménem**, desde el filofascista partido justicialista, ha hecho su peculiar revolución liberal y ha sacado a Argentina de la marcha acelerada hacia el desastre. Lo mismo ha ocurrido en Bolivia. También **Carlos Salinas de Gortari**, en México, y contra la tradición priísta, ha privatizado importantes sectores públicos, ha dado derecho de propiedad a los campesinos, y ha firmado un acuerdo de libre comercio con Estados Unidos y Canadá. En la India se abandona el proteccionismo de las industrias nacionales, pésima herencia de otros dos fracasados: **Gunnar Myrdal** y **Raúl Presbich**. Varias naciones africanas, como Senegal, Costa de Marfil, Benín y Zambia marchan por sendas liberales. No es extraño que la FAO indique que desciende el hambre del mundo, y que ésta se enseñoree sobre todo de las naciones que han pagado la terrible experiencia comunista: desde Rusia a Bosnia, incluyendo Angola, Etiopía y Somalia.

Sólo Cuba queda hoy en día como fenómeno regresivo hacia la tribu.

Orden tribal y orden civilizado o espontáneo de cooperación

Es decir, un argumento suficientemente válido para ser liberal sería el de la eficacia, aunque ello suene excesivamente pragmático. Pero no deja de ser honrado: se supone

que todos deseamos lo mejor para nuestros semejantes.

Hacía una referencia a Cuba. Cada poco se nos anuncia una nueva medida fruto del enloquecimiento y el voluntarismo por mantenerse en el poder de **Fidel Castro**. Un día se nos enseña que en vez de taxis en La Habana va a haber bicicletas, y que el Ejército las utilizará también —de dos en dos— para transportar ametralladoras. Otro día los universitarios se trasladan a cortar caña de azúcar. Toda una serie de acontecimientos, que ya sólo encantan a un cada vez menor número de encandilados y bocalicones progresistas, que manifiesta bastante bien la voluntad de volver al orden tribal que recorre el siglo XX, y que lo surca de miserias y campos de concentración.

Un argumento más en la línea de la eficacia: el liberalismo es la única doctrina válida para el orden civilizado, para la sociedad abierta, para las realidades complejas. Y ello precisamente porque estudia la realidad. La tribu se caracteriza por la sumisión a una jerarquía y por la inexistencia de fines personales al margen del colectivo. Aunque algunos liberales llegan a hablar de una connotación “altruista” en el hombre tribal (la capacidad de negarse para seguir un fin colectivo), tengo para mí que el altruismo sólo es posible cuando hay libertad y que lo propio de la tribu es la negación de los derechos individuales junto a un profundo egoísmo, muy cercano al mero instintivo sentido de la supervivencia.

Pero con esos principios, que han sido

“El hombre tiene derecho a su vida, a su libertad y a su propiedad, y ninguno de esos tres derechos tiene más límite que el ámbito de autonomía personal de los demás.”



recreados por los socialismos, el hombre no puede vivir y las sociedades complejas del siglo XX, formadas por un cúmulo habitual de decisiones libres, no pueden desarrollarse.

Un amigo mío fuma habitualmente puros habanos para acelerar la caída de la dictadura castrista. Su reflexión es económicamente acertada. Un régimen colectivista no tiene capacidad para definir los precios con respecto a costes reales, y por tanto habitualmente gasta más en producir que el precio del mercado.

Algo similar sucede con nuestro sector público, remedo igualmente de sociedad tribal, y con las viejas políticas basadas en el “interés nacional”. Eliminado el riesgo, improductivo por esencia, el sector público no puede responder al principio de competencia, porque en ese principio el aumento de costes o la mala gestión son penalizados con la destitución o con el cierre de la empresa. Al poder hacer recaer las pérdidas sobre el contribuyente se apuesta por la burocratización y la ineficacia. No hay posibilidad de buenos gestores, ni se trata por tanto de apostar por meros recambios. Los buenos gestores de la cosa pública serán los capaces de privatizar esas empresas y eliminar el sector público. Un Estado mínimo es en ese sentido un Estado eficaz.

El mundo moderno, la sociedad abierta, se basa en un continuo flujo de información, en permanentes y constantes decisiones libres que influyen unas en otras como si de una explosión atómica se tratara. Ningún orde-

nador puede acumular ese incesante fluir de libertades, ni ningún Estado puede intentar querer cosificarlo para tomar las decisiones más adecuadas. Es imposible tener ese conocimiento, e intentarlo es ya en sí mismo una muestra de poco sentido común y de tribalismo. A menos que se quieran hacer daños irreparables y cosificar la sociedad, hasta colapsar su mecanismo. A ese orden espontáneo de cooperación (magistralmente explicado con su metáfora mal entendida de la “mano invisible” por **Adam Smith**) es a lo que también se denomina economía de mercado o más ampliamente sociedad abierta. Un liberal está inoculado contra uno de los males más mezquinos y corrosivos: el resentimiento social.

Como la ley de la gravedad

Los argumentos de eficacia son utilizados aquí como fórmula de convencimiento, pero no son ni los mejores ni los más decisivos. La sociedad abierta se mueve con respecto a leyes naturales. Es decir, las cosas son como son, e intentar cambiarlas sólo se puede hacer en laboratorios o con riesgo de estropearlo todo. Los experimentos —tenía razón **Eugenio D’Ors**— con gaseosa.

Leyes no matemáticas, no cuantificables, pero con tanta fuerza como la ley de la gravedad. Por ejemplo, la ley de la oferta y la demanda, contra la que no se puede ir salvo voluntad de agotarse como cuando se nada

contra corriente. Si de una vez se aceptara esa ley se evitarían muchos errores, que vemos de manera constante, incluso en personas a las que por su inteligencia podría creerse inmunes a fallos tan claros. Si se aceptara de verdad no habría ninguna dificultad en entender que el salario mínimo crea paro, que los sindicatos no representan ninguna mejora salarial real para los trabajadores porque los salarios son siempre, al final, los del mercado, y que es estúpido pretender resolver un problema combatiendo su tráfico, como sucede con la droga, porque las respuestas lógicas del mercado son encarecimiento del producto y descenso de la calidad.

Sin la ley de la oferta y la demanda es difícil analizar el actual mercado político (ver **James A. Buchanam** y los estudios de la “*public choice*”). Otra ley importante es la relación riesgo-beneficio que es especialmente desarrollada por los “neoclásicos”, y que ha dado lugar a una corriente de estudios cada día más fructífera como es la de las “expectativas racionales”, en las que se incluye el ya citado Premio Nobel de Economía **Gary Becker**. Así puede entenderse que hay valores universales que crean riqueza cuando se ponen en marcha y otros que no permiten salir del umbral de la pobreza. Y esto en aspectos esenciales. Verbigracia, mientras la monogamia crea progreso, al maximizar beneficios y disminuir costes, la poligamia crea pobreza, al eliminar plusvalías, y eso de alguna manera se empieza a ver también

cuando el divorcio se convierte en un fenómeno social, como ocurre en los Estados Unidos y la aparición de un nuevo tipo de familias “pobres” con sólo uno de los cónyuges. O que la reducción de penas y los beneficios carcelarios son, fundamentalmente, un incentivo a la delincuencia, o que el Estado de bienestar es tan expansivo como al final proteccionista.

Por cuestión de principios y convicciones

He empezado diciendo que el liberal busca la verdad, con sus límites, con el esfuerzo humano constante de eliminar errores. Y que en una sociedad abierta no se puede ser otra cosa que liberal si se quiere realmente el bien de los demás (en esto siempre he creído que el liberal tiene un natural generoso y altruista, y me agrada ver que esta reflexión está permanentemente presente en los discursos de Margaret Thatcher, o en los estudios de George Gilder). No sería ético ofrecer o transigir con soluciones que serían negativas para los demás. De ahí que el liberalismo entraña toda la buena educación que se quiera, pero fundamentalmente convicciones.

Porque si es verdad que sólo el liberalismo resulta eficaz, también es verdad que ello es fruto del respeto a principios nítidos. Que, de nuevo, no son “a priori” sino esenciales



“La reflexión liberal parte siempre de los derechos individuales y no tanto de la configuración del Estado.”

a la realidad y naturaleza de las cosas. Tres son los derechos básicos: vida, libertad y propiedad. De los tres se deduce una oposición a la arbitrariedad y al poder ilimitado. El liberal es el demócrata primigenio. La democracia fue desde el principio liberal. Pero su reflexión sobre el poder no se limita al mero análisis sobre la legitimidad de origen sino también a la legitimidad de ejercicio. El liberal no entiende, por ejemplo, las dificultades para condenar el acceso al poder de **Hitler**, porque la democracia —y es reflexión popperiana— es el sistema que permite el cambio de poder sin violencia. Es decir, cuando se elimina esa posibilidad ya no estamos ante una democracia, y ese poder no es legítimo.

El hombre tiene derecho a su vida, a su libertad y a su propiedad, y ninguno de esos tres derechos tiene más límite que el ámbito de autonomía personal de los demás. Ninguno de ellos es concesión del Estado, ni fruto de hipotético o mágico contrato social. La reflexión liberal parte siempre de los derechos individuales y no tanto de la configuración del Estado. Ese es el fallo de base del por otro lado lúcido **Max Webber**. Es, por todo ello, por lo que se puede decir que el primer logro liberal, antes que la defensa de la economía de mercado, es el Estado de Derecho y la división de poderes, como garantías de algo esencial al liberalismo: la limitación del poder. La libertad es, pues, ausencia de coacción; la vida es absoluta frente a la agresión y la arbitrariedad (de ahí que un número creciente de liberales consi-

deren que el aborto es un homicidio y un ataque a las bases de la sociedad abierta); y la propiedad es la aureola del ámbito de autonomía personal.

Superioridad ética del liberalismo

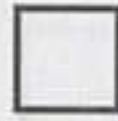
Conviene precisar que no es infrecuente encontrarse con interlocutores que están dispuestos a reconocer sin mayores problemas la mayor eficacia del liberalismo. Incluso que representa un escudo para la libertad (o las libertades, como se dice en los discursos políticos). Pero inmediatamente se introduce una reticencia moral, cuando no una clara condena. La mentalidad tribal asimila la competencia con la ley de la jungla, y el instinto por la seguridad nubla a veces las mentes hasta el servilismo. Es habitual, por ejemplo, que se reconozca la eficacia del mercado pero que se afirme (en nombre de la moral aunque debería ser en honor de la ignorancia) que hay que introducir elementos correctores de las desigualdades que crea el mercado. Cuando no se acude al curioso mito igualitario, se afirma, en nombre de la “justicia social” o de la redistribución de la riqueza, que el Estado debe desarrollar políticas de solidaridad, y al final —en esta confusión semántica— se vuelve inexorablemente al intervencionismo estatal.

Los argumentos de eficacia citados más arriba deberían servir para justificar la supe-



“El liberalismo es la única doctrina válida para el orden civilizado, para la sociedad abierta, para las sociedades complejas.”

“Un argumento suficientemente válido para ser liberal sería el de la eficacia, aunque ello suene excesivamente pragmático.”



rioridad ética del liberalismo. No es ético, reitero, mantener o defender criterios o políticas que resultarán dañinos. La postura liberal parte siempre de ese compromiso moral, de esa búsqueda de la verdad. Es, para que se entienda, básicamente solidaria, porque no está dispuesto a mantener amores que matan o posturas perjudiciales, aunque puedan parecer aparentemente más morales. La llamada “justicia social” es esencialmente injusta, porque parte de la base de que algunos tienen algo a lo que no tienen derecho y otros deberían tener derecho a algo que no tienen. Alguien tiene que definir esos extremos, y al final es el Estado, con lo que estamos de nuevo en el totalitarismo.

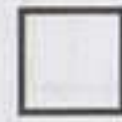
Además, hay ya suficientes experiencias para establecer otra ley: la de los “efectos perversos” del Estado intervencionista. Con frecuencia el Estado consigue lo contrario de lo que se propone. Los liberales, eso sí, están siempre dispuestos a reconocer las buenas intenciones de los demás, pero las buenas intenciones no aseguran los buenos resultados. El Estado, verbigracia, se ha empeñado en desarrollar la beneficencia y lo que ha conseguido ha sido eliminar la solidaridad natural. Ninguna de las medidas contra la marginación han servido para mucho. Las leyes estatales en favor de las madres solteras en Estados Unidos han servido básicamente para hacer aumentar las familias rotas. Las medidas suecas para la atención estatal de los ancianos sirvieron para romper la solidaridad intergeneracional y para conseguir que las familias se desentendieran de sus mayo-

res. Se promete ahora desarrollar el progreso en los países magrebíes, pero no parece que eso anime mucho a dejar vacías las trágicas pateras. La extensión de la enseñanza estatal ha servido para una disminución de la calidad, que se ha convertido en uno de los principales problemas actuales y en el centro del debate político norteamericano. Se ha querido extender la seguridad y se ha fomentado la mediocridad. Se ha querido imponer la solidaridad y se ha fomentado el egoísmo. Se ha querido que fuera el Estado el que atendiera la sanidad y las pensiones, y la Seguridad Social se ha convertido en un cáncer ineficaz que pone en peligro al propio Estado.

El liberalismo no es un sistema egoísta, aunque a algunos les escandalice esta afirmación. Independientemente de los móviles individuales, el sistema de mercado promueve la generosidad. Así lo han demostrado los modernos teóricos de la economía de oferta. **George Gilder** señala que *“el capitalismo empieza por dar. Nadie puede esperar que las recompensas del comercio sean fruto de la codicia, la avaricia o incluso el egoísmo, sino de un espíritu íntimamente afín al altruismo, una consideración de las necesidades del prójimo, un talante humano, sociable y animoso. No es el tomar y consumir, sino el dar, arriesgar y crear lo que distingue al capitalismo”*.

Cuando un empresario lanza un producto al mercado ignora la reacción del público. Se la juega sin recompensa segura en un mundo arriesgado e incierto. Por supuesto que existen individuos egoístas y desalmados, pero están controlados por dos factores: la

“La reflexión liberal sobre el poder no se limita al mero análisis sobre la legitimidad de origen, sino también a la legitimidad de ejercicio.”



ley que les veda comportamientos fraudulentos o violentos y el consumidor soberano. El individuo egoísta que actúa en el mercado sólo puede conseguir sus objetivos sirviendo a los demás, satisfaciendo sus necesidades mejor que sus competidores.

La “mano invisible” del mercado convierte una actuación egoísta en algo bueno para la sociedad y para los individuos, esteriliza de malas pasiones el intercambio económico. Es decir, moraliza la acción humana. Logra actos buenos de personas malas.

Esa es la justa interpretación de lo dicho por Adam Smith, quien jamás consideró ni escribió que el propio interés fuese una adoración exclusiva del yo. Al contrario, el mercado no excluye las conductas altruistas. Como escribe **Hayek**, el yo al que se refieren los economistas incluye no sólo al individuo, sino a su familia, sus amigos y cuanto le es caro. Como escribe **Friedman**: *“El científico que intenta ensanchar las fronteras de su disciplina, el misionero que se esfuerza por convertir a los infieles a la verdadera fe, el filántropo que trata de*

aliviar los sufrimientos del necesitado, todos ellos procuran colmar su interés de acuerdo con los propios valores”.

El liberalismo es más eficaz, pero también es éticamente superior. Como recuerda **Murray Rothbard**, sólo hay un comportamiento moral cuando hay libertad, cuando hay capacidad de elección. Y **Frank Meyer** concreta que *“la virtud sólo es tal cuando ha sido abrazada libremente. Resulta inaccesible para el ciudadano sujeto a coerción”.* La neutralidad del mercado es moralmente superior porque es manifestación de la libertad. Como lo es igualmente la limitación del poder.

Todo apunta a que el futuro vendrá marcado por una profundización en los criterios liberales, pero no es descartable una añoranza de la tribu. De que siga esa senda liberal dependen tanto el respeto a los derechos del hombre como la creación de riqueza suficiente para el mantenimiento y desarrollo de la civilización.

Enrique DE DIEGO

POR QUÉ SOY CONSERVADOR

Valentí PUIG

*Es afortunado que para los años noventa no contemos con ninguna de aquellas ideologías que permitían apoderarse del mundo, como King Kong abrazaba Manhattan. Quizás más que en cualquier otra época tendrá vigencia la vieja máxima: "Cuando no es necesario cambiar es necesario no cambiar". Tantos experimentos e ingenierías sociales concluyeron en el "gulag" y la pira funeraria, en el dolor y la muerte, que los principios conservadores reaparecen como una renovada sensatez, arraigados en la comprensión de la naturaleza humana y potenciados por la energía intelectual que sustenta —por ejemplo— el pensamiento de los neconservadores norteamericanos. Tomará cuerpo un talante conservador menos fatalista, más confiado en la capacidad inventiva del hombre —clave de bóveda del capitalismo—, en los poderes de la tecnología y de la revolución del conocimiento en la "segunda era axial" definida por **Daniel Bell**. A Yuste, **Carlos V** se lleva relojes y un inventor flamenco.*

Conservar las dimensiones de la sociedad abierta y del capitalismo fueron empeños fundamentales durante la guerra fría. Cayó el muro de Berlín y, a pesar de las inestabilidades y conflictos de un mundo por naturaleza inestable y conflictivo, parece garantizada la supremacía del libre mercado. Como decía **Hayek** en la *Riqueza de la naciones*, todavía se puede aprender más sobre el comportamiento de los hombres que en los más pretenciosos tratados modernos de "psicología social": el principal mérito de aquel individualismo es que se trata de un sistema en el que los hombres malos puedan hacer el menor daño.

Cundió el desprestigio histórico del colectivismo y de las tentaciones igualitarias.

Mengua la credibilidad del intervencionismo estatal y de las políticas redistributivas, como todas las melifluas metamorfosis de la socialdemocracia porque —como dice **Irving Kristol**— el socialismo democrático sólo puede ser considerado como realización del liberalismo en un sentido hegeliano, es decir, que lo absorbe, lo trasciende y lo aniquila, todo a la vez. Para la reducción del Estado proliferante, liberales y conservadores hicieron causa común en torno a la idea de que el dinero público sale del bolsillo de los contribuyentes y de que la gente debe producir si quiere consumir. De entonces acá, por el camino quedaron truncadas las grandes alianzas que llevaron a **Ronald Reagan** y **Margaret Thatcher** al poder: conservadores y liberales han reencontrado sus discre-

“Para la reducción del Estado proliferante, liberales y conservadores hicieron causa común en torno a la idea de que el dinero público sale del bolsillo de los contribuyentes y de que la gente debe producir si quiere consumir.”



pancias, en ese otro gran mercado de las ideas donde —a semejanza del capitalismo como expresión económica de una sociedad libre— los seres humanos tomamos millones de decisiones cada día.

Del mismo modo que nada se conserva en el mundo de las revoluciones, el pensamiento conservador no tiene afanes de originalidad, algo más bien propio de la adolescencia del mundo. A diferencia del liberalismo radical, no es un individualismo racionalista que presuponga —como observa **Norman Barry** en *Un diccionario de pensamiento conservador y libertario*— que, en busca de una utopía de “*laissez faire*”, se puede prescindir del orden establecido. Con el fin de la guerra fría, la defensa del capitalismo ya no es suficiente como estrategia común de conservadores y liberales. Los conservadores otean con inquietud un paisaje en el que profundas fuerzas de la superficialidad generan un desorden moral desestabilizador. Para el “*laissez faire*”, eso no importa tanto como desarrollar sus propios extremos.

No será una novedad que se acuse de nostálgico al conservador, como si la estabilidad social o la armonía estética fuesen un pasado irrecuperable y no un patrimonio que preservar. Sucesivas crisis de autoridad afectan más al conservador que al liberal. Frente al optimismo liberal, no pueden ignorarse los riesgos de autodestrucción de la sociedad abierta, por remotos que puedan parecer. No es fácil en nuestra época garantizar la

“continuidad moral” de las naciones más allá de la gran fragilidad social.

Conservar los valores

Todo pequeño orden conseguido por la humanidad —más a menudo conseguido por la fuerza de la costumbre que por la fuerza de la razón— ha costado muchos esfuerzos y casi siempre valdrá la pena conservarlo. Soy conservador porque no quiero que se pierdan las viejas recetas de cocina, las lecciones de la historia, la legitimidad de la propiedad privada, la memoria de nuestros antepasados, las convenciones del trato social, el respeto a la ley, la noción de autoridad, la lavadora automática, los viejos placeres de la civilización, las ideas de rigor y esfuerzo. No sabemos a ciencia cierta —ha escrito **Leszek Kolakowski**— lo que podría ocurrir si, por ejemplo, la familia monogámica fuese suprimida, o si la costumbre —respetada de antiguo— de enterrar a los muertos fuese sustituida por el reciclaje racional de los cadáveres a efectos industriales: no sabemos lo que ocurriría pero haríamos bien en esperar lo peor.

Incluso desde la aceptación radical de la autonomía individualista con todos sus poderes de elección, se impone restaurar los equilibrios indispensables entre autoridad e individuo, entre orden e individualismo, en la certeza de que en una sociedad no sólo cuentan los actos individuales sino también

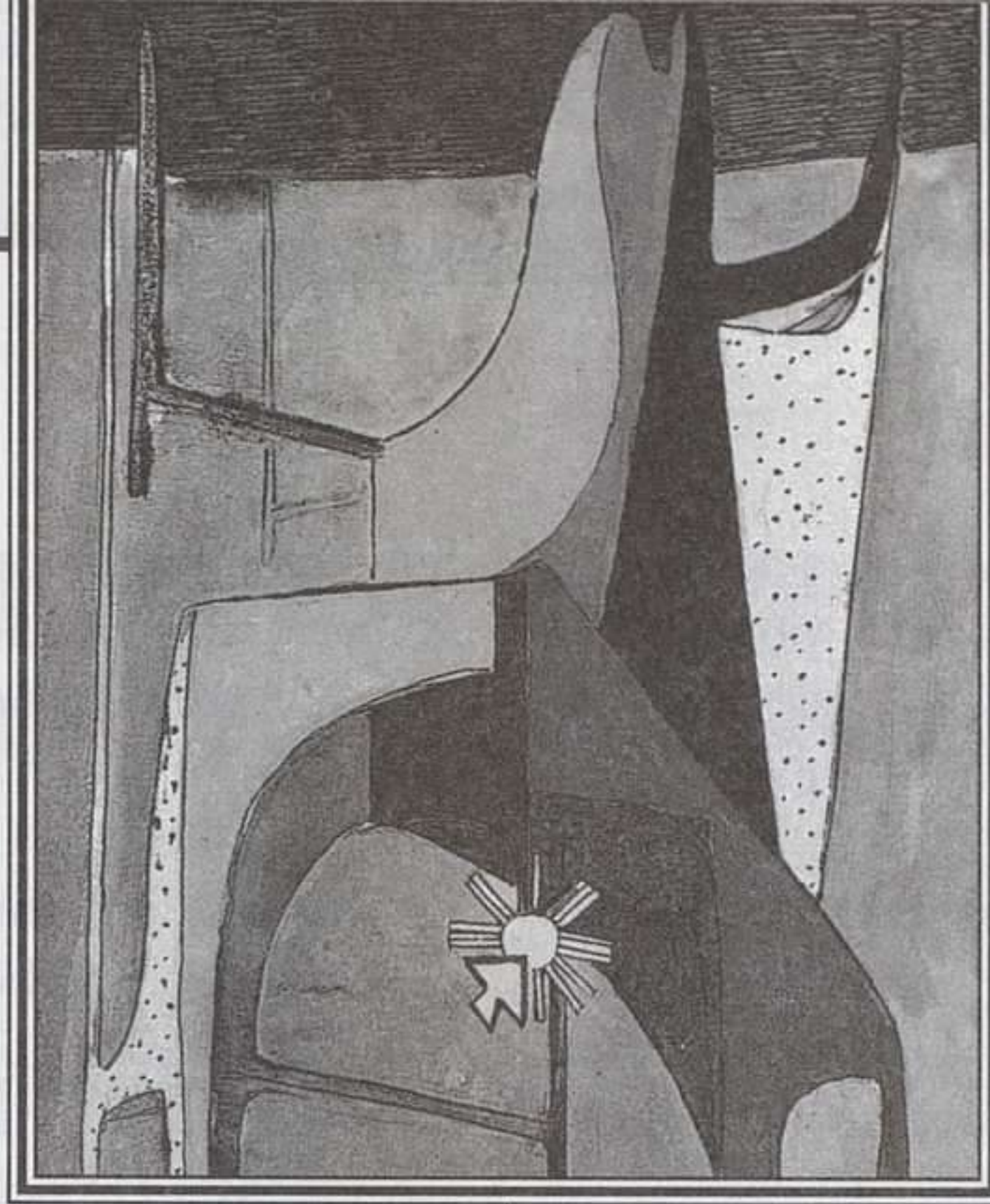
las instituciones y los factores de la historia que influyen en la conducta de los hombres y las mujeres. Del mismo modo que las tribus tenían sus tabúes, la civilización se fundamenta en valores cuya transferencia de generación

en generación asegura su pervivencia, al modo de los viejos secretos del arte que salieron fiadores de la perspectiva.

De aquí el auge cotizado de una sociedad anclada en sus fuertes elementos intermedios—familia, iglesias— capaz de su propia beneficencia sin las tutelas del Estado, próspera en su educación privada, pletórica de fundaciones culturales, en pro de políticas que mantengan la cohesión social y actúen al modo de cortafuegos ante la erosión moral. En las antípodas del experimentalismo social, el conservador sabe que la voluntad de proceder a una renovación moral absoluta siempre requiere un poder absoluto: así sucumbiría fatalmente nuestra vida moral, pública y privada.

La fatiga de Europa

A diferencia del *laissez faire* incondicionado, los neoconservadores buscan los arrai-



gos precisos para oponerse al caos y al relativismo cultural que sitúan el “cómic” a la altura de **Tiépolo** y la letra de una canción “rock” como igual de **Gracián**. Para restaurar una “normalidad” en la que los

años sesenta entraron a saco, la sociedad ha de ser capaz de generar sus propios anticuerpos para las correcciones convenientes, a fin de obtener su propio equilibrio en cada circunstancia en que sus valores se resientan de la hostilidad de un entorno cultural saturado de modernidad.

En un instante abrumado por la fatiga de Europa y la reaparición de la maraña de los sesenta de la mano de **Bill Clinton**, las ideas conservadoras todavía pueden ejercer su influencia de serenidad pragmática. Publicado en 1992, antes de la victoria de Clinton, *El derrumbe conservador* de **Emmet Tyrrell**—director de *The American Spectator*— anunciaba, a pesar de todo, un retorno de las ideas conservadoras que habían llevado a Ronald Reagan a la Casa Blanca. Clinton será una oportunidad espléndida para la reconstitución de aquella “gran tienda” que acogió a todos por Reagan. Otros indicios de resurgimiento conservador aparecen en países que



“En las antípodas del experimentalismo social, el conservador sabe que la voluntad de proceder a una renovación moral absoluta siempre requiere un poder absoluto: así sucumbiría fatalmente nuestra vida moral, pública y privada.”

estuvieron bajo la sojuzgación soviética. La nueva síntesis quedó esbozada por **David Willets**, cuando escribía en su ensayo *Conservadurismo moderno* –también publicado en 1992– que los principios conservadores de hoy buscan la reconciliación entre los mercados libres –como fuente de libertad y prosperidad– y el reconocimiento de la importancia de la comunidad –como sostén de nuestros valores–.

Creo en la necesidad rigurosa de orden público precisamente porque creo que tenemos derecho al desorden privado, como expansión de los espacios de la vida privada, en goce de la propiedad –gran fruto de la libertad– frente al colectivismo coercitivo.

Soy conservador porque creo que la razón es falible y la tradición no es inútil. Entre lo racional y lo razonable, el pasado nos lega un empirismo con que oponernos a las religiones políticas. Germen de abstracciones ideológicas, el romanticismo político es una patología, con **Hitler** en estado terminal. No hace falta haber vivido mucho para suponer que la culpa casi siempre la tiene **Rousseau**. Desde la finitud e imperfección del hombre, los conservadores viven su compromiso sin mala conciencia con la preservación de la ley y el orden, el horror a las utopías y el cuidado por las fragilidades de la civilización. Definitivamente, me siento conservador porque creo en la memoria.

Valentí PUIG

EL CASTELLANO EN PELIGRO DE MUERTE

A comienzos de 1970, en los "Domingos de ABC", **Salvador de Madariaga** escribió un largo texto —repartido entre dos números del suplemento semanal citado— que constituye un agudo análisis de una situación de peligro para la que es nuestra "lengua española oficial", según el Artículo 2 de la Constitución, aparte ya la tradición, la historia y la presencia de cerca de cuatrocientos millones de personas que la hablan como idioma propio. Algunos de los peligros que Madariaga denunciaba ahí siguen al cabo de veinte años, algunos quizá hayan disminuido, algunos sin duda han aumentado y otros nuevos, en fin, han aparecido, y si son nuevos difícilmente pudo ocuparse de ellos don Salvador, a quien, por lo demás, se le escaparon pocos. En todo caso, el texto es actual y oportuno, como además es inteligente, fluido, irónico y apoyado en un fino análisis de causas y efectos, no menos que de soluciones, algunas vivísimas, otras por aplicar o fracasadas, nos ha parecido que reactualizarlo en esta sección de la revista está más que justificado.

Salvador DE MADARIAGA

Desesperanto

El español que, para consolarse de lo que hay de fracaso histórico-político en los anales de España, busca lo que hay de positivo en nuestra vida nacional, puede siempre sostener con seguridad y confianza que nuestro pueblo ha creado la lengua más hermosa de Europa. El castellano lo es sin duda. Podrá discutirse si, como lengua poética, no es más flexible el inglés, si como lengua científica no es el francés más claro y terso, si como

"No creo que ningún lingüista imparcial dispute al castellano la superior belleza de su perfil, volumen, color, nobleza y armonía."

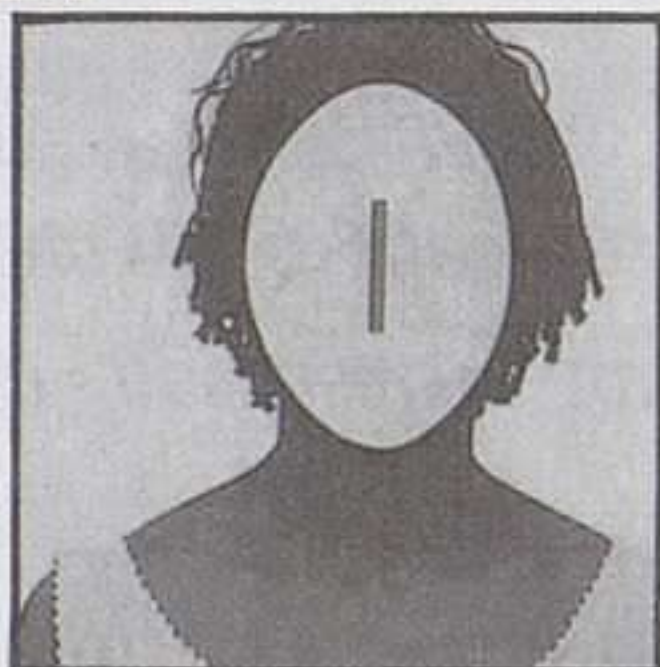


lengua musical no sería lícito preferir el italiano; pero no creo que ningún lingüista imparcial dispute al castellano la superior belleza de su perfil, volumen, color, nobleza y armonía.

Y no es poca cosa ser el pueblo creador del lenguaje más hermoso de Europa (y quizá, del mundo); porque el lenguaje es la expresión más directa del carácter. Aún aquellos que no se hacen ilusiones sobre ciertas descripciones del carácter español, sobre todo en lo relativo a la vida colectiva, tienen que reconocer que algo habrá de noble y excelente en un pueblo que ha dado de sí una lengua como la castellana. Gracias les debemos a las gentes de Alava y Burgos, a los vasco-castellanos, entre quienes nació.



Pero nobleza obliga. Es una responsabilidad abrumadora la que cada generación recibe de las anteriores. *“Ahí te entrego la lengua más hermosa de Europa. Haz que, mientras la usas y gozas, si no gana, al menos no pierda en hermosura”*. Cada generación tomará en la historia de España un pue-



sto alto, bajo o mediano, según su modo de vivir y hacer el castellano. Triste es tener que reconocer que, a la luz de este criterio, las generaciones del siglo XX han ido bajando



“Cada generación tomará en la historia de España un puesto alto, bajo o mediano, según su modo de vivir y hacer el castellano.”

con lamentable rapidez, y que ya el castellano está enfermo y hasta en peligro de muerte.

La enfermedad le viene hoy del inglés, como les venía, en mis juventudes, del francés (ya veremos por qué cuando pasemos de los síntomas al virus mismo). Yo siempre escribo la capital de Rusia “Móscova”, en sonoridad pareja a “Córdoba”; pero lo oficial y general, es “Moscú”, cuya sonoridad no se incorpora bien a la del castellano; así como prefiero “moscoveses” a “moscovitas”. Asimismo recuerdo que, antes de la primera guerra mundial, se cantaba en un teatro de Madrid este dispa-



rate en castellano podrido de francés:

*y yendo así
con "sans façon"
parezco una miniatura al "crayon".*

Este "con *sans façon*" es tan típico de la inconsciencia lingüística de la época como el "five o'clock tea a las siete" o el "bisté de ternera" de hoy en día. Por aquel entonces, en plena guerra ruso-japonesa, mandaba las tropas del Zar un general cuyo nombre transliterado del alfabeto cirílico al nuestro debiera escribirse "Curopachín". Dominada entonces por las grafías francesas, la Prensa española lo escribía "Kouropatchine", y entre la gente del pueblo, esa *e* final se transfiguró en *i*, por influencia, según creo, de los carteles de ópera italiana, con lo que el nombre "hablado" del general ruso se disfrazó de Curopachini. Luego indicaré cómo se leen hoy disparates no menores.

Era entonces el francés nuestro puente obligado con lo de fuera y de esta época todavía quedan rastros, como el llamar a **Charlie Chaplin**, "Charlot"; cosa absurda, porque Chaplin es inglés, y o había que llamarle "Charlie" o "Carlitos". Las cosas cambiaron por tres concausas: al cabo de dos guerras mundiales, Francia cesó de ser gran potencia, y aunque también cesó de serlo Inglaterra, surgió como sobrepotencia de nuestro mundo la República yanqui; lo que desplazó el francés en pro del inglés (variedad yanqui); y por otra parte se universalizaron dos inventos, ambos favorables a la nueva hegemonía: la aviación, que amén de ponernos en contacto con todo el mundo sin tener que pasar por Francia, ha adoptado el inglés como lengua de trabajo; y la película de cine, luego multiplicada por la televisión, que nos trae la vida anglo-americana a casa sin tener nosotros que hacer el viaje.

Estas causas explican la eliminación casi total de la influencia del francés sobre nuestra lengua y la presión abrumadora del inglés. Esta presión se ejerce además en otras formas y por otros canales. Uno es el de las mesas de redacción, donde los periodistas reciben los telegramas en inglés y los traducen a toda prisa, como pueden; otro es el de las conversaciones en películas y televisión, descuidadas o ignorantes de cómo "se habla" nuestra lengua; otro es el prurito de imitar el estilo anglo-americano de los anuncios para la publicidad; otro es el esnobismo de advertirle al otro que uno sabe inglés; y no falta el estudio serio y nada contaminado por estas causas, que conoce bien

*"Los españoles
somos los únicos
en seguir como
ovejas las
transliteraciones
inglesas, por dis-
paratadas que
resulten para el
castellano."*

“En español, si se me perdona una definición somera y algo cínica, la honradez es la conducta limpia de la cintura para arriba, y la honestidad lo es de cintura para abajo.”

libros ingleses y por falta ya de tiempo, ya de imaginación, ya de interés en la pureza de nuestra lengua, inserta el vocablo inglés en su texto castellano y se queda tan tranquilo.

En el primer canal de influencia y presión se observan dos clases de efectos. El periodista no es un lingüista. Tiene prisa. Hay mucho que hacer. Ve “Krushchev” en el texto inglés y así lo escribe en español. Ve “Kosygin” y así lo escribe, como su padre escribía “Lenine” (él ya no). Ni por un instante se le ocurre que, como el inglés carece del sonido J, procura imitarlo con KH, y que debiera escribir “Jruschof”, como los alemanes escriben Chrushchow, ya que CH en alemán vale J (Bach pronunciado Baj). Pero los españoles somos los únicos en seguir como ovejas las transliteraciones inglesas, por disparatadas que resulten para el castellano. Los italianos escriben Ciombé pero nosotros Tchombé, tomado del francés (Congo Belga, luego francés) por los ingleses. También escribimos “Nehru”, con una H necesaria en inglés (para no pronunciar “Niru”), pero inútil en castellano, y escribimos “Nasser” con una segunda S indispensable en inglés (para no pronunciar “Neiser”) pero inútil en nuestra lengua.

El segundo efecto que se observa por el canal de influencia de la mesa de redacción es el de la traducción literal que corresponde al significado de los vocablos más corrientes. El más chocante es “romance” en vez de “idilio”, anglicismo verdaderamente analfabeto y repugnante al que ningún hispano medianamente educado debiera rebajarse. Otro consiste en dar al vocablo “evidencia” el sentido que tiene en inglés, pero no en castellano, de “pruebas”, “indicios”, “documentos” en apoyo de un hecho efectivo o supuesto. Lo evidente en castellano es precisamente lo que no necesita “evidencia” en el sentido inglés, es decir pruebas documentales. A esta clase de corrupción pertenece el uso y abuso de “emergencia” por “apuro”, “accidente”, así como el de “inteligencia” para decir “información” más o menos secreta; “tests” por ensayos o pruebas; “pancartas” por carteles; y tantos más cuyo efecto acumulado es el de rebajar nuestra hermosa lengua al nivel de una perra callejera.

Y no se trata tan sólo de vocablos. Las formas gramaticales pasan también de una lengua a otra por pereza del traductor. Yo recuerdo haber visto hace muchos años un título de película que en castellano debió haber sido “El gaitero” y era *El jugador de cornamusa* que, además de ese disparatado “cornamusa” anunciaba ya la epidemia contemporánea o sarpullido de “jugar un papel” (*jouer un role*), cosa que, siendo a todas luces un solecismo descarado, es hoy casi universal y habría que desterrar.

Pero no se cometen hoy en día menores desatinos. El más frecuente e irritante es el que usa y abusa de la forma pasiva de nuestros verbos, que nuestra lengua siempre prefiere o activos o reflexivos. Así en vez de “se derribaron tres aviones”, leemos “*tres aviones fueron derribados*”. En vez de “se examinaron tres estudiantes”, leemos “*tres estudiantes fueron examinados*”. Y así se nos va castrando el castellano, lengua activa que detesta la forma pasiva. Obsérvese como si en el caso antes citado de los “tres aviones cayeron derribados”, no sonaría tan mal como “fueron derribados”, porque ya sería menos pasiva la idea. Esta verdadera enfermedad de nuestro castellano de hoy es la marca indeleble del mal traductor. Es rarísimo que una frase iniciada con el sustantivo que es objeto del verbo pueda llegar a lograrse en buen estilo castellano.

Otras deformaciones del castellano debidas a la presión del inglés son el abuso del posesivo “*cuide sus ojos*” en vez de “cuídese los ojos”, “*cubra su cabeza*” en vez de “cúbrase usted”, y en general el posesivo “su” en vez del artículo para partes del cuerpo; así como el hoy universal artículo indefinido, inútil en castellano pero necesario en inglés: *Hamlet*, “una” tragedia de **Shakespeare**, en vez de *Hamlet*, tragedia de Shakespeare. Esta verdadera manía, quizá debida al cine, ha invadido también el francés, y en nuestra lengua parece ya establecida pero habría que reaccionar y curarla. “*Machado, ‘un’ poeta del estoicismo*”, “*Londres, ‘una’ capital en crisis*”; y tantos otros casos en los que el oído del que sabe su idioma rechaza ese “un”, “una” que en nuestra sobria lengua es y ha sido siempre inútil.

En días recientes, en diarios y revistas de toda seriedad, con pretensiones a la cultura, he leído “*lo abofeteó ‘por’ dos veces*”; “*no lo había visto por un año*” en vez de “hacia un año que no lo veía”; “*intenta suicidarse ‘por’ dos veces*” y Dios sabe cuantos horrores parecidos. He leído “*amasar’ una fortuna*”, “*ser pagado ‘royalties’*”, el colmo, en verdad de la estupidez, porque el vocablo “royalty” para designar los derechos de autor o inventor es ya tan inexacto y absurdo en inglés; y, sin embargo, hace años que brego con editores de lengua castellana para que no usen esa palabreja que ya ni los ingleses suelen emplear. También he leído “*ralentiza*” por “retarda”. Muy general es “secretariado”, traducido de “*secrétariat*”, que significa “secretaría” y que, en castellano sólo puede decirse con propiedad de la carrera o conjunto profesional de quienes la siguen, pero no de la oficina donde trabajan los secretarios, ya que una cosa es notaría y otra cosa es notariado. También padecemos “*rutina*” por “trámite” y ese absurdo “*informal*” por “sin ceremonia” que tan extraño es a nuestras costumbres.

“Me parece razonable supeditar el neologismo a dos reglas: que sean indispensables y que encajen bien en el estilo y genio del lenguaje.”

“España y el mundo hispánico no podrán salvar su lengua, tan noble y hermosa, tan digna de salvación, si no dedican un esfuerzo ingente a elevar el nivel de su cultura científica.”

En una revista de pretensiones literarias muy justificadas leo un anuncio plagado de formas inglesas: “*es la más avanzada solución económica nueva en España*”; “*el más avanzado conjunto económico en Madrid*”; “*está en el mejor sitio del barrio Salamanca*”; y en la misma revista, un entrevistado dice: “*El Concilio hace énfasis en la libertad*”, lo que no puede admitirse como castellano, y hago hincapié en ello porque ese “*énfasis*” por “*hincapié*” nos está corrompiendo la lengua; y un entrevistador dice: “*La unidad católica de España ¿ha de ser defendida o simplemente aceptada?*”, forma que, aún gramatical no es nuestra.

Otra epidemia es la flojera y falta de imaginación al querer traducir pedestremente el francés “*devenir*”, inglés “*become*”, alemán “*werden*”. Es un concepto ajeno al espíritu español, por razones que he aducido varias veces en mis libros en relación con la importancia que damos a “*ser*”. Tiene buenas soluciones indirectas, pero en estos días he leído con una frecuencia alarmante la más absurda de todas: “*Willy Brandt ‘puede convertirse’ en el nuevo canciller*”. “*Entonces conoció a la que iba a ‘convertirse’ en su mujer*”. No puede darse cosa más contraria al sentido común. Por muy preparada que esté, una conversión, como lo dice el vocablo, es un verse de un ser en otro; mientras que “*devenir*”, “*become*”, “*werden*” marcan evoluciones del mismo ser. Y luego, qué pesadez en la traducción. ¡Piedad señores traductores, piedad para nuestra lengua!

En la misma revista leo no una sino varias veces y adoptado como palabra normal, sin itálicas ni comillas, la palabra “*partisanos*”. Pero ¿qué necesidad hay de disfrazar de español esta palabra inglesa de origen francés, que no significa ni más ni menos que “*partidarios*” con un matiz de facciosos? Y no hablemos del omnipresente “*honesto*” por “*honrado*”, traducción del inglés “*honest*”, pero mala traducción; ya que en español, si se me perdona una definición somera y algo cínica, la honradez es la conducta limpia de la cintura para arriba, y la honestidad lo es de la cintura para abajo.

Los economistas traen la lengua a mal traer, y cuanto más estudiosos, peor. De contrabando han metido “*devaluación*”, que no será francés o inglés, pero que no es castellano. “*Desvalorización*”, correcto, es interminable; pero aunque no lo veo en el diccionario de la Academia, serviría “*desvaloración*”. “*Plus-valía*” es una abominación que debemos a nuestros marxólogos. Es jerigonza nefanda. “*Valor sobrante*” traduce mejor “*surplus-value*”, y si no se acepta sobrante, dígame añadido o adicional. En un ensayo —muy bueno, por cierto, de uno de nuestros mejores economistas modernos (y España los tiene hoy excelentes)— se manejan dos conceptos tomados del inglés con sus

nombres y todo, imágenes de los movimientos del mar: “*spread*” y “*backwash*”. Que se den una vez, bien. Pero ¿para qué repetirlos en inglés durante el resto de la disertación cuando “*spread*” da “propagación” y “*backwash*” tiene en “resaca” una imagen mucho más exacta para el caso que ese “*backwash*” con su idea extemporánea de “lavado”?

Todo esto junto y sumado, con ser grave no iguala al daño que hace a nuestra lengua el lenguaje, ya corrupto hasta la podredumbre, de la publicidad. Aquí cada cual campa por su carencia de respeto para con la lengua castellana. Claro es que si nosotros no la cuidamos, ¿cómo la van a respetar los extraños? Apenas si hay anuncio donde no salga mal parada nuestra lengua. Ya he dado algunos casos, y en particular ese “Vd.”, además casi siempre mal colocado. En vez de: “Si no tiene usted la cocina maravillosa”, se pondrá: “Si usted no tiene...”. Y eso es casi universal hoy. Pero de intento no he definido de qué cocina se trata, para añadir ahora que será sin duda una “cocina a gas”; porque esa *a*, que es franchute puro, se nos está colocando en todas partes, hasta en los aviones “a” reacción. También leo en una revista “*estatuitas ‘en’ mármol*”; y anuncios de relojes “en” oro y “en” plata.

Abro la primera revista que tengo a mano. Un sastre anuncia: “Un’ nuevo espíritu de la moda joven”. Un fotógrafo: “El más moderno curso de fotografía...” traducido del inglés, con el nombre, “curso”, después del adjetivo; y luego: “Un’ verdadero y completo curso...”, con el “un” inútil y los adjetivos por delante. Un instituto médico dice en letras gordas y al cansado: “Usted debe hacer algo pronto”, traducido del inglés: “You must do something soon”. Pero el castellano diría: “tiene usted que hacer algo enseguida”, y, por tanto, el público no traga esa jerga que se le queda fuera, de modo que el anuncio falla. Hay quien desdeña “espliego” y vende agua de “lavanda” sin permiso ni del uso ni de la Academia, ni del buen gusto, sin darse cuenta de la belleza de ese “espliego” que sale de la tierra, y sin sentir que en castellano, “lavanda” suena y huele a jabón y lejía.

Pero la falta de respeto al pueblo español puede tomar aspectos más cínicos, se han anunciado en España carteles con retratos de un famoso cuarteto inglés de cantantes populares en los que se escribía como si la palabra “carteles” no existiera y se decía siempre “posters”, y claro que todo el anuncio apesta de mal traducido que está —no en vano hasta el nombre de la revista es inglés—. El fotógrafo “ha realizado una de sus más geniales interpretaciones” con el adjetivo por delante; la “exclusiva para Europa” es “Una’ exclusiva para

“¿Cuántos libros españoles sobre temas objetivos, de ciencia, filosofía, historia, logran circular en otras lenguas que la nuestra?”



“El escritor de Hispanoamérica suele ser tan sensible como el nuestro -si no más- en cuanto a propiedad, claridad, elegancia del castellano que emplea.”

Europa” y “los pedidos sólo serán admitidos si vienen hechos en uno de estos cupones”, en vez de “sólo se admitirán los pedidos, etcétera”. Con los cupones, “posters” a todo pasto. Ahora bien, hay quien prefiere “planta” a “fábrica” y “apartamento” a “piso”, y otras patochadas por el estilo, pero no se ve bien por qué haya que decir “posters”, en vez de “carteles”, como no sea para ir pudriendo lentamente el castellano con el inglés como está pasando en Puerto Rico, en Méjico y en Venezuela, donde ya casi no hay dirección postal, al menos en las capitales, que no contenga por lo menos una palabra de inglés.

Terminaré esta sección de mi requisitoria con un dato concreto sobre la putrefacción publicitaria de nuestra lengua. En una revista —muy buena— de España me llama la atención un anuncio de vodca. Ocupa toda una página; y en su primer renglón lucen con toda desfachatez estas dos palabras:

RUSSIAN WODKA

Ahora bien, el vodca o la vodca es una bebida rusa; “*Russian*”, es un adjetivo inglés; y “*Wodka*” (con W y no con V) es un vocablo alemán. ¿Cabe mayor falta de respeto al pueblo español que anunciarle una bebida rusa con un sustantivo alemán y un adjetivo inglés? ¿Y no es hora de que el pueblo español le diga a su prensa y a los anunciantes que se atreven a insultarlo con tamaño escándalo que basta ya y que esto se ha terminado?

Quizá convenga salir al paso de los que admiten todas estas abominaciones alegando que las lenguas viven, luego cambian, y que el neologismo es su modo de crecer. ¿Quién lo duda? Yo he creado algún que otro neologismo y he intentado crear muchos más. Pero no se trata del qué, sino del cómo. Me parece razonable supeditar el neologismo (y de modo más general, las formas nuevas de decir) a dos reglas: que sean indispensables y que encajen bien en el estilo y genio del lenguaje. Así, por ejemplo, creo detestable “*fútbol*”, por la segunda razón, y “*croquet*”, por la primera, ya que ese juego se ha llamado siempre “mallo” en castellano. Me parece aceptable “tenis” (no “*tennis*”, y menos aún, “*lawn-tennis*”, por la segunda razón). “*Beisball*” es mera barbarie. ¿Por qué no inventar algo, aunque no tenga nada que ver ni con “base” ni con pelota? Lamento que los físicos se hayan resignado a tomar “*spin*” del inglés, en forma de “espín” (que a mi me pide “puerco”), porque “*spin*”, al inglés, le trae enseguida la imagen de la peonza en giro, y no veo por qué la física española no ha tradu-

cido “*spin*” por “giro” o algún otro vocablo español. Y así por el estilo sostengo que buena parte, quizá la mayoría de los neologismos que padecemos se pudieron haber evitado. Pero ello no quiere decir que vayamos a encerrar en una vitrina la lengua castellana, que es una de las más universales y, como tal, debe vivir a la intemperie en el espacio y en el tiempo.

Además, también da de sí a otras lenguas, aunque poco y tan sólo en zonas muy restringidas. El toreo es una de ellas. Ya no dicen los franceses “toreador”, pero saben decir “picador” y “matador”, y se oye hablar de “*afisionadós*”. Los ingleses hablan mucho de tal o cual preso “*incomunicado*”, con dos “emes” y pronunciado “*incomuniqueido*”; y todos hablan de “guerrilla”. Con “guerrillero” no pueden; de modo que “guerrilla” les sirve para el grupo y también para el individuo: “un guerrilla”. Y como las vocales, en inglés, son tan nebulosas y la LL no existe como sonido aparte, se queda el “guerrilla” en “gorila” y los despachos dicen que “*las tropas yanquis mataron a tres gorilas*”.

Así se va formando un “*volapuk*” o “*desesperanto*” formado de gorilas, penalties, goles, “*afisionadós*”, wodkas, “*rácing clubes*”, “*beisboll*” y hasta “*escramelés*” (que es la forma andaluza de “*scrambled eggs*”). De modo que el pobre europeo exclama asustado “*¡Dieu nous cueille confessés!*”.

El salvamento

Descrito el mal, hay que disponerse a hallarle remedio. El médico le diría a España: “*Tiene usted la lengua sucia*”. Pero las lenguas sucias no se limpian con agua y jabón, sino con medicina más honda. Hay pues que buscar las raíces del mal so pena de no tratar más que síntomas. Y aquí sí que viene el trago más amargo. La raíz más honda del mal es el desfase de nuestra civilización para con la de Euroamérica. Digo “civilización” y no “cultura”, porque no estoy seguro de que nuestra cultura le vaya en zaga a esas otras, ni es cosa de discutirlo aquí, mientras que nuestra civilización sí que está desfada por retraso. En todo aquello que, de cerca o de lejos, toca a la tecnología, a la ciencia pura y a sus aplicaciones vamos los españoles a la zaga de la gente atlántica y europea del Norte.

Esto es ya secular. Cuando se habla de la decadencia de España se suele caer en cierta inexactitud: al fin y al cabo, ni el siglo XVII ni, aún menos, el XVIII español fueron tan mediocres como se dice, y el

“En mi experiencia, el único país consciente del valor literario de su lengua es Francia.”

“Convendría organizar una institución que velase por la buena traducción al castellano de las obras que se publican.”

XVIII puede que fuera una de nuestras épocas más brillantes. Lo que hubo es que, si bien en la curva aislada de nuestra civilización íbamos subiendo, una vez sumida esta curva en la general de Europa, caía lamentablemente; ya que España apenas si colaboraba en el auge maravilloso del pensamiento humano que se inicia en el XVII y no cesa desde entonces de irradiar ideas y descubrimientos en casi toda Europa.

Quizá por esta sensación de fracaso, España ha perdido el valor que antaño tuvo para acuñar con el sello de su espíritu los vocablos extranjeros. Antaño hicimos Estuardo de “*Stuart*”, Estocolmo de “*Stockholm*”, Aquisgrán de “*Aachen*”, Maastricht de “*Maestrich*”, Lutero de “*Luther*” y Calvino de “*Calvin*”. Pero hoy ya “no nos sale” *Estalin* de “*Stalin*” y ni aún cuando se les avisa se atreven nuestros periódicos a escribir “*Cosiguin*” o “*Jruschhof*”. Hoy, cuando ya hasta los ingleses escriben Iraq, nuestra prensa todavía escribe *Irak*. A nadie se le ocurriría escribir en castellano “*Hikarawa*” por Nicaragua, o “*Akonkawa*” por Aconcagua. Entonces, ¿por qué “*Okinawa*” por Oquinagua? El original está en caracteres chinos. Tal y como lo usan los japoneses. ¿Por qué escribirlo a la inglesa cuando en toda tierra de garbanzos *awa* en la práctica da “aba” y no “agua”?

Leyendo papeles de archivo en una colección inglesa hallé verdaderas gemas de nuestros embajadores, como “*Falamonte*” por Falmouth, “*Vindisoro*” por Windsor, y quizá la más bella de todas, el “*Doctor Quoques*” por el Doctor Knox. Hoy hemos perdido esta seguridad y humildemente aguardamos a que escriba o hable el inglés o el yanqui para imitarle los garabatos que hace con la pluma y los pucheros que hace con los labios. ¡Manes de **Hernán Cortés** y del gran duque de Alba!

A la raíz de todo esto labora la humillación de haber caído del nivel de excelencia en que vivimos hasta mediados del XVII, por haberse revelado nuestro país poco apto para colaborar en el renacimiento científico que aquel siglo inicia. Si, pues, nuestro castellano va perdiendo su pureza y vigor es porque cada vez se nutre más de pensamiento ajeno, y por tanto, depende cada vez más de las lenguas en que suele expresarse este pensamiento, que son el francés, el inglés y el alemán. Esta observación nos dicta ya la dirección que habrá de tomar el primer remedio: hay que hacer un esfuerzo para elevar rápidamente y seguramente el nivel de educación científica y humanista de nuestro país.

Esto es, además, indispensable por razones éticas. No es digno del pueblo español vivir a expensas del pensamiento y del trabajo ajeno sin contribuir con los nuestros al acervo común, y es menos

digno todavía que sólo aportemos a la obra común las colaboraciones más humildes, como si en el laboratorio de la vida moderna no sirvieran los españoles más que para traer y llevar los frascos y las probetas.

Ya en su tiempo me llamó la atención que en una película famosa, *La vuelta al Mundo en ochenta días*, el gran artista mejicano **Cantinflas**, hacía un papel todo lo simpático que se quiera, pero, en fin, un papel de humilde siervo de un amo, desde luego, inglés. Es necesario que, no sólo los españoles, sino los hispanos, se den cuenta más urgente de que no saldrán de su papel subordinado al que hoy están confinados hasta que consigan aportar más ideas originales y profundas al acervo común de los hombres. Por un **Ramón y Cajal**, por un **Ochoa**, que hayamos dado, los dan a cientos nórdicos y franceses.

Esta es, pues, la primer raíz del mal, y este es, pues, su primer remedio. España y el mundo hispánico no podrán salvar su lengua, tan noble y hermosa, tan digna de salvación, si no dedican un esfuerzo ingente a elevar el nivel de su cultura científica y de su pensamiento a fin de que la gente aprenda castellano por motivos más altos que el que hoy sostiene la enseñanza de nuestra lengua en el extranjero, y que no es otro que el comerciar con los hispanos y colonizarlos económicamente.

Esta situación repercute de modo muy directo en el mercado de los libros; y no pienso sólo en el balance de pagos, sino en el balance de influencia intelectual. En época reciente se han traducido al castellano dos libros ingleses de historia contemporánea de España: el de **Hugh Thomas** y el de **Raymond Carr** (de seguro habrá otros). Pero, ¿cuántos libros españoles se han traducido al inglés sobre historia inglesa? Sospecho que ninguno. Considérese el conjunto de los temas neutros o universales: ¿cuántos libros españoles sobre temas objetivos, de ciencia, filosofía, historia, logran circular en otras lenguas que la nuestra? Y, en cambio, ¿cuántos de otras lenguas se traducen al castellano? Es grato deber para mí mencionar aquí el libro de **Julio Palacios** *Análisis Dimensional*, tratado científico sobre un tema nuevo, traducido al inglés a petición de la sección científica de la Aviación militar inglesa. Pero, que yo sepa, no hay otro.

No estoy arguyendo en contra de que se traduzcan al castellano libros extranjeros. Al contrario. En su día, **Ortega** prestó un gran servicio a la cultura hispánica y a la lengua castellana impulsando la traducción al castellano de las obras más importantes del saber europeo; y ésta es labor que habrá que continuar siempre, puesto que el

“Lo normal es que el español escriba mal, sin conciencia ni gusto ni sentido de la lengua.”

“El nivel medio de las traducciones que se hacen en España como en Hispanoamérica (aunque las hay excelentes) no está ni con mucho a la altura de lo indispensable.”

saber es universal. Estoy abogando por una elevación del nivel del pensamiento español tal que nos permita participar en esta obra común de la que hoy por hoy estamos poco menos que ausentes.

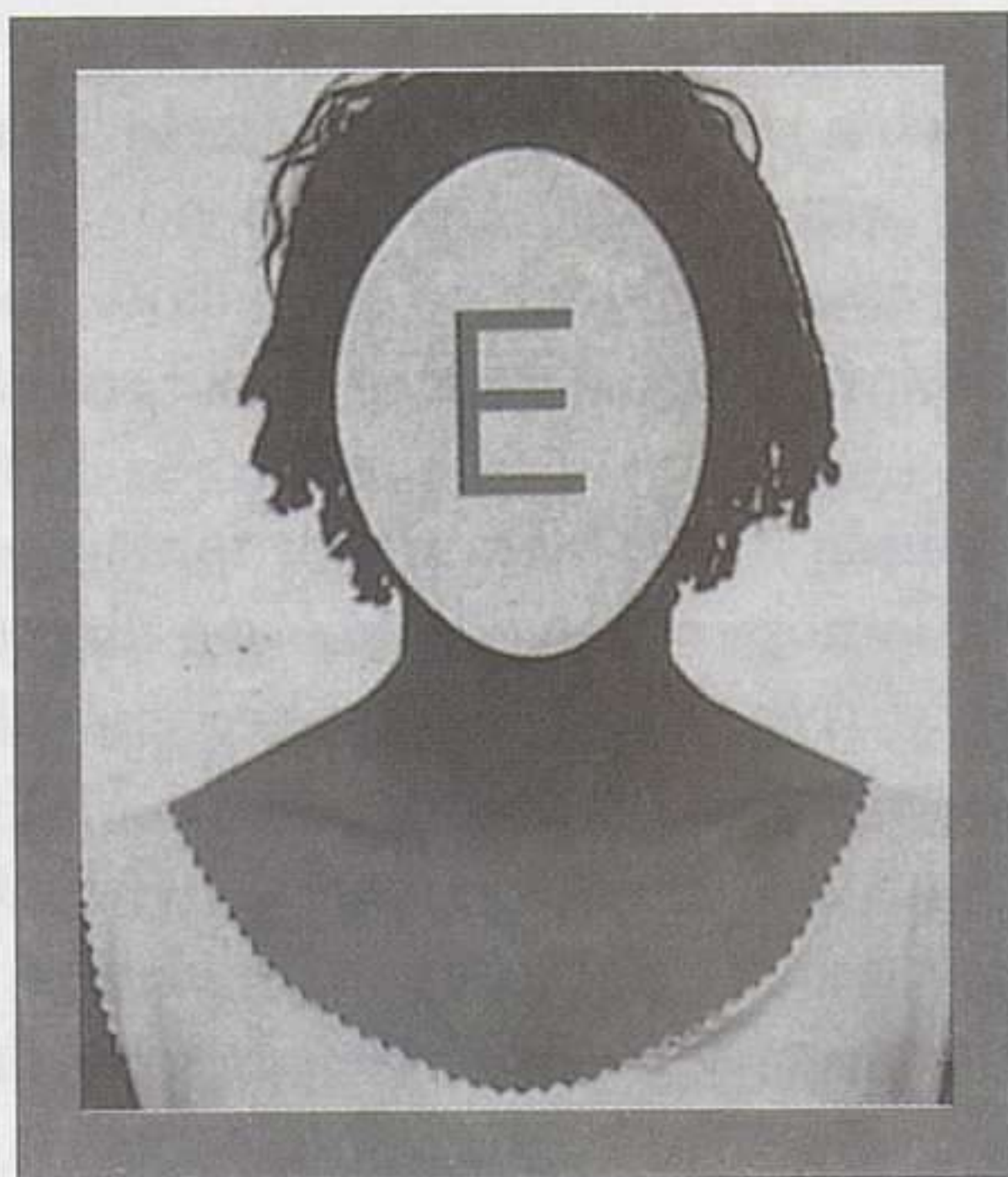
En otro orden de ideas, habrá que aspirar a crear instituciones positivas de defensa de la lengua, claro es que a base no sólo nacional, sino hispánica. Por lo pronto, contamos no sólo con una Academia competente y activa en Madrid, sino con sendas Academias en las naciones hispánicas de ultramar, que trabajan muy bien. El escritor de Hispanoamérica suele ser tan sensible como el nuestro —si no más— en cuanto a propiedad, claridad, elegancia del castellano que emplea. Los artículos de fondo y los literarios que se leen en la Prensa de allá suelen estar admirablemente escritos. Donde fracasa y aún peligra la lengua es —como aquí— en las noticias y en los anuncios.

Habría, pues, que considerar como primera medida una organización del esfuerzo colectivo de todas las Academias de la Lengua del ámbito hispánico en defensa del peligro común. De su estudio mancomunado, del peligro, sin duda, brotarían las actividades y las instituciones necesarias para servirlos. Aunque no sea más que para dar cuerpo tangible al tema, esbozaré aquí algunas perspectivas. La primera que se me ocurre es la que concierne a la enseñanza del castellano. En mi experiencia, el único país consciente del valor literario de su lengua es Francia. Por eso, todos los franceses escriben no sólo correctamente, sino con elegancia. Uno de los peores es España. Lo normal es que el español escriba mal, sin conciencia ni gusto ni sentido de la lengua, defectos que, claro está, muy atenuados, asoman aún en el escritor profesional. La causa es la enseñanza o falta de tal. Muy astutamente, los franceses no confían sólo a sus maestros la enseñanza del francés; sino también, y aún más, a sus clásicos, y así se explica que el educando francés tenga que aprender páginas enteras de **Victor Hugo, Corneille, Racine...** “de memoria”. Este fondo de formas ancestrales es el que da su disciplina literaria al francés medio. Yo todavía me sé de memoria varios quilómetros de versos franceses. Y luego viene el ensayo o disertación, que obliga a ordenar y formular el pensamiento para luego expresarlo mejor, según el precepto, si bien pedestre, exacto, de **Boileau**:

*Lo que se entiende bien se expresa claramente,
y el modo de decirlo surge naturalmente.*

Se impone, pues, ante todo, una reforma de raíz de la enseñanza del castellano.

Luego, en orden de importancia viene la traducción. Esta, a su vez,



Lorna Simpson

se ramifica en, por lo menos tres o cuatro medios: la mesa de redacción; el artículo y el libro con la pantalla y el teatro; la publicidad. De las cuatro, la primera es la más difícil. El tiempo apremia; el redactor trabaja bajo presión; el original francés o inglés del telegrama estará más o menos claro o defectuoso; el redactor sabrá más o menos la lengua en que lo lee o quizá venga ya desastrosamente traducido. Y así sale el texto, como puede. No parece fácil hallar aquí una solución, como no sea que cada periódico disponga de un traductor competente, o que se imponga a las agencias disponer de uno, o responder de un texto castellano correcto. Domina aquí el aspecto técnico; y es posible que se imponga una intervención oficial para —a la vista del cuadro técnico completo— dar la solución que más convenga a la defensa de la lengua. No habría que excluir un censor de estilo en cada publicación o grupo de ellas, aunque no obligatorio.

La segunda categoría, el artículo y el libro, requeriría una organización profesional. Algo se ha hecho en todas partes, pero quizá no lo suficiente. Que yo sepa, no se trata de una profesión cerrada o diplomada; y por haber sido yo tantas veces traductor improvisado y a salto de mata (por lo menos de mis propios escritos) me pregunto si es posible encerrarla en una jaula legislativa o corporativa. Quizá se hallase la solución en una profesión de entrada libre y salida “a palos” o sea por censura sindical, como ocurre con la profesión médica en Inglaterra. De todos modos, algo hay que hacer, porque en la actualidad, el nivel medio de las traducciones que se hacen en España como en Hispanoamérica (aunque las hay excelentes) no está ni con mucho a la altura de lo indispensable.

“Si nuestro castellano va perdiendo su pureza y vigor es porque cada vez se nutre más de pensamiento ajeno.”

“El Estado tiene que hallar el medio de impedir que se maltrate el castellano en el cine y en la televisión.”

Al llegar aquí es cosa de preguntarse si no habría que estudiar una censura literaria de la traducción. No creo posible aceptar esta idea en cuanto a la literatura original en castellano, porque el estilo es libre y, el que escribe mal, allá él; pero quizá sea distinto el caso del traductor.

Voy a dar un ejemplo ilustre para mejor fundar mi proposición.

En tiempos de la famosa revista *España* que dirigieron sucesivamente Ortega, **Azaña** y **Araquistain**, publicó en ella **Unamuno** un poema cuyo tema era que “el reposo es silencio”. Ya se sabe con qué fruición barajaba palabras nuestro gran don Miguel; de modo que esta relación que él establece entre reposo y silencio pasó en el poema por todas las posturas posibles, directa, inversa, boca arriba, boca abajo, pies por alto, en fin, toda la gimnasia verbal en que era maestro.

Pero héteme aquí que a don Miguel se le ocurre citar a **Shakespeare** y no sólo citarlo, sino poner la cita en epígrafe. Ahora bien, Unamuno, que en inglés era de una erudición pasmosa, no conocía en realidad más que la lengua libresca o muerta. Hablado, vivo y coleante, el inglés se le escapaba. Y esta circunstancia le llevó a un lamentable error, tan evidente que no pudo disimularlo. El epígrafe que se le ocurrió poner a su poema fue una famosa frase de Hamlet —la última de su despedida, ya moribundo— a Horacio: “*the rest is silence*”.

Poco inglés hace falta (si es inglés vivo) para darse cuenta del error de Unamuno. “*Rest*” quiere decir “descanso”; pero “*the rest*” quiere decir “lo demás”. A las puertas de la muerte, Hamlet le dice a Horacio: “*Proclama rey a Fortinbras y lo demás es silencio*”. Pero como don Miguel estaba en aquella hora obseso con su ecuación, descanso igual silencio, no reparó en que el artículo cambiaba el sentido del sustantivo. Ahora bien, si entonces, el director de la revista hubiera adquirido ya la obligación legal o el compromiso profesional de someter las galeradas a una censura de traducción, hubiera sido posible o avisar a Unamuno o suprimir el epígrafe y explicárselo luego.

No me despediré aquí de él sin recordar que fue don Miguel el primero de nuestros escritores que llamó la atención pública sobre este triste fenómeno que muchos años después iba yo a llamar “la colonización inglesa del castellano”. Unamuno escribió siempre **Dostoyesqui**, y fue en esto, como en tantas otras cosas, nuestro guía y director. No poco le horrorizaría ver a qué grado hemos dejado gibraltarizar la lengua que él tanto contribuyó a hacer nuestra.

Convendría, pues, organizar una institución que velase por la

buena traducción al castellano de las obras que se publican. Por discreción profesional no daré ejemplos de algunas muy famosas que, en castellano, circulan en versiones más que lamentables, destestables. Este es, quizá, otro aspecto del problema: porque hay por lo menos dos: la fidelidad de la traducción al pensamiento del autor original; y su fidelidad al lenguaje al que se vierte. En estrecha relación, se trata, sin embargo, de dos problemas distintos.

Si existiera una organización profesional de traductores, quizá podría poner en pie un sistema de intervención. No se me ocultan las dificultades del plan. Si el traductor tiene su idea de cómo expresar mejor lo que ha traducido, y el interventor tiene otra, ¿quién va a decidir? Parece que se podría hallar la respuesta deslindando las jurisdicciones: el traductor escoge el modo de decir, y el revisor señala lo que el castellano rechaza. Más de una vez he pensado que para una traducción buena conviene que se den dos personas, no porque la segunda valga más, sino por otra razón de más peso: el traductor no puede evitar la "contaminación" del texto original; si el revisor no ve este texto, leerá el traducido como un mero texto castellano, y podrá corregir los errores de contagio lingüístico que el traductor no pueda evitar. Este método, a su vez, expone la obra a otro tipo de error: el de la interpretación defectuosa del fondo original. Doy todos estos detalles para apuntar lo delicado y complejo del problema. Pero hay que ir a resolverlo.

El director de la revista se topa con esta frase: *"Las diligencias eran arrastradas por robustos caballos, que eran sustituidos cada 20 ó 25 kilómetros"*. Al instante, la rechaza. Eso no es nuestra lengua. Es una traducción pedestre del inglés. En primer lugar, una diligencia no se arrastra. Y luego esos dos pasivos. Echa mano del lápiz rojo y corrige: *"Tiraban de la diligencia robustos caballos que se cambiaban cada 20 ó 25 kilómetros"*; y queda la frase en castellano.

¿Por qué empeñarse en traducir algo tan exótico cómo *"Wild West"*? Para nosotros, el oeste es Portugal, que no tiene nada de *"Wild"*. ¿Para qué hacer un mito dell *"Wild West"* como no sea para darle un barniz épico a una empresa que tenía mucho menos de epopeya que de otras cosas? Y si *"Oeste"* ha de ser, y *"Wild"*, ¿hay que resignarse a que *"Wild"* valga *"salvaje"*? Yo recuerdo haber leído en una de las revistas de mayor prestigio en el mundo hispánico *"fresas salvajes"* por *"fresas silvestres"*. No es fácil traducir *"Wild"*, pero sí es fácil recordar la primera regla para hacerlo bien: *"no"* traducirlo por *"salvaje"*. En el caso de *Wild West*, yo diría *"bravo"* o *"bravío"*.

Si peligrosa para nuestra lengua es la traducción de libros y artícu-

"En su conjunto, la literatura culta en Castilla está hoy muy cerca del nivel de la francesa y la inglesa; y la literatura popular muy por encima."

“Las formas gramaticales pasan también de una lengua a otra por pereza del traductor.”

los, la de obras para la escena, el cine y la televisión es casi mortal. Añadiré otro aspecto más irritante que peligroso, el de los chascarrillos y chistes que comportan diálogo. Maravillosos cuando originales, suelen ser lamentables cuando traducidos, por su indiferencia para con lo que los españoles dicen: por ejemplo, el marido que le dice a la mujer “querida” o ella a él “querido”, no sé de dónde lo sacan los traductores humorísticos, como no sea del original francés o inglés...

Pero lo grave es la pantalla, ya de cine, ya de televisión. Aquí sí que se impone una intervención estatal. El Estado tiene que hallar medio de impedir que se maltrate el castellano en el cine y en la televisión, prohibiendo, si necesario fuere, toda proyección cuyo texto no llevara el marchamo de una censura que, desde luego, se limitaría a la mera forma. Se ha dicho que el cine es el libro del que no lee. Entre el cine y la televisión se está enseñando al pueblo una lengua adocenada, prostituida, sin color, olor ni sabor, una lengua de plástico aunque no transparente, de goma aunque no elástica, sintética sin síntesis.

Y no es necesario encarecer la fuerza de penetración que tienen estos medios de masa: no sólo por su extensión y ubicuidad, sino por la pasividad inevitable del oyente-vidente que se traga todo lo que ve y oye en un estado de casi éxtasis, en todo caso, de casi parálisis de la facultad crítica. No es exagerado afirmar que si no se hace algo pronto, enérgico y eficaz en este terreno, la lengua castellana está perdida puesto que se diluirá en un “desesperanto” de pasta de papel.

Apenas si se lee anuncio escrito en un castellano aceptable. A los ejemplos que ya di añadiré éste con que me topo sin buscarlo: “*si usted desea un piso, etc.*”. El anunciante no se ha molestado en observar que, en castellano, una frase así exige que “usted” vaya después del verbo. “Si desea usted un piso...”. A fuerza de inversiones erróneas, de palabras extranjeras inútiles, de formas ajenas a nuestra lengua, se va acostumbrando al lector a aceptar modos de decir que más podrían ser de Berlín o de Chicago, que de Madrid o de Barcelona.

¿Qué hacer? Se impone una disciplina. Puede ser espontánea, es decir, impuesta desde dentro y administrada por los mismos interesados, o efectivamente impuesta desde arriba por la autoridad. En el primer caso, pueden administrarla ya los directores de las revistas, los diarios o las pantallas, o las mismas agencias de publicidad. Siempre es preferible la disciplina espontánea; pero si se revelare laxa y floja, y por tanto, poco eficaz, habría que tener en reserva una autoridad ya inspectora y crítica, ya ejecutiva. Insisto en que no estoy aquí trazando un proyecto de maquinaria sociológica; sino intentando sugerir

perspectivas para una acción que considero angustiosamente urgente.

¿He terminado? Pues no. Todavía queda el rabo por desollar. ¿Qué diremos de las patadas que le asesta el fútbol a la lengua castellana? Empezando por este lamentable “fútbol”, que ni es inglés ni español, sino algo híbrido y estéril como la mula. Al fin y al cabo, “football”, aunque elemental, primitivo, inexacto, es un vocablo que evoca para el inglés las dos ideas concretas, pie y pelota, cuyo encuentro repetido y variado es la esencia del juego. Pero “fútbol” no evoca nada para el español. Es una confesión de impotencia, una bancarrota de imaginación. Todavía recuerdo lo que le molestaba y preocupaba hace medio siglo a **Mariano de Cavia**. El proponía “balompié”, que fracasó y bien fracasado porque, apoyado en el francés “ballon”, daba un ritmo cojo. Todavía no me explico por qué los españoles no hemos adoptado “bolapié”. Hermano gemelo del volapié taurino, sería un vocablo bien castizo. A mí me atrae por una razón más personal. En una de mis piezas de teatro, el rey de bastos, símbolo del deporte, le dice al Príncipe Tirabolo, jefe del Estado de Jauja, que el país es feliz porque es

*“nación ‘football’ que se gobierna sola,
aunque no dé el gobierno pie con bola.”*

Y si “fútbol” es horrible, ¿qué será “Rácing”? A qué sordomudo se le ocurrió llamar así a un grupo español de bolapié? “Race” quiere decir corrida (de caballos, de perros, de bicicletas...). Pero aunque los jugadores de bolapié corren, un partido no es una corrida. Y aunque lo fuera, ¿a quién se le ocurre meter en nuestro castellano una palabra que no encaja con nuestros sonos ni ritmos y que apenas si hay español que sepa pronunciar, como no haya estudiado inglés?

Gol, pase; pero “penalty”, además pronunciado siempre “penály”, cosa más que ridícula, ¿qué falta hace para indicar una “falta” con su correspondiente sanción? ¿No hay manera de que los dirigentes (no he dicho “líderes”) de este deporte, dediquen un poco de atención a expulgar del castellano todas estas ridiculeces y pongan en pie un lenguaje de deporte que sea castellano? ¿Y qué necesidad tiene el redactor de la página deportiva de un diario que tengo a la vista de titular sus noticias “Flash” deportivo”? ¿Y una revista histórica de llamar a una sección “historiaflash”?

“Spórting” es otra palabra tan socorrida... en España, como poco usada en Inglaterra. Los deportes, en Inglaterra, no se llaman “sports”, pues “sport” es una palabra más bien abstracta que no toma bien el

“Es rarísimo que una frase iniciada con el sustantivo que es objeto del verbo pueda llegar a lograrse en buen estilo castellano.”

plural; se llaman “*games*”, “juegos” (aunque hay un “*Sports Council*”). Y en el vocablo “*sport*” se da cierto fondo de frivolidad que asoma en un famoso paso del *Rey Lear* de **Shakespeare**, cuando Gloucester, hablando de su hijo, dice: “*There was good sport at his making*”.

De mi niñez recuerdo en la calle Real de La Coruña el “*Sporting Club*” que era sobre todo un casino de juego, con un nombre ridículo a fuerza de esnobismo. (Ya que he ido a parar a este otro anglejo apenas nacionalizado español, explicaré de dónde viene. Los estudiantes que en tiempos pasados llegaban a Oxford eran en su gran mayoría vástagos de grandes casas. Al inscribirlos en el registro —desde luego latino— de los colegios, se ponían sus nombres en una columna y en otra los nombres y títulos nobiliarios de sus padres. Si el educando no tenía título nobiliario, se ponía “*sine nobilitate*”, que los escribas recortaban en *s. nob.*). Para no caer en un esnobismo que no cuadra con su virilidad, es ya hora de que el deportismo español llegue a la mayoría de edad y abandone las payasadas de su niñez, haciéndose un lenguaje digno de la lengua española que tiene el honor de hablar y el deber de conservar.

La obra es urgente para todos, difícil pero indispensable. Si la abandonamos, veremos cómo ante nuestros ojos se va pudriendo, prostituyendo, adocenando y encanallando la lengua más hermosa de Europa. En esta obra corresponde la mayor responsabilidad a los hombres de letras que crean y escriben en castellano, en ambas orillas del Océano. En su conjunto, la literatura culta en Castilla está hoy muy cerca del nivel de la francesa y la inglesa; y la literatura popular muy por encima. No daré más muestra que un botón: este broche de belleza que cerrará mi ensayo en su defensa con broche de oro puro:

“Hoy, cuando ya los ingleses escriben Iraq, nuestra prensa todavía escribe Irak.”

*De rosas y claveles
y de alhelíes,
se te llena la boca
cuando te ríes.*

Salvador DE MADARIAGA

LA MUERTE DE UN POETA

Juan VELARDE FUERTES

Cuando se muere un poeta, la generación a la que él pertenece comprueba que su luz colectiva se apaga, que ha perdido la voz. ¿Quién va a interpretarla en adelante? ¿Quién va a exponer, de modo auténtico, lo que ese puñado de personas siente, desea y, al cabo, cansados unos, decepcionados muchos, inasequibles al desaliento unos poquísimos, recuerda?

Eso es lo que sucede con mi gente, con esos a los que suelo llamar *los míos*, con la muerte de **Jaime Delgado**. Por supuesto tenemos en nuestro ámbito temporal a ese gran poeta que es **José María Valverde**, pero cuando alguien tiene dentro de sí el soplo de los dioses, y se siente arrebatado por él, se convierte en el gran poeta que trasciende épocas, generaciones, momentos, porque ha cambiado la siringa de **Pan** por la lira de **Apolo**. Valverde es de esos, como lo fue Quevedo, o como ocurre con **Eliot** o con **Ronsard**, o más recientemente entre nosotros, con **Guillén**. Pero toda generación quiere sentirse explicada por sus poetas entrañables. Sospecho que fue así **Bécquer** para muchos; muchísimo antes debió haber ocurrido eso con **Garcilaso**; en el siglo XVIII e inicios del XIX, seguro aconteció con **Quintana**; más recientemente así sucedió con **Rubén Darío**, con **Antonio Machado** o con **Luis Rosales**. Con eso no entro en enojosas consideraciones sobre si son literariamente mejores los unos o los otros. Esa es una cuestión que no me corresponde a mí, ni dilucidar, ni siquiera exponer. Simplemente diferencio los poetas que procuran aceptar a su gente y

aquellos que saltan –o intentan saltar– sobre épocas y personas concretas, para ser los que cantan al Hombre con mayúscula.

Jaime Delgado nos interpretó a muchos; incluso en lo menudo. Yo, naturalmente, no puedo olvidar

Por qué las huelgas eran en octubre.

(Del otoño)

Cómo, además, no voy a entender aquello de los

*juegos adolescentes temerarios.
Alza la malla, fútbol y justicias
y ladrones rompián los zapatos
que luego, avizorantes, descansaban
en aquél de las brujas y su tacto.*

(Del invierno)

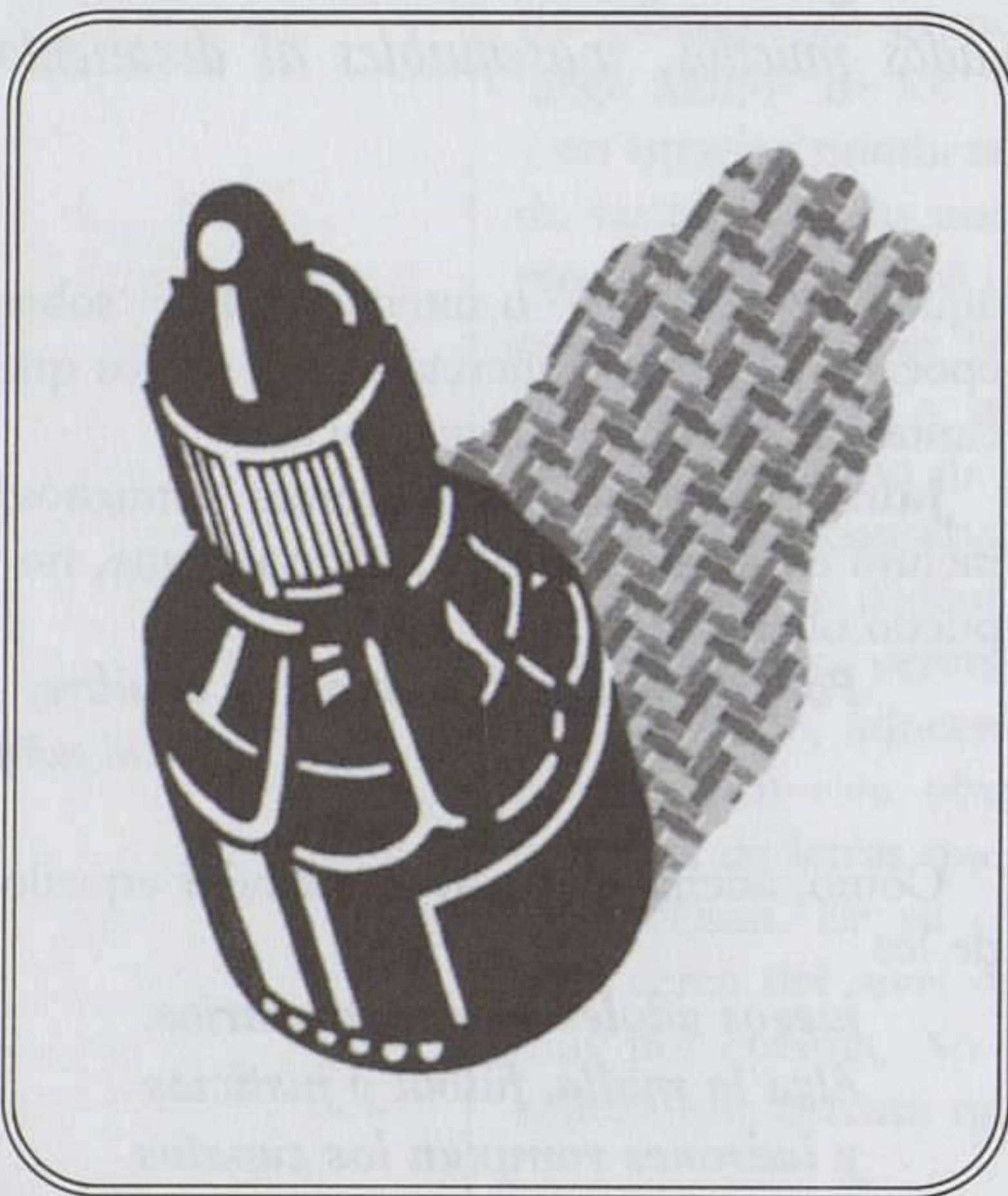
Todos los nuestros al leerlo, hemos notado cómo llamábamos

*a una muchacha alta, morena
que estrenaba medias, tacón alto y
«ojos azules
y que se iba por la calle de Almagro,
«hasta Alonso Martínez,
Génova y Castellana y Recoletos.*

(María Eugenia)

Yo, personalmente, he de hermanarme
con un recuerdo concreto,

*en la Alameda,
la Veracruz, el parque del Alcázar
tu mirador cuando me despedías
y el mucho desaliento al abrir
«la puerta de mi casa.
(Marija)*



Naturalmente, porque con mi novia iba a
buscar a una amiga a la casa de al lado, me
solidarizo con aquello

*del balcón, piso segundo
del primer portal de José Canalejas
abierto de par en par ahora hacia
«la nada.
(Marija)*

Mi generación buscó, casi sin fisuras —y
cómo nos duelen los que no fueron capaces

de mantener la lealtad hasta el final— algo
que fue nuestra compensación más entraña-
ble:

*Sí. Junto a mi costado
vive la recompensa repentina
de quien rodado el mundo
gana, por fin, su isla
y en ella se detiene,
funda hogar y oficina,
recorre sin moverse el territorio
de su edad rescatada y demolida.*

(Poemas y cantares de la palmera, I)

Y más adelante

*Atado a ti, en ti salvado
hasta que la vida quiera.*

(Poemas y cantares de la palmera, XIX)

Es una generación que perteneció a la
clase media, pues sólo ella es capaz de
entender eso de

*Y apareciste tú
una tarde cualquiera de agosto
en el momento justo
de levantarme de nuestra mesa de*

*«Negresco.
(Mariju)*

Y que luchó con dureza para justificar
unos parvos haberes, que le permitiesen vivir
con dignidad, porque necesitaba rodearse de
cierto ambiente cómodo, que a nadie se
debía, aunque conseguido con dureza, así
relatado con Jaime Delgado

*Paisajes y retratos cuelgan de las
«paredes
y esculturas, floreros, librerías
y una mesa ante el sofá.*

(Varsovia)

Fui amigo de **Jaime Delgado** en el Monte Corbán de la Universidad Internacional Menéndez Pelayo, en el verano de 1948, como nos ha recordado a todos **Luis Garrido** en *Fernando Vizcaíno Casas* (Grupo Libro, 1992). Allí estábamos **José María Ruiz Gallardón, José Luis Ruiz Navarro, Miguel Sánchez Mazas, Eugenia Serrano, José María Javierre**, el propio **Vizcaíno, Enrique Casamayor, Antonio Zubiaurre, Tomás Ducay**.... Escribía Jaime en *Alerta* con el fácil seudónimo de "Jade". Lo recuerdo cruzando el patio con una muchachita rubia, amiga de la familia **Pérez Bustamante**, lindísima, propia para aquello de

*Es tarde, me decía, no me dejan
en casa. ¿Dónde diré que he estado?*

*Bebéndote el crepúsculo, le dije,
y desapareció como un milagro.*

(Del verano)

Todo ha concluido. Con Jaime Delgado, estos ya viejos miembros de su generación, con serenidad melancólica, recordando los viejos desfiles bravíos, las peleas porfiadas, las muchachas en flor, los sacrificios, las generosidades compartidas con el talante de los que han luchado en la buena pelea, dirán:

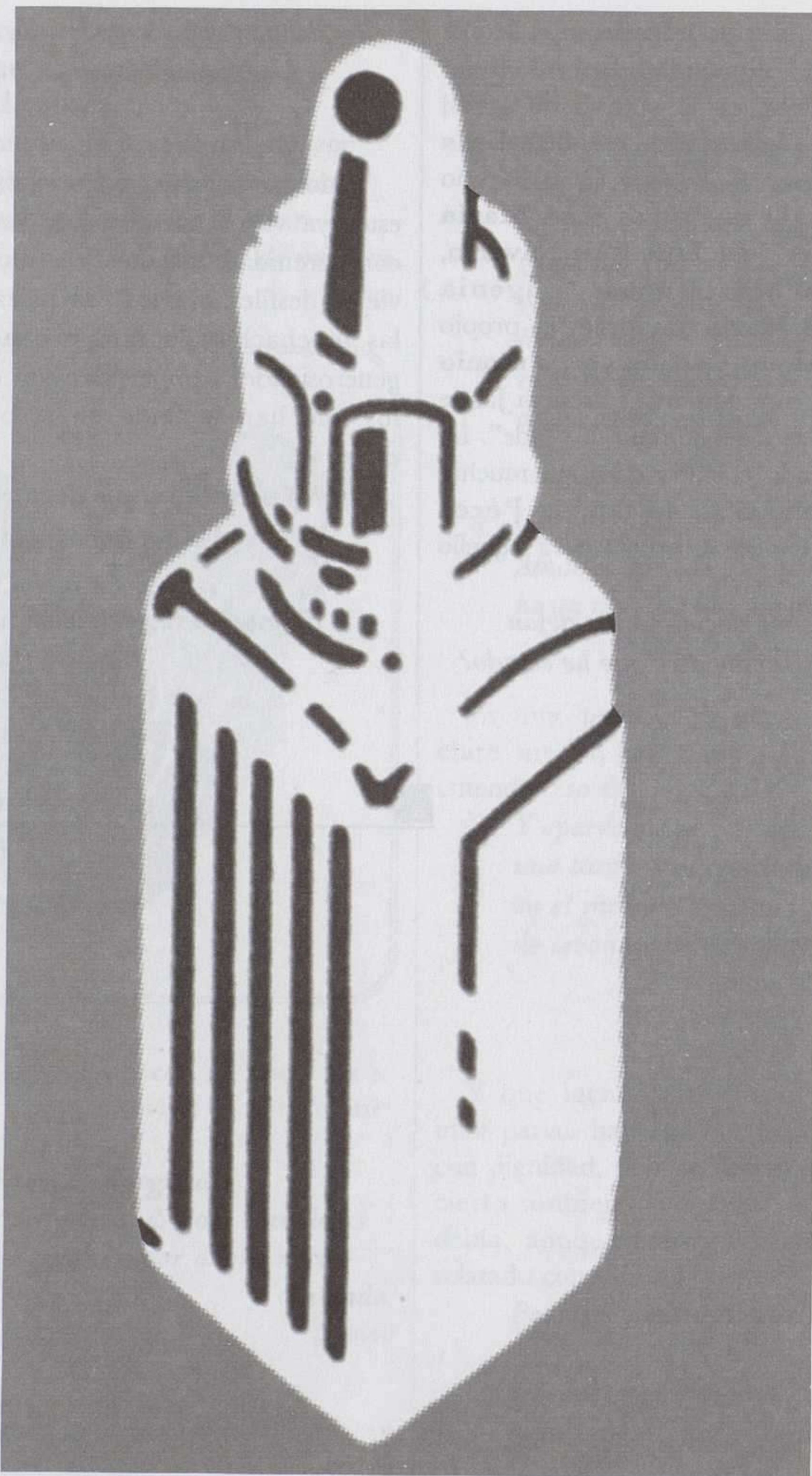
*No volverá mi pie donde ha pisado
ni la muerte a fingir vida en los*

«gritos

de muerte recogida del pasado.

(Dos sonetos con pasos, 2)

Juan VELARDE FUERTES



LA AUTÉNTICA RIQUEZA

Pedro FERNÁNDEZ BARBADILLO

En España, la magnitud de la recesión hace que todo gire en torno a la economía, por lo que hemos creído conveniente consagrarle la presente crónica cultural desde varios puntos de vista: una polémica sobre la influencia de un desconocido economista español en Keynes, las críticas al Tratado de Maastrique y las diferencias entre los dos modelos de capitalismo.

El tímido Germán Bernácer

La tesis de **José Villacís**, propugnada y documentada en su libro *El origen de la macroeconomía en España. Polémica Keynes-Bernácer*, es que el más famoso economista del siglo XX (no necesariamente el mejor), **John Maynard Keynes**, pudo haberse basado, o incluso copiado, en las teorías de un español, **Germán Bernácer**. Ambos economistas nacieron en el mismo año, 1883, y mientras Keynes murió en 1946 ya célebre, Bernácer vivió hasta 1965 desconocido para sus compatriotas, salvo para sus amigos, sus compañeros en el servicio de estudios del Banco de España, sus alumnos en la Escuela de Comercio y los lectores de numerosas publicaciones, recibidas aquí con el silencio. Como contraste, uno de sus admiradores en el extranjero era **Robertson**, amigo y colaborador de Keynes, que insistió en serle presentado en 1954 con motivo de la celebración en Granada de una conferencia bancaria donde coincidieron. Bernácer hizo partícipe a Robertson de su teoría monetaria,

contenida en el artículo *La doctrina de las disponibilidades*, publicado en 1922, varios años antes de que Keynes expusiera sus ideas en los libros *Tratado sobre el dinero* y *Teoría general del interés, el dinero y la ocupación*. El hilo del que tira Villacís es que Keynes reconoce la influencia de Robertson en él y Robertson la de Bernácer, luego, quizás, Bernácer influyese en Keynes. Al alicantino le llamó la atención las analogías de las teorías keynesianas con las suyas, formuladas antes, pero su timidez y los vicios nacionales de la envidia y el deslumbramiento ante lo que venga de fuera le impidieron reivindicar su anticipación y corregir los errores descubiertos en las doctrinas del inglés.

Una muestra de las aplicaciones de Bernácer es su teoría de la riqueza. Para él, existen dos tipos de riqueza: la auténtica riqueza, constituida por los bienes de consumo y los de capital, y los fantasmas de la riqueza, que son los títulos-valores y los bienes producidos en las épocas pasadas. El dinero se creó para transaccionar la riqueza viva, pero el flujo monetario, la renta, se refugia en el mercado financiero, estéril e improductivo,

buscando ganancias especulativas. Como consecuencia, se genera la depresión. El "crack" de 1929 no pilló por sorpresa a Bernácer debido a su explicación de la depresión basada en causas monetarias, ni tampoco le habría sorprendido la actual.

Durante el año pasado, a menudo se preguntaba qué películas y libros habrían hecho los norteamericanos o los franceses de haber contado ellos en su historia con **Colón**, **Hernán Cortés** o **Pizarro**. La lista se puede aplicar con Germán Bernácer.

¿Para qué Europa?

Uno de los inconvenientes de no haber celebrado en España un referéndum sobre la ratificación del Tratado de Maastricht ha sido la ausencia de un debate similar al vivido en Francia, no sólo sobre el mencionado acuerdo, sino también sobre la CE y la posición del país en Europa. Es ahora, cuando truena, el momento en que nos planteamos los puntos anteriores.

En una entrevista publicada en el suplemento semanal de *El País* de 3-I-1993, **Ralf Dahrendorf** criticaba la Europa de los mercados: *"Es un error creer que la integración económica conducirá a la integración política (...). Hay una profunda deshonestidad en muchos políticos cuando dicen que las fuerzas económicas nos harán llegar a la unión política. No es verdad y lo saben; pero lo proclaman porque son deshonestos (...). Lo político está condicionado a lo económico. Cuando las cosas van bien, cuando no hay crisis, lo económico prevalece pero cuando el clima empeora, los intereses políticos flotan hasta ocupar la superficie de las cosas"*. Responsables de la nueva ola de europesimismo son tanto los burócratas como los gobernantes, quienes, después de la

revolución de 1989, en vez de cambiar sus proyectos caducados, decidieron cumplirlos a rajatabla.

Interesante para nosotros es el recuerdo de una conversación que Dahrendorf mantuvo en 1982 con **Felipe González**, reciente aún la victoria electoral socialista. El presidente español le expuso sus razones para ingresar en la CEE y este alemán nacionalizado británico le leyó el porvenir: el precio exigido iba a ser muy alto y no tendría nada que ver con las reglas de libre mercado. En concreto, se cita la supresión de la siderurgia española, a punto de concluir, para que de ese modo los países ricos vendiesen aquí su sobreproducción. Lo mismo le está ocurriendo a Polonia. Se destruye la industria de los solicitantes antes de convertirse en socios de un club que sólo los quiere para colocarles sus sobras. Los Fondos de Cohesión son otro engaño porque los poderosos dan un poco de dinero a los miembros pobres, compensado con creces merced a las ventajas que consiguen. Semejante política se aplica también en el Tercer Mundo con efectos terroríficos: *"He visto cómo la Comunidad compraba la yuca de Tailandia y cómo ha decidido que no la compra más, dejando en la miseria a miles de personas. No acepto esta falsa Comunidad que es esencialmente un egoísmo económico"*.

Aparte del acero, otro de los sectores económicos donde la CE impuso su dictadura al gobierno socialista fue la agricultura. **Francisco Jurdao**, autor de *Del eurofelipismo al desierto. Maastricht desmantela la economía española* (Ediciones Endymion), acusa a la administración española de firmar todo tipo de condiciones por draconianas que fuesen, con tal de presentar la adhesión como un logro personal. España se reduce a un gran mercado para las naciones prósperas que así colocan

sus excedentes. La alternativa ofrecida a los agricultores por Bruselas y Madrid es el agroturismo; es decir, convertirse en camareeros, cocineros o guías de los europeos que quieran pasar unos días lejos de las ciudades, eso sí, sin privarse de la televisión o de la comida de confianza. En numerosas zonas turísticas del Mediterráneo, los residentes extranjeros, ahora con derecho a voto en las elecciones locales, compran alimentos provenientes de sus países, gracias a la libre circulación de mercancías y la PAC (política agraria comunitaria).

Jurdao denuncia la locura de los economistas, tecnócratas y burócratas que aplican a la agricultura pautas del sistema de mercado. El abandono de las inmensas superficies, o su esterilización mediante plantaciones de eucaliptos que nutren de pasta de madera a las papeleras de la CE —no a las españolas—, o la construcción de campos de golf que exigen para su mantenimiento grandes cantidades de agua, se produce al tiempo que se corre el riesgo de sufrir escasez por el continuo desgaste de los recursos básicos —tierras de cultivo, agua potable—, o de caer bajo la dependencia alimentaria de Estados Unidos y Canadá. Paradójicamente, EE.UU., abanderado del libre comercio, protege su agricultura mientras exige a los demás el cese de las subvenciones y el desarme arancelario. Las represalias con que amenaza en el GATT no casan con la libertad de comercio.

¿Por qué los ganaderos españoles han de matar las vacas, cuando España es deficitaria en leche y la compra de ésta a otros miembros de la CE provoca el aumento del déficit comercial? La respuesta reside en la incorrecta negociación por los socialistas y en los

intereses de los miembros ricos. ¿Por qué en lugar de reducir los excedentes no se comparten con los hambrientos del Tercer Mundo? Esa pregunta ya es más difícil de contestar.

El tercer modelo

La crisis tiene la ventaja de hacer ver que no existe un único capitalismo, sino dos, cuyas diferencias expone **Michel Albert**, director de la aseguradora francesa AGF, en *Capitalismo contra capitalismo* (Ediciones Paidós), un libro fundamental. Entre las concepciones antitéticas de la planificación estatal y



la libertad absoluta, existe una tercera practicada por Alemania, Japón, Suiza, o Austria y que él denomina modelo renano. No cabe duda respecto al fracaso del modelo socialista encarnado en la URSS, pero ¿se puede decir otro tanto del capitalismo norteamericano? EE.UU. se está convirtiendo en una sociedad dualista a la manera de Brasil: las desigualdades entre ricos y pobres no paran de crecer. La población penal se ha triplicado desde 1980; los hogares norteamericanos tienen una de las menores tasas de ahorro; la calidad de la educación desciende vertiginosamente; los trabajadores, antes envidiados por su sueldo y sus conquistas, se “tercermundizan”. Las bolsas de miseria, drogadicción y delincuencia ya existían antes de la llegada de **Reagan**, pero su política económica está en la raíz de los males que hoy anegan un país antes próspero y envidiado. Su mayor logro en el exterior, que nadie le podrá discutir, quebrar el comunismo, no ha tenido un equivalente en el interior. Y mientras las dos superpotencias amontonaban armas y más armas, sus enemigos de la guerra se fortalecían: hoy, Alemania invierte en Rusia, y Japón... En la reunión de la Comisión Trilateral de Abril de 1991 los japoneses declararon que su próxima tarea era contribuir a la reindustrialización de EE.UU.

El neoliberalismo, al menos tal como se ha aplicado, ha potenciado el culto al dinero inmediato. Las empresas deben rendir beneficios cada tres meses al “*quarterly report*”, si no sus gestores son despedidos. ¿Cómo hacerlo? Suprimiendo las partidas de investigación, formación de personal, prospección a largo plazo. Así, la economía pasa de fundamentarse en la industria a las finanzas, a la Bolsa. Lejos de esto, el modelo renano potencia la innovación, la industria; es decir,

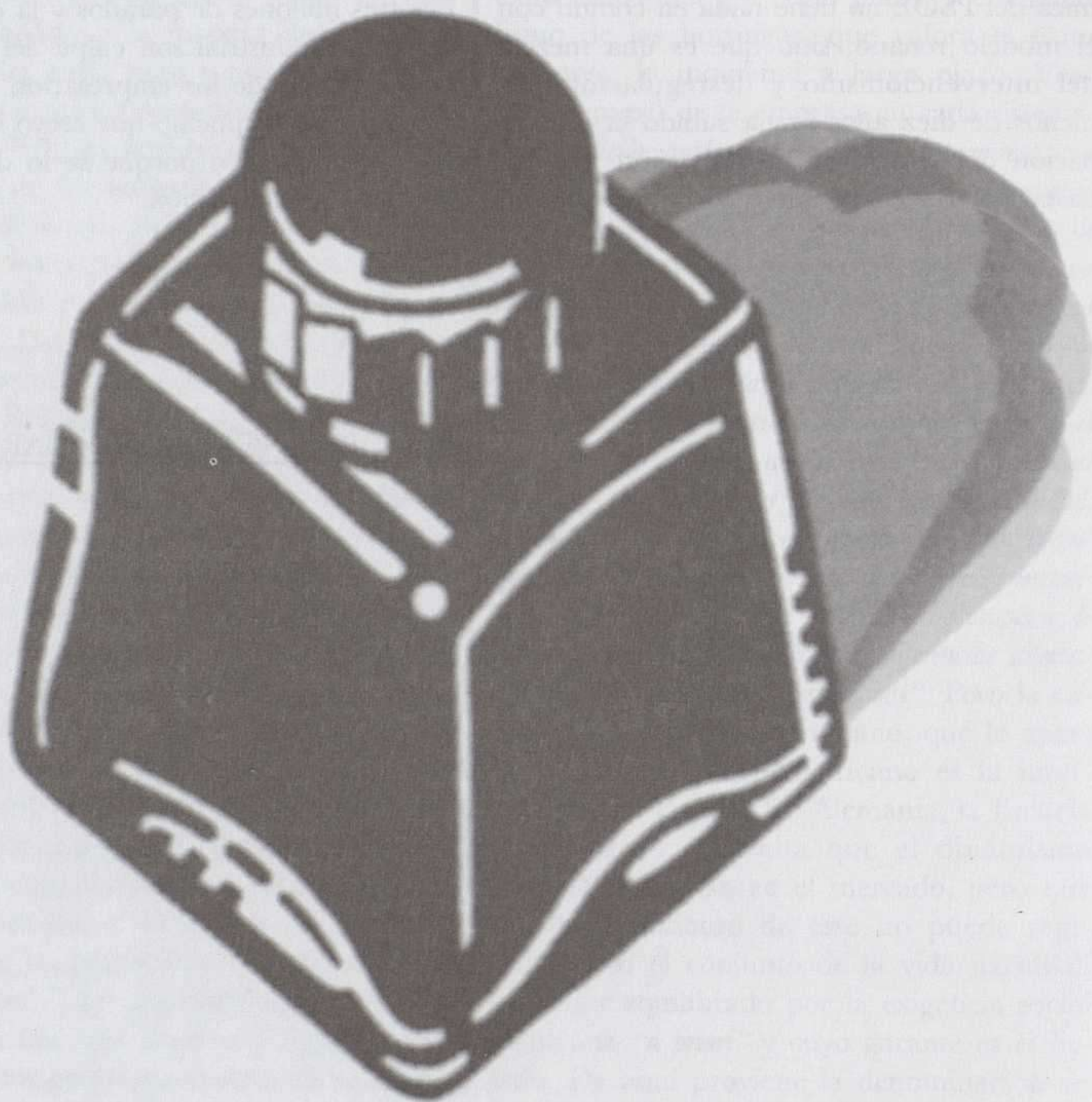
la creación de una riqueza palpable, sobre todo para el futuro. Albert describe las diferencias entre ambos capitalismo recurriendo a la fábula de la hormiga y la cigarra. Asistimos a una guerra económica entre el capitalismo de las cigarras, fundado en el éxito individual y a corto plazo, y el capitalismo de las hormigas, que valora el éxito colectivo, la inquietud a largo plazo. Veamos el papel de la empresa en cada sistema. “*La tradición anglosajona asigna a la empresa una función precisa y específica consistente en producir beneficios: la tradición de Europa continental y de Japón le atribuye una función más amplia, que va desde la creación de empleos hasta la competitividad nacional*”. Para el modelo renano “*la empresa no tiene derecho a tratar a sus empleados como a un simple factor de producción, que compra y vende en el mercado como si fueran una materia prima. Tiene, al contrario, un cierto deber de seguridad, de fidelidad, de formación profesional que cuesta caro. En consecuencia, más que pagar a cada uno su valor instantáneo según el mercado, la empresa debe ocuparse de la formación, limitar las excesivas diferencias salariales, evitar las rivalidades destructivas*”. Pero la característica del modelo renano, que lo aparta del modelo norteamericano es la intervención del Estado. En Alemania, la Escuela de Friburgo aceptaba que el dinamismo económico reposa en el mercado, pero que el funcionamiento de éste no puede regir por sí solo el conjunto de la vida nacional. Debe ser equilibrado por la exigencia social planteada “*a priori*” y cuyo garante es el Estado. De aquí proviene la denominación de la RFA como Estado social. Por su parte, Japón es el caso más claro de triunfo a despecho de las doctrinas neoliberales: proteccionismo feroz, empleo vitalicio, menor separación entre pobres y ricos, compenetración entre los poderes públicos —en concreto

el Ministerio de Industria y Transacciones Internacionales— y los empresarios, disciplina social. Gracias a estas *“herejías”*, Japón es *“una inmensa empresa lanzada a la conquista de los mercados internacionales”*.

Para nuestra desgracia, la política económica del PSOE no tiene nada en común con el modelo renano, sino que es una mezcla del intervencionismo y desregulación. En menos de diez años se ha subido la participación del Estado en el PIB veinte puntos, hasta situarla en la mitad de la producción

nacional y simultáneamente se ha hecho de España el país de Europa donde más fácil es enriquecerse. El monetarismo oficial ha situado las tasas de interés entre las más altas de la OCDE, lo que beneficia a las rentas del capital en detrimento de las del trabajo. Los tres millones de parados y la destrucción del tejido industrial son culpa del Gobierno, pero también de los empresarios, de los sindicatos y de un pueblo que creyó ser rico como los suizos sólo porque se lo dijeron. Un problema de educación.

Pedro FERNÁNDEZ BARBADILLO



EL "MUNDO MORAL COMÚN" Y LA CRISIS DE LA POSTMODERNIDAD

Jóse Luis MONEGRO

La pista y las causas del fenómeno no son difíciles de seguir. La caída de las utopías ha hecho que muchos de los que habían dado su fe a esos mitos hayan difundido un clima de escepticismo, que ha tratado de imponerse como moda y que ha recibido con desacierto el nombre publicitario de postmodernidad. Aunque muchos son partidarios de considerar este fenómeno como un divertimento intelectual pasajero, no se pueden dejar de lado los peligros que una actitud filosófica, cultural y ética como ésta comporta. Desde diversos puntos de vista se ha comenzado una denuncia de fondo, para aclarar algo ya sabido, pero importante: los relativismos son siempre la antesala de los dogmatismos. Y los "postmodernos" no hacen otra cosa que intentar legitimar la modernidad en sus pasos previos a los errores totalitarios.

ERA ya significativo que sus principales mentores vinieran precisamente del campo de los desencantados con las "sociedades perfectas" totalitarias. **Alan Bloom** produjo una fuerte polémica en Estados Unidos, que se transmitió al resto de países occidentales, cuando denunció los efectos devastadores que esta moda estaba produciendo en la enseñanza de las nuevas generaciones, y el analfabetismo cultural que se estaba extendiendo por todo el sistema educativo hasta invadir las universidades. Bloom denunciaba que la izquierda estaba recuperando a los ideólogos filosóficos de los fascismos bajo la bandera

de la tolerancia, pero con el peligro de que la crítica sostenida a los valores fuera suplantada de nuevo por los simplismos y los carismas.

Solzhenitsyn, contra el estruendo impotente

Solzhenitsyn —tantas veces mal interpretado y perseguido por la campaña que se montó contra él por su denuncia del Gulag— ha levantado también su voz (1). El autor ruso ha recordado el clima intelectual previo a la revolución de octubre, "la revolución física-

(1) **Alexander Solzhenitsyn**. "El implacable culto a la novedad". *ABC Cultural*. N° 68.

mente más destructiva del siglo XX". Un clima de ruptura cultural, de "vanguardismo" bronco y a toda costa, en el que se pedía la quema de los cuadros y se ponía en cuestión cualquier tradición cultural. Una "hueca persecución de formas novedosas" que llegó hasta el "desaliño y la tosquedad artística". De la crítica a los valores culturales se pasó a la denuncia de todo código ético, y los aparentemente excéntricos y anárquicos aparecieron en columna cuando estalló la revolución, y formaron su ala más radical y virulenta. No se puede olvidar que aquella revolución no fue de obreros ni campesinos, sino de "intelectuales".

Pues bien, una vez en el poder lo que impusieron fue la más férrea censura y el servilismo. El balance es aterrador: "tras setenta años letales dentro del cascarón de hierro del comunismo, estamos saliendo a rastras, aunque apenas vivos. Está claro que ha comenzado una nueva era, tanto para Rusia como para el mundo entero. Rusia yace totalmente devastada y empozoñada; su pueblo se halla en un estado de humillación sin precedentes y al borde de perecer físicamente, quizás incluso biológicamente". En medio de esta catástrofe, los viejos errores se visten con nuevos ropajes. "Así, somos testigos, a través de los diversos umbrales de la historia, de la recurrencia del mismo peligroso fenómeno cultural, con el rechazo y desprecio de toda la tradición precedente, y con su obligatoria hostilidad hacia lo que es universalmente aceptado. Antes, estalló sobre nosotros con las fanfarrias y chillonas banderas del futurismo; hoy se aplica el término postmodernismo".

El mal no se da sólo en Rusia, también en Occidente, a pesar de una etapa de prolongada subida del nivel de vida y de fortalecimiento de las democracias frente a sus ene-

migos exteriores. "Para un postmodernista, el mundo no posee valores que tengan realidad. El concepto de juego adquiere una importancia exagerada, no la juguetonería mozartiana de un universo que se derrama en alegría, sino un forzado juego sobre las cuerdas del vacío, donde un autor no tiene por qué tener responsabilidad hacia nadie. La negación de cualquier ideal y de todos ellos se ve como el logro supremo de toda cultura. Podríamos sentir simpatía hacia esta incesante búsqueda, pero sólo como la tenemos hacia los sufrimientos de un hombre enfermo".

Tras el fracaso de sus ideas totalitarias, algunos autores se esfuerzan en presentar un mundo "entenebrecido", como "un absurdo conglomerado de escombros". Pero nada que valga la pena puede construirse "sobre el menosprecio de los significados más elevados y sobre una visión relativista de los conceptos y de la cultura en su totalidad. Este implacable culto a la novedad, con su afirmación de que el arte no necesita ser bueno ni puro, con tal de que sea nuevo, más nuevo, y siempre más nuevo, oculta un inflexible e ininterrumpido intento de socavar, ridiculizar y desarraigar todos los preceptos morales. No hay Dios, no hay verdad, el universo es caótico, todo es relativo, el mundo como texto que cualquier postmodernista está deseoso de componer. Cuán estruendoso es todo esto, pero también cuán impotente".

Sebreli: Un buen ataque y una mala defensa

Uno de los ataques más directos a la postmodernidad viene de Argentina, y sigue las sendas abiertas por el postmarxista **Jürgen Habermas**. Se trata de **Juan José Sebreli** que, en *El asedio a la modernidad* (2), ha reuni-

(2) **Juan José Sebreli**. *El asedio a la modernidad*. Ediciones Ariel.

do una serie de buenos argumentos contra el estructuralismo, el ecologismo radical, el indigenismo rousseauiano y los diversos materiales confusos que componen la postmodernidad y que tienen como objetivo la crítica a los valores occidentales. Un esfuerzo loable de Sebrelí, bien pertrechado de documentación, y con capacidad para decir algunas cuestiones de sentido común.

Sebrelí considera todo este ambiente "reaccionario" y bastante estúpido. El más dañado es **Levi-Strauss**, cuya seriedad intelectual es puesta —con toda razón— en duda. Sebrelí desmonta el paraíso del *pic-nic* que se quiere vender en la inteligencia como caviar, así como la idealización del tercermundismo. Algunos momentos del libro son de gran brillantez y contundencia: *"todo nos permite suponer que la vida de los pueblos primitivos no es feliz. A pesar de la despreocupación que se les atribuye, viven atormentados por males reales o imaginarios contra los cuales no tienen otro recurso que las prácticas religiosas o mágicas basadas en la misma credulidad que engendra su miedo. Todo lo extraño y poco familiar está para ellos cargado de peligro, viven en un estado de alarma y terror por la muerte, las enfermedades, el hambre, las plagas, las tormentas, los espíritus de los muertos y aún los espíritus de los animales que han matado"*.

El autor argentino hace una crítica de la izquierda desde la izquierda. El ataque es fuerte y bueno. El paraíso del *pic-nic* es en realidad el paraíso de la esclavitud. *"Hasta las civilizaciones resultan más simples que las socie-*

dades primitivas. En éstas, la vida está organizada dentro de un sistema muy complicado y rígido de fórmulas, costumbres, relaciones, prescripciones, interdicciones, rituales y nada puede hacerse si no está ordenado por la ley tribal. La libertad de la vida primitiva con la que sueñan los poetas románticos o los surrealistas hastiados de la sociedad occidental es un engaño. Nadie menos libre que un salvaje; es esclavo del pasado, de los antepasados, de las tradiciones, de los dioses, de los jefes, de las relaciones familiares, del linaje, de las tribus, de la discriminación sexual, de infinidad de leyes no escritas, pero no por eso menos opresivas".



El análisis de las civilizaciones es directo y clarividente, pero Sebrelí falla en su alternativa.

En la línea de Habermas, sin desarrollar la idea, insiste en que la solución se encuentra en la Ilustración, en las luces, a las que parece dotar de un cuerpo de doctrina homogéneo, lo cual está bien lejos de ser verdad. La postmodernidad es además una excrecencia de la modernidad, si es que esta significa algo definido. El postmoderno es un moderno desanimado. No hay solución perfecta a los problemas humanos, pero sí existe la verdad, aunque el hombre no puede conocerla de modo perfecto.

Un magnífico análisis de Isaiah Berlin

Isaiah Berlin es hoy uno de los mejores especialistas en historia de las ideas. Frente a la "superioridad occidental" que predica

Sebreli, y que situaría a Occidente como "sociedad cerrada". Berlin recupera el pluralismo cultural en la línea de **Juan Bautista Vico** (3). Se aleja así tanto de las utopías como de los relativismos. Los hombres no están encapsulados en su época o en su cultura, como en una casa sin ventanas. Lo que han hecho unos hombres puede ser entendido por otros hombres. Lo hecho en unas épocas, las respuestas dadas a los problemas planteados, no es totalmente ininteligible para las generaciones subsiguientes. Podemos comprender a **Homero** y podemos sentir sentimientos similares a los de un poeta japonés de cualquier siglo, o a un compositor alemán de cualquier época. Incluso a un vasco del PNV con RH negativo o positivo. Las culturas pueden comunicarse e influirse. De hecho lo hacen. Ello es la más clara confirmación de la existencia de un sustrato común, del hombre, de la naturaleza humana.

Esa naturaleza humana es la que hace posible, con un esfuerzo suficiente de la imaginación, conocer a nuestros antepasados, que sabían, como nosotros, lo que es amar y odiar, tener esperanza y temer, desear y rezar, luchar, traicionar, oprimir, estar oprimido, rebelarse.

Esta superación del relativismo cultural tiene importantes connotaciones morales. Todos los hombres tienen una noción del bien y del mal. Hay un derecho natural que

prohíbe tratar a los seres humanos como medios para fines y no como fines en sí mismos. Cuando se hace frente a la agresión o al despotismo, se apela a esos valores, por encima de fronteras y de culturas. *"Y apelamos a ellos sin dudar lo más mínimo que aquellos a los que nos dirigimos, vivan bajo el régimen que vivan, comprendan realmente o no nuestro lenguaje"*. Los dictadores pueden afirmar que brutalidades y represiones se ejercen para lograr que esos valores brillen más en el futuro o para crear nuevos valores, *"no se trata hasta cierto punto de cinismo sino de hipocresía: un intento de parecer virtuoso; un tributo al prestigio restaurado del humanismo"*.

En el momento actual, considera Berlin *"hay síntomas de recuperación: es decir, una vuelta a la salud normal, los hábitos, tradiciones, sobre todo las nociones comunes de bien y mal, que nos reintegran con nuestro pasado griego y hebreo y cristiano y humanista, transformado por la rebelión romántica, pero básicamente como reacción a ella. Nuestros valores tienden a ser hoy, cada vez más, las viejas normas universales que diferenciaban a los hombres civilizados, aunque fuesen torpes, de los bárbaros, aunque fuesen inteligentes. Esto no era así en los años veinte y treinta de nuestro siglo, cuando totalitarios de derecha y de izquierda decían rechazar los valores humanistas en cuanto tales (tanto los buenos como los malos). A mí esto me parece un avance auténtico, un progreso auténtico hacia un orden internacional basado en la aceptación de que habitamos un mundo moral común"*.

José Luis MONEGRO

(3) **Isaiah Berlin**. *El fuste torcido de la Humanidad*. Ediciones Península.

REVITALIZACIÓN PARLAMENTARIA Y DEBATE SOBRE EL PARO

María Gemma PRIETO GUTIÉRREZ

El clima preelectoral que caracteriza, cómo no, estos primeros meses de 1993 ha significado, entre otras cosas, un resurgir de la vida parlamentaria, tantas veces criticada en estas mismas crónicas por su atonía y falta de interés.

Hasta tal punto ha recobrado actividad el Parlamento que algún conocido comentarista político, que figura con ilustre seudónimo, ha saludado con alborozo la “reaparición del Parlamento” en la vida política española; opinión que, ciertamente, comparte la mejor doctrina jurídica y la opinión pública más consciente, que tantas veces han denunciado cómo el presidencialismo “material” se ha impuesto rotundamente al parlamentarismo “formal” a lo largo de la década iniciada en 1982. Es hora, en efecto, de dotar de pleno contenido a la decisión del constituyente, plasmada en el artículo 1.3 de la norma fundamental, cuando dispone que “*la forma política del Estado es la monarquía parlamentaria*” (sin olvidar, por cierto, la perplejidad que causa, desde el punto de vista del rigor terminológico, dicho precepto entre los tratadistas del derecho constitucional y la teoría política).

Ley de huelga: entre la tragedia y la comedia

En esta revitalización de la actividad parlamentaria tiene influencia, sin duda, la in-

tensa discusión sobre muchos y relevantes proyectos legislativos, ya comentada en estas mismas páginas. Actividad legislativa que ofrece, por lo demás, algún singular episodio, a medias entre la tragedia y (si no fuera por la trascendencia del asunto) la comedia. Me refiero al proyecto de Ley Orgánica reguladora del derecho de huelga, modelo digno de análisis para futuros estudiosos del procedimiento parlamentario, en cuya tramitación el papel que han jugado las Cámaras (o, en rigor, los grupos mayoritarios en cada una de ellas) resulta, como poco, “deslucido”: presentar en el registro los escritos de enmienda y votar en su día disciplinadamente; mientras tanto, el debate y la negociación discurren al margen del *sedicente* poder legislativo, con protagonismo de todos los sectores implicados (Gobierno, empresarios, sindicatos... y sólo por excepción honrosa de algún diputado aislado).

También los Reglamentos de Congreso y del Senado prosiguen su proceso de reforma, con un mecanismo muy discutible en el caso de la Cámara alta, en la medida en que no se toma en cuenta al grupo más numeroso de la oposición, en contra de la más estricta lógica parlamentaria y del más elemental



sentido común aplicables a la aprobación de una norma llamada a regir la "táctica" de la Cámara, como hubiera dicho el clásico **Jeremías Bentha**. La discrepancia del Grupo Parlamentario Popular se expresó abiertamente en la sesión de 24 de febrero de 1993, donde se tomó en consideración la propuesta de reforma del Reglamento "en lo que atiende a la potenciación (sic) de su función territorial", por medio de la intervención de su portavoz **Ortí Bordás**.

Se avecinan, en todo caso, tiempos de protagonismo para los órganos que, al decir del artículo 66 de la Constitución, "representar" al pueblo español: así, el mes de marzo vio el debate en el Senado sobre el Estado de las Autonomías, una ocasión única para dotar al Senado de contenido político y remediar, al menos en parte, la penumbra en que desarrolla sus tareas, muchas veces dignas y esforzadas en asuntos sectoriales (como el tráfico y la seguridad vial o la violencia en el deporte, por citar ejemplos característicos); y para abril está previsto el debate sobre el estado de la Nación, en el Congreso de los Diputados, que podría ser la prueba de fuego de una confrontación política que habrá

de dirimirse en sede electoral y en la que todo apunta a cambios sustanciales.

De momento, la primera escaramuza ha sido el debate subsiguiente a la, copiamos el lenguaje burocrático habitual, "*comparecencia del Gobierno, a petición propia y de los Grupos Parlamentarios de Izquierda Unida y Mixto, de conformidad con el artículo 203 del Reglamento, para informar sobre las medidas adoptadas por el Gobierno en materia de desempleo*". A pesar de las limitaciones reglamentarias en su planteamiento (salvadas, esta vez, por la tolerancia del Presidente del Congreso), el debate celebrado el día 2 de marzo de 1993 despertó amplia expectación en el ambiente político y, lo que es más importante, la opinión pública siguió con cierta atención la abundante información ofrecida por todos los medios.

Debate sobre el paro

Antes de comenzar su tecnocrático discurso, el Presidente **González** planteaba el asunto con palabras medidas: "*Señor Presidente, señorías, el motivo de esta comparecencia ante el Parlamento es analizar la fuerte desaceleración de la actividad económica en nuestro país, su efectos negativos sobre el empleo, puestos de manifiesto en la última encuesta de la población activa, y las medidas adoptadas por el Gobierno en este contexto*". A este tono eufemístico y economicista iba a contraponer **José María Aznar** una formulación mucho más directa en la forma y en el fondo; en cuanto a aquélla, véase esta cita retrospectiva del Felipe González candidato en 1982 que recordaba Aznar: "*no intentemos disfrazar la crudeza del drama del paro utilizando el término menos agresivo de desempleo*"; respecto del fondo, poniendo el acento en la vertiente social y moral del problema, que no se reduce

a consideraciones asépticas de magnitudes macroeconómicas. *“El problema —dijo el Presidente del Partido Popular nada más comenzar su intervención— es que más de tres millones de personas buscan un empleo sin encontrarlo; más de tres millones de personas viven un drama diario, sin duda, en un clima de frustración y de desesperanza, viendo cómo se les niega la posibilidad de trabajar, viendo cómo se les niega la posibilidad de abrirse camino para sus necesidades o las de sus familias, como si no tuviesen nada útil que ofrecer a la sociedad. Y los fríos datos (...) no pueden hacernos olvidar que ahí, sin duda, late la mayor tragedia de la vida española”*. Para concluir su discurso con una exigencia rotunda y concluyente de convocatoria electoral, a la que ya sólo el Presidente del Gobierno parece resistirse, pues ni siquiera le apoya en este punto una parte muy significativa de su partido. Concluye Aznar: *“En este escenario, señorías, no se trata ya de hacer elucubraciones sobre a quién conviene más o menos una convocatoria electoral —podrá haber opiniones para todos los gustos—, ni mucho menos cabe sentarse en la puerta de nuestra casa, en la puerta del Gobierno a ver si la coyuntura internacional mejora o no mejora. No se trata de lo que a ustedes o a nosotros pueda convenirnos. Por encima de esos intereses partidistas, legítimos, tiene que prevalecer el interés nacional. Y el interés nacional para nosotros exige que se despejen cuanto antes horizontes políticos plagados de incertidumbres. Y en una democracia eso se despeja utilizando, señor González, las facultades constitucionales que usted tiene. Por eso yo le invito a que no alargue inútilmente esta legislatura y convoque elecciones”*.

Unanimidad en favor de Aznar

Concluida la intervención de **José María Aznar**, anota el redactor del *Diario de Sesiones*

(IV legislatura, año 1993, número 251, página 12755): *“Fuertes y prolongados aplausos en los bancos del Grupo Popular”*. En el fiel cumplimiento de la misión que ejerce con estricta imparcialidad, como todos los integrantes de las Secretarías Generales de las Cámaras, el redactor había apostillado poco antes (idém, página 12750), al concluir la intervención de **Felipe González**: *“Aplausos en los bancos del Grupo Socialista”*. El lector sabrá interpretar, sin duda, el significado político de estas dos dispares anotaciones.

La imprecisión general se vio confirmada en los días siguientes por los comentarios periodísticos: *“Perdió González”*, titulando el editorial de *ABC* el día 3, en el que se lee que González *“vivió en el debate de ayer uno de sus momentos políticos de menor credibilidad y más escasa capacidad de comunicación”*, mientras que Aznar *“alcanzo uno de sus mejores momentos parlamentarios al recordar al Presidente del Gobierno sus nueve cambios de política económica en su legislatura”*. El mismo día, también en página editorial, decía *Diario 16*: *“Aznar, posiblemente en una de sus mejores intervenciones parlamentarias, convirtió el debate en una dura requisitoria contra el Gobierno, que dejó descolocado a un González cansino, técnico y aburrido...”* También *El Mundo* coincidía, en editorial del mismo día, sobre un González *“aburrido... superado por la realidad... avejentado... poco convincente... poco convencido”* y un Aznar *“en la que ha sido sin duda su mejor intervención parlamentaria de la legislatura”*, además de ofrecer una rotunda opinión sobre el fondo del problema: *“... la ciudadanía de este país está comprobando en sus carnes el alto precio que tienen los dogmas maastrichtianos de González”*. También *El País* en su editorial estimaba que Aznar *“brilló resaltando aquello que González hubiera preferido olvidar, y le acusó de haber perdido credibilidad”*, mientras que el Presidente *“hizo una in-*

tervención inicial sin nervio, más propia de un técnico que de un político”, aunque opina que, “como casi siempre, recuperó el pulso en la réplica”.

De los editoriales a los comentaristas. En *ABC*, **Jiménez Losantos** (“¿Quién debe demostrar qué?”) reflexionaba sobre la curiosa exigencia de corresponsabilidad presente en algunos medios en referencia a la oposición: “Sería el colmo que la culpa de lo que el Gobierno hace mal la tuviera la oposición por no gobernar y hacerlo mejor. ¿Es que del fracaso de González puede ser culpable Aznar, por no echarle una mano?”.

Raúl del Pozo titulaba expresivamente su comentario en *Diario 16*: “Aznar desguazó el sermón electrónico”. En la portada de *El Mundo* merecen ser subrayadas dos firmas archiconocidas, cuyo criterios (actuales) invitan desde luego a la reflexión. Empieza su texto **Antonio Gala**: “A un González sin concentra-

ción ni estímulo, sin convicciones ni habilidad; a un González aburrido por el acoso y los problemas internos, que echaba pelotas fuera (a Europa) y empleaba promesas ya fallidas e inválidos eufemismos, la oposición le cantó las cuarenta...”. Y esto decía **Francisco Umbral** para comenzar el suyo: “José María Aznar, ese chico, ha pegado el estirón. Y lo ha pegado en la sesión parlamentaria de ayer. De pronto se ha hecho un hombre, todo un hombre político, en el mejor discurso de su carrera. Ahora sí que la oposición está empezando a opositar a la Moncloa”. En fin, terminamos con *El País* y la siguiente información titulada *Insatisfacción socialista por la intervención del Presidente*: “No estuvo a la altura de otros debates y en la réplica, que es donde se crece, estuvo desganado; fue una opinión bastante extendida ayer entre dirigentes socialistas”.

Los próximos meses prometen (si no otras mayores) fuertes emociones parlamentarias.

María Gemma PRIETO GUTIÉRREZ

CONTRADICCIONES Y ESPERANZAS DE LA ECONOMÍA Y LA POLÍTICA EN IBEROAMÉRICA

José María ÁLVAREZ ROMERO

Hispanoamérica se encuentra en una especial coyuntura de cuya evolución depende su futura estabilidad. Se hace difícil tomar el pulso a sus realidades pues los indicadores externos no reflejan la temperatura verdadera. Es necesario calar en profundidad.

En el orden económico los signos son positivos y parece superada la llamada "década perdida de los 80". La actual recuperación no se ha debido a apoyos externos sino a un cambio interno de mentalidad. Se ha conseguido superar las tendencias autárquicas por otras de corte liberal. Los índices económicos son reveladores. Durante 1992 la economía creció un 2,4 por ciento y la inflación se redujo por segundo año consecutivo.

El informe de la CEPAL subraya como un logro nada despreciable el crecimiento con una mayor estabilidad de precios en una adversa y recesiva situación externa. Sólo cuatro países (Barbados, Brasil, Perú y Haití) registraron tasas negativas de crecimiento en 1992.

Otros seis (Argentina, Chile, Panamá, República Dominicana, Uruguay y Venezuela) lograron tasas superiores al 6 por ciento, y la mayoría creció entre el 5 por ciento y el 6 por ciento. En 1992 la inflación retrocedió.

Sólo cinco países experimentaron alzas significativas. El endeudamiento externo continuó atenuándose y una de las características de ese año fue el aumento del flujo de capitales externos que ascendió a 57.000 millones de dólares, un 41 por ciento más que en 1991, la mayor parte proveniente de fuentes privadas, no bancarias, diversificadas y por esta

gradación: Brasil, Argentina, México, Venezuela y Chile.

En el campo de la integración se han producido éxitos reales: la revisión en profundi-



dad del Tratado de Cartagena y el Pacto Andino; la creación con inusitado vigor del "MERCOSUR" por Brasil, Argentina, Uruguay y Paraguay. La integración de México en el "TLC" (Tratado de libre Comercio entre México, EE.UU y Canadá), resultado de las negociaciones entre las administraciones **Salinas de Gortari-Bush**, ratificado por el nuevo Presidente **Clinton**. Perú, Colombia y Venezuela desbloquean sus comercios con vistas a un "MERCONORTE", y Centroamérica, apoyándose entre ambos polos.

Optimismo económico, retraso social

Los anteriores datos proporcionan una visión optimista de la economía. Sin embargo las realidades sociales son otras. Quiere decirse que en Hispanoamérica la mejoría en los números no se corresponde con la mejoría de las personas. El referido informe de la CEPAL advierte *"que la pobreza se ha constituido en un problema de alcance regional del que no se exceptúa prácticamente ningún país"*. Al comienzo de la década de los 90, uno de cada dos latinoamericanos no puede satisfacer sus necesidades básicas. Y en total, un 46 por ciento de la población tiene ingresos inferiores a la línea de pobreza, es decir, viven o malviven en la indigencia.

El contraste entre estas dos realidades, blanca una y negra otra, pone en evidencia una debilidad estructural. En una reunión convocada en noviembre pasado en Santiago de Chile por los gobiernos, advirtieron que *"el aumento de la pobreza afecta a la recuperación económica, a la cohesión social, a los consensos políticos e incluso a la estabilidad democrática"*, y al concluir la reunión atribuyeron en parte *"el*

aumento del problema a las graves consecuencias que en el plano social ha tenido y está teniendo el ajuste macroeconómico". Este contraste obliga a los gobiernos a un nuevo replanteamiento donde los objetivos sociales sean prioritarios, se mejore la distribución del crecimiento y se reparta más equitativamente el costo de los procesos de ajuste. En el filo de esta navaja se mueve hoy el desarrollo económico y las necesidades sociales de Iberoamérica, lo cual afecta directamente a su evolución política.

El proyecto de un hemisferio democrático

El proceso externo de normalización política está vinculado a la extensión y consolidación de la democracia. Con absoluta claridad, el anterior secretario de estado norteamericano **James Baker** —en línea con los políticos de Hispanoamérica— ha dejado claras las reglas del juego: *"Los Estados americanos se fundan en un principio inmutable: la democracia representativa. La democracia representativa es la clave de la paz, es la clave de las oportunidades económicas y es la clave de la legitimidad en este hemisferio"*. Expone también la situación actual. A su juicio, *"En las Américas construimos algo que la Humanidad nunca ha visto antes, el primer hemisferio verdadera y completamente democrático del mundo"*.

Una vez más los indicadores externos —número de países formalmente democráticos— no responden a las realidades internas. La "Pax democrática" oculta profundas debilidades. Los golpes militares en Venezuela; la autoproclamación de **Fujimori**, con la extensión y crueldad del Sendero Luminoso en Perú; la guerra declarada por los capos

del narcotráfico colombiano ante la impotencia de las fuerzas del orden; la destitución del Presidente constitucional del Brasil, **Collor de Melo**, y un largo etcétera, son algunas muestras de esa otra cara oscura de la moneda política.

La democracia, por su propia naturaleza, requiere unas condiciones de bienestar social mínimo y un hábito en el ejercicio de sus deberes y derechos, es decir, un enraizamiento en el tiempo, del que carecen. Al presidente de Bolivia, **Jaime Paz Zamora**, durante su estancia en Madrid el pasado año, en la cumbre de Jefes de Estado, le preguntaron si no creía que las democracias en América Latina eran formales y sin contenido participativo. Contestó: *“La democracia necesita tiempo y dinero, sin recursos es casi imposible. No es producto espontáneo. Mal que bien después de 500 años tenemos las democracias europeas. Producir un Lord inglés costó 500 años. Nuestras democracias van a tener que ir reformándose y perfeccionándose a sí mismas. ¿Y si le hemos dado 500 años a Europa, no vamos a tener paciencia de unos años más de ajuste para nuestros países?”*.

La corrupción: paralelismo con Europa

A los tradicionales obstáculos para la consolidación de la democracia hay que añadir ahora uno de especial significación: la corrupción. La corrupción no es algo nuevo. Siempre ha existido, pero ahora ha adquirido una dimensión que la sitúa en el primer plano de la desestabilización política.

Hay en este aspecto un curioso paralelo entre Europa e Iberoamérica. En Europa, en los países del arco norte mediterráneo, gobernados por partidos socialistas: en Grecia, **Pa-**

pandreu, en Italia, **Craxi**, en Francia, **Mitterrand** y en España, **González**, los gobiernos hacen crisis precisamente por la corrupción económica y la proliferación de escándalos. En Hispanoamérica ocurre un fenómeno similar, los partidos y los líderes adheridos a la Internacional Socialista han entrado en una bancarrota moral y generado un clamor popular para acabar con tal estado de cosas. En Perú el mítico partido APRA perdió clamorosamente las elecciones y su líder, **Alan García**, fue enjuiciado procesalmente; la consecuencia ha sido el desarrollo del acontecimiento Fujimori. En Argentina el Partido Radical de **Alfonsín**, autotitulado garante de las libertades y protector de la justicia social, fue electoralmente derrotado, y abrió paso al capítulo inédito del movimiento peronista de **Carlos Ménem**.

El caso más palpable lo ofrece Venezuela y su líder **Carlos Andrés Pérez**, ligado por vínculos estrechos de amistad personal e ideología con el Presidente del Gobierno español, Felipe González. Los golpes militares y la aireada reacción popular no tienen aquí como causa principal las condiciones impuestas por el Fondo Monetario Internacional, sino la corrupción y la ineficacia de los dirigentes políticos y económicos. La injusticia social en Venezuela no está sólo en la oligarquía reaccionaria sino sobre todo en el entorno más próximo al poder. La familia **Cisneros** —conocida en España por su negocio millonario con Galerías Preciados— celebró una fiesta de bodas en plena crisis nacional de subsistencia, con más de mil invitados y un costo de más de 5 millones de dólares. Cisneros se gastó en la fiesta el equivalente a 100.000 veces lo que cobra un modesto empleado de Caracas. Y Cisneros es “de izquierdas”; es un empresario ligado al

Partido de Acción Democrática, afiliado a la Internacional Socialista. Carlos Andrés Pérez, en la toma de posesión presidencial, hizo un alarde de riqueza y boato. El pueblo se echó a la calle como protesta —“el caracazo”— y fue ahogado con metralletas y un balance de más de 300 muertos. Una caricatura en el *Diario de Caracas*, días después de estos acontecimientos, resume el sentir popular. Un hombre y una mujer descalzos con un niño en brazos comentan: “¡Cómo serán de malas las dictaduras que son peor que éstos!” En este terreno abonado se han producido los dos últimos golpes militares. El escritor **Uslar Pietri** desde la atalaya objetiva de sus lúcidos 85 años precisa la naturaleza de los golpes militares: “Considerar que se trata de un problema militar es condenarse a no entender la situación. Las razones alegadas por los protagonistas de la insurrección iban dirigidas a lo que es un clamor generalizado: la denuncia contra la ineficacia oficial, la corrupción, la incapacidad del presente sistema democrático para cumplir con sus fines, y al

mismo tiempo la inaplazable necesidad de hacer reformas profundas en dicho sistema si es que queremos salvarlo”.

El proceso actual venezolano merece un examen más detenido, pues arroja luz y proporciona claves seguras para comprender lo que pasa en el resto de los países. Quede para otra ocasión. Pero queremos subrayar la peligrosidad de las tendencias negativas que tratan de asfixiar las incipientes democracias. Hacemos nuestro el interrogante del escritor **Bernard-Henry Levy** referidos a Europa, “la democracia representativa está enferma, eso está claro. Y lo está —y esto no está menos claro— como no lo estuvo desde las dos guerras y el fascismo. Que la ola de fiebre anticorrupción sea un signo de curación o un síntoma por el contrario —si no se le extirpa con bisturí— de una aceleración fatal de las metástasis, es lo que el futuro próximo nos dirá”.

No sólo el llamado socialismo real se ha desplomado: las vigas maestras de su epígono, la socialdemocracia, sufren un fuerte estado de corrosión.

José María ÁLVAREZ ROMERO

JOSÉ MARÍA GIRONELLA

Domènec ROMERA I ALCÀZAR

Infatigable viajero y atento observador, José M^{ra} Gironella ha visto a lo largo de cincuenta años de ejercer de escritor cómo los paisajes y sus gentes discurrían junto a él, dejando profunda huella en un espíritu sensible a los trascendentes acontecimientos de las últimas décadas.

DESDE los grandes plátanos de la dehesa de Gerona, en su niñez, a los cipreses —“mire, mire qué bonitos”— que se alinean en el camino de llegada al tranquilo palomar en el que sigue trabajando intensamente hoy, se suceden monte bajo y guerra, la gran metrópoli y la creación, los bosques de abetos y sus angustias, arenas, olivos, ríos sagrados y la inmensa curiosidad por saber, por conocer, por hallar el lugar exacto en que su espíritu encuentre acomodo, como cada uno de los libros y recuerdos que le rodean.

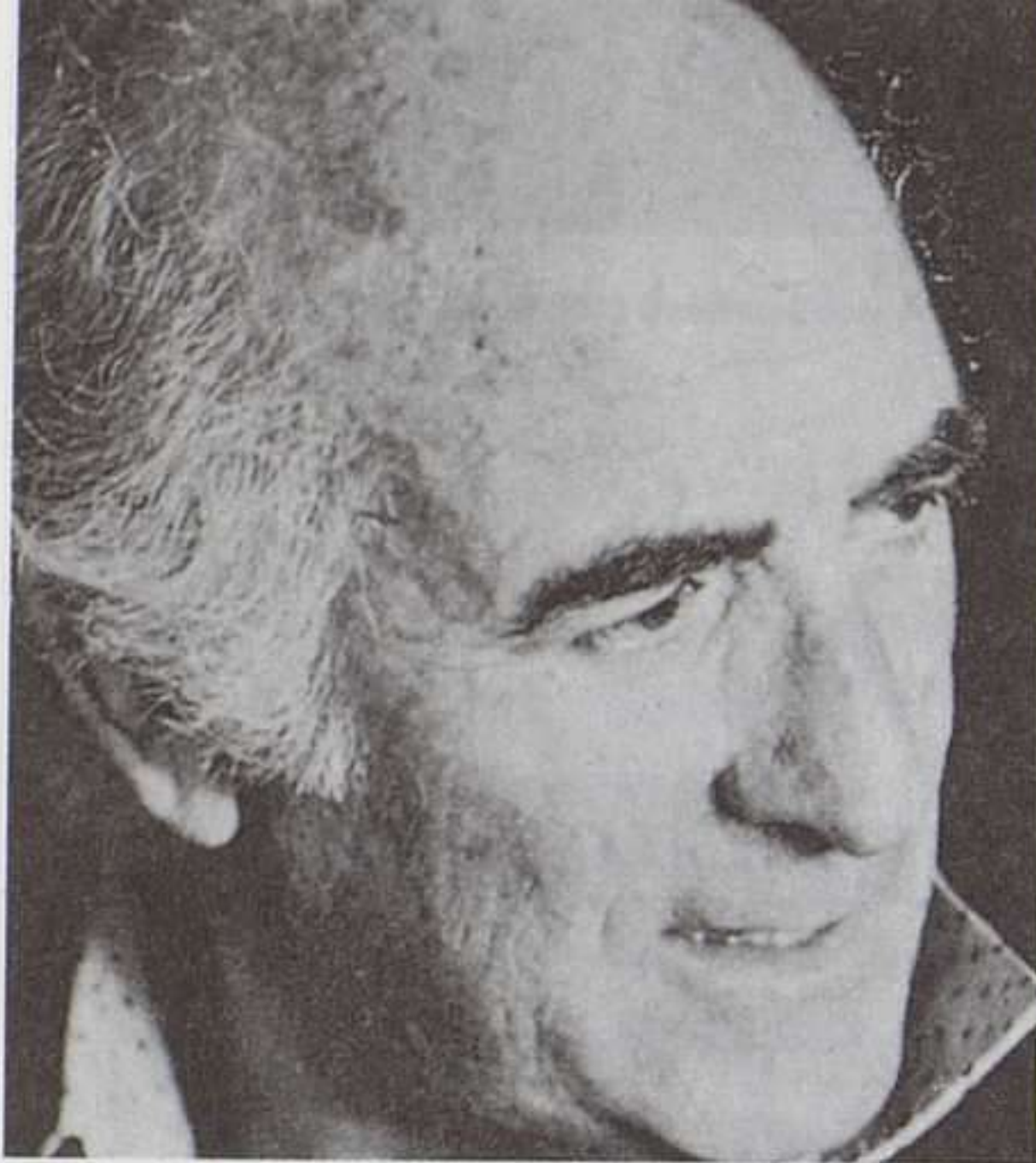
“Soy simplemente un narrador, quizás como mucho un escritor”, —dice en una prueba de enorme modestia para quien ha vendido cerca de quince millones de libros, en los que alrededor de los diversos hombres que fueron en él, su fantasía y su profesionalidad, han estructurado historias de interés social y, sobre toda otra cosa, de interés humano. Pudo ser, aunque lo niegue, maestro en otras artes: un gran pianista o quizás un gran compositor o —¿por qué no?— un gran maestro internacional de ajedrez, porque tuvo que ser grande en algo. Estaba predestinado.

“¿La predestinación dice?” —y se le nota angustiado. Cuarenta años para librarse, extrañándolos de sí, de aquellos fantasmas que anidaron en él durante tres años, después que

despertara aquella mañana con una tristeza infinita.

De pronto un encuentro inesperado que abre ante él un mundo nuevo que le extasía y en el que decide bucear durante el resto de sus días. La India y el mundo oriental, a partir de entonces, serán el punto de referencia constante; todo será antes o después del maravilloso encuentro, y con él, hinduismo, budismo, islamismo, el *yin* y el *yang* y la magia creciente de un mundo cuyo conocimiento exige más de una vida. Los paisajes y escenarios inician de nuevo su carrusel: Bagdag, Teherán, Calcuta, Delhi, Pekín, Osaka, Tokio, Saigón y se renueva la búsqueda, cada vez más compleja, para encontrar la verdad, para conocer, para reafirmar su espíritu en alguna creencia que resulte inamovible, incuestionable, rotundamente cierta, para que nunca más aparezca la duda en el sutil recorrido de la conciencia, a veces terriblemente molesta en la búsqueda incesante de la perfección.

Ya no existe el problema de la interrelación con quienes, como él, se esfuerzan en fabular cada día para sus y nuestros gozos. Quedan atrás las tertulias literarias, los encuentros con intelectuales, las reuniones de amigos. Sólo un interés, escribir. “Ya no tengo otra cosa que hacer: escribir algunos libros más y, si



podiera, quizás volver a Oriente. Es todo”.

Desde el palomar contempla, sin sorprenderse ya de nada, la evolución de los aconteci-

mientos y sobre todo de las gentes. *“Algunos fueron ácratas —me dice— y ahora son conservadores; qué más da si lo fueron y son de buena fe”.* Amén.

“En los últimos tiempos he mejorado la visión y creo que se debe al hecho de trabajar con luz artificial”. Será verdad. Juntos vagabundeamos entre libros, muebles, fotografías, recuerdos. *“Cuando creo que me estoy envaneciendo me acerco al rincón donde están las fotografías de mis genios. No lo ponga Vd en duda: **Papini, Shakespeare, Cervantes,** auténticos genios que me ayudan a retomar mi pluma y mi papel modestamente, como debe ser”.* Frente a un mueble, una parada indecisa, y sus dedos se deslizan sobre el cristal que protege una fotografía. Hay un punto de emoción en su voz y en su mirada. *“¿Ha visto Vd. los ojos tan penetrantes de esta mujer del Ampurdán? Tenía 98 años y era mi madre”.*

Con idéntica emoción, la sensibilidad de un gran creador y la seriedad y perseverancia del maestro artesano ha ido construyendo y relatando historias en las que se advierte el rigor y la autoexigencia. **José M^a Gironella** nos cuenta aquello que conoce y que constituye materia histórica, a veces vivida y en otras ocasiones después de haberse recreado en sus fuentes, y nos da una visión de la misma que, siendo cierta o equivocada, nunca fue frívola. Sin embargo y aunque sus mayores éxitos los haya conseguido con la novela histórica, el cenit del escritor se alcanza

cuando narra sentimientos y nos hace partícipes de una intimidad inmolada en el ímprobo esfuerzo de arrancarla de sí, letra a letra.

Nos acercamos a su obra. Desde su novela primigenia, *Un hombre*, a los archiconocidos *Cipreses*, parte de una trilogía que narra dos décadas de nuestra ya no tan reciente historia. Luego vendrán *Los Fantasmas de mi cerebro* y, fruto de su encuentro con Oriente, *China, lágrima innumerable*, *En Asia se muere bajo las estrellas*, *El escándalo de Tierra Santa*, *El escándalo del Islam* y su *Mahoma* en primera persona. En el camino, *Carta a mi padre muerto*, y ahora y con la misma emoción, el recuerdo a la madre; y así hasta 31 libros entre novela, ensayo, libros de viaje... y los premios Nadal, Planeta y Ateneo de Sevilla, y docenas de encuentros en Universidades y condecoraciones y ¿para cuándo la Academia? Además es Premio Nacional de Literatura (1953) y premio Thomas Moore (1955) con su libro *Los cipreses creen en Dios*.

Magda está siempre cerca. He pasado dos veces frente a la puerta y casi no les oí. ¿Se estaban confensando? ¿Tanto viajar y no conoce Estrasburgo? También allí buscaron el cielo con el gótico más puro apuntando a las estrellas. Lo veremos juntos.

Les digo adiós. Una pareja amable, sencilla, inteligente, unida por vivencias y recuerdos de una vida ampliamente compartida en la que las coincidencias prevalecieron siempre sobre las discrepancias. Quizás una sombra molesta intermitente en el tiempo; la indecisión que le hizo renunciar a la posible paternidad adoptiva de la niña que, bajo la sábana blanca del hospital de campaña de Vietnam, le miraba con ojos a la par asustadizos y esperanzados.

Domènec ROMERA I ALCÀZAR

Nuevos tiempos: de la caída del muro a Maastrich

El Estado Providencia tiene un enorme potencial conservador (pág. 16). Marx y Keynes han muerto en las cabezas, pero aún perviven en los corazones (pág. 45). Una de las imposturas más flagrantes es el intento de identificar el socialismo con la democracia (pág. 101). La violencia aparece como la piedra angular del socialismo (pág. 111). La intelectualidad de izquierdas ha apoyado durante décadas a los genocidas y ha centrado su capacidad crítica en Occidente (pág. 134). El primer principio de racionalidad es que la razón sea consciente de sus propias limitaciones, de su carácter de instrumento, de medio y no de fin (pág. 168). España no necesitaba una pasada por la izquierda, sino por el liberalismo. Las líneas maestras de Felipe González han sido de regreso al pasado (pág. 186). El mito igualitario ha sido el gran justificador del Estado totalitario (pág. 187).

Esta paraantología puede dar una idea del contenido del libro y de la claridad con que se expresan los autores. Y es que, después de los grandes sucesos con que ha comenzado esta década, puede parecer un fraude intelectual perderse en matizaciones y en averiguación

de intenciones: pues cabe decir que las ideas coinciden con los hechos. El socialismo y todo lo que es obra suya se halla en estado de coma; y esto vale tanto para el socialismo mal llamado real —el soviético, marxista-leninista, etc.—, como para el más real, el que subsiste aferrado a los intereses, en la forma de socialdemocracia, socialismo democrático, o las variaciones a izquierda y derecha del socialismo cristianizante o del cristianismo socializante, que son quizá las más estupefacientes. Las corrupciones socialistas que se descubren por doquier, constituyen casi por sí solas la prueba fehaciente de la descomposición que sigue al *rigor mortis*. Intelectualmente ya no puede concedérsele al socialismo el beneficio de la duda: los hechos son demasiado adversos.

Mas, es preciso reconocer con los autores, que “*la muerte teórica de la socialdemocracia no es tan evidente en la práctica*”: habrá que contar con que muchas gentes seguirán ilusionadas con esa panacea y seguirán transfiriendo al Estado sus anhelos religiosos. Pasará tiempo hasta que desaparezcan los efectos destructivos de esta fe secularista, aunque sea inevitablemente una fe muerta, pues sus

dogmas se viven ya como tópicos. Porque el socialismo es una religión —la religión del nihilismo— que tiene su forma eclesial ideal en el Estado totalitario, según se indica en algún momento en el libro. Sólo así resulta inteligible que doctrinas tan falsas y perversas, cualitativamente distintas de anhelos igualitaristas de otros tiempos, que forman parte de la naturaleza humana, hayan podido ser seguidas con entusiasmo por innumerables gentes de buena fe.

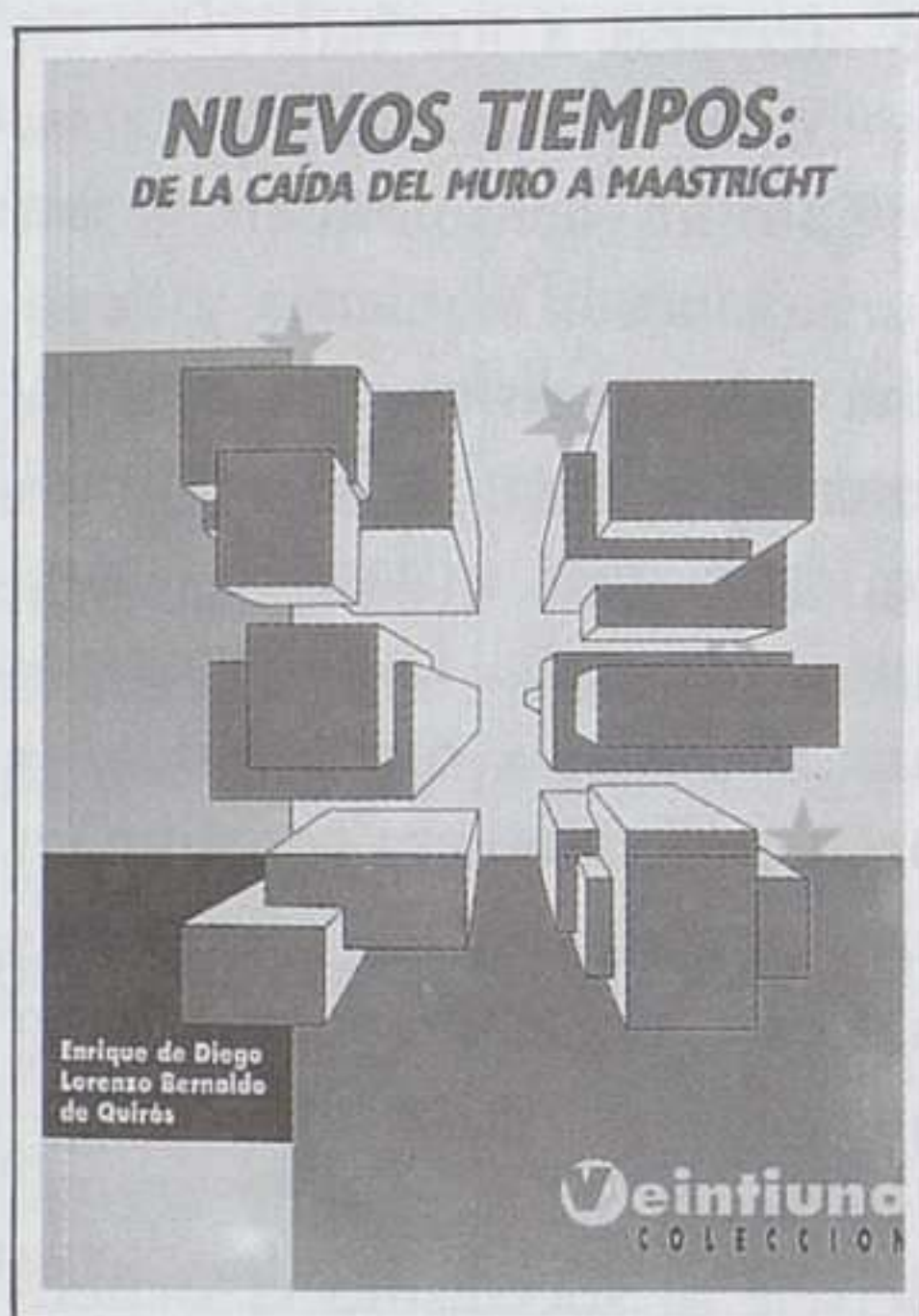
La obra se divide en dos partes de desigual extensión. Dedicase la primera a los nuevos tiempos históricos que han irrumpido tras la caída del muro berlinés; la segunda, a un ajuste de cuentas con la *intelligentzia* que sostuvo tanta superchería, en la que se encontraba tan a gusto; ajuste de cuentas que pone de manifiesto la muerte del intelectual, por lo menos del intelectual racionalista y exhibicionista, ejemplificados por los autores en **Descartes** y **Rousseau** respectivamente.

Nuevos Tiempos es el título de la introducción a seis sugestivos capítulos sin numerar. Se examina ahí la situación presente, con atención especial a la vuelta atrás —a una suerte

de keynesismo “progre”— que podría tener lugar en Norteamérica con la llegada al poder del marido de la **Sra. Clinton**.

El primer capítulo, “Historia en marcha”, expresa la preocupación por la supervivencia del historicismo, tal como parece desprenderse de los escritos de **Fukuyama**, con su vuelta a Hegel. Los autores apelan aquí a Popper. Sus argumentos contra la atribución de sentido a la historia son correctos. Sin embargo, por una parte no parecen haber tenido en cuenta el libro del escritor norteamericano-japonés posterior a los artículos que citan, y, por otra, siguen, el tópico de Hegel creado por el hegelianismo de derecha e izquierda, **Carlos Marx** y el socialismo, o interpretado pura y simplemente, a través de **Comte**, con las anteojeras del positivismo, etc., ... y por Popper. La recuperación de Hegel para el liberalismo puede ser criticable tal como lo hace Fukuyama —no es ahora el momento de examinar la tesis—; mas, aunque se pueda discutir hasta qué punto es liberal, no cabe duda que sí lo era. Mencionemos de pasada unos datos: ya el joven Hegel había criticado el mecanicismo centralizador de **Fichte** y dudaba seriamente de **Kant**; después de la estancia en Jena, estuvo siempre bajo la influencia, incluso personal, de **Goethe**, odiado por los jacobinos alemanes, y se hizo aún

más antikantiano. Otro: Hegel jamás se consideró profeta; ordenó el pasado para hacer la historia inteligible para el presente y se negó a hacer augurios sobre el porvenir. Un tercer dato a considerar puede ser el de la famosa dialéctica, que no es más que un método de organización del pensamiento, no de los hechos —la historia en cuanto tal no existe, es construcción— y, desde luego,



no es nada violenta, precisamente porque tiene un tercer término que media. La dialéctica históricamente violenta, la que verdaderamente utilizó Marx, es la de dos términos de los historiadores franceses que explicaban un tanto mecánicamente esas oposiciones. En cambio Hegel siempre vio la Historia como historia política movida por las voluntades y pasiones humanas, y de ahí su gran admiración, compartida por Goethe pero tan criticada

en él, por los grandes hombres. Es curioso, que muchos pensadores importantes de este siglo, militantemente liberales, desde Popper a **Hayek**, sean admiradores de Kant y apasionadamente antihegelianos. Seguramente por influencia del socialismo, que se vincula con más gusto a Hegel aunque sean kantianas y fichteanas sus raíces.

El capítulo siguiente se ocupa de la tan traída y llevada unidad europea. Repasan los autores el *status quaestionis*, incluido el problema de la soberanía y la discusión sobre el federalismo, para concluir con toda razón que “no hace falta ningún Estado europeo” y recordar que, de hecho, el sistema ya funcionó durante el siglo XIX hasta la primera guerra mundial. Incluso con una moneda única, el patrón oro. El problema de Europa es falso en gran medida puesto que Europa existe hace muchos siglos. Cuando se habla de “la construcción de Europa”, de federalismo, de Estado único, etc. lo que debiera preocupar, denuncian los autores, es el peligro de hacer una arcaizante Europa socialista, según los planes del cristianosocial Dehors u otros parecidos.

El nacionalismo, que constituye el objeto del apartado siguiente, es “uno de los fantasmas que planean sobre la Europa de los años noventa”. Tras un breve repaso histórico, los autores

muestran qué es resurrección del viejo mito colectivista –o tribalista– del Gran Ser Social. Emplean dos interesantes argumentos que evidencian su inconsecuencia. Pueden resumirse aquí en uno: que lleva a la autodestrucción. Pues, con la misma lógica, los intereses nacionales son incompatibles con los regionales y todos ellos, al final de la cadena, con los individuales. Además, si se rechaza la división internacional del trabajo, no se entiende por qué tiene que ser buena en una sola nación. El nacionalismo es el imperialismo pasadista: *“contempla como hipnotizado el pasado y se repliega sobre sí mismo en un desesperado esfuerzo por detener el tiempo”*. Relacionado con ello aparece el tema de la inmigración. Se denuncian con agudeza las restricciones que son una consecuencia del egoísmo nacional desatado por el Estado del Bienestar. Quizá debiera haberse destacado que en apariencia, sin tener en cuenta los efectos negativos, incita este Estado la inmigración en tanto proporciona unas comodidades envidiables, unidas a la gravísima decadencia demográfica que por curiosa coincidencia se da en estos países. No es más que un argumento retórico de los extremismos.

Como continuación de ese capítulo se ofrece una original consideración del antisemitismo que sugiere muchas cosas.

Los autores separan las disputas entre cristianismo y judaísmo como litigios entre herederos y el antisemitismo histórico, producto de resentimientos, envidias y de la búsqueda del chivo expiatorio, negando que pueda hablarse de un pensamiento antisemita articulado y menos de motivos racistas –lo que niega la posibilidad de la conversión–, y el antisemitismo del siglo XX. Este último tiene un transfondo teológico, cuyos orígenes hay que buscar en la Ilustración: *“el hecho judío –escriben De Diego y Bernaldo de Quirós siguiendo al Cardenal Lustiger– se opone a la secularización absoluta”*, ya que los judíos son insecularizables por ser inasimilables. Por eso el nihilismo socialista hitleriano, partiendo de vivencias nacionalistas, favorecidas por la legitimación marxista de la paranoia revolucionaria –del anticapitalismo– y el odio tribal al otro, intentó crear un nuevo pueblo elegido utilizando el mito de la raza aria como contrapunto. En suma, el antisemitismo contemporáneo es un fenómeno tan nuevo como el totalitarismo: el nihilismo socialista no puede soportar al judío que niega con su mera presencia el nihilismo y el ateísmo que se desprende de la sacralización de lo social, cuya alma es la clase, la raza u otro mito antihistórico. Es una lástima –pero no un reproche– que los autores no hayan exa-

minado la naturaleza religiosa del socialismo, que es la causa última de la fascinación que ejerce sobre tantos creyentes y gentes desorientadas.

Pasan luego al tema de moda del ecologismo, refugio de ideólogos sin ideología, coartada de inconformistas profesionales, excusa de gentes sin ocupación, alivio de individuos hipersensibles y argumento de buscones de prebendas. En sus propios límites es cosa de sentido común; tal como suele presentarse resulta ser una *“mezcla de demagogia y catastrofismo”* que prospera por medio de la ignorancia: *“toda una vulgata de boy scout se está apoderando de la cuestión ecológica”*, dicen con gracia los autores, que afirman con buen juicio, argumentos teóricos y ejemplos empíricos, que la mejor solución para terminar el asunto como problema social y aún político, es la propiedad privada.

Se ocupan a continuación de la socialdemocracia, que descansa en la pintoresca identificación del socialismo con la democracia (tergiversando la naturaleza de esta última). Y muestran que los tres pilares en que descansa la identidad socialista, el moral, el histórico sociológico y el económico político, son pura superchería pseudocientífica. Quien crea los argumentos al respecto es un orate, un crédulo, un indocumentado o un ingenuo rebo-

sante de emotividad. Lo prueba la realidad fáctica de la socialdemocracia cuyos dos instrumentos, aunque estén velados, son la violencia y la corrupción. De manera que la estrategia del Estado del Bienestar —la forma eclesial de la confesión socialdemócrata— “es un equilibrio civilizado de terror que ayuda a estabilizar los ingresos del poder en un nivel tan alto como sea posible mediante la discriminación”. Con la consecuencia práctica de que la “democracia” de la socialdemocracia es una “democracia ilimitada”, sin frenos al poder.

El modelo empírico es la desfondada socialdemocracia sueca, que coincide, no muy sorprendentemente, con el corporativismo postulado por buena parte de la llamada doctrina social de la Iglesia; lo que ayuda por cierto a entender, entre otras cosas, el auge y prestigio de los socialismos, incluidos los soviéticos y las ambigüedades de la democracia cristiana. No obstante, van los autores un poco lejos, o mejor dicho, no precisan aquí lo suficiente. Pues desempeñan los cuerpos intermedios o como se les quiera llamar, una función muy importante en una Sociedad libre. Si son organismos del Estado abocan al corporativismo que critican los autores con razón, y viven parasitariamente de la Sociedad; si son de la Sociedad, no sólo constituyen una barrera al po-

der, sino que representan y fortalecen la espontaneidad social. Por ejemplo, en Norteamérica no influyen gran cosa los avatares de los partidos en la vida social, que discurre al margen de la política, cuyas corrupciones no inundan necesariamente la Sociedad, que está en cambio en condiciones de poder corregirlas.

Viene ahora el “Ajuste de cuentas”, desarrollado en tres apartados o capítulos.

El primero aborda un tema antiguo, obvio, sabido, pero que siempre es bueno reiterar, y más aún si se hace sin pudibundeces y falsos respetos: “La traición de los intelectuales”, recordando el título del famoso libro de **J. Benda** de 1927. El socialismo, la religión del nihilismo, es fruto de errores científicos que han sido aceptados de buen grado y propalados por quienes tenían el deber de ponerlos de manifiesto. Es la causa de la muerte del intelectual, al menos del prototipo que aún domina las tribunas y los púlpitos.

Bernaldo de Quirós y **De Diego** prueban con ejemplos famosos que “los intelectuales han dado una especial muestra de radicalismo totalitario, se han mostrado especialmente capacitados para la justificación semántica de la tiranía, y cuando han unido a su reflexión teórica un primer plano práctico, se han mostrado especialmente crueles y faltos de escrúpulos”. El diletantismo, el afán de novedades, el

resentimiento y la envidia, el deseo de fama y de “participar en el reparto del botín totalitario”, disimulados por el moralismo, han sido las motivaciones del intelectual contemporáneo, cuyo modelo podría ser **Robespierre**: “El atributo del gobierno popular en la revolución —decía el tribuno francés, citado por los autores—, es simultáneamente la virtud y el terror, la virtud sin la que el terror es fatal, el terror sin el que la virtud es impotente. El terror no es más que la justicia, pronta, severa, inflexible; es, por tanto, una emanación de la virtud”. **Lenin**, otro intelectual, no añadió mucho más.

La combinación de virtud y terror caracteriza la abstracta *intelligentzia* socializante, anhelante de que el pasado borre a toda costa la revolución, cambiando lo existente, condenado por la necesidad histórica, cuya representación se atribuyen. Las diferencias entre esa masa de intelectuales son de grado: dependen de la sabiduría con que combinan la moral y la violencia. Ahora, en una nueva pirueta, casi nadie parece haber estado a favor del genocidio y del socialismo puro y duro, se refugian en el tercermundismo y en que, en cualquier caso, “el capitalismo está podrido”.

Rastreando los orígenes de la actitud de los intelectuales, versan los dos últimos capítulos del libro sobre **Rousseau** y **Descartes**. El primero co-

mo progenitor sentimental del socialismo totalitario. El segundo como inventor del constructivismo racionalista, que ha dado apariencia de rigor al cientifismo de la religión nihilista.

J. M. Benoist ha interpretado no hace mucho el contrato social rousseauiano como instrumento idóneo del liberalismo. Pero están sin duda en lo cierto los autores del libro comentado al ver en él uno de los principales promotores del totalitarismo socialista. "*Rousseau —escriben— introduce en sus doctrinas un sentimiento 'religioso', que ha sido uno de los secretos de su influencia*", al justificar, entre otras cosas, el resentimiento social, al hacer de él una fuente de inspiración del moralismo que da contenido a la religiosidad. **Rousseau**, cuya compleja personalidad presentan acertadamente como precedente de la de tantos intelectuales posteriores, del "loco interesante" que busca el éxito explotando el contraste y la paradoja, ha divulgado la añoranza del espíritu tribal. De la "voluntad general" al centralismo "democrático" apenas hay un paso. Cabe decir, con el título del libro aún reciente de **J. Julliard** en que considera urgente desembarazarse del mito de la "*volonté générale*", que "*la faute est à Rousseau*". Pues ciertamente, a través de los buenos sentimientos se llega al colectivismo.

El ajuste de cuentas del último capítulo es con el padre del racionalismo y, como tal, del constructivismo racionalista que ha alentado las utopías destructoras o, más claramente, el destructivismo que caracteriza las distintas especies del socialismo, ansioso de reinventar y cambiar todo y hacer por medio de la técnica una suerte de nueva creación, cuyo satanismo se prueba por los resultados allí donde se ha implantado con suficiente fuerza esta religión política, que ha conmovido los cimientos de la civilización occidental. **Descartes** abrió paso al espíritu de sistema, a la posibilidad de que cada filósofo inventara el suyo propio, a la creencia en que la razón es todopoderosa, creadora, no simplemente mediadora, dando lugar al irracionalismo. La dañina "ingeniería social" de los planificadores tiene ahí su origen y justificación. Todo esto es cierto. Sin embargo, quizá resulte pertinente una observación general, que no ha de entenderse como objeción sino a propósito de que los autores invocan nuevamente a Popper.

Sería tremendamente injusto regatear los méritos de Popper como defensor de las libertades, de la razón, de la tradición liberal, de crítico de la religión socialista y adversario del totalitarismo, o la calidad científica de sus aportaciones. Sin embargo hay un aspecto

de Popper que suscita muchos equívocos: el de hacer responsable de ideas y acontecimientos posteriores a pensadores remotos. Con su famosa obra *La sociedad abierta y sus enemigos* popularizó entre sus admiradores la idea de que **Platón** y su discípulo **Aristóteles** son los peligrosísimos inventores del totalitarismo que llega a **Hegel** y **Marx**. Esta tesis ha introducido un considerable desconcierto en las filas liberales. No obstante, por una parte, cae en el mismo historicismo debelado por Popper que, por ejemplo, ve burgueses, proletarios y lucha de clases en cualquier tiempo y lugar remotos, cuya secuencia se sigue hasta hoy. Por otra, es evidente la falta de sentido histórico, pues Platón y Aristóteles se ocupaban en su específica circunstancia, tan remota y tan distinta, de cosas bastante diferentes a la de inventar y justificar el totalitarismo. Pero implica además otro error conceptual fundamental: el totalitarismo es, valga la expresión, postcristiano; pues enraíza en las posibilidades nihilistas de esta religión. Si se evapora la fe en la *creatio ex nihilo* —si "*Dios ha muerto*"—, queda el *nihil*, la nada como fundamento de la realidad. La historia es el lugar propio del hombre cristiano, que trasciende en cuanto tal la Naturaleza, situándose entre el aquende y el allende. Aniquilado el cristianismo, conviérte-

se la Historia, con ayuda de la técnica, en el espacio o lugar absoluto de la humanidad, sin trascendencia ni inmanencia, venido de la nada y destinado a la nada. Viene esto a cuento de que el ejemplo popperino además de falso puede ser muy destructivo. Por ejemplo, si se pasa de **Hitler** y Lenin a Marx, de éste a Hegel (y a **Fichte** y **Kant** y **Comte**), de ahí fácilmente a Descartes, de este último, cuyo trasfondo es el libre examen y el subjetivismo agustiniano, a **Lutero**, **Ockham**, **Scoto**, **San Buenaventura**, **San Agustín**, Platón (en realidad antes, **Cicerón**, principal fuente de información de San Agustín sobre el griego), y de Platón a **Sócrates** —y se podrían relacionar muchos más nombres (**Santo Tomás** no se entiende sin Aristóteles y San Agustín, etc.)—, se está liquidando absurdamente la cultura occidental haciéndole el juego al nihilismo, su principal adversario.

Sin ánimo de polemizar, la lucha antihistoricista y a favor del liberalismo requiere precisiones y matizaciones cuidadosas para no incurrir en lo mismo que se combate. Precisamente porque la auténtica vida intelectual es liberal. Si la civilización europea, con los defectos que se quiera, es la única verdaderamente liberal que ha existido, débese a que ha bus-

cado la precisión conceptual —y, por cierto, inicialmente a través de la dialéctica platónica, no muy diferente de la hegeliana, si se prescinde de interpretaciones interesadas—. Es lícito recordar al respecto la *representación* del filósofo **Whitehead** de la historia intelectual de Occidente como una serie de notas a pie de página del pensamiento de Platón. Una cosa es la historia de las ideas y otra la imputación de responsabilidades; si se confunden, al final, resulta que el responsable de todo es nuestro padre común **Adán**. Pero entonces parecerán pardos todos los gatos.

Cierran De Diego y Bernaldo de Quirós el libro con un epílogo sobre el fin del mito igualitario ante la dura realidad de los hechos. Hacen notar que no sólo se ha diluido el modelo de socialismo llamado convencionalmente real sino el modelo sueco, inspirador del “socialismo democrático”, de “rostro humano”, etc., y otros eufemismos semejantes, cuya diferencia del primero consiste en que, en lugar del terror físico, emplea el terror fiscal justificado con el mito de los “buenos gestores”. Y advierten que constituiría un gravísimo error no sólo político —coyuntural—, sino histórico —transcendental—, hacer una sustitución cuantitativa del socialismo: el cambio que se está

gestando no es meramente semántico y, cabría añadir, tampoco del tipo en que cambia la cualidad por mera acumulación de la cantidad, sino pura y simplemente cualitativo: la desaparición del estatismo —quizá ha liquidado ya el socialismo al mismo Estado al desobjetivizarlo— liberándose la Sociedad, los grupos y los individuos de la agobiante, ilegítima e inmoral intromisión del gobierno en sus vidas.

La obra que comentamos constituye en su conjunto una excelente introducción, nada fácil de hacer, a la problemática política de la situación presente, muy recomendable para políticos en activo que, preocupados en ponerse al día, busquen argumentos e ideas correctas frente al socialismo. Pues, además, el rigor y la masa de conocimientos de doctrinas y de hechos de los autores, quedan disimulados por un estilo fácil y ágil que hace agradable la lectura al lector común interesado en el asunto.

Dalmacio NEGRO

- E. De Diego y L. Bernaldo de Quirós. *Nuevos Tiempos: de la caída del muro a Maastrich*. Madrid, Fundación Cánovas del Castillo, Col. Veintiuno, 1992. Págs. 196.

Reconquistar el Descubrimiento

EL mismo año que **Vintila Horia** moría en Madrid, entregaba al editor este libro sobre América, aunque no uno más, entre los cientos de volúmenes conmemorativos de ese V Centenario que acabamos de dejar en las crónicas del 92. Y no es un libro más, porque Vintila ahonda en el drama cultural de Europa, en la Hispania de entonces y en la que le siguió, proyectadas ambas en el Descubrimiento. Drama, sí, pero también y ante todo tragedia en el sentido griego o germánico. El mundo se encuentra siempre ante la disyuntiva de la elección de un solo camino. Y conforme a él delinea su destino. Hay épocas, sin embargo, estancadas como la nuestra, escépticas, que languidecen en grises incertidumbres sin entusiasmo. La celebración de los quinientos años no ha podido tener otro marco. Se ha cantado el tema americano en su conjunto, muchas veces sin los necesarios matices, de ahí que Vintila se planteara con juicio y acierto descubrir el *Descubrimiento* y, una vez hecho esto, *reconquistarlo*.

Cuando los Reyes Católicos escuchan a **Cristóbal Colón**

y le apoyan, Europa ha dejado de ser medieval para entrar, con el Renacimiento, en la modernidad. Pero España es un miembro díscolo en el contexto. Viene de la Edad Media cerrando la Reconquista y aún permanecerá durante algunas centurias más en su impulso. Al fin y al cabo, su gesta ha macerado a sus aristocracias y a sus gremios, a sus monjes y a sus príncipes por espacio de ocho siglos. El espíritu, pues, se mantiene, no decae por el cansancio de un estado de milicia y fe permanentes; se acrecienta. **Fernando el Católico** había leído e incluso anotado *El Príncipe* de **Maquiavelo**, en cuya red de sortilegios ya habían caído algunos monarcas europeos decididos a enfilarse sin ambages la recta del Estado moderno; sin embargo, y aunque no libre de las seducciones por "lo nuevo", el rey, con su mujer, la reina **Isabel**, siguieron inspirándose en las veredas trazadas por la tradición sintetizada en *De Monarchia* del **Dante**. La idea de un imperio universal, católico, surge de esta simbiosis, definitivamente alentado y sostenido por esa otra estirpe germánica de los Habsburgo, parientes espirituales de los godos de antaño, que vienen con los **Carlos V** y los

Felipes, hasta su final. He aquí, entonces, el marco y la entraña que inspira no sólo el descubrimiento del Nuevo Mundo, sino también su afianzamiento, al menos durante un primer período. Luego las cosas cambiarían. Es natural que, por estos derroteros, Vintila sostenga —y no ha sido el único, ni el primero en hacerlo— que la aventura de un **Hernán Cortes**, de un **Pizarro**, de un **Orellana**, del propio Colón y de tantos otros, haya de inscribirse en las hazañas legendarias de los caballeros que no supieron vivir sin la devoción a la Virgen, *Nuestra Señora*, y sin la luz y enseñanzas del austero religioso, tal y como nuestro **Raimundo Lulio** plasmara en su *Catecismo del Orden de la Caballería*. Tenemos, por tanto, aquí enlazados los dos polos de esa España que resurge tras aquel descenso a los infiernos. Interiormente se recobra por la Reconquista, y una vez conseguido esto, expande el resultado de su victoria. Es el descubrimiento y la conquista de América. El héroe renace con los fulgores de la gloria en su destino.

Pero el libro de Vintila reconoce antes el panorama de lo que los guerreros, navegan-

tes y monjes van a encontrarse. Es importante saber de dónde venían los indígenas de las Indias orientales, quiénes habían estado antes que los españoles y habían difundido entre los indios los símbolos solares y entre éstos la cruz, y quiénes eran los nativos que se encontraron; es importante eso y es imprescindible conocer sus mitos, como el de los "dioses blancos" de Tula o Teotihuacán, como el de **Quetzalcoatl**, según el cual: el dios de ojos azules, rubio y con barba, el dios fundador que antes había estado allí y se fue hacia el naciente, esto es, hacia Europa, de nuevo volvería por tercera vez, y en esta ocasión definitivamente. Para los aztecas y los otros indios de la cultura nauatl, el retorno de Quetzalcoatl tendría un claro sentido de "bienvenida". Así había sido profetizado y así sería, pero en lo que aquellos indígenas de cultura altamente delicada y religiosa, pese a sus contrastes de sanguinarios rituales, no pensaron es en el hecho incuestionable de que cuando un dios retorna lleva siempre consigo un sello y una llave apocalípticas, por el que mediante el uno y la otra: clausura y renueva, mata y hace nacer de nuevo. Esa es la razón mítica, poética, por encima de las ciencias y otras cosas menores y humanas, que los españoles fueron a cumplir por mandato providencial y sin ellos saberlo, como simples

instrumentos de la divinidad, sin duda. Luego, la aparición de la Virgen de Guadalupe rubricaría el misterio incomprensible: una Virgen que se dice a sí misma **María**, y que sin

los Austrias, la *Nueva España* es imperio, no "colonia", como será el *sino*, la categoría de esa otra América, irreconciliable con la del sur, que brota al norte, hija clara de aquella vertiente renacentista, antecedente del océano moderno. España cayó lamentablemente también en esa esfera del "colonialismo" cuando se dejó influir por el espíritu ilustrado francés que entra en su cultura con el cambio de dinastía. Desde entonces, dos Españas, como dos Américas, se reparten la suerte, entrecruzándose, en el laberinto. El gaucho y el porteño serán unos, entre otros, de los muchos tipos que van a dar lugar, fruto de la situación inaugurada. Independencia y revolución, según ello, no van a ser causas indígenas frente al monarca, sino re-

beldías ideológicas, utopías de intelectuales, en su lucha por el poder y la disgregación de quienes, ya "colonos", ambicionaron el final, ya olvidado, de un mito.

Isidro-Juan PALACIOS



embargo, se presenta como madre del dios supremo del panteón monoteísta nauatl y hablando no en castellano sino en lengua indígena. Vintila no aborda la penumbra de esta historia sagrada, pero la esboza ampliamente a lo largo de su libro.

Don Juan y Santa Teresa recorren las tierras del sur. El hidalgo y el pícaro, el místico y el profano, el guerrero y el banquero, dan al diorama sus colores. La variedad es enorme, pero sobre todo al principio, hasta el último de

– **Vintila Horia**. *Reconquista del descubrimiento*. Veintiuno colección. Fundación Cánovas del Castillo. Madrid, 1992. 288 páginas.

La independencia de Bolivia

CUANDO se establece con rigor y objetividad el balance de lo que haya sido la conmemoración del V Centenario del Descubrimiento de América, aparecerá, sin duda alguna, como una de las grandes aportaciones al mejor conocimiento y difusión de la historia común de España y América el programa editorial llevado a cabo por la Fundación Mapfre América. Programa ciertamente ambicioso, quizás excesivo, en todo caso con aliento quijotesco en el ánimo del fundador: más de 250 títulos agrupados en una veintena de colecciones de libros, con textos originales debidos a notables especialistas en la historia, antropología, lingüística, sociología, etc., de aquel continente, así como en las relaciones históricas, culturales, humanas de España con los pueblos y civilizaciones que han contribuido a la formación de nuestra identidad.

Una de las colecciones de este amplio programa editorial está dedicada a la Independencia de Iberoamérica y a ella pertenece un volumen relativo a Bolivia, del que es autor **Jorge Siles Salinas**, miembro de las Academias bolivianas de la Lengua y de la Historia, antiguo embajador en el Vaticano,

Chile y Uruguay y en la actualidad rector de la Universidad de Nuestra Señora de La Paz.

Autor de numerosos libros entre los que destacan *La letra y el espíritu*, *Ante la Historia*, y *Literatura de la Guerra del Chaco*, sus dotes de historiador, su finura intelectual y su agudeza crítica se ponen de manifiesto en esta excelente historia de la independencia de Bolivia, cuyo estudio y análisis hace el profesor Siles Salinas a partir del establecimiento en 1776 del Virreinato del Río de la Plata, en cuyo ámbito se inscribió el territorio de Charcas, hasta entonces dependiente del Virreinato de Lima.

Con especial atención trata Siles de la época de la Ilustración en Charcas y en particular la formación en la Universidad de San Francisco Javier, de Chuquisaca, de una ideología prerrevolucionaria que tanto y tan decisivamente habría de influir en el proceso emancipador del Alto Perú. En esta Universidad estudiaron varios jóvenes —entre ellos el argentino **Mariano Moreno**— que serían años después protagonistas del movimiento independentista.

Asimismo analiza Siles las insurrecciones indígenas acaecidas en Charcas y, en particular, las de **Túpac Amaru** y **Túpac Catari**, figuras representativas

de dos actitudes distintas y contrapuestas, ya que el primero "es el cacique noble dispuesto a sacrificar sus riquezas, así como las ventajas de su condición de hombre de educación superior, en favor de un ideal de justicia", mientras que el segundo era "un campesino analfabeto, que se expresaba en lengua aimara y no dominaba el castellano". (Sobre la rebelión de Túpac Catari ha publicado en 1990 un excelente libro —fruto de una minuciosa e inteligente investigación— la historiadora **María Eugenia del Valle de Siles**).

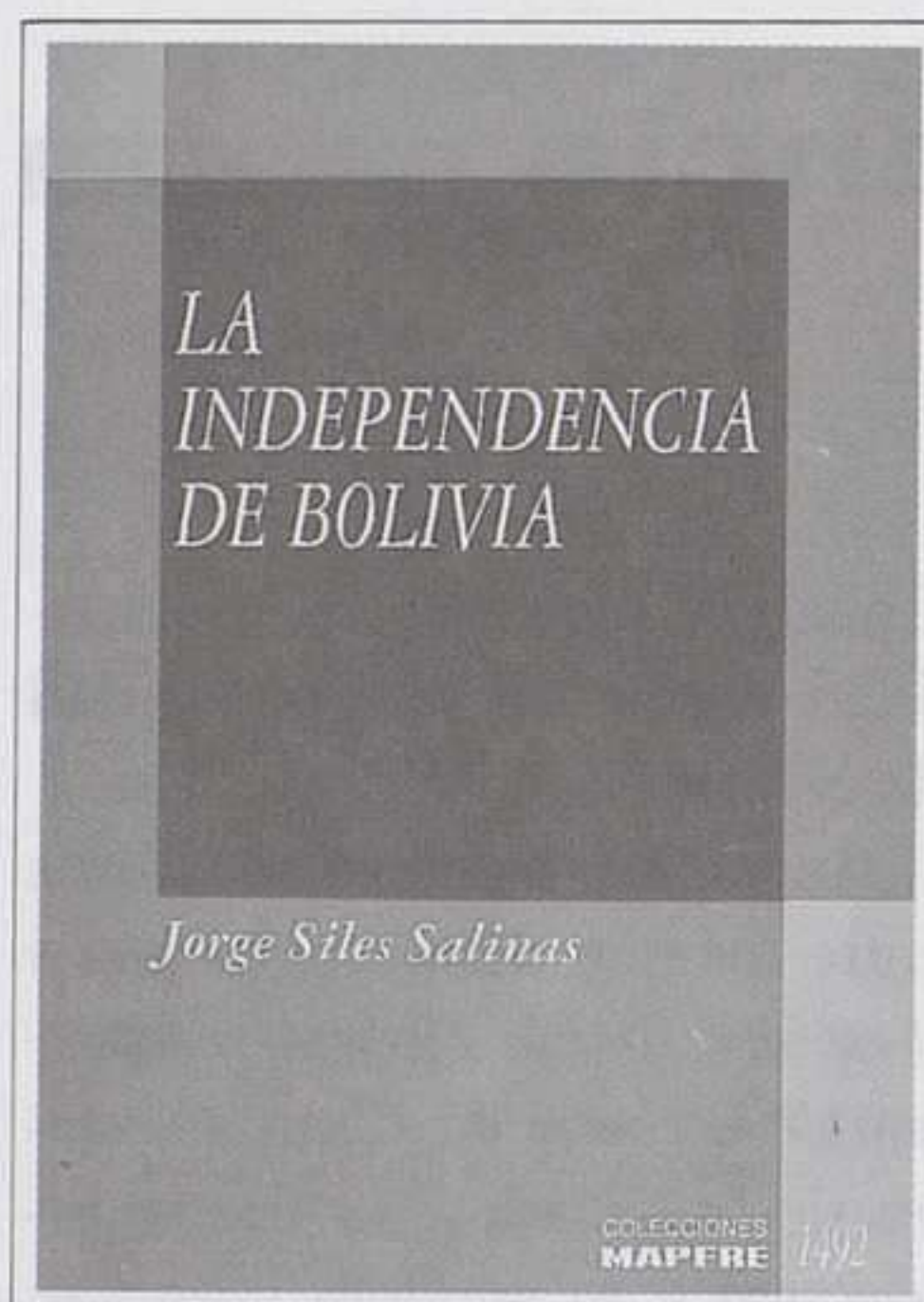
Todo el proceso de la lucha independentista, tanto en el plano intelectual e ideológico como en el militar, es analizado por Siles con exquisita imparcialidad, sin ocultar las crueldades y excesos cometidos tanto por realistas como por patriotas en las acciones guerreras. El relato que hace Siles de las luchas y enfrentamiento de unos y otros, resultará enormemente esclarecedor a quien desee conocer unos capítulos de la historia común, acerca de los cuales el lector no especializado carecía de bibliografía accesible y solvente.

La tensión entre Lima y Buenos Aires —con tanta agudeza analizada hace años por el profesor **Céspedes del Castillo**— se puso asimismo de manifiesto a la hora de la emancipación del Alto Perú. En el nacimiento de la nación, que sería bautizada en homenaje al Libertador **Simón Bolívar**, fue muy importante la participación de los hombres de Buenos Aires y de

cisiva la revolución del 25 de mayo de 1810.

No es posible reseñar con detalle el contenido de las cuatrocientas páginas de este excelente libro, pero tampoco debe dejar de señalarse aciertos como el del análisis del fenómeno histórico de las guerrillas, o del papel desempeñado por el general **Sucre**, cuyo decreto de febrero de 1825 fue la piedra fundamental sobre la que se levantó el edificio de la independencia boliviana, si bien para ésta fue decisiva la convicción de Bolívar de que el Alto Perú independiente contribuiría a asegurar el equilibrio sudamericano, convicción a la que llegó tras una etapa de rechazo de tal posibilidad fiel a su idea de evitar el fraccionamiento de la América recién liberada.

Pedro Laín Entralgo ha recordado en alguna ocasión que el historiador peruano **Raúl Porras Barrenechea** solía decir que la relación entre españoles y americanos no sería fluida y cordial mientras éstos no aceptasen y asumiesen el hecho de la conquista y colonización, y nosotros no lo hiciésemos con el hecho de la independencia de aquellos países. Pues bien, esta aceptación sólo será posible con el conocimiento de las causas y desarrollo del proceso emancipador. Libros como el del historiador Siles Salinas son una excelente vía para avanzar en el conocimiento y comprensión de uno de los capítulos más delicados y sugestivos de nuestra historia.



Antonio LAGO CARBALLO

— **Jorge Siles Salinas: La independencia de Bolivia**, Editorial Mapfre, Madrid, 1992. 406 Págs.

La libertad cansa

UNA de las ideas que he aprendido de **Aquilino Duque** es la de la comprensión de las opiniones de los demás; en concreto por medio del ejemplo de su brazo tendido a la llamada Antiespaña, a la que se acercó durante sus estancias en el extranjero por mor de su trabajo de traductor de organismos internacionales y a la cual reconoció virtudes tan trasnochadas como el patriotismo. Hoy —los tiempos cambian— concede su brazo a quienes quieran dejar de estar de rodillas bajo el arco constitucional y ponerse en pie, “porque es un arco para enanos”, dice con su humor sevillano. De este modo, ha pasado de “rojo” a “fascista” sin apenas moverse del sitio donde estaba, cuando la mayoría de sus compatriotas ha corrido al otro ex-

tremo para cambiar a la inversa las credenciales.

El espléndido título de este libro, *El cansancio de ser libres*, define para Duque el final de la Modernidad. En 1968 se impuso en Occidente un modelo de vida que empezó a esbozarse en la Ilustración y que concluye en la creación del hombre autónomo, separado de cualquier escala de valores (“quien tiene una escala de valores es un criptofascista”, sentenció **Buñuel**) y, por supuesto, de Dios. Los nuevos principios son el consumismo y el hedonismo, lo que nos ha llevado a la primera sociedad sin clases de la historia, donde todos quedan igualados ante la publicidad; una sociedad de deshecho. En esta situación de caos, Duque ha optado por practicar un “radicalismo aristocrático” y reivindicar la responsabilidad y

las antiguas ataduras.

Merecen mención aparte las referencias a Portugal y al cambio político español. Respecto al país vecino, Duque es otro de los muchos españoles inteligentes que se decanta por unas verdaderas relaciones hispanolusas y que ya con ambas naciones en la CEE podría ser una manera efectiva de constituir un bloque que les impida caer bajo el dominio económico de las grandes potencias. Propone que esa federación o unión, de necesitar una bandera, emplee la portuguesa por ser más antigua. ¿Por qué no? En cuanto al nuevo régimen



español, sostiene que una condición indispensable para asentar una democracia, no ya avanzada o real, sino simplemente capaz, es la educación

en su más amplio sentido, desde los buenos modales a la enseñanza. Reaparece aquí la necesidad de la responsabilidad individual y más necesaria que cuando la expuso, hace ya casi quince años. En este sentido la transición está por hacer. ¿Por qué las revoluciones fundamentales siempre quedan pendientes?

Pedro FERNÁNDEZ
BARBADILLO

— Aquilino Duque. *El cansancio de ser libres*. Universidad de Sevilla. Sevilla. 1992. 196 págs.

La aventura de lo político

La relevancia de la obras de **Julien Freund**, hombre reflexivo y al mismo tiempo de acción, hará de la misma una de las más importantes aportaciones francesas a la Filosofía Política de este final de siglo. La densidad y riqueza del acervo intelectual y moral de Freund, ya desaparecido, es un ejemplo de la trayectoria de la razón viviente que se las ha visto con el mundo; expresión, como se ha resaltado en ocasiones, de que el único sentido del conocimiento es la simbiosis entre pensamiento y vida. El resultado de semejante experiencia es, entonces, mucho más

que un puñado de corolarios y máximas; se trata, más bien, de vivencias que recogen sus hallazgos en diversos ámbitos de lo humano. De alguna manera, el libro que presentamos y que recomendamos vivamente al lector interesado por la reflexión política, es un relato —en forma dialogada— de aquéllas.

Un pensamiento de estas características siempre demuestra un "permanente contacto con la realidad". Sin ir más lejos, en la génesis del decisivo volumen *La esencia de lo político*, fechado en 1965, se encuentra la superación de una decepción personal. Nos cuenta Freund en esta serie de entrevistas mantenidas con

un profesor de Filosofía, el también francés **Charles Blanchet**, entre agosto de 1988 y septiembre de 1990, cómo desde enero de 1941 pasó a ser miembro de la resistencia, dentro del grupo "Libération". Al final de la guerra asistirá el autor a la lucha por el poder entre los distintos grupos que se habían enfrentado a la ocupación alemana. Conocerá de este modo los exclusivismos comunista y socialista, así como las intrigas de sus respectivas camarillas. Estos y otros sucesos aún más dolorosos (venganzas y ajusticiamientos por despecho) le condujeron al abandono de lo que ahora llamamos "la política activa", y a iniciarse en sus investigaciones y estudios sobre lo Político —sobre *l'éternelle politique*—

para recuperar la serenidad de ánimo perdida. Y nos encontramos aquí con un hombre que hará gala de un gran valor intelectual al defender puntos de vista casi tan poco aceptados por sus colegas como verosímiles; nos referimos a la dialéctica del amigo-enemigo, que hizo rasgarse las vestiduras a más de uno en la época del estrambote pacifista.

El libro no tiene desperdicio y los temas "interesantes" se suceden encadenados. Ya se incoan problemas que muchas veces pasan desapercibidos o cuyo planteamiento es inusual ("La Diáspora, fenómeno universal"), ya se le toma, directamente, el pulso a lo facticio ("La información o el triunfo del vacío"; "La explosión de los países del Este"; "Las raíces del marxismo-leninismo"). Sin embargo, también se retoman las cuestiones que más han interesado a este teórico de la política a lo largo de su obra, enemiga de ser prisionera de los esquemas universitarios.

Se comenta ampliamente su concepto "decadencia", alejado, si no opuesto, de los excesos cometidos por ciertas filosofías de la historia. No se trata del fin del mundo, explica Freund, tampoco de la conclusión de la historia: se refiere estrictamente a la pérdida de vigencia y de vigor de formas de pensar y actuar, al tiempo que nuevos modelos ocupan su lugar en un interregno más o menos

prolongado, ante el asombro de los espíritus orientados por las formas en desuso.

Europa, descubridora de nuevos mundos (la Razón, la Política y el Derecho, la Ciencia y la Técnica), es ahora una cultura decadente. ¿Por qué se ha producido esta pérdida de energía? ¿Qué condiciones han hecho posible que ese fantástico edificio —conviene tener presente que la europea ha sido la primera civilización auténticamente mundial— se esté viniendo abajo? Quizá la clave esté en que Europa está volviendo la espalda —¿cobardía?, ¿sentimientos de culpa?— a los principios que históricamente han constituido su fuerza espiritual; parece que los europeos han renegado de sus creencias, para expresarlo en terminología orteguiana.

En otro orden de cosas, el lector podrá caer en la cuenta de la gran visión del autor francés para el análisis del (¿feneceado?) imperio soviético. Empero, no fue **Freund** ningún visionario, más bien un hombre concienzudo y riguroso en sus investigaciones: se debe a esto y no a la adivinación (ocupación de la que, dicho sea de paso, obtienen pingües beneficios no pocos "sabios") su choque con el optimismo "irresponsable" de los intelectuales que después de la II Guerra Mundial veían un horizonte de paz y progreso, una vez aniquilado el anticristo nacionalsocialista... Nuestro au-

L'aventure
du
politique



JULIEN
FREUND

ENTRETIENS AVEC CHARLES TILLY

CRITERION
IDÉES

tor ya era consciente de lo que muchos se han visto obligados a admitir después: la barbaridad del archipiélago soviético del *gulag*.

No podíamos concluir sin hacer referencia a otros aspectos también fundamentales del pensamiento freundiano. Nos referimos a sus estudios sobre la "esencia de lo religioso" y a su interés por la rehabilitación de la Metafísica, en su opinión "*despreciada porque se la ha considerado en función de las ciencias*", cuando debería ser al revés.

Del "intelectual universitario rebelde a la ideología" que fue Freund podríamos decir, como conclusión, y recuperando la opinión que él mismo vertiera sobre **Carl Schmitt**: "*he aquí un hombre que tiene el valor de decir lo que acontece con lo político*".

Jerónimo MOLINA CANO

— **Julien Freund**. *L'aventure du politique*. Criterion. París. 1991. 250 páginas.

Han colaborado en este número de primavera por orden de aparición

- Juan José Lucas Jiménez

Presidente de la Junta de Castilla y León. Licenciado en Derecho por la Universidad Complutense, de la que fue profesor. Desarrolló su actividad profesional en el IRYDA a cuyo cuerpo de sociólogos perteneció. Posteriormente ingresó en el Instituto Nacional de Empleo, organismo en el que fue Secretario, Director Provincial y Director General adjunto hasta 1982. También ha sido Subdirector General de cooperativas del Ministerio de Trabajo. Es profesor tutor de la UNED de Soria desde su fundación. En el ámbito político ha sido diputado del Congreso por la provincia de Soria en dos legislaturas, así como presidente de la Diputación provincial. En 1987, con el mandato de José María Aznar al frente del Gobierno de Castilla y León, fue Vicepresidente y Consejero de Presidencia y Administración Territorial. En 1982, por sus servicios a la Administración, el Rey de España le concedió la Encomienda de número al Mérito Civil.

- Carmen Díaz de Alda Heikkilä

Doctora en Filosofía y Letras (Filología española) por la Universidad Complutense, de la que es profesora numeraria. Ha sido profesora de español en las Universidades de Nápoles y Salerno, y ha impartido cursos en diversas universidades y organismos científicos extranjeros. Actualmente es profesora de Lengua y Literatura española e hispanoamericana en las Universidades de Tampere y Turku (Finlandia). Entre sus publicaciones destacan: *La poesía de Luis Rosales: de la biografía a la poética*; *El símbolo de la luz, clave para una lectura poética en León Felipe*; *Mika Waltari o la intemporalidad*; y *Estructura y síntesis en el Kalevala: Notas para una aproximación literaria*.

- R. Olivar-Bertrand

Profesor de Historia en España y Argentina. En la actualidad imparte docencia en el "City College" de Nueva York.. Investigador del CSIC.

- Jorge Cachinero

Consultor, Profesor de Historia y analista de Política Internacional.

- Miguel Angel López de Marco

Procurador regional (PP). Presidente de la Comisión de Educación y Cultura de las Cortes de Castilla y León.

- Luis Núñez Ladevéze

Licenciado en Ciencias de la Información. Doctor en Derecho y Filosofía y Catedrático de la Universidad Complutense. Ha publicado entre otros libros: *Crítica del discurso literario*; *Utopía y realidad*; *Lenguaje y comunicación*; *Lenguaje Jurídico y ciencia social*, y *El lenguaje de los "Media"*.

- Lorenzo Bernaldo de Quirós

Abogado. Master en Economía Política. Autor de los libros *El socialismo es el problema y Nuevos Tiempos: de la caída del Muro a Maastricht* (en colaboración con Enrique de Diego), *Proceso al Estado* y *Por la Europa de la Libertad: una propuesta española*. Asesor de la "Atlas Economic Research Foundation" de EE.UU.

- Margaret Thatcher

Ex primera ministro de Gran Bretaña.

- Tom Wolfe

Periodista y escritor. Autor de la novela *La Hoguera de las Vanidades*.

- Francisco Cabrillo

Catedrático de Economía Política y Director del Departamento de Economía Política y Hacienda Pública de la Universidad Complutense.

- Juan Francisco Corona Ramón

Doctor en Ciencias Económicas y Empresariales por la Universidad de Barcelona. Profesor titular de Economía política, Hacienda pública y Derecho financiero y tributario en la misma Universidad. Entre sus numerosos libros destacan: *Integración de los impuestos sobre la Renta y Sociedades; Tratamiento fiscal de las plusvalías en España; Introducción a la Hacienda Pública y La armonización fiscal en la Comunidad Europea*.

- Pascal Salin

Director de la "Mont Pelerin Society" y Catedrático de Economía en la Universidad París-Dauphine.

- Ramón Pérez Maura

Licenciado en Ciencias de la Información por la Universidad de Navarra. Periodista en activo del diario *ABC* (sección Internacional).

- Enrique de Diego

Periodista. Jefe de Redacción de *ABC*. Ha sido jefe del área de política del diario *Ya* y director del suplemento de pensamiento *Papeles para la Libertad*. Es autor de los libros: *Modelo de campaña de animación socio-cultural en núcleos rurales*, *La ofensiva neoliberal* y, en colaboración con Lorenzo Bernaldos de Quirós, de *El socialismo es el problema y Nuevos Tiempos: de la caída del Muro a Maastricht*. Ha participado también en el trabajo colectivo *Por la Europa de la libertad*.

- Valentí Puig

Escritor, periodista y articulista. Corresponsal del diario *ABC* en Londres.

- Juan Velarde Fuertes

Doctor en Ciencias Económicas, Catedrático de la Universidad Complutense. Tesorero de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas. Miembro del Consejo de

Universidades. Director de la Escuela Asturiana de Estudios Hispánicos. Premio *Príncipe de Asturias* de Economía.

- **Pedro Fernández Barbadillo**

Licenciado en Derecho. Colaborador habitual en *Razón Española*, *Nueva Revista* y en algunos suplementos culturales de la prensa diaria.

- **José Luis Monegro**

Equipo de periodistas especializados en materia cultural

- **M^a Gemma Prieto Gutiérrez**

Licenciada en Derecho, Ciencias Políticas y Sociología por la Universidad Complutense. Profesora de Teoría del Estado y Derecho Internacional Público en el CEU San Pablo.

- **José M^a Álvarez Romero**

Licenciado en Ciencia Históricas. Licenciado en Derecho. Ex director cultural del Instituto de Cooperación Iberoamericana. Secretario general de la Asociación Hispano Americana de Historia.

- **Domènec Romera i Alcàzar**

Diputado al Parlamento Europeo desde 1986. Actualmente es Cuestor. Miembro titular de la Comisión de Cooperación y Desarrollo y de la Delegación de la Asamblea Paritaria ACP (Africa, Caribe, Pacífico)-CEE. Ha sido Diputado en el Parlamento de Cataluña, Senador. Presidente de la antigua Alianza Popular de Cataluña y Secretario General del Partido Popular en Barcelona. Columnista y autor, entre otros libros, de *Una Cataluña para todos*.

- **Dalmacio Negro Pavón**

Catedrático de Historia de las Ideas y de las formas políticas en la Universidad Complutense. Ha publicado entre otros libros: *Liberalismo y socialismo*; *La encrucijada intelectual de Stuart Mill*; *Comte, positivismo y revolución* y *El liberalismo español: una antología*.

- **Isidro-Juan Palacios**

Periodista y escritor. Colaborador de diversos medios de prensa y programas de televisión. Ha sido director de la revista Punto y Coma.

- **Antonio Lago Carballo**

Ha sido profesor de Regímenes Políticos Iberoamericanos en la Facultad de Ciencias Políticas de la Universidad Complutense y lo es de la Escuela Diplomática. Es vicepresidente del Instituto Español Sanmartiniano.

- **Jerónimo Molina Cano**

Licenciado en Ciencias Políticas y de la Administración por la Universidad Complutense. Licenciado en Derecho por la UNED. Master en Administración Pública por el Instituto Universitario Ortega y Gasset y el Instituto Nacional de Administración Pública. Colaborador en la prensa regional de Murcia.

VEINTIUNO - BOLETIN DE PEDIDO

Primer apellido:

Segundo apellido:

Nombre:

Domicilio:

Localidad: C. P.: Provincia:

SUSCRIPCION A LA REVISTA VEINTIUNO (4 números). Del n.º al n.º

PRECIOS	ESPAÑA	EUROPA	AMERICA
<input type="checkbox"/> Suscripción ordinaria:	3500 ptas.	3.800 ptas.	4.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de estudiantes:	2.500 ptas.	2.800 ptas.	3.000 ptas.
<input type="checkbox"/> Suscripción de honor:	10.000 ptas.	10.000 ptas.	10.000 ptas.

COLECCION DE LIBROS VEINTIUNO

Ruego me remitan ejemplar/es del libro:
 Título:
 Autor: N.º de Col.:
 A precio de : Ptas./ejemplar.

Ptas./ejemplar: x ejemplares.
 TOTAL: Ptas.

FORMA DE PAGO:

Mediante talón bancario nominativo a la Revista **Veintiuno-Fundación Cánovas del Castillo**.

Calle Marqués de la Ensenada, 14-16, 3.º. Oficina 25. 28004 Madrid. Tels.: 3195904/08.
 Fax: 3198258.

VEINTIUNO - BOLETIN DE PEDIDO

Fecha (AAAA):

Seguimiento:

Nombre:

Dirección:

Código Postal:

País:

DESCRIPCION: A LA SIGUIENTE VENTANA (ver instrucciones) DE \$

Países:

EUROPA

EUROPA

AMERICA

Subtotal de América:

3.000 €

3.800 €

4.000 €

Subtotal de Europa:

3.500 €

2.800 €

3.000 €

Subtotal de Total:

2.000 €

1.000 €

1.000 €

CONTENIDO DEL LIBRO VEINTIUNO

1. El libro de texto

manuscrito del autor

2. El libro de texto

del autor

3. El libro de texto

del autor

Países:

Países:

TOTAL:

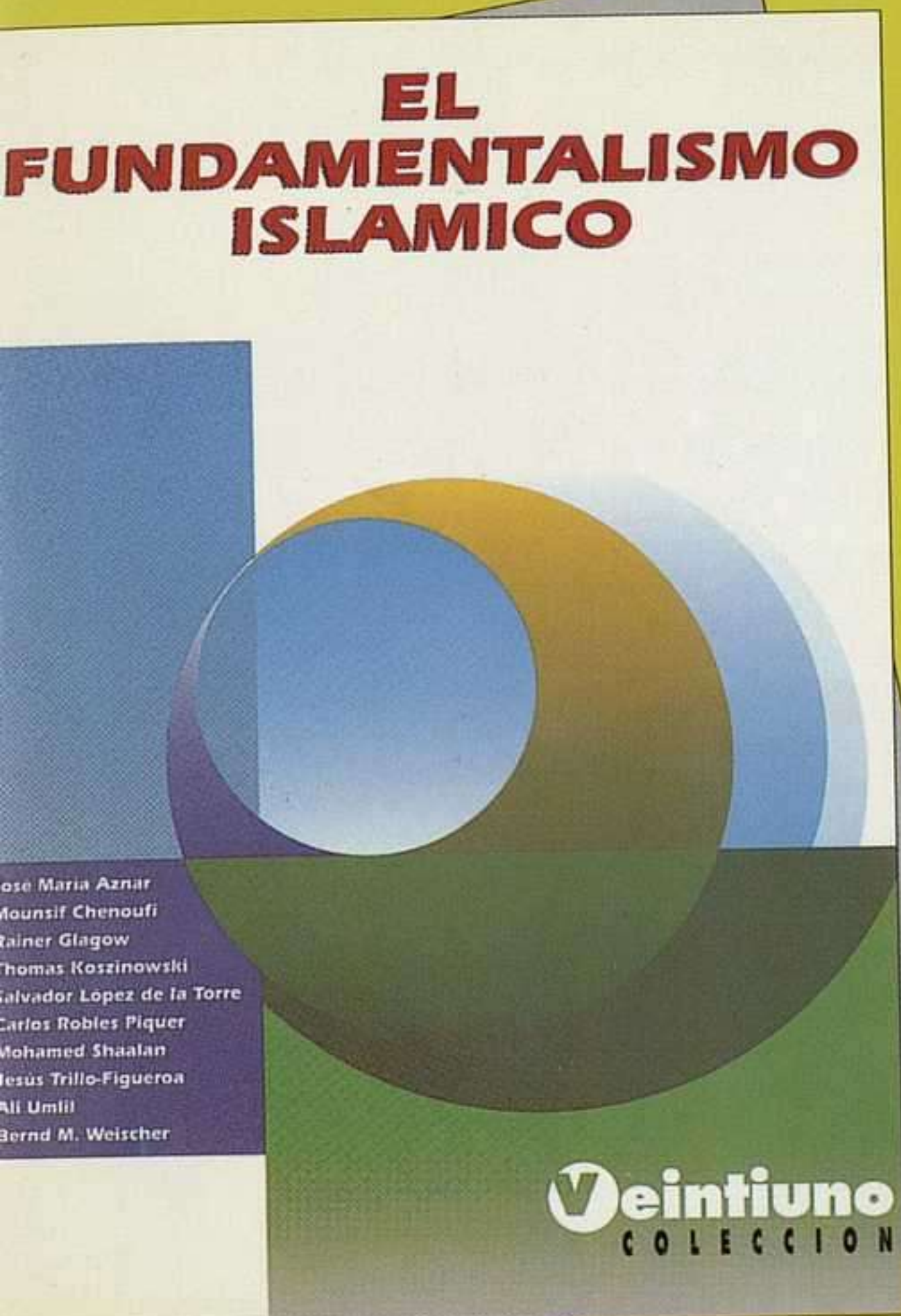
FORMA DE PAGO:

Mediante el pago por adelantado a la Dirección General de Ediciones del Estado de Castilla-La Mancha

Calle Marqués de Sotomayor, 14 - 45001 - Toledo (España) - T. 922 22 22 22 - Fax: 922 22 22 22

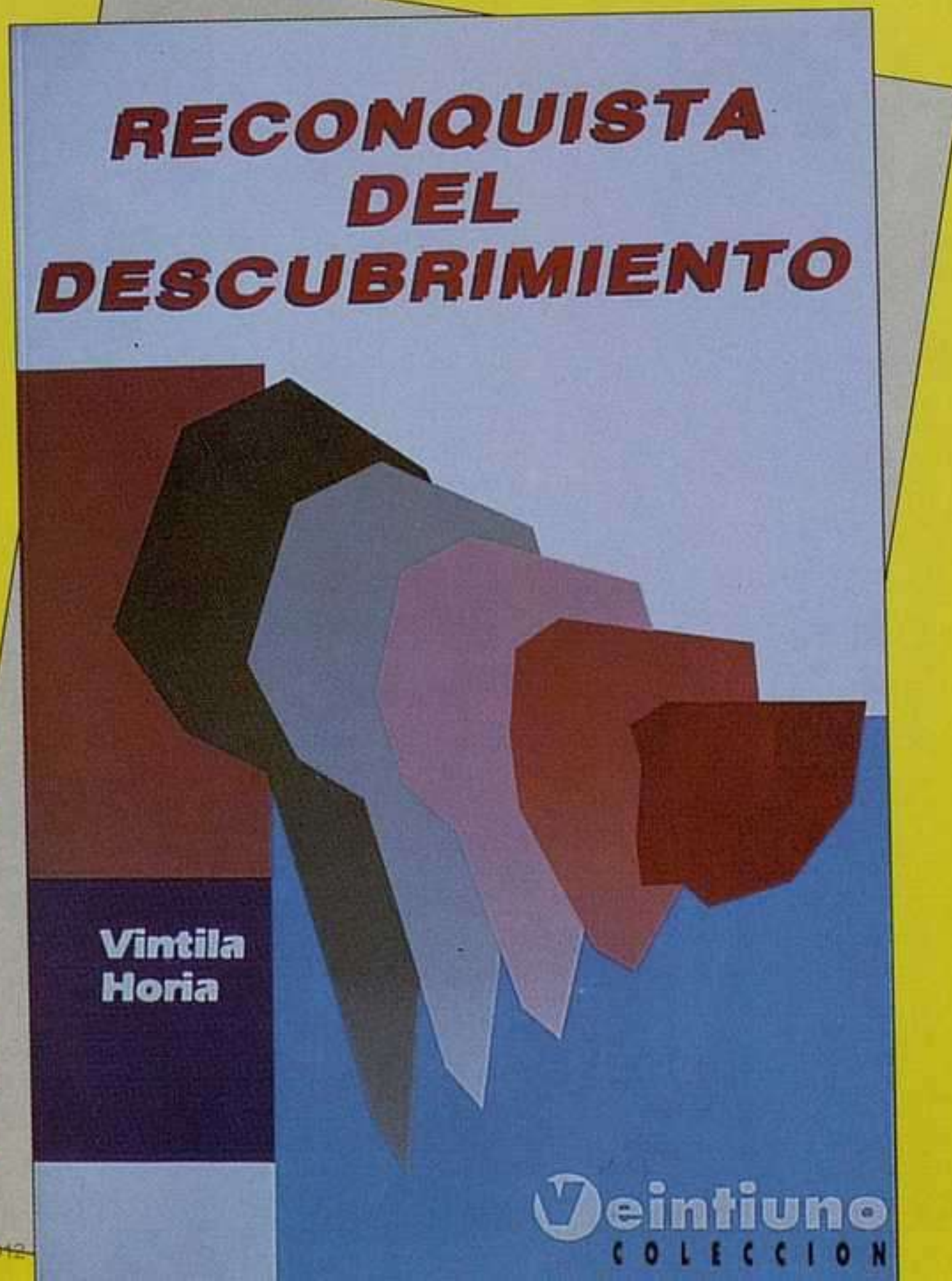
Veintiuno

COLECCIÓN

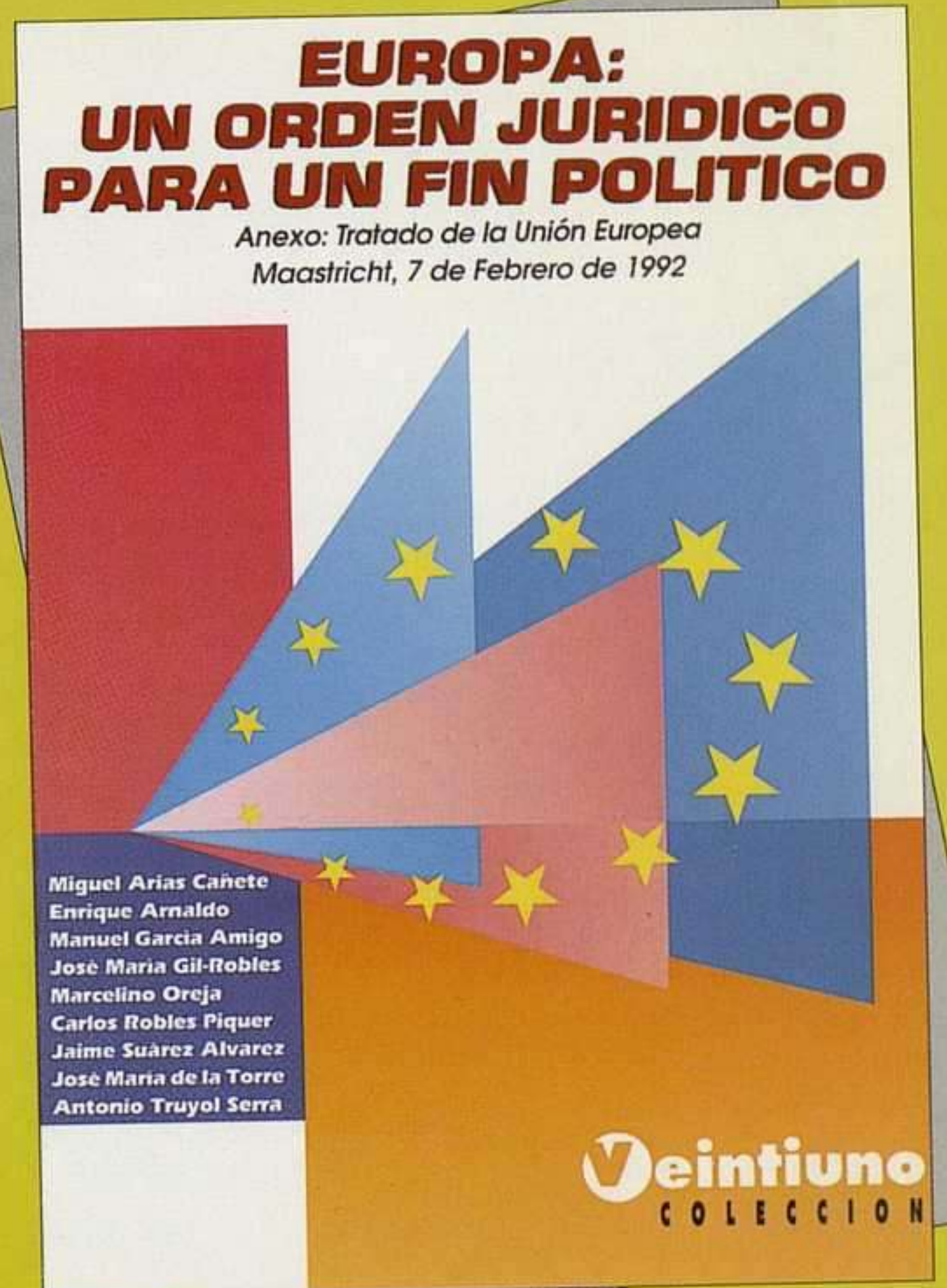


2.100 pts.

Libros de la colección publicados



2.500 pts.



2.100 pts.

ORGANIZA: Fundación Cánovas del Castillo **COLABORA:** Hanns Seidel Stiftung eV

**UNIVERSIDAD DE VERANO
DE ALCALÁ DE HENARES**

Sigüenza (Guadalajara) • 12 al 16 de Julio

Dtor.: Dalmacio Negro Pavón

«HACIA EL SIGLO XXI:
TENDENCIAS Y PREVISIONES»

**UNIVERSIDAD DE VERANO
DE CANTABRIA**

Laredo (Santander) • 14 al 23 de Julio

Dtor.: José María García Alonso

«LA ENERGIA»

**UNIVERSIDAD DE VERANO
"ALFONSO VII"**

Soria • Julio

Dtor.: Rainer Glagow

«EL FUTURO DEL PACTO ATLÁNTICO»

**UNIVERSIDAD DE VERANO
DEL MEDITERRANEO**

Ibiza • 5 al 14 de julio

«LOS MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL Y EL
PODER»

Dtor.: Francisco Sanabria Martín

«HACIA LA SUPERACIÓN DE LA CONFLICTIVIDAD
EN EL MUNDO ISLÁMICO»

Dtor.: Mikel Epalza

PATROCINADO POR EL GOVERN BALEAR

**FORO DE VERANO
"JUAN LUIS VIVES"**

Valencia • 6 al 9 de Julio

Dtor.: Jesus Trillo Figueroa

«LA REGENERACIÓN ÉTICA DE LA VIDA
PÚBLICA »

PATROCINADO POR EL AYUNTAMIENTO DE VALENCIA

UNIVERSIDAD EUROAMERICANA "MARQUÉS DE SANTILLANA"

Guadalajara • 5 al 30 de Julio

«CONTINUACIÓN Y RUPTURA EN LA VIDA CULTURAL ESPAÑOLA»

Dtor.: José María García Escudero • 5 al 9 de Julio

«LA TERCERA EDAD»

Dtor.: Manuel Núñez Pérez • 12 al 16 de Julio

«DEMOCRACIA Y GOBERNABILIDAD EN IBEROAMÉRICA»

Dtor.: Antonio Lago Carballo • 19 al 23 de julio

«LA HERENCIA ECONÓMICA: ¿QUÉ NOS ESPERA?»

Dtor.: Juan Velarde Fuertes • 26 al 30 de Julio

**UNIVERSIDAD DE VERANO
"CASADO DEL ALISAL"**

Palencia • 12 al 16 de Julio

Dtor.: Luis Suárez Fernández

«SANTIAGO EN LA SIGNIFICACIÓN
EUROPEA»

**UNIVERSIDAD DE VERANO
DEL MAR MENOR**

Murcia • 20 al 25 de Septiembre

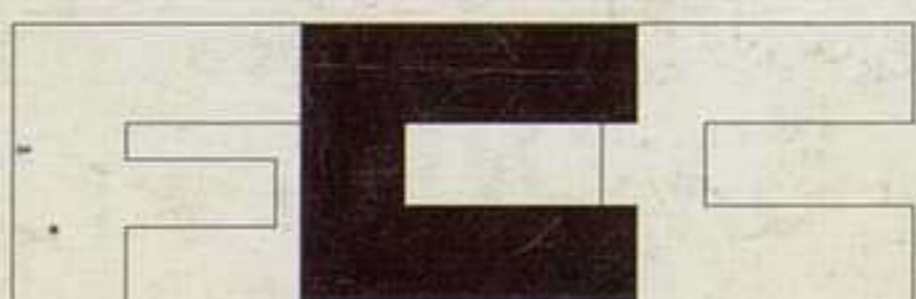
Dtor.: María del Carmen Cremades

«SANIDAD: PROBLEMÁTICA, PROPUESTAS Y SOLUCIONES»

«REFORMA UNIVERSITARIA: EXAMEN PANORÁMICO Y SOLUCIONES»

«MEDIO AMBIENTE Y ECOLOGÍA: SITUACIÓN ACTUAL Y REMEDIOS»

INFORMACIÓN



• C/Marqués de la Ensenada, 14. 3º. Oficina 25
• Tel.: 319 59 04/08. Fax.: 319 82 58
• Madrid 28004